

Isaac Asimov

El cercano Oriente

Historia Universal Asimov 01

Título original: *The Near East*

Isaac Asimov, 1968

Traducción: Nestor Míguez

Isaac Asimov, .

Traducción:

A Mary y Henry Bluegerman
más ángeles que parientes políticos.

1. Los sumerios

Los primeros granjeros

Hace unos nueve mil años, comenzó a producirse un gran cambio en la humanidad.

Hasta entonces, y durante muchos miles de años, los hombres recolectaban frutos o cazaban animales para alimentarse, allí donde podían; perseguían animales salvajes y recogían frutas y bayas. Habían roído raíces y buscado nueces. Los hombres debían contentarse con sobrevivir, y los inviernos eran épocas de hambre.

Una franja de tierra no podía sustentar a muchas familias, y los seres humanos se dispersaban sobre la superficie del planeta. Hacia el 8000 a. C. tal vez no había más de ocho millones de seres humanos en total, tantos como los que tiene hoy la ciudad de Nueva York.

Más tarde, por un proceso gradual, los hombres aprendieron a almacenar alimentos para usarlos en el futuro. En vez de cazar animales y matarlos en el lugar, mantenían algunos vivos y los cuidaban. Los dejaban crecer y multiplicarse, y solamente mataban unos pocos de vez en cuando. De este modo, no sólo tenían carne, sino también leche o lana o huevos. Hasta podían hacer trabajar a algunos para ellos.

De igual manera, en vez de recolectar los alimentos vegetales, aprendieron a plantarlos y cuidarlos, para asegurarse de que dispondrían de ellos cuando los necesitaran. Además, podían plantar mucha mayor cantidad de plantas útiles que las que tenían probabilidad de encontrar en estado natural.

De cazadores y recolectores de alimentos, los grupos humanos se convirtieron en pastores y agricultores. Los que se dedicaron a la crianza de animales se hallaron con que debían estar en movimiento constantemente. Los animales tenían que ser alimentados, lo cual suponía que era menester buscar pastos verdes de tanto en tanto. Estos pastores tendieron a convertirse en «nómadas» (de una palabra griega que significa «pasto»).

La horticultura era más complicada. La siembra debía realizarse en el momento apropiado del año y de la manera correcta. Las plantas en crecimiento debían ser cuidadas; era menester quitar la maleza y mantener alejados a los animales merodeadores. Era un trabajo tedioso y agotador, sin la despreocupada comodidad y los escenarios cambiantes de que disfrutaban los nómadas. Debían trabajar en cooperación muchas personas y permanecer en el mismo lugar durante toda la estación del crecimiento, pues tenían que estar junto a las plantas inmóviles.

Los agricultores se agruparon y construyeron viviendas permanentes cerca de sus campos. Las viviendas se apiñaron, pues los agricultores debían estar cerca unos de otros para defenderse contra los animales salvajes y las incursiones de los nómadas. Así surgieron los poblados.

El cultivo de las plantas, o «agricultura», permitió que una franja de tierra sustentase más personas que las que podía sustentar cuando los hombres eran recolectores de alimentos, cazadores o hasta pastores. La cantidad de alimentos que podía acumularse no sólo bastaba para alimentar a los agricultores, sino que permitía el almacenamiento para el invierno. En verdad, pudo producirse tanto alimento que los agricultores y sus familias tenían más de lo que necesitaban para ellos. Alcanzaba para alimentar a personas que no eran agricultores pero proporcionaban a los agricultores cosas que ellos deseaban o necesitaban.

Algunas personas podían dedicarse a la alfarería o a fabricar herramientas o a hacer adornos de piedra o metal. Algunos podían ser sacerdotes; otros, soldados; y todos eran alimentados por el agricultor. Los poblados se convirtieron en ciudades, y la sociedad alcanzó una complejidad tal en esas ciudades que podemos hablar de «civilización». (Esta voz proviene de una palabra latina que significa «ciudad»).

La población empezó a aumentar. A medida que la agricultura se difundió, a medida que grupo tras grupo aprendió a cultivar la tierra, la población aumentó cada vez más y ha seguido aumentando desde entonces. En el 1800 d. C., había cien veces más gente sobre la Tierra que la que había antes de inventarse la agricultura^[1].

Es difícil saber ahora dónde, exactamente, surgió la agricultura, en tiempos tan distantes, o cómo se efectuó exactamente el descubrimiento. Pero los arqueólogos están totalmente seguros de que la región donde se hizo el trascendental descubrimiento estaba en lo que ahora llamamos el Oriente Próximo, muy probablemente en la zona limítrofe de las modernas naciones de Irak e Irán.

En primer lugar, la cebada y el trigo crecían en estado silvestre en esa región, y éstas eran precisamente las plantas que mejor se prestaban al cultivo. Eran fáciles de cuidar y crecían tupidamente. Las espigas de cereal que producían podían ser molidas y convertidas en harina, que podía almacenarse durante meses sin que se echase a perder, para luego hacer con ella un sabroso y nutritivo pan. En el Irak Septentrional hay un lugar llamado Jarmo. Es un montículo bajo que, desde 1948, fue excavado cuidadosamente por el arqueólogo norteamericano Robert J. Braidwood. Halló los restos de un antiquísimo poblado, en el que se veían los cimientos de casas de delgadas paredes de barro apisonado y divididas en pequeñas habitaciones. Solamente puede haber albergado de 100 a 300 personas.

Allí se descubrieron indicios de una agricultura muy primitiva. En la más baja y

primitiva de las capas, que data del 8000 a. C., se usaron herramientas de piedra para cortar el trigo y la cebada, y ollas de piedra para almacenar agua. Sólo en niveles superiores se halló una alfarería de barro cocido. (La alfarería representa un avance considerable, pues el barro es más común que la roca en muchas regiones y, ciertamente, es más fácil de trabajar). También había animales domesticados. Los primitivos granjeros de Jarmo tenían cabras, y también perros, quizá.

Jarmo está al borde de una cadena montañosa, donde el aire de la atmósfera se enfría y el vapor que contiene este aire se condensa en forma de lluvia. Los agricultores primitivos debían sembrar en zonas de lluvias seguras. Sólo de este modo podían obtener las ricas cosechas que necesitaban para alimentar a su población en crecimiento.

Los ríos dadores de vida

Pero en las estribaciones de las montañas, donde la lluvia es abundante, el suelo es poco profundo y no muy fértil. Al oeste y al sur de Jarmo había buenos terrenos, profundos y llanos, excelentes para la siembra; se trata de una región realmente fértil.

Esa ancha franja de buenas tierras se curvaba hacia el Norte y el Oeste desde lo que ahora llamamos el golfo Pérsico y llegaba hasta el Mediterráneo. Bordeaba el desierto de Arabia (demasiado seco, arenoso y rocoso para la agricultura), que estaba al sur, y formaba una inmensa media luna de 1.500 kilómetros de largo. Habitualmente se la llama «la Media Luna Fértil».

Lo que la Media Luna Fértil hubiera necesitado para convertirse en uno de los más ricos y populosos centros de civilización humana (lo que llegó a ser, con el tiempo) eran lluvias seguras, pero no las tenía en cantidad suficiente. La tierra era llana, y los vientos cálidos pasaban por encima de ella sin arrojar su carga de humedad hasta llegar a las montañas que la bordeaban por el Este. Las lluvias caían en invierno; los veranos eran secos.

Pero había agua en la tierra, si no del aire, al menos del suelo.

En las montañas situadas al norte de la Media Luna Fértil había abundantes nieves que eran una fuente infalible de agua que descendía por las montañas hasta las llanuras del Sur. En particular, esas corrientes se fundían en dos ríos que fluían a lo largo de más de 1.900 kilómetros hacia el Sur, hasta desembocar en el golfo Pérsico.

Conocemos esos ríos por los nombres que les dieron los griegos, miles de años después de la época de Jarmo. El río oriental es el Tigris, y el occidental, el Éufrates^[2]. La tierra comprendida entre los ríos era llamada «Entre-los-Ríos», pero en lengua griega, claro está, de modo que Entre-los-Ríos era Mesopotamia.

Las diferentes partes de esta región han recibido diferentes nombres en el curso de la historia, por lo que ninguno de ellos ha sido aceptado definitivamente para designar toda esa tierra. El más difundido es Mesopotamia, y en este libro lo usaré no sólo para la tierra comprendida entre los ríos, sino también para toda la región que ellos riegan a ambos lados, desde las montañas del Cáucaso hasta el golfo Pérsico.

Esa franja de tierra tiene unos 1.300 kilómetros de largo y va del Noroeste al Sudeste.

«Aguas arriba» siempre significará «el Noroeste», y «aguas abajo», el Sudeste. De acuerdo con estas puntualizaciones, la Mesopotamia cubre una superficie de aproximadamente 300.000 kilómetros cuadrados y tiene, más o menos, el tamaño y la forma de Italia, o el tamaño (pero no la forma) del Estado de Arizona.

Mesopotamia abarca el arco superior y la parte oriental de la Media Luna Fértil. La parte occidental, no incluida en Mesopotamia, en tiempos posteriores fue comúnmente llamada Siria, y comprendía la antigua tierra de Canaán.

La mayor parte de Mesopotamia está incluida en lo que hoy llamamos Irak, pero las partes septentrionales atraviesan las fronteras de esta nación y se extienden por las modernas Siria, Turquía, Irán y la Unión Soviética.

Jarmo está a sólo unos 200 kilómetros al este del río Tigris, de modo que podemos considerar que se halla en el borde nordeste de Mesopotamia. Podemos suponer que las técnicas de la agricultura se difundieron al oeste hacia el 5000 a. C. y que se comenzó a practicar en los tramos superiores de los dos ríos y sus tributarios. Fue tomada no sólo de Jarmo, sino también de otros lugares situados a lo largo de las estribaciones montañosas, al este y al norte. Se cultivaron especies mejoradas de cereales y se domesticaron vacas y ovejas.

Los ríos eran una fuente de agua mejor que las lluvias, y los poblados que crecieron en sus márgenes fueron más grandes y más avanzados que Jarmo. Algunos de ellos cubrieron tres o cuatro acres de tierra.

Como Jarmo, sus edificios eran de barro apisonado, cosa muy natural, pues en la mayor parte de Mesopotamia no había rocas ni buenas maderas, mientras que el lodo era abundante. En las tierras bajas hace más calor que en las colinas de Jarmo, y las primeras casas elevadas al borde de los ríos fueron construidas con gruesos muros y escasas aberturas, para mantenerlas frescas.

En las primeras poblaciones no había ningún sistema de recolección de basuras, por supuesto; los desperdicios se acumulaban gradualmente en las calles y eran apisonados por el tránsito continuo de hombres y animales. Cuando las calles se elevaban de nivel, era menester levantar los suelos de las casas con capas adicionales de barro.

De tanto en tanto, las tormentas o las inundaciones destruían las casas de barro seco. A veces, un poblado entero quedaba devastado. Los sobrevivientes o recién llegados reconstruían la ciudad sobre sus ruinas. De resultas de esto, estas ciudades construidas unas sobre otras llegaron a formar montículos que se elevaban por sobre la región circundante. Esto tenía algunas ventajas, pues hacía a la ciudad más fácil de defender contra enemigos y

más segura contra la amenaza de las inundaciones.

Pero, con el tiempo, las ciudades llegaron a la ruina total y sólo quedaron los montículos (llamados «Tell» en árabe). La excavación cuidadosa de esos montículos reveló capa tras capa de viviendas, cada vez más primitivas, a medida que se excavaba más profundamente. Esto ocurrió con Jarmo, por ejemplo.

Tell Hassuna, sobre el Tigris superior y a unos 110 kilómetros al oeste de Jarmo, fue excavada en 1943 y en sus capas más antiguas se encontró una alfarería más avanzada que todo lo hecho en Jarmo. Se piensa que perteneció al período «Hassuna-Samarra» de la historia mesopotámica, que duró del 5000 al 4500 a. C.

El montículo llamado Tell-Halaf, a unos 190 kilómetros río arriba, dio los restos de un poblado con calles empedradas y casas de una construcción de ladrillo más avanzada. En este «período de Tell-Halaf», de 4500 a 4000 a. C., la alfarería mesopotámica llegó a su apogeo.

A medida que avanzó la cultura mesopotámica, mejoraron las técnicas para domeñar las aguas de los ríos. Si se usaban los ríos en su forma natural, sólo podían sembrarse los campos de las márgenes. Esto limitaba mucho la cantidad de tierra útil. Además, la cantidad de nieve que se acumulaba en las montañas septentrionales variaba de un año a otro, y por tanto variaba también el ritmo de la fusión. Siempre había inundaciones a comienzos del verano, y si estas inundaciones eran mayores que lo habitual, había demasiada agua, mientras que en otras épocas podía haber demasiado poca.

Se les ocurrió a los hombres que la solución consistía en cavar una compleja red de fosos o acequias a ambos lados del río. Esto permitiría extraer agua del río y, mediante una elaborada red de canales, llevarla a todos los campos. Se podía cavar acequias hasta distancias de muchos kilómetros de las márgenes del río, de modo que los campos de tierra adentro tuviesen los mismos beneficios que si estuvieran junto a las orillas. Más aún, los bordes de los canales y los mismos ríos podían ser elevados para formar diques que las aguas no pudiesen sobrepasar en la época de las inundaciones, excepto en los lugares deseados.

De este modo, podía confiarse en que, en general, nunca habría demasiada agua ni demasiado poca. Por supuesto, si el nivel del agua era excepcionalmente bajo, los canales serían ineficaces, excepto muy cerca del río. Y si las inundaciones eran demasiado grandes, los diques serían sobrepasados o destruidos. En verdad, esto ocurrió en algunas ocasiones, pero raramente.

La provisión de agua era más regular en los tramos inferiores del río Éufrates, que presentaba menos variaciones en el nivel del agua de una estación a otra y de año a año que el turbulento Tigris. El complejo sistema de «agricultura de irrigación» comenzó en el Éufrates

superior por el 5000 a. C., se extendió aguas abajo y por el 4000 a. C., hacia el fin del período de Halaf, llegó a ese conveniente sector del Éufrates inferior.

Por ello, fue en el Éufrates inferior donde floreció la civilización. Las ciudades de esa región fueron mucho mayores que todas las anteriores, y algunas tenían poblaciones de 10.000 habitantes en el 4000 a. C.

Esas ciudades se hicieron demasiado grandes para ser gobernadas mediante un sistema tribal, donde todos tienen relaciones familiares unos con otros y obedecen a algún patriarca. En cambio, personas sin claros vínculos familiares debían asociarse y trabajar en pacífica cooperación, pues todos hubiesen muerto de hambre de lo contrario. Para mantener la paz y fortalecer esa cooperación era necesario elegir algún líder.

Cada ciudad, pues, se convirtió en una unidad política que poseía suficientes tierras de labranza en sus vecindades para alimentar a su población. Era una ciudad-Estado, y a la cabeza de cada ciudad-Estado había un rey.

Los habitantes de las ciudades-Estado mesopotámicas no sabían, realmente, de dónde venían las vitales aguas del río, por qué se desbordaba en algunas estaciones y no en otras, ni por qué las inundaciones eran escasas algunos años y desastrosas otros. Parecía razonable pensar que todo era obra de seres mucho más poderosos que los hombres ordinarios: de dioses.

Puesto que las fluctuaciones de las aguas parecían no obedecer a ninguna lógica, sino que eran totalmente caprichosas, era fácil suponer que los dioses eran impulsivos y caprichosos, como niños muy desarrollados y enormemente poderosos. Debían ser engatusados para que proporcionasen la cantidad apropiada de agua; debían ser apaciguados cuando estaban coléricos y conservar su buen humor cuando estaban plácidos. Se idearon ritos en los que los dioses eran interminablemente ensalzados y propiciados.

Se suponía que lo que agradaba a los hombres también agradaba a los dioses, de modo que el método más importante para propiciarse a los dioses era brindarles alimento. Éstos no comían como los hombres, pero el humo del alimento quemado ascendía al cielo, donde se imaginaba que vivían los dioses; por ende, se sacrificaban animales y se los quemaba como ofrenda^[3].

Por ejemplo, en un antiguo poema mesopotámico, una gran inundación enviada por los dioses asola a la humanidad. Pero los mismos dioses, privados de sacrificios, empiezan a sentir hambre. Cuando un sobreviviente de la inundación sacrifica animales, los dioses se apiñan con ansiedad:

*Los dioses olieron su aroma,
Los dioses olieron el dulce aroma.
Como moscas, se agruparon sobre el sacrificio.*

Naturalmente, las reglas y regulaciones involucradas en el trato con los dioses eran aún más complicadas e intrincadas que las concernientes al trato con hombres. Un error cometido con un hombre podía significar una muerte o una sangrienta pelea; pero un error cometido con un dios podía acarrear el hambre o una inundación que devastase toda una región.

Así, en las comunidades agrícolas surgió un poderoso cuerpo sacerdotal, mucho más complejo que el que nunca tuvieron las sociedades cazadoras o nómadas. Los reyes de las ciudades mesopotámicas eran también altos sacerdotes y efectuaban los sacrificios.

La estructura central alrededor de la cual giraba cada ciudad era el templo. Los sacerdotes del templo no sólo estaban a cargo de las relaciones de la gente con los dioses, sino que también llevaban los registros de la ciudad. Eran los tesoreros, los que cobraban los impuestos y los organizadores, formaban la administración pública, la burocracia, el cerebro y el corazón de la ciudad. La irrigación, sin embargo, no es la solución para todo. Una civilización basada en la agricultura de irrigación también tiene sus problemas. Entre otras cosas, el agua de río, al pasar por el suelo, contiene un poco más de sal que el agua de lluvia. Esta sal gradualmente se acumula en el suelo durante largos siglos de irrigación y lo arruina, a menos que se utilicen métodos especiales para limpiarlo nuevamente.

Por esta razón, algunas civilizaciones basadas en el riego cayeron de vuelta en la barbarie. Los mesopotámicos evitaron esto, pero su suelo se hizo ligeramente salino. De hecho ésta es la razón de que su cereal principal fuese la cebada (y lo sigue siendo hasta hoy), pues ésta resiste mejor un suelo ligeramente salino.

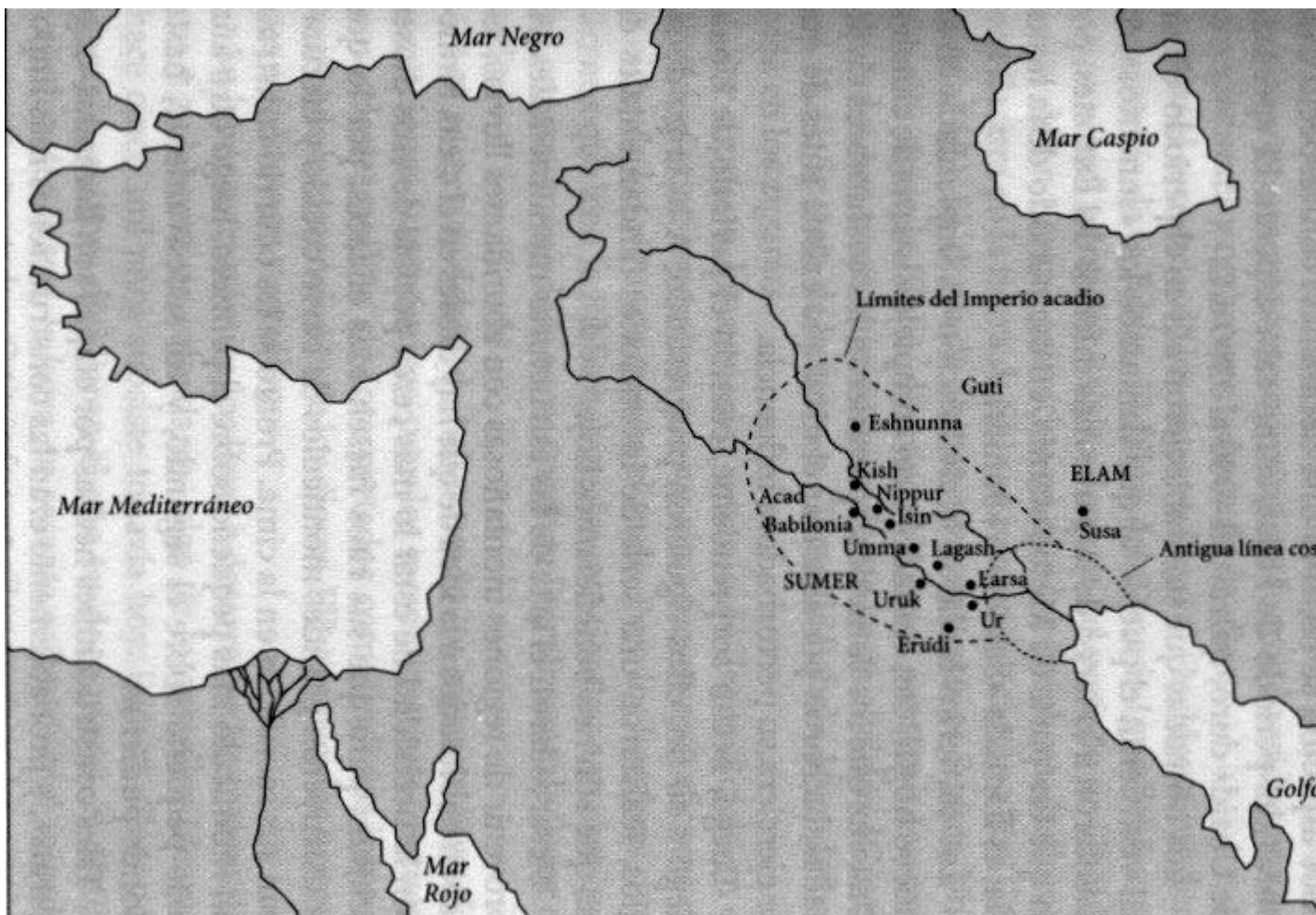
Por otra parte, la acumulación de alimentos, herramientas, ornamentos de metal y todas las cosas buenas de la vida constituyen una permanente tentación para los pueblos del exterior que carecen de agricultura. Por ello, la historia de Mesopotamia es una larga sucesión de altibajos. Primero, surge la civilización en la paz y acumula riqueza. Luego se abalanzan desde el exterior los nómadas, perturban la civilización y provocan su decadencia, por lo que disminuyen las comodidades materiales y hasta se llega a una «edad oscura».

Los recién llegados aprenden los hábitos civilizados e incrementan de nuevo la

riqueza material y a menudo hasta la llevan a nuevas alturas, para ser a su vez abrumados por una nueva oleada de bárbaros. Esto sucede repetidamente.

Mesopotamia debió enfrentar a los forasteros en dos frentes. Al nordeste y al norte había duros montañeses. Al sudoeste y al sur había hijos igualmente duros del desierto. En uno u otro frente, Mesopotamia había de ser arrastrada a la lucha y, tal vez, al desastre.

Así, el período de Halaf llegó a su fin hacia el 4000 a. C., porque los nómadas se lanzaron sobre Mesopotamia desde los Montes Zagros, que señalan al noreste el límite de las tierras bajas mesopotámicas.



Sumer y Acad.

La cultura del período siguiente puede ser estudiada en Tell el Ubaid, montículo cercano al Éufrates inferior. En muchos aspectos, se observa una decadencia con respecto a las obras del período de Halaf, como cabe esperar. El «período de Ubaid» duró, quizá, del 4000 al 3300 a. C.

Los nómadas que se establecieron allí en el período Ubaid tal vez fueran el pueblo al que llamamos los «sumerios». Se asentaron a lo largo de la parte más inferior del Éufrates, por lo que esa parte de Mesopotamia, en ese período de la historia, es llamada «Sumer» o «Sumeria».

Los sumerios hallaron la civilización ya implantada en su nuevo hogar, con ciudades y un complejo sistema de canales. Una vez que los sumerios aprendieron las costumbres civilizadas, lucharon por alcanzar el nivel que existía antes de que se ejerciera su perturbadora influencia.

Luego, hecho sorprendente, cuando el período de Ubaid llegó a su fin, ellos siguieron progresando. A lo largo de siglos, realizaron una serie de invenciones fundamentales de las que aún nos beneficiamos hoy.

Desarrollaron el arte de las estructuras monumentales. Al provenir de regiones montañosas con abundantes lluvias, estaban habituados a la idea de que hay dioses en el cielo. Sintieron la necesidad de estar lo más cerca posible de esos dioses celestes, para que sus ritos fuesen más eficaces, por lo que construyeron grandes montículos de barro cocido y efectuaban sus sacrificios en la cima. Pronto se les ocurrió construir un montículo más pequeño sobre el primero, luego otro aún más pequeño sobre el segundo, y así sucesivamente, hasta donde pudieron.

Tales construcciones hechas por etapas son llamadas «zigurats», y probablemente eran las construcciones más imponentes de su época. Aun las pirámides egipcias fueron construidas muchos siglos después que los primeros zigurats.

Pero la tragedia de los sumerios (y de los pueblos posteriores a ellos en Mesopotamia) era que sólo tenían barro para construir mientras que los egipcios tenían granito. Los monumentos egipcios, por ello, aún están en pie, al menos en parte, para asombro de todas las edades posteriores, mientras que los monumentos mesopotámicos fueron barridos por las inundaciones y no ha quedado nada de ellos.

Pero el recuerdo de los zigurats llegó al Occidente moderno a través de la Biblia. El Libro del Génesis (que llegó a su forma actual veinticinco siglos después del período de Ubaid) habla de un tiempo primitivo en que los hombres «hallaron una llanura en la tierra de Shinar, y se establecieron allí» (Génesis, 11,2). La tierra de Shinar, por supuesto, es Sumer.

Una vez allí, sigue la Biblia, dijeron: «Vamos a construirnos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo» (Génesis, 11,4). Se trata de la famosa «Torre de Babel», leyenda basada en los zigurats.

Por supuesto, los sumerios trataron de llegar al cielo en el sentido de que esperaban que sus ritos fuesen más eficaces en la cima de los zigurats que en el suelo. Pero los hombres modernos que leen la Biblia habitualmente tienden a pensar que los constructores de la torre trataban literalmente de llegar al cielo.

Los sumerios deben de haber usado los zigurats para observaciones astronómicas, pues los movimientos de los cuerpos celestes podían ser interpretados como indicios importantes de las intenciones de los dioses. Ellos fueron los primeros astrónomos y astrólogos.

Su labor astronómica los llevó a desarrollar las matemáticas y a elaborar un calendario. Algo de lo que ellos idearon hace cinco mil años subsiste todavía hoy. Fueron ellos, por ejemplo, quienes dividieron el año en doce meses, el día en veinticuatro horas, la hora en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos. Quizás fueron ellos también los que inventaron la semana de siete días.

Crearon un intrincado sistema de trueque y comercio. Para facilitarlos, elaboraron un complejo sistema de pesos y medidas, e idearon un sistema postal.

También inventaron el vehículo con ruedas. Antes de ellos, las cargas pesadas tal vez eran transportadas sobre rodillos. Cada rodillo, una vez dejado atrás por la carga era desplazado y colocado nuevamente delante de la carga. Este procedimiento era tedioso y lento, pero era mejor que tratar de arrastrar un peso por el suelo por la fuerza bruta solamente.

Una vez que pudo fijarse a un carro un par de ruedas y un eje, fue como si dos rodillos permanentes se desplazaran con él. El carro con ruedas, tirado por un solo asno, permitió desplazar pesos que antes requerían la colaboración de una docena de hombres. Fue una revolución en el transporte equivalente a la invención del ferrocarril en los tiempos modernos.

La más grande de las invenciones

Las principales ciudades de Sumeria durante el período de Ubaid quizá hayan sido Eridu y Nippur.

Eridu, tal vez el más antiguo asentamiento del Sur, pues se remonta más o menos al 5300 a. C., estaba sobre la costa del Golfo Pérsico, probablemente en la desembocadura del Éufrates. Ahora sus ruinas están a unos 16 kilómetros al sur del Éufrates, pues el sinuoso curso del río ha cambiado a lo largo de estos miles de años.

Las ruinas de Eridu hasta se hallan lejos, en la actualidad, del Golfo Pérsico. En los primitivos tiempos sumerios, el golfo Pérsico quizás se extendía mucho más al noroeste que ahora, y el Éufrates y el Tigris tenían desembocaduras separadas, a unos 30 kilómetros una de otra.

Los dos ríos arrastraban lodo y limo desde las montañas y los depositaban en sus desembocaduras; así formaron un rico suelo que se extendió lentamente, kilómetro tras kilómetro hacia el sudeste, hasta llenar la parte superior del golfo.

Los dos ríos, al fluir por la nueva tierra, gradualmente se aproximaron hasta unirse y formar un solo río que corre hasta la actual costa del golfo Pérsico, a unos 190 kilómetros al sudeste de donde estaba en los grandes días de Eridu.

Nippur está a unos 160 kilómetros río arriba desde Eridu. Sus ruinas tampoco están en las orillas del inconstante Éufrates, que ahora corre a 30 kilómetros al oeste.

Nippur siguió siendo un centro religioso de las ciudades-Estado sumerias mucho después del período de Ubaid, aun después de dejar de ser una de las ciudades más grandes o poderosas. La religión es más conservadora que cualquier otro aspecto de la vida humana. Una ciudad puede convertirse en un centro religioso, en un principio, porque es una capital. Luego puede perder su importancia, disminuir de tamaño y población y hasta caer bajo la dominación de forasteros, pero seguir siendo un centro religioso venerado. Basta pensar en la importancia de Jerusalén a lo largo de siglos, cuando era poco más que una aldea arruinada.

Cuando el período de Ubaid llegó a su fin, estaban creadas las condiciones para la más grande de todas las invenciones, la más importante en la vida civilizada del hombre: la de la escritura.

Uno de los factores que llevaron a los sumerios en esa dirección debe de haber sido el mismo barro que usaban en la construcción. Los sumerios no pueden haber dejado de observar que las impresiones hechas en la arcilla blanda subsisten y se hacen permanentes después de cocerla y convertirla en ladrillo endurecido.

Algunos quizás hayan pensado en hacer marcas deliberadamente, como una especie de firma de su obra. Para impedir «falsificaciones», puede habersele ocurrido a algunos preparar una superficie excavada que pudiera ser impresa en la arcilla para formar una figura o diagrama que sirviese como firma.

El avance siguiente se realizó en la ciudad de Uruk, situada a unos 80 kilómetros, río arriba, de Eridu. Uruk había adquirido cada vez mayor poder al final del período de Ubaid, y los dos siglos comprendidos entre los años 3300 y 3100 a. C. son llamados el «período de Uruk». Tal vez los avances se hayan producido allí porque Uruk era activa y próspera, o quizá la ciudad se volvió activa y próspera porque esos avances se produjeron en ella. Cuando se trata de tiempos tan remotos, es difícil saber cuál fue la causa y cuál el efecto.

En Uruk, el sello plano fue reemplazado por un sello cilíndrico. Consistía en un pequeño rodillo de piedra sobre el que se excavaba alguna escena en relieve negativo. El cilindro podía ser aplicado a la arcilla para reproducir esa escena, y repetidamente, si se deseaba.

Esos sellos cilíndricos se multiplicaron en la posterior historia mesopotámica, y evidentemente representaban tanto objetos de arte como «firmas».

Otro motivo que llevó a la creación de la escritura fue la necesidad de llevar registros. Los templos eran los almacenes centrales del cereal, el ganado y otras formas de propiedad. Contenían los excedentes de la ciudad, para usarlos en sacrificios a los dioses, para alimentar a los habitantes en períodos de hambre, para financiar guerras, etcétera. Los sacerdotes debían llevar la cuenta de lo que tenían, de lo que recibían y de lo que entregaban.

La manera más simple de hacerlo era mediante marcas; hacer muescas en palos, por ejemplo.

Los sumerios no tenían mucha abundancia de palos, pero los sellos mostraron que podía usarse la arcilla. Trazos de diversas clases podían usarse para las unidades, las decenas, etc. La tablilla de barro en la que se hacían esos trazos luego podía ser cocida y conservada como registro permanente.

Para saber si un conjunto de muescas correspondían a ganado o cebada, los sacerdotes tal vez hicieran un tosco dibujo de la cabeza de un toro, en un caso, o de una espiga, en el

otro. De este modo, se hizo que cierta marca designase un objeto determinado. Tales marcas son llamadas «pictografía» («escritura por imágenes»), y si todas las personas concuerdan en usar el mismo conjunto de imágenes, pueden comunicarse sin habla, y los mensajes pueden conservarse en forma permanente.

Poco a poco se llegó a un acuerdo sobre esos signos, tal vez ya en el 3400 a. C. El paso siguiente fue representar ideas abstractas mediante «ideogramas» («escritura de ideas»). Así, un círculo con rayos puede representar el sol; pero también puede representar la luz. El tosco dibujo de una boca puede representar el hambre, tanto como la boca misma; combinado con otro tosco dibujo de una espiga de cereal, puede significar «comer».

A medida que pasó el tiempo, los signos se hicieron cada vez más esquemáticos y se asemejaron cada vez menos a los objetos originales que les habían servido de modelos. Para lograr mayor velocidad, los escribas se habituaron a inscribir los signos clavando la parte filosa de su instrumento en la arcilla blanda de modo que hacían una marca triangular estrecha parecida a una cuña. Los signos fueron elaborados con estas marcas, que ahora llamamos «cuneiformes» (de una expresión latina que significa «en forma de cuña»).

En el 3100 a. C., al final del período de Uruk, los sumerios disponían de un lenguaje escrito totalmente elaborado, el primero del mundo. Los egipcios, cuyas aldeas se esparcían a orillas del río Nilo, en el África Noroccidental, a 1.500 kilómetros al oeste de las ciudades sumerias, oyeron hablar del sistema. Adoptaron la idea, pero en algunos aspectos la mejoraron. Como material para la escritura, usaron el papiro, láminas hechas con el tallo de una caña de río, mucho menos voluminosas y más fáciles de manejar que la arcilla. Cubrieron los papiros de símbolos mucho más atractivos que los toscos signos cuneiformes de los sumerios.

Los símbolos egipcios fueron grabados en monumentos de piedra y pintados en las paredes interiores de las tumbas. Estos monumentos y pinturas estuvieron siempre a la vista, mientras que las tablillas cuneiformes permanecieron ocultas bajo tierra. Por ello, durante largo tiempo se creyó que fueron los egipcios quienes inventaron la escritura. Pero ahora se atribuye el mérito a los sumerios.

La existencia de la escritura en Sumeria provocó cambios revolucionarios en el sistema social. Aumentó aún más el poder de los sacerdotes, pues ellos tenían el secreto de la escritura, ellos podían leer los registros, mientras que los hombres comunes no podían.

La razón de esto era que aprender a leer no era una tarea fácil. Los sumerios nunca fueron más allá de la idea de símbolos distintos para cada palabra básica, y terminaron teniendo más de dos mil ideogramas diferentes. Esto planteaba un serio problema para la memoria.

Sin duda, se podían desmenuzar las palabras en sonidos simples y representar cada uno de estos sonidos mediante un signo diferente. No son necesarios más de dos docenas de tales signos de sonidos (las «letras») y se los puede combinar para formar cualquier palabra concebible. Pero tal sistema de letras, o «alfabeto», sólo fue creado muchos siglos después de la invención de la escritura por los sumerios. Sus creadores fueron los cananeos, que habitaban el extremo occidental de la Media Luna Fértil, y no los sumerios.

La escritura también reforzó el poder del rey, pues pudo poner por escrito su propia concepción de las cosas e inscribirla en estructuras monumentales, junto con escenas grabadas. Era difícil para la oposición competir con esta antiquísima propaganda escrita.

También las relaciones de negocios se facilitaron con la escritura. Fue posible conservar los contratos en la forma de documentos escritos con el testimonio de los sacerdotes. Se pudo poner por escrito las leyes. La sociedad se hizo más estable y ordenada, cuando las reglas que la gobernaban fueron permanentes, en vez de estar ocultas en los inciertos recuerdos de los jefes, y cuando los afectados por ellas estuvieron en condiciones de consultarlas.

Probablemente fue en Uruk donde apareció por vez primera la escritura; en todo caso, las más antiguas inscripciones halladas hasta ahora lo fueron en las ruinas de esta ciudad. La prosperidad y el vigor que produjo el comercio como resultado de la escritura deben de haber contribuido mucho a que Uruk creciese en tamaño y poder. En el 3100 a. C., fue la ciudad más avanzada que tuvo el mundo hasta entonces, y abarcaba una superficie de casi cinco kilómetros cuadrados. Tenía un templo de 80 metros de largo, 30 de ancho y 12 de alto, y fue probablemente la mayor construcción que existió a la sazón en el mundo.

En conjunto, Sumeria se benefició enormemente con la escritura y pronto se convirtió en la parte más avanzada de Mesopotamia. Las regiones del Norte, más viejas en cuanto a civilización, quedaron atrás y se vieron obligadas a someterse a la soberanía política y económica de los reyes sumerios.

Otra consecuencia de la escritura es que permite conservar largos y detallados registros de los sucesos que pueden transmitirse de una generación a otra con escasas deformaciones. Una lista de nombres de reyes, de rebeliones, batallas y conquistas, de desastres naturales padecidos o superados, y hasta las áridas estadísticas de lo almacenado en los templos o los registros de los impuestos recaudados, todo ello nos dice infinitamente más de lo que podemos saber mediante el estudio de la cerámica o las herramientas halladas. Por ello, al período que comienza con los registros escritos lo llamamos «historia». Todo lo anterior es «prehistórico».

Con la escritura, pues, puede decirse que los sumerios crearon la historia.

El Diluvio

El período comprendido entre el 3100 y el 2800 a. C. fue el «Protoliterario» (o de la «escritura primitiva»), en el que Sumeria floreció. Cabría suponer que, si ya existía la escritura, podemos saber mucho sobre ese período. La verdad es que no es así.

La razón de ello no estriba en que se desconozca su lengua. El sumerio fue descifrado en los años treinta y cuarenta por el arqueólogo ruso-norteamericano Samuel N. Kramer (como resultado de una cadena de circunstancias a las que volveré más adelante).

El problema es que los registros anteriores al 2800 a. C. están mal conservados. Hasta los pueblos que vivieron poco después del 2800 a. C. parecen haber tenido cierta escasez de registros del período anterior. Al menos, los registros posteriores que describen los sucesos que precedieron a esa fecha fundamental parecen tener un carácter muy legendario.

La razón de este hecho puede resumirse en una sola palabra: el Diluvio. Los documentos sumerios que presentan una visión legendaria de la historia siempre se refieren al período «anterior al Diluvio».

Los sumerios tuvieron menos suerte que los egipcios con respecto a las inundaciones fluviales. El río de Egipto, el Nilo, se desborda todos los años, pero raramente varía mucho el nivel de las aguas. Nace en los grandes lagos del África Central Oriental, y éstos actúan como un enorme depósito de aguas que sirve para atenuar las fluctuaciones de las inundaciones.

El Tigris y el Éufrates no nacen en lagos, sino en fuentes montañosas. No hay ninguna represa y las inundaciones pueden ser desastrosas en años de mucha nieve y repentinas oleadas de calor primaverales. (En una fecha tan tardía como 1954 Irak sufrió una catastrófica inundación provocada por el ascenso de los ríos).

Entre 1929 y 1934, el arqueólogo inglés sir Charles Leonard Woolley excavó el montículo que correspondía a la antigua ciudad de Ur. Allí había estado una antigua desembocadura del Éufrates, a unos dieciséis kilómetros al norte de Eridu. Encontró una capa de limo de tres metros de espesor, sin ningún resto arqueológico.

Llegó a la conclusión de que era un sedimento depositado allí por una gigantesca inundación. Calculó que tal inundación alcanzó una profundidad de unos nueve metros y se extendió por una superficie de 500 kilómetros de largo por 160 de ancho, prácticamente todo

el territorio comprendido entre los ríos.

Pero la situación puede no haber sido tan desastrosa. Una inundación puede afectar a unas ciudades y no a otras, pues algunas pueden haber descuidado durante un período sus diques, mientras los de otras pueden resistir gracias a la labor heroica e infatigable de sus ciudadanos. Así, en Eridu no se observa una capa de cieno equivalente a la de Ur. Y en otras ciudades que tienen capas de limo, éstas corresponden a épocas muy diferentes de las de la capa de Ur.

Pero tiene que haber habido una inundación que fue peor que las otras. Quizá fue la que sepultó a Ur, al menos por un tiempo. Y aunque no destruyese tanto a otras ciudades, el descalabro económico resultante de la parcial destrucción de la tierra debe de haber arrojado a Sumeria en una breve edad oscura.

Esta súper inundación, o Diluvio (podemos usar una D mayúscula para nombrarlo), quizá se produjo alrededor del 2800 a. C. El Diluvio y los desórdenes que le siguieron deben de haber barrido, prácticamente, con los registros de las ciudades, y las generaciones posteriores no pudieron hacer más que tratar de reconstruir su historia con lo que algunos recordaban de los registros. Quizá los autores de cuentos aprovecharon luego la ocasión para hacer sagas, sobre la base de los pocos nombres y sucesos recordados, reemplazando la historia insulsa por dramas interesantes.

Por ejemplo, a los reyes registrados en listas posteriores como habiendo reinado «antes del Diluvio», se les atribuyen reinados absurdamente largos. A cada uno de los diez que figuran en las listas se les atribuyen reinados de decenas de miles de años.

Hallamos rastros de esto en la Biblia, pues los primeros capítulos del Génesis parecen haberse basado, en parte, en leyendas mesopotámicas. Así, la Biblia registra diez patriarcas (de Adán a Noé) que vivieron antes del Diluvio. Pero los autores bíblicos no pudieron tragarse los larguísimos reinados que les atribuían los sumerios (o quienes les siguieron) y limitaron la edad de esos patriarcas antediluvianos a menos de mil años. El hombre más longevo de la Biblia es Matusalén, el octavo de esos patriarcas, y se dice de él que vivió solamente 969 años.

Se formó una leyenda sumeria del Diluvio que es el primer poema épico que se conoce. Nuestra versión más completa data de una época posterior en más de 2.000 años al Diluvio, pero también sobreviven fragmentos más antiguos y es posible reconstruir buena parte del poema.

El héroe es Gilgamesh, rey de Uruk, que vivió algún tiempo antes del Diluvio. Era un hombre de una valentía heroica y que realizó grandes hazañas. En verdad, las aventuras de

Gilgamesh han hecho que se le llame a veces el «Hércules sumerio». Hasta es posible que la leyenda (la cual llegó a ser muy popular en siglos posteriores y debe de haberse difundido por todo el mundo antiguo) contribuyese a la formación de los mitos griegos sobre Hércules y de algunos de los incidentes de la *Odisea*.

Cuando un íntimo amigo de Gilgamesh murió, el héroe decidió evitar tal destino y comenzó a buscar el secreto de la vida eterna. Después de una complicada búsqueda, animada por muchas peripecias, dio con Utnapishtim, quien, en la época del Diluvio, había construido un gran barco con el que se habían salvado él y su familia. (Fue él quien, después del Diluvio, realizó el sacrificio que tanto agradó a los famélicos dioses).

En la obra, el Diluvio es universal, y en cierto modo tal vez fue así, pues la Mesopotamia era todo lo que les importaba del mundo a los sumerios.

Utnapishtim no sólo había sobrevivido al Diluvio, sino que también había recibido el don de la vida eterna. Él puso a Gilgamesh en la pista de cierta planta mágica. Si comía esa planta, recuperaría su juventud en forma permanente. Gilgamesh obtuvo la planta, pero, antes de que pudiera comerla, una serpiente se la robó. (Por su capacidad de cambiar su piel vieja y ajada para aparecer con otra nueva y resplandeciente, muchos hombres de la Antigüedad consideraban a las serpientes dotadas del poder de rejuvenecimiento, y el poema épico de Gilgamesh explica esto, entre otras cosas).

El cuento de Utnapishtim es tan similar al cuento bíblico de Noé, que la mayoría de los historiadores sospechan que este último deriva del poema épico de Gilgamesh. También es posible que la serpiente que sedujo a Adán y Eva privándolos de la vida eterna tenga su modelo en la serpiente que privó a Gilgamesh del mismo don.

La guerra

El Diluvio no fue el único desastre que Sumeria tuvo que soportar. También debió pasar por la guerra.

Hay indicios de que, en los primeros siglos de la civilización sumeria, las ciudades estaban separadas por extensiones de tierra sin cultivar y no chocaban unas con otras. Hasta quizás haya habido cierta simpatía entre las ciudades, el sentimiento de que el gran enemigo al que debían combatir era el irregular río, y que todas debían enfrentarse juntas a este enemigo.

Pero ya antes del Diluvio las ciudades-Estado sumerias en expansión deben de haber absorbido la tierra vacía que había entre ellas. Los trescientos kilómetros inferiores del Éufrates constituían un denso conjunto de tierras de labrantío por aquel entonces, y la presión demográfica empujaba a cada ciudad-Estado a usurpar todo lo posible el territorio de sus vecinas.

En condiciones similares, los egipcios contemporáneos de los sumerios formaron un reino unido y vivieron durante siglos en paz en lo que se llama «el Antiguo Imperio». Pero los egipcios estaban aislados, pues se hallaban rodeados por el mar, las cataratas del Nilo y el desierto. Tenían pocas razones para cultivar el arte de la guerra^[4].

Los sumerios, en cambio, expuestos por ambos lados a las incursiones de los nómadas, tenían que crear ejércitos, y lo hicieron. Sus soldados avanzaban en filas ordenadas y usaban carros tirados por asnos para el transporte de suministros.

Y una vez creado un ejército para rechazar a los nómadas, surgió la fuerte tentación de utilizarlo también durante los intervalos transcurridos entre las correrías de los nómadas. Así, cada parte de una disputa fronteriza respaldó sus pretensiones con su ejército.

Quizá, antes del Diluvio, la guerra no era terriblemente sangrienta. Las lanzas de madera con puntas de piedra y las flechas, también con puntas de piedra, fueron las armas fundamentales. No se puede dar mucho filo a las armas de piedra ni puede evitarse que se astillen y rompan al chocar. Muy probablemente, los escudos de cuero eran más que adecuados contra tales armas, y en las batallas comunes seguramente hubo muchos golpes y mucho sudor, pero, en definitiva, pocos muertos.

Pero, hacia el 3500 a. C., se descubrieron métodos para obtener cobre de ciertas rocas, y en el año 3000 a. C. aproximadamente se descubrió que, si se mezcla el cobre con estaño en proporciones adecuadas, se forma una aleación que hoy llamamos «bronce». El bronce es un metal duro, que puede trabajarse para obtener filosos bordes y agudas puntas. Además, si se embota, fácilmente se lo puede afilar nuevamente.

El bronce no había llegado a ser común ni siquiera en la época del Diluvio, pero era suficiente para romper el equilibrio a favor de los agricultores, en la perpetua guerra entre éstos y los nómadas. Las armas de bronce existentes sólo podían ser elaboradas mediante una tecnología avanzada, que estaba más allá de la capacidad de los rudimentarios nómadas. Hasta el tiempo en que los nómadas pudieron equipararse también con armas de bronce o aprendieron algún recurso igualmente bueno o mejor, tuvieron ventaja los pueblos de las ciudades.

Por desgracia, poco después del 3000 a. C., las ciudades-Estado sumerias empezaron a usar el bronce unas contra otras, también, de modo que las pérdidas provocadas por las guerras aumentaron (como han aumentado muchas veces desde entonces). Como resultado de esto, todas las ciudades se debilitaron, pues ninguna podía derrotar definitivamente a sus vecinas. A juzgar por la historia de otros sistemas mejor conocidos de ciudades-Estado (por ejemplo, los de la antigua Grecia), las más débiles invariablemente se unían contra cualquier otra que pareciese a punto de acercarse peligrosamente a una victoria total.

Podemos especular que fue, en parte, a causa de estas guerras crónicas y del agotamiento que producía en la energía de la gente por lo que se dejó que se deteriorara el sistema de diques y canales. Quizá fue ésta la razón de que el Diluvio alcanzase proporciones tan vastas y destructivas.

Con todo, aun con la desorganización que provocó el Diluvio, la superioridad de las armas de bronce debe de haber mantenido a Sumeria a salvo de los nómadas. Al menos, los sumerios todavía estaban en el poder en los siglos posteriores al Diluvio.

En verdad, Sumeria hasta se recuperó del Diluvio y llegó a ser más próspera que nunca. La Sumeria posdiluviana contenía unas trece ciudades-Estado que se dividían una superficie cultivada de unos 25.000 kilómetros cuadrados, superficie casi igual a la del Estado de Vermont.

Pero las ciudades no habían aprendido la lección. Una vez restablecidas, comenzaron nuevamente las eternas luchas.

Según los testimonios que poseemos, la más importante de las ciudades sumerias inmediatamente posteriores al Diluvio fue Kish, que estaba sobre el Éufrates a unos 240

kilómetros aguas arriba desde Ur.

Aunque Kish es una ciudad de respetable antigüedad, no se había destacado antes del Diluvio. Su repentino ascenso posterior hace pensar que las grandes ciudades del Sur habían decaído temporalmente.

La supremacía de Kish fue breve, pero, por ser la primera ciudad dominante después del Diluvio (y por ende la primera ciudad dominante en la época de los primeros registros históricos seguros), obtuvo notable prestigio. Los gobernantes sumerios conquistadores se autodenominaban «Reyes de Kish» para significar que gobernaban toda Sumeria, aunque Kish luego perdió importancia. (Esto es similar al hecho de que los reyes alemanes de la Edad Media se llamasen a sí mismos «Emperadores Romanos», aunque Roma había caído hacía tiempo).

Kish fue vencida porque, finalmente, las ciudades del Sur se recuperaron. Se reconstruyeron, recobraron sus fuerzas una vez más y reasumieron sus papeles habituales. Las listas de reyes sumerios que poseemos nombran a los reyes de varias ciudades en grupos relacionados entre sí a los que llamamos «dinastías».

Así, bajo la «I Dinastía de Uruk», esta ciudad reemplazó a Kish y adquirió preeminencia durante un tiempo después del Diluvio, como la había tenido antes. El quinto rey de esta I Dinastía fue nada menos que Gilgamesh, quien reinó hacia el 2700 a. C. y proporcionó el fondo de verdad alrededor del cual se construyó la montaña de fantasías del famoso poema épico. Hacia el 2650 a. C., Ur tomó a su vez el liderazgo bajo su propia I Dinastía.

Un siglo más tarde, alrededor del 2550 a. C., aparece el nombre de un conquistador. Se trata de Eannatum, rey de Lagash, ciudad situada unos 65 kilómetros al este de Uruk.

Eannatum derrotó a los ejércitos unidos de Uruk y Ur, o al menos pretende haberlo hecho en los pilares de piedra con inscripciones que erigió. (Esos pilares son conocidos por el nombre griego de «estelas»). Por supuesto, no siempre puede creerse totalmente lo que dicen tales inscripciones, porque son el equivalente de los modernos «comunicados de guerra» y a menudo están llenos de una exagerada vanagloria o estaban destinados a mantener la moral.

La más impresionante estela que dejó Eannatum es una en la que se ve una cerrada falange de soldados, todos con las lanzas en ristre, con yelmos y avanzando sobre los cuerpos postrados de sus enemigos. Se ven perros y buitres desgarrando a los muertos, por lo que se llama a dicho monumento la «Estela de los Buitres».

Esa estela conmemora una victoria de Eannatum sobre la ciudad de Umma, a unos 30

kilómetros al oeste de Lagash. La inscripción de la estela afirma que Umma inició la guerra quitando ciertas piedras que marcaban los límites, pero desde entonces en ninguna versión oficial de una guerra se dejó de afirmar enfáticamente que la otra parte le había dado comienzo, y no poseemos la versión de Umma.

Durante el siglo que siguió al reinado de Eannatum, Lagash siguió siendo la más poderosa de las ciudades sumerias. Llegó a gozar de una vida fastuosa, y en sus ruinas se han hallado bellos objetos de metal que datan de ese período. Tal vez ejerció su dominación sobre 4.500 kilómetros cuadrados de tierras (la mitad del Estado de Rhode Island), extensión enorme para aquellos tiempos.

El último rey de esta I Dinastía de Lagash fue Urukagina, quien ascendió al trono alrededor del 2415 a. C.

Fue un rey ilustrado, sobre el cual nos gustaría saber más. Parece haber pensado que había, o debía haber, un sentimiento de parentesco entre todos los sumerios, pues en una inscripción que nos legó contrasta a los habitantes civilizados de las ciudades con las tribus bárbaras del exterior. Tal vez soñó con crear una Sumeria unificada que presentase una muralla inexpugnable contra los nómadas y se desarrollase, dentro de esta muralla, en la paz y la prosperidad.

Urukagina fue también un reformador social, pues trató de reducir el poder de los sacerdotes. La invención de la escritura había puesto tanto poder en manos de éstos que constituían un serio peligro para el progreso. Poseían tanta riqueza que no quedaba la suficiente para el crecimiento económico de la ciudad.

Desafortunadamente, Urukagina halló el destino de tantos reyes reformadores. Sus intenciones eran buenas, pero los elementos conservadores eran quienes tenían el poder real, y hasta la gente común, a la que el rey intentó ayudar, probablemente temía a los sacerdotes y los dioses más de lo que deseaba su propio bien.

La ciudad de Umma, antaño aplastada por Eannatum, tuvo ahora la oportunidad de vengarse. Estaba gobernada por Lugalzagesi, hábil guerrero que lentamente amplió su poder y su ascendiente mientras Urukagina se embrollaba en su intento de reformar Lagash. Lugalzagesi se apoderó de Ur y Uruk y se proclamó rey de ésta.

Tomando como base Uruk, alrededor del 2400 a. C., Lugalzagesi atacó Lagash, derrotó a su desmoralizado ejército y saqueó la ciudad. Así obtuvo el dominio sobre toda Sumeria.

Ningún sumerio había tenido tanto éxito militar como Lugalzagesi. Según sus propias

jactanciosas inscripciones, envió ejércitos al Norte y al Oeste, hasta el Mediterráneo. Por entonces, la densidad de población en Mesopotamia era diez veces mayor que la de las regiones no agrícolas. Varias ciudades sumerias, como Umma y Lagash, tenían una población de diez a quince mil habitantes.

Pero los sumerios no sólo tuvieron que contender unos contra otros, al menos militarmente. La cultura sumeria había traspasado las estrechas fronteras de la misma Sumeria, y otros pueblos estaban preparados para demostrar que eran sus discípulos aventajados.

2. Los acadios

El primer imperio

Algún tiempo antes del Diluvio, una nueva oleada de nómadas había entrado en Mesopotamia. Los sumerios pudieron muy bien mantener alejados a los recién llegados de sus principales centros de población, a lo largo del Éufrates inferior. Los nómadas, pues, se dirigieron hacia el Norte y ocuparon los territorios situados al norte de la misma Sumeria. Se trasladaron a la región donde el Éufrates y el Tigris se acercan unos 30 kilómetros uno de otro, antes de apartarse nuevamente cercando las fértiles tierras de Sumeria.

El origen de los recién llegados era muy diferente del de los sumerios. Los arqueólogos pudieron afirmar esto con seguridad sobre la base de sus lenguas, una vez que éstas fueron descifradas.

La lengua sumeria está formada por palabras de una sílaba (como el chino moderno) y no se asemeja a ninguna otra lengua conocida de la Tierra. El lenguaje de los recién llegados estaba constituido por palabras polisilábicas. Su estructura era muy semejante a la de toda una familia de lenguas cuyo representante antiguo más conocido era el hebreo, y el más conocido en tiempos modernos es el árabe.

Los diversos pueblos antiguos que hablaban este grupo de lenguas son descritos en la Biblia como descendientes de Shem (o Sem, en la versión latina), uno de los hijos de Noé. Por ello, en 1781, el historiador alemán August Ludwig von Schlözer propuso llamar «semíticas» a esas lenguas.

Presumiblemente, todos los pueblos antiguos que hablaban lenguas semíticas descendían de un único grupo común en el que se había desarrollado la lengua madre original (el «protosemítico»). Luego, con el tiempo y con los desplazamientos y separaciones de las tribus descendientes, el protosemítico se había escindido en diversos dialectos que más tarde constituyeron las lenguas que son los miembros de la familia semítica. No se sabe con certeza dónde se habló el protosemítico originario, pero la mejor conjetura es la que lo ubica en Arabia.

Fue por la frontera arábiga del sudoeste, pues, por donde los invasores de lengua semítica entraron en Mesopotamia en el 3000 a. C., como mil años antes los sumerios habían entrado desde las cadenas montañosas del nordeste.

(Es importante recordar que el término «semítico» sólo alude al idioma, y no a la raza.

Es muy común llamar «semitas» a los pueblos que hablan lenguas semíticas, y yo mismo lo haré a veces, pero no existe una «raza semítica». La gente cambia de lengua fácilmente sin cambiar por ello sus características físicas. Así, los negros norteamericanos hablan inglés y los negros haitianos hablan francés, pero esto no los hace más afines racialmente a los europeos).

La más importante de las ciudades del territorio en el que penetraron los semitas fue Kish. Debe de haber sido sumeria en sus orígenes, pero los semitas se infiltraron gradualmente y llegaron a apoderarse de ella.

Durante seis siglos, cuando el Diluvio y después de él, los semitas permanecieron en el fondo del escenario. Su territorio no era en modo alguno tan próspero como el de Sumeria. Aún no habían adoptado el sistema de técnicas de irrigación sumerias, y su menor nivel de productividad entrañaba menor riqueza y poder. (La potencia de la destreza sumeria se hace patente cuando nos enteramos de que las granjas sumerias, en la época de la grandeza de Lagash, eran tan productivas como las granjas modernas, aunque a un costo mucho mayor en trabajo físico, por supuesto).

Pero las ciudades sumerias se estaban consumiendo, mientras que las semíticas progresaban lentamente. Lo que necesitaban los semitas era un líder inspirado que los uniese y los condujese a la victoria. En tanto que Lugalzagesi adquiría la supremacía en Sumeria, entraba en escena tal líder, el primer gran semita de la historia.

Más tarde, este nuevo conductor se dio a sí mismo el nombre de Sharrukin, pero un rey posterior del mismo nombre es llamado Sargón en versiones castellanas de la Biblia. Por ende, conocemos a este antiguo semita como Sargón.

La fama de Sargón, en siglos posteriores, dio origen a una serie de leyendas sobre él. Una, en particular, trata de los peligros que tuvo que pasar en su infancia. Nació (dice la leyenda) de una mujer de encumbrada familia, pero su padre era desconocido. Su madre, por vergüenza de tener un hijo ilegítimo, lo dio a luz secretamente y luego trató de desembarazarse de él antes de que alguien lo hallara.

Hizo un pequeño bote de cañas y lo untó con brea para hacerlo impermeable. Puso al niño en él y lo lanzó al río. Fue hallado por un pobre hortelano que lo crió con amor, pero en la pobreza. Más tarde, en su edad adulta, sus talentos innatos lo condujeron al liderazgo, las conquistas y el poder supremo.

El cuento del niño expósito salvado por un gran y casi milagroso azar, y que ya mayor se convierte en un conductor de hombres, es muy común en la historia legendaria, pero el de Sargón es el más antiguo que conocemos. Muchos le siguieron. En los mitos griegos, Edipo y

Perseo fueron abandonados del mismo modo. En los mitos romanos, los expósitos fueron Rómulo y Remo. En las leyendas hebreas, Moisés fue abandonado en circunstancias muy similares a las de Sargón.

Es muy posible que la gran fama de la leyenda de Sargón haya influido en los cuentos posteriores, particularmente en el de Moisés.

A la edad adulta, Sargón entró al servicio del rey de Kish, y por sus méritos llegó a ser el súbdito en quien más confiaba el rey. Esta confianza, al parecer, estaba mal colocada. Cuando el rey es débil y el primer ministro fuerte, ha ocurrido a menudo en la historia que el rey es derrocado y el primer ministro se convierte en el nuevo rey. Así sucedió en el caso de Sargón.

Es muy probable que Sargón adoptase deliberadamente su nuevo nombre, cuando se convirtió en rey, como recurso de propaganda. El nombre significa «rey legítimo», que es precisamente lo que él no era. Ya los antiguos sabían, al parecer, que por exorbitante que sea una mentira, si se repite con suficiente vigor y frecuencia, finalmente será aceptada.

Como usurpador, Sargón pensó que sería mejor crear una nueva capital que estuviese asociada a su nombre solamente, en lugar de permanecer en la vieja capital, llena de los monumentos y recuerdos de la dinastía anterior. Por ello, fundó la ciudad de Agadé en alguna parte del territorio semítico. Hizo famosa a la ciudad, y él es conocido en los libros de historia como «Sargón de Agadé».

El nombre de la ciudad se extendió a toda la región, que conocemos como Acad, forma alternativa de Agadé. Los primeros semitas de esta región son llamados acadios, y su lengua, la lengua acadia.

Las ciudades acadias, unidas bajo este hombre vigoroso se volvieron ahora contra Sumeria. Lugalzagesi era todavía rey de Uruk, pero ya había reinado durante treinta años. Estaba viejo y cansado, y hacia el 2370 a. C., sucumbió ante Sargón. No tenemos detalles de la guerra, por supuesto, sino sólo la orgullosa inscripción de Sargón según la cual aplastó a su enemigo y ocupó todo Sumer, hasta el golfo Pérsico.

Toda Sumeria y toda Acad estuvieron, entonces, bajo un solo gobierno y, en verdad, las dos tierras se fundieron totalmente. Durante el largo reinado de Sargón, Acad se «sumerizó» completamente. La técnica de la irrigación fue usada a fondo, y Acad llevó la cultura sumeria río arriba. De hecho, hablamos de la cultura súmero-acadia, así como hablamos de la cultura grecorromana.

Los acadios nunca abandonaron su lengua, pero no tenían ningún sistema de escritura,

por lo que tuvieron que tomarlo de los sumerios. Adoptaron el sistema cuneiforme, aunque éste, creado para los monosílabos sumerios, no se adecuaba bien a los polisílabos acadios.

El prestigio de la conquista de Sumeria por Sargón fue tal que el acadio empezó a tomar creciente importancia, y la lengua sumeria inició una larga decadencia que iba a continuar aun durante los períodos en que las ciudades sumerias recuperaron temporalmente su importancia política.

Sargón hasta logró extender su dominio más allá de Sumeria y Acad. Colonos sumerios habían avanzado Tigris arriba poco después del Diluvio. En verdad, los desastres del Diluvio quizá llevasen a muchos sobrevivientes hacia el Norte, lejos de los escenarios de la devastación. Allí, en el Tigris, a unos 300 kilómetros al norte de Acad, los colonos habían fundado la ciudad de Asur. Ésta dio nombre a toda la región del Tigris superior, región que hoy conocemos por la versión griega de su nombre: Asiria.

Sargón dominó Asiria, tanto como Sumer y Acad. Toda Mesopotamia era suya, e incluso se supone que extendió su poder hacia el oeste del Éufrates superior, hasta el Mediterráneo. Esto no es totalmente seguro, pero al menos tiene más probabilidades de ser verdad en su caso que en el de su predecesor, Lugalzagesi.

Sargón también absorbió un centro de poder al este de Sumeria. Era la tierra que estaba inmediatamente al norte del extremo superior del golfo Pérsico y al este del Tigris. Los sumerios llamaban a los habitantes de esas tierras los «Elamtu», y el nombre de la región ha entrado en nuestra lengua como «Elam».

Sargón eligió a la más sumisa y menos díscola de las ciudades elamitas y convirtió a su gobernante en su virrey en toda la región. La ciudad aludida era Shushan, situada a unos 200 kilómetros al nordeste de Lagash. Así comenzó la preeminencia de la ciudad, que iba a seguir siendo una capital importante durante dos mil años. La conocemos por la versión griega de su nombre: Susa.

Elam había aceptado tempranamente la cultura sumeria y el sistema cuneiforme de escritura. Y antes del Diluvio mantenía querellas y luchas con las ciudades sumerias. Pero no pudo resistir a Sargón y se convirtió en parte de su vasto imperio.

Sargón gobernó el primer verdadero imperio de la historia de la civilización, el primer reino de proporciones creado por un solo hombre que gobernó a muchos pueblos de diversos orígenes. Por entonces, había otros tres centros de civilización en el mundo, que se hallaban a orillas de otros tantos ríos: el Nilo en Egipto, el Indo en lo que es ahora Pakistán y el río Amarillo en China. Estas otras tres civilizaciones estaban constituidas por pueblos del mismo origen, y no eran imperios en el sentido de que un solo grupo gobernante domina una

variedad de pueblos sometidos.

Un imperio habitualmente goza de gran brillo mientras existe. Un grupo dominante no vacila en apropiarse de la riqueza penosamente adquirida de pueblos sujetos. Los bienes excedentes, que por lo común habrían estado dispersos en una docena —o más— de ciudades-Estado sumerias, fueron reunidos en la capital de Sargón. Ésta alcanzó un tamaño y una suntuosidad desconocidos hasta entonces. Es por la capital imperial por lo que los contemporáneos (y también la posteridad) juzgan un imperio, y su magnificencia los impresiona profundamente y los conduce a juzgar al emperador como un gran hombre y un héroe, aunque todo se base en el robo y las provincias del imperio estén sumidas en la miseria.

Sargón de Agadé murió alrededor del 2315 a. C., después de un triunfal reinado de más de medio siglo. Sumeria se rebeló a su muerte, pero su hijo mayor, que le sucedió, rápidamente suprimió la revuelta, y el Imperio Acadio permaneció intacto.

Bajo el nieto de Sargón, Naram-Sin, que subió al trono hacia el 2290 a. C., el Imperio Acadio llegó a su apogeo. Naram-Sin extendió su influencia hasta Asia Menor, la gran península que está al oeste de la Mesopotamia Septentrional; y reforzó también su dominación sobre Elam.

Naram-Sin es más conocido hoy por una estela que conmemora una victoria suya sobre una horda nómada del territorio elamita. La estela lo muestra atacando una fortaleza de montaña, conduciendo a sus hombres por las laderas y a sus enemigos rindiéndose y muriendo; él mismo está representado como una figura calma y heroica, del doble del tamaño natural.

Para nuestro gusto, la estela de Naram-Sin es muy superior, artísticamente, a la Estela de los Buitres, hecha dos siglos y medio antes. Los sumerios se representaban siempre como individuos más bien rechonchos, regordetes, de cabezas redondas, grandes ojos saltones y enormes narices. No nos resultan particularmente atractivos, pese a todas sus proezas intelectuales y su inventiva. Pero es difícil saber hasta qué punto esa representación era «fiel a la realidad» o mera convención artística.

Sea como fuere, los soldados acadios que aparecen en la estela de Naram-Sin son más delgados, más altos y de apariencia más grácil (a nuestros ojos, al menos) que las figuras convencionales de los sumerios.

Los nómadas conquistadores

Naram-Sin murió aproximadamente en el 2255 a. C., y casi inmediatamente el Imperio Acadio empezó a pasar por graves dificultades. En una sola generación pasó del apogeo de su poder a la destrucción, algo que iba a ocurrir muchas veces en la posterior historia mesopotámica.

Los imperios antiguos, aunque pareciesen gloriosos y fuertes, siempre llevaban dentro una especie de bomba de tiempo.

Cuando en una región abundan las ciudades-Estado en continuas guerras unas con otras, pueden dilapidar su riqueza y su energía en esa lucha incesante, pero cada ciudad-Estado tiene un ejército combativo y una tradición de patriotismo. A menudo se unirán para combatir a un enemigo común externo. En tales circunstancias, los nómadas invasores son derrotados con frecuencia.

Pero cuando se forma un imperio, toda la fuerza se centraliza en la capital y en el pueblo dominante. Las provincias son desarmadas y despojadas de sus ejércitos todo lo posible.

Entonces, puede haber dos alternativas. Las provincias, por lo común habitadas por pueblos sometidos pueden conservar su hostilidad y su rencor, y aprovechar toda oportunidad que se les presente para rebelarse contra el gobierno central. Tales rebeliones habitualmente fracasan y son sofocadas duramente mientras el imperio es fuerte, pero cada una de esas rebeliones, aunque sea aplastada, destruye parte de la prosperidad del imperio y debilita un poco la fuerza de los gobernantes. Lejos de combatir a los enemigos del exterior, los provinciales en rebelión propenden a apelar a los nómadas, con la esperanza de utilizar su ayuda contra el gobierno central.

Por otro lado, si las provincias son obligadas a la sumisión o si se les priva poco a poco de sus tradiciones guerreras, no estarán en condiciones de rechazar a los invasores cuando éstos se presenten. Y como alimentarán el resentimiento contra los gobernantes, es muy probable que reciban a los recién llegados como liberadores, no como enemigos.

Se sigue de esto que si un imperio declina, aun ligeramente, de su apogeo, se inicia un círculo vicioso de revueltas repentinas, mayor debilitamiento, nuevas revueltas, apelaciones a la ayuda externa y, muy a menudo en el curso de una sola generación, el imperio se

derrumba.

En la época del Imperio Acadio, había una importante tribu nómada, los guti, que habitaban en los Montes Zagros, donde antaño habían morado los sumerios.

Una generación después de la muerte de Naram-Sin, los guti consideraron que había llegado su oportunidad. Los débiles sucesores del rey luchaban entre sí por el trono, y las diversas provincias se habían rebelado y pedido ayuda a los nómadas. Los guti se abalanzaron sobre el Imperio, derrotaron al desmoralizado ejército acadio, tomaron Agadé y la destruyeron alrededor del 2215 a. C. El Imperio era suyo.

Agadé fue destruida tan completamente que, de todas las capitales mesopotámicas, sólo de ella se desconoce en la actualidad su emplazamiento. Una destrucción tan completa indica una furia extremada. Nos hace preguntarnos si contingentes de los pueblos sojuzgados no se unirían al ejército de los guti y si no fueron soldados sumerios y elamitas los que se aseguraron de que no quedase piedra sobre piedra que les recordase su prolongada opresión.

Pero si fue así, los pueblos sometidos descubrirían que no estaban mejor con los guti. Bajo su cruel gobierno, la prosperidad declinó. Estaban demasiado poco habituados a las complejidades de la civilización para establecer una organización apropiada, particularmente en lo concerniente a la red de canales. Dejaron que éstos se deteriorasen, lo que provocó hambre y gran mortandad. La antigua civilización mesopotámica entró en una breve «edad oscura».

Acad soportó lo más recio de la embestida, pues ella había sido el centro del Imperio y tenía el prestigio de su tradición, de modo que fue en Acad donde los guti establecieron su centro en lugar de la destruida Agadé.

Algunas de las ciudades sumerias del Sur sacaron provecho de la distancia y compraron cierto grado de libertad pagando pesados tributos a los nuevos gobernantes.

Uruk progresó bajo su IV Dinastía, y Ur bajo su II Dinastía. Pero el gobernante más notable del período guti fue el gobernador de Lagash, Gudea. Bajo su gobierno, alrededor del 2150 a. C., Lagash pasó por una auténtica edad de oro. Lagash ya no era la ciudad conquistadora y victoriosa de tiempos de Eannatum, tres siglos y medio antes, pero esto redundó en su beneficio. Lagash floreció en la paz, sin sueños de conquista.

Gudea, por supuesto, era sacerdote tanto como gobernador, y se interesaba particularmente por los templos. Embelleció los ya existentes y construyó otros quince nuevos. Su piedad impresionó tanto al pueblo que, después de su muerte, fue deificado y adorado como un dios.

El arte floreció bajo su gobierno, y los escultores de Lagash aprendieron a trabajar una piedra muy dura llamada diorita, que era llevada desde el exterior. Las figuras recibieron un intenso y bello pulimento. La estatua más famosa de este género es una que representa al mismo Gudea. Tiene unos 45 centímetros de alto y muestra a Gudea sentado con las manos rodeando su abdomen (una convención artística sumeria que indicaba una piadosa reverencia) y una calma expresión en su bello, aunque de largas narices, rostro.

Las estatuas eran cubiertas con inscripciones que constituyen una fuente importante de la historia sumeria. En verdad, el descubrimiento del palacio de Gudea, a fines del siglo XIX, fue el primer indicio que tuvo el hombre moderno de la existencia de los sumerios.

Pero es raro que un gobierno nómada sobre un imperio civilizado dure mucho tiempo. Los lujos de la civilización son muy atractivos y seductores para los que sólo han conocido la ruda vida nómada. Aunque los primeros conquistadores se burlen del lujo y lo juzguen decadente, sus hijos sucumben a él. Los nómadas dejaron de ser nómadas.

Así, los toscos señores de la guerra guti pronto se convirtieron en reyes cultivados. Probablemente hasta trataron de ser más acadios que los acadios, pues tenían una ascendencia nómada que hacer olvidar. De este modo, la dominación nómada terminó en la absorción.

Pero, con frecuencia, tal absorción no basta. Aunque los nómadas se civilicen, deben siempre combatir el descontento del pueblo dominado. Quienes recordaban los muchos siglos de civilización anteriores rechazaban la ascendencia nómada de sus gobernantes. Y el hecho de que los nómadas estuviesen en el poder por derecho de conquista aumentaba el resentimiento. Por consiguiente, cuando la dinastía nómada se suaviza y su ejército ya no está formado por el duro grupo de guerreros de antaño, es derrocada.

La ciudad de Abraham

Los guti sólo duraron alrededor de un siglo. Hacia el 2120 a. C., fueron expulsados de Mesopotamia. El libertador parece haber sido el gobernante de Uruk, que estaba a la sazón bajo su V Dinastía. Quizás actuó en alianza con Ur, pero, si fue así, el gobernante de Ur pronto desplazó a su aliado y obtuvo la supremacía en el 2113 a. C.

Ese gobernante de Ur, Ur-Nammu, fue el primer rey de la III Dinastía de Ur, y durante un siglo los sumerios tuvieron un último destello de grandeza. Bajo la III Dinastía de Ur, toda Mesopotamia fue unida en un imperio tan grande como el acadio, pero de carácter más comercial que militar.

Ur-Nammu fue quizá el más grande rey de su linaje. Bajo su reinado, las leyes de la tierra fueron puestas por escrito, aunque es probable que esto ya se hiciera antes de él, ya que es difícil suponer, por ejemplo, que Sargón de Agadé no lo hubiese hecho en el curso de su largo reinado. Pero el hecho es que nada sobrevive de los códigos anteriores; el de Ur-Nammu es el más antiguo que poseemos. Los restos que sobreviven son las más antiguas leyes escritas de la historia.

Esos restos que poseemos parecen también bastante ilustrados. Las leyes antiguas tendían a castigar mediante la mutilación (ojo por ojo y diente por diente), pero en el código de Ur-Nammu se establece en su lugar la compensación monetaria. Tal vez ésta fuese una idea natural en una sociedad comercial.

La construcción sumeria con ladrillo llegó a su culminación en el siglo de la III Dinastía de Ur. Allí se construyó un enorme zigurat, el más grande edificado hasta entonces en Sumeria. Lo que queda de él ha sido puesto al descubierto en las excavaciones efectuadas en el emplazamiento de Ur, y los restos son aún impresionantes. Tienen unos 90 metros de largo por 60 de ancho, y los muros inferiores tienen un espesor de 2,5 metros.

Quedan en pie dos plantas con una altura de 20 metros. Pero se cree que, cuando estaba completo, tenía tres pisos con una altura total de unos 40 metros.

En el yacimiento de Ur también se han encontrado, literalmente, decenas de miles de tablillas de arcilla llenas de inscripciones. Cabría pensar que este hallazgo debe proporcionarnos una gran cantidad de datos sobre la historia del país, pero los testimonios no son de este género. Son registros de contaduría y de transacciones comerciales. Es como si

alguna civilización de un distante futuro descubriese montones y montones de papeles en las ruinas de Nueva York y hallase que son todos viejos recibos y billetes de venta.

Desde luego, esto no es de despreciar. De esos monótonos registros, es mucho lo que puede inferirse sobre la vida cotidiana de un pueblo. Podemos tener idea del tipo de alimentos que la gente comía, de la clase de negocios que realizaba, de la extensión de su comercio y de lo que compraban y vendían. Hasta podemos conocer las fronteras de un imperio tomando nota de los lugares en cuyas ruinas se han descubierto documentos similares. Cuando los documentos están fechados, habitualmente lo están indicando el año del reinado de cierto rey, de lo cual podemos deducir los nombres de los distintos reyes, el orden en que reinaron y cuánto duró cada reinado. Cuando las fechas dejan de mencionar a los reyes de Ur, podemos inferir que en ese lugar había sido destruida la hegemonía de Ur.

En efecto, su poder se derrumbó; en el 2030 a. C. llegó prácticamente a su fin. Durante una generación se mantuvo como ciudad-Estado, al menos, pero luego recibió el golpe final. Un ejército elamita aprovechó la anarquía reinante en Mesopotamia y un período de hambre que hubo en la misma Ur para abatir las orgullosas defensas de la ciudad y ocuparla, en el 2006 a. C. Tomaron prisionero al último rey de la III Dinastía, Ibbisin.

Temporalmente, Elam, que había sido una provincia conquistada del Imperio Acadio, fue la potencia suprema en Mesopotamia. Esto ocurrió, en parte, porque las ciudades-Estado de la región luchaban unas con otras y habían vuelto al viejo juego de la guerra.

En lo que antaño había sido Sumeria, había dos ciudades de primera importancia: Isin y Larsa.

Isin era la más lejana río arriba, inmediatamente al sur de Nippur. Durante un siglo después de la caída de Ur, Isin fue más importante ciudad-Estado del Sur. Al final de ese período, hacia el 1930 a. C., uno de sus gobernantes codificó las leyes de la ciudad y las hizo registrar en lengua sumeria. Partes de ese código subsisten aún.

Larsa está más al sur, a unos 20 kilómetros aguas abajo de Uruk. En el 1924 a. C., Larsa, que se hallaba bajo la dominación elamita, derrotó a Isin y luego tuvo su propio siglo de grandeza.

Más al norte, había otras dos importantes ciudades-Estado. Eran Asur y, aguas abajo del Tigris, Eshnunna. Fragmentos de un tercer código de leyes establecido por un gobernante de Eshnunna también han llegado hasta nosotros.

Pero esas ciudades-Estado no eran realmente sumerias al viejo estilo. Los sumerios como clase gobernante llegaron a su fin en Ur. En el período posterior al 2000 a. C., las clases

dominantes de las ciudades que antaño habían constituido Sumeria hablaban el acadio. Mesopotamia se volvió totalmente semítica en lo que respecta a la lengua, y seguiría siéndolo durante quince siglos.

El sumerio no murió inmediatamente. Persistió durante un tiempo en la más conservadora de las instituciones, la religión. Pero fue una «lengua muerta», usada en el ritual religioso, como el latín en la actualidad.

Y con su lengua, los sumerios desaparecieron. No fueron muertos o exterminados, solamente dejaron de considerarse sumerios. Su sentido de nacionalidad se desvaneció lentamente, y en el 1900 a. C., ya no quedaba nada de ellos.

Durante dos mil años, los sumerios habían estado en la avanzada. Habían inventado el transporte con ruedas, la astronomía, la matemática, la empresa comercial, las construcciones de ladrillo en gran escala y la escritura. Casi podría decirse que inventaron la civilización.

Pero por entonces habían desaparecido. Siete siglos antes de la guerra de Troya, once siglos antes de que se fundara una pequeña aldea llamada Roma, los sumerios, ya cargados de tradición, desaparecieron. Su existencia misma fue olvidada hasta las grandes excavaciones arqueológicas de las últimas décadas del siglo XIX.

Sin embargo, quedó un rastro de ellos. En un gran libro que data de antiguos tiempos —la Biblia— se encuentran oscuras huellas de los sumerios. Hay un pasaje, específicamente, que alude al período de la III Dinastía de Ur.

En el último siglo de su existencia, hacia el 2000 a. C., la cercana muerte de Sumeria era evidente. La pérdida del Imperio, el hambre y la ocupación elamita fueron demasiados golpes mortales. Muchos hombres emprendedores de Ur deben de haber pensado que ya no había futuro en la que antaño había sido una gran ciudad, y se dispusieron a partir al exterior, en busca de mejor fortuna en otras partes.

En la Biblia se menciona una de tales emigraciones: «Tomó, pues, Teraj a Abram, su hijo; a Lot, y a Sarai, su nuera... y los sacó de Ur... para dirigirse a la tierra de Canaán» (Génesis, 11,31). Viajaron a lo largo de la Media Luna Fértil, primero hacia el Noroeste, hasta la cima del arco, y luego hacia el Sur, al extremo occidental. Abram cambió luego su nombre por el de Abraham y, según la leyenda, fue el antepasado de los israelitas.

La Biblia luego describe una incursión realizada por un ejército mesopotámico contra las ciudades-Estado de Canaán, y en el relato se presenta la época de Abraham como la que siguió inmediatamente a la caída de Ur:

«Sucedió que en aquel tiempo Amrafel, rey de Senaar; Arioc, rey de Elasar; Codorlaomor, rey de Elam, y Tadal, rey de naciones, hicieron guerra a...» (Génesis, 14,1-2).

Por el papel destacado que se le otorga en el resto de este pasaje bíblico, es evidente que Codorlaomor dirigía la coalición, y sólo en este período de su historia el siglo que siguió a la caída de Ur Elam fue la potencia principal de una Mesopotamia fragmentada. Se cree por lo general que Elasar, otro miembro de la coalición, alude a Larsa, y sólo por entonces tuvo esta ciudad un papel prominente.

«Tadal, rey de naciones», parece haber sido un principito secundario, y el principal interés de este pasaje reside en la persona de Amrafel, rey de Senaar. Tomado literalmente, parecería referirse a alguien que gobernó toda la región mesopotámica (pues Senaar es Sumeria), pero esto no se ajusta a la situación imperante a la sazón. En realidad, si Amrafel hubiese sido verdaderamente el gobernante de toda Mesopotamia, habría sido él, no Codorlaomor, quien encabezase la coalición.

La respuesta a este enigma involucra a un nuevo grupo de invasores que habían entrado en Mesopotamia y a los que debemos referirnos ahora.

3. Los amorreos

Babilonia entra en escena

Los nuevos invasores llegaron del Oeste y el Sur, como los acadios mil años antes. Hablaban una lengua semítica muy semejante al acadio y pronto adoptaron la forma acadia de la lengua cuando se asentaron en Mesopotamia. Por este parentesco de la lengua, con el tiempo llegaron a ser considerados como nativos; no fueron los odiados «extranjeros» que habían sido los guti.

Estos semitas recién llegados fueron llamados *amurru* en los documentos mesopotámicos, y se discute si esa palabra significa «occidentales» o «nómadas». Sea como fuere, los conocemos como los amorreos.

Alrededor del 2000 a. C., después de los gloriosos días de Ur y cuando Sumeria entraba en su decadencia final, los amorreos surgieron del desierto e invadieron la Media Luna Fértil, por el Este y el Oeste.

En el Oeste, colonizaron las tierras adyacentes al mar Mediterráneo y se mezclaron con los habitantes de Canaán (que también hablaban una lengua semítica). Así, en la Biblia, a los cananeos se los llama a menudo amorreos, por ejemplo, cuando Dios le dice a Abraham que no es el tiempo de heredar Canaán, «pues todavía no se han consumado las iniquidades de los amorreos» (Génesis, 15,16).

En el Este, los amorreos penetraron en lo que había sido Acad, y fueron ellos, no los sumerios en decadencia, quienes revigorizaron las ciudades-Estado entre 2000 y 1800 a. C. Se apoderaron de la ciudad de Larsa, por ejemplo, que floreció bajo el dominio amorreo.

Los amorreos también se apoderaron de una pequeña ciudad acadia llamada Babilum (palabra acadia que significa «puerta de Dios») e hicieron de ella su ciudad. En el hebreo de la Biblia, el nombre de la ciudad se convirtió en «Babel».

Babel, hasta entonces, no se había destacado mucho en el mundo mesopotámico. Estaba a orillas del Éufrates al oeste y cerca de Kish, y debe de haber vivido en buena medida a la sombra de esta ciudad. Pero cuando Kish declinó, Babel tuvo la ocasión de brillar con mayor intensidad.

Pero los amorreos lograron el más notable de sus éxitos tempranos en las lejanías del Norte. Se apoderaron de Asur en el 1850 a. C., y allí encontraron una rica presa, en verdad. El

arco septentrional de la Media Luna Fértil bullía de civilización, y al final del período de la III Dinastía de Ur mercaderes de Asur habían penetrado profundamente en Asia Menor. Ahora, liberada de la dominación de Ur, Asur obtuvo la autonomía y se convirtió en una rica ciudad comercial de altivos mercaderes.

En el 1814 a. C., un proscrito amorreo, tal vez un miembro de la familia gobernante, se hizo con el poder en Asur. Su nombre era Shamshi-Adad I, y creó una dinastía que, pese a sufrir muchas conmociones, iba a durar mil años. Bajo Shamshi-Adad I, Asur dominó toda la Mesopotamia Septentrional, pues el nuevo monarca se apoderó de la ciudad de Mari, situada a 240 kilómetros al sudoeste del Éufrates. Era otro centro comercial, recientemente enriquecido y cercano a las ciudades en crecimiento de la mitad occidental de la Media Luna Fértil. Este reino en expansión fue el primer período de grandeza de Asur y un presagio del futuro, la primera aparición en el mapa de una «Asiria» temible.

Volviendo ahora al enigma de «Amrafel, rey de Senaar», mencionado en el capítulo anterior, debe tratarse, pues, de uno de los gobernantes amorreos de Mesopotamia. Pero ¿de cuál?

Al parecer, lo más probable es que fuese uno de los primeros jefes amorreos de Babel. Fue llamado «rey de Senaar» (esto es, rey de Mesopotamia) porque más tarde Babel dominó toda esa tierra y su gloria fue reflejada retrospectivamente a la época de su anterior gobernante.

En el 1792 a. C., el sexto miembro del linaje amorreo, el presumiblemente un descendiente de Amrafel, subió al trono en Babel. Fue Hammurabi. En el momento de subir al trono, la situación no parecía promisoria para el nuevo monarca ni el futuro parecía pertenecer a Babel.

Al norte estaba Shamshi-Adad I, forjando una Asiria poderosa. Al sur el peligro parecía aún peor. Dos años antes, en 1794 a. C., Rim-Sin, que gobernaba Larsa desde el 1822 a. C., logró infligir una derrota definitiva a la ciudad de Isin y unió bajo su dominación los tramos inferiores del valle fluvial.

Afortunadamente para Hammurabi, sus enemigos no estaban unidos y ambos estaban envejeciendo. Hammurabi tenía grandes dotes militares y diplomáticas; más aún, era joven y paciente; podía permitirse esperar, mientras se aliaba cautamente a una potencia para derrotar a la otra. Tarde o temprano, alguno debía morir.

Fue Shamshi-Adad I de Asur quien murió, en el 1782 a. C., y bajo su sucesor, menos enérgico que él, el poder asirio declinó. Aliviada la presión del Norte, Hammurabi se dirigió hacia el Sur. En el 1763, Hammurabi aplastó al anciano Rim-Sin, y todo el Sur fue suyo. Se

trasladó hacia el Norte, y en el 1795 a. C. se apoderó de Mari y la saqueó. Asur evitó un destino tan fatídico. Después de algunos años de resistencia, en el 1755 a. C. se sometió y fue tributaria de Hammurabi. Su gobernante conservó el trono, y la dinastía de Shamshi-Adad sobrevivió para ser el azote del resto de Mesopotamia en tiempos futuros.

Hammurabi murió en el 1750 a. C., pero durante los últimos cinco años de su vida gobernó un imperio tan grande como el de Naram-Sin, seis siglos antes.

La gloria de Babel comenzó realmente con el reinado de Hammurabi, pues mantuvo su capital en ella y desde ella gobernó su vasto reino. Se convirtió en una poderosa metrópoli que iba a ser la mayor ciudad del Asia Occidental durante catorce siglos. Hoy nos es más conocida por la versión griega de su nombre: Babilonia.

La región que había sido antaño Sumeria y Acad en lo sucesivo recibió su nombre de esa gran ciudad, y fue llamada Babilonia durante todos los siglos restantes de los tiempos antiguos.

Cambio de dioses

El triunfo de Babilonia sobre la tierra se reflejó en un triunfo similar en el cielo mesopotámico.

Los sumerios, como era común entre los pueblos antiguos, adoraban a diversos dioses. ¿De qué otro modo podían explicarse los caprichos de la naturaleza? ¿De qué otra forma podían darse cuenta de la existencia del Universo?

Presumiblemente, cada tribu tenía algún dios que era considerado como un símbolo y representación de la tribu. Había una estrecha conexión entre una tribu y su dios. Siempre que el dios fuese apropiadamente adorado con ritos adecuados, cuidaría de su pueblo, mantendría un entorno favorable y ayudaría a derrotar a los enemigos de la tribu (y a su dios).

Pero cuando un grupo de tribus se establecía en una estrecha proximidad y adoptaba una cultura común, naturalmente, había muchos de esos dioses. Para mantener la paz, era menester dar a todos cierta importancia y crear un «panteón», un grupo de muchos dioses relacionados entre sí. Por lo general, cuando un pueblo entraba en el escenario de la historia humana de manera conspicua, ya existía tal panteón^[5].

Con la proliferación de dioses, era natural introducir la especialización. Un dios se ocupaba de la lluvia, otro del río, etcétera. Los narradores y poetas podían elaborar cuentos que describían y explicaban el Universo en términos alegóricos. Así, lo que llamamos mitología, fue un antiguo intento de elaborar una ciencia. Hoy nos devanamos los sesos con los mismos problemas —la creación del Universo, las leyes del clima, etc.— pero usamos herramientas y técnicas diferentes para hallar la respuesta.

La más simple y amplia división del trabajo es colocar a un dios a cargo de la tierra (o el mundo subterráneo), otro a cargo de las aguas (el mar salado o los ríos de agua dulce) y otro a cargo del aire (o del cielo). Por lo general, el dios del cielo era el principal, pues el cielo cubre la tierra y el agua, y es del cielo de donde cae la lluvia (y donde aparece el rayo).

En los viejos mitos griegos, que tenían el panteón más conocido por los occidentales modernos, los tres hijos de Cronos se dividieron el Universo. Zeus poseía el cielo, Poseidón el mar y Hades el mundo subterráneo; Zeus era el dios principal. La única explicación que tenemos es que Zeus encabezó la rebelión contra su padre, Cronos. Los hechos terrenales que están detrás de esa explicación se pierden en la prehistoria de los griegos.

Entre los sumerios, había una similar división tripartita entre los tres dioses principales. Anu era el dios del cielo, Enlil el dios de la tierra y Ea el dios del agua dulce, dadora de vida. Anu, al parecer, era el dios principal de los sumerios, al menos en una etapa posterior de su historia.

La razón mitológica de esto la encontramos en la historia sumeria de la Creación. Ésta (como otros muchos mitos de la Creación) no trata de la formación del Universo a partir de la nada, sino de la creación de un universo ordenado a partir de un caos desordenado.

En el mito sumerio, el caos estaba representado por una diosa primordial llamada Tiamat. Ella, al parecer, representaba el mar oscuro y destructor, con sus caóticas aguas agitadas, tan terribles para un pueblo primitivo que carecía de una tecnología marina. Para que surgiera el Universo, ella debía ser derrotada. (O tal vez esto representase el hecho histórico de que el río tuvo que ser domado mediante un sistema de canales).

En la forma sumeria del mito, debe de haber sido Anu quien finalmente atacó a Tiamat, la derrotó y con su cuerpo construyó el Universo. Como recompensa por su victoria, naturalmente se le otorgó la supremacía sobre los dioses.

En este caso es posible especular sobre los hechos históricos que quizá fuesen el trasfondo del mito. Pese a la existencia del panteón, cada ciudad sumeria conservaba algún dios favorito como patrón especial. (Esto es en cierto modo similar a la manera como los atenienses consideraban a Atenea la diosa patrona de la ciudad).

Enlil era el dios adorado, en particular, en Nippur, y Ea era el dios patrón de Eridu. Éstas eran las dos ciudades sumerias principales del período de Ubaid, anterior a la invención de la escritura, y era muy natural que esos dos dioses adquiriesen gran importancia. Tal vez uno u otro era originalmente el dios principal.

Pero al fin del período de Ubaid fue Uruk la que pasó a primer plano; fue en Uruk donde se inventó la escritura y fue quizás Uruk la que preparó el terreno para el Diluvio. El dios de Uruk era Anu, y éste se afirmó como dios principal con suficiente vigor, gracias a la escritura, como para que lo siguiese siendo aún después de que la hegemonía pasara a otras ciudades.

Cuando los acadios entraron en Mesopotamia, llevaban consigo sus propios dioses, que podemos identificar por el hecho de que llevaban nombres semíticos. Se permitió a esos dioses entrar en el panteón sumerio, pero en los rangos inferiores. Entre ellos se contaban Sin, dios de la luna; Shamash, dios del sol; e Ishtar, diosa del planeta Venus (y también del amor y la belleza).

En ciertos casos, algunas ciudades sumerias adoptaron uno u otro de esos dioses acadios, presumiblemente cuando la lengua y la influencia acadias adquirieron mayor importancia, después de las hazañas de Sargón de Agadé. De este modo, Sin se convirtió en el dios principal de Ur, e Ishtar fue adorada particularmente en Uruk. El pueblo de Uruk, para dar cuenta de esta innovación, explicó que Ishtar era hija de Anu, y esta relación entró en la mitología oficial.

Era costumbre de los pueblos de la Mesopotamia (y de otros pueblos también) incorporar los nombres de los dioses a sus propios nombres personales. Esto era una muestra de piedad y, quizá, también servía para traer la buena suerte, pues es de presumir que los dioses no eran insensibles a los halagos. Entre los personajes históricos que hemos mencionado, hallamos Ea en Eannatum de Lagash, Sin en Naram-Sin de Agadé y Rim-Sin de Larsa. Shamash se encuentra en Shamshi-Adad I de Asiria, que también incluye el nombre de Ada, un dios de las tormentas. Estos nombres tienen significados, claro está (Naram-Sin significa «amado por Sin», y Rim-Sin, «el toro de Sin»), aunque no siempre es fácil saber cuál.

(Nosotros no nos permitimos tantas libertades con los nombres divinos, pero hay algunos ejemplos de lo mismo. Del latín, tenemos Amadeo, que significa «amado por Dios»; del griego, Teodoro o Doroteo, que significa «don de Dios»; del alemán, tenemos Gottfried, que significa «la paz de Dios»).

Cuando los amorreos se apoderaron de Mesopotamia, no introdujeron muchos dioses, como habían hecho los acadios. Su cultura era demasiado similar a la acadia, y al adoptar la versión acadia de la lengua semita, adoptaron también la versión acadia de los nombres de los dioses. Su propio dios nacional, Amurru (que representaba a la nación en su mismo nombre), pasó a ser un dios secundario.

La dinastía amorrea que dominó Babilonia, por ejemplo, adoptó al dios patrón de la ciudad como propio. Su nombre era Marduk, y era considerado como un dios del sol. La ciudad de Borsippa, situada inmediatamente al sur de Babilonia y que estuvo tempranamente bajo su dominación, tenía como dios patrón a Nabu. También él fue adoptado por la dinastía, pero en una posición subordinada. Nabu era considerado en los mitos como hijo de Marduk.

Mientras Babilonia fue una ciudad sin importancia Marduk fue un dios sin importancia. Pero cuando Hammurabi hizo de Babilonia la mayor ciudad de toda Mesopotamia, se inició un proceso por el cual Marduk habría de convertirse en el dios principal. Lentamente, los sacerdotes amañaron las leyendas («reescribieron la historia», por así decir) hasta que Marduk emergió como el gran héroe del mito de la Creación.

Los testimonios que tenemos de ese mito son posteriores a Hammurabi y dan la última

versión. En ésta, Anu ataca a Tiamat, pero su ánimo flaquea y retrocede.

Fue Marduk (descrito como hijo de Ea, concesión al hecho de que era, relativamente, un recién llegado y no figuraba en los mitos más antiguos) quien salvó la situación. Sin temor alguno, enfrentó a Tiamat y la mató. Él creó el Universo y, por lo tanto, lo gobierna, después de convertirse en señor de los dioses y los hombres. A veces era llamado Bel-Marduk o sencillamente Bel, pues Bel significaba «Señor». El segundo fue Nabu.

Durante mil años o más, mientras Babilonia mantuvo la supremacía en los valles inferiores del Tigris y el Éufrates, Marduk conservó la supremacía en el cielo babilonio.

Así, en un pasaje de la Biblia escrito unos doce siglos después de la época de Hammurabi y donde se predice la caída de Babilonia, se expresa esta caída en términos de los dioses que aún adora: «Postrado Bel, abatido Nebo» (Isaías, 46, 1). Nebo, por supuesto, es la forma hebrea de Nabu.

Pero Marduk no dominó en todas partes, en Mesopotamia. En el Norte, los asirios se aferraron tenazmente a su dios nacional, Asur, del cual derivaba el nombre de su ciudad.

El pilar de la ley

Hammurabi fue un gobernante eficiente y capaz, y no sólo un mero conquistador. Organizó cuidadosamente su reino, fue un infatigable trabajador y hoy es conocido sobre todo por su cuidadosa codificación de las leyes.

No fue en modo alguno el primer rey mesopotámico que puso leyes por escrito. Como señalamos antes, ya Ur-Nammu de Ur había hecho elaborar un código escrito semejante dos siglos antes de Hammurabi. Los gobernantes de Eshnunna y de Isin hicieron lo mismo. Indudablemente, había códigos aún más antiguos, que por desgracia no nos han llegado.

La importancia del Código de Hammurabi consiste en que es el más antiguo que conservamos en su totalidad.

El Código de Hammurabi fue inscrito en una estela de casi tres metros de dura diorita. Es obvio que pretendía ser un código permanente, y en cierto sentido lo fue, pues aún lo tenemos hoy (en bastante buen estado), unos tres mil años y medio después de la época de Hammurabi.

En lo alto de la estela hay un relieve que muestra a Hammurabi humildemente de pie ante el dios del sol, Shamash, quien se halla sentado en un trono sobre la cima de una montaña y tiene los hombros en llamas. (Es una situación similar a la de Moisés, quien cinco siglos más tarde es descrito en la Biblia subiendo al monte Sinaí para recibir la ley de Dios).

En la parte de abajo de la cara de la estela hay veintiuna columnas de una fina escritura cuneiforme, en las que se exponen casi trescientas leyes destinadas a regir las acciones de los hombres y guiar al rey y sus funcionarios en la administración de la justicia. Indudablemente el código se basaba en gran medida en las leyes elaboradas por las diversas ciudades sumerias y, en lo posible, representaba las costumbres que se habían ido adoptando lentamente a lo largo de siglos.

La estela original estaba en la ciudad de Sippar, a unos 50 kilómetros de Babilonia río arriba. Su dios patrón era Shamash, el legislador en este caso, y la estela se hallaba colocada en el impresionante templo de la ciudad dedicado a Shamash. Para todos los hombres, era una prueba de que ésa era la ley dada por los dioses. Podía ser consultada por cualquiera, quien no debía temer que los jueces la violaran por mala memoria o por ocultos sobornos.

Pero la estela que contenía el Código de Hammurabi no se encontraba en las ruinas de Sippar. En los siglos posteriores a Hammurabi, esa tierra iba a padecer infortunios y desastres. Un ejército invasor elamita saqueó la ciudad y se llevó la estela como botín. Luego quedó en la capital de Elam, Susa. Y fue allí, en las ruinas de Susa, donde, en 1901, la descubrió un arqueólogo francés Jacques de Morgan, y la llevó a Occidente.

El Código nos dice mucho sobre el sistema social de la época. Los hombres libres se dividían en nobles y campesinos. También había esclavos, institución universal en toda la Antigüedad. (La justicia de la esclavitud nunca fue puesta en tela de juicio en la época antigua, ni siquiera en el Viejo o el Nuevo Testamento).

La desigualdad de los hombres era llevada hasta los menores detalles. Así, era mayor la pena por dañar a un noble que a un campesino, como era mayor por dañar a un campesino que a un esclavo. Por otro lado, como era justo, un noble debía sufrir un castigo mayor que un campesino por los mismos delitos y pagar sumas mayores al templo.

Los esclavos eran marcados en la frente, y estaba prohibido ocultar o disimular esa marca. En cambio, estaba prohibida la crueldad inhumana en el trato dado a los esclavos, y se idearon métodos por los cuales éstos pudieran comprar su libertad. En general, los esclavos eran mejor tratados y recibían más protección en la Babilonia amorrea que en tiempos romanos, dos mil años más tarde.

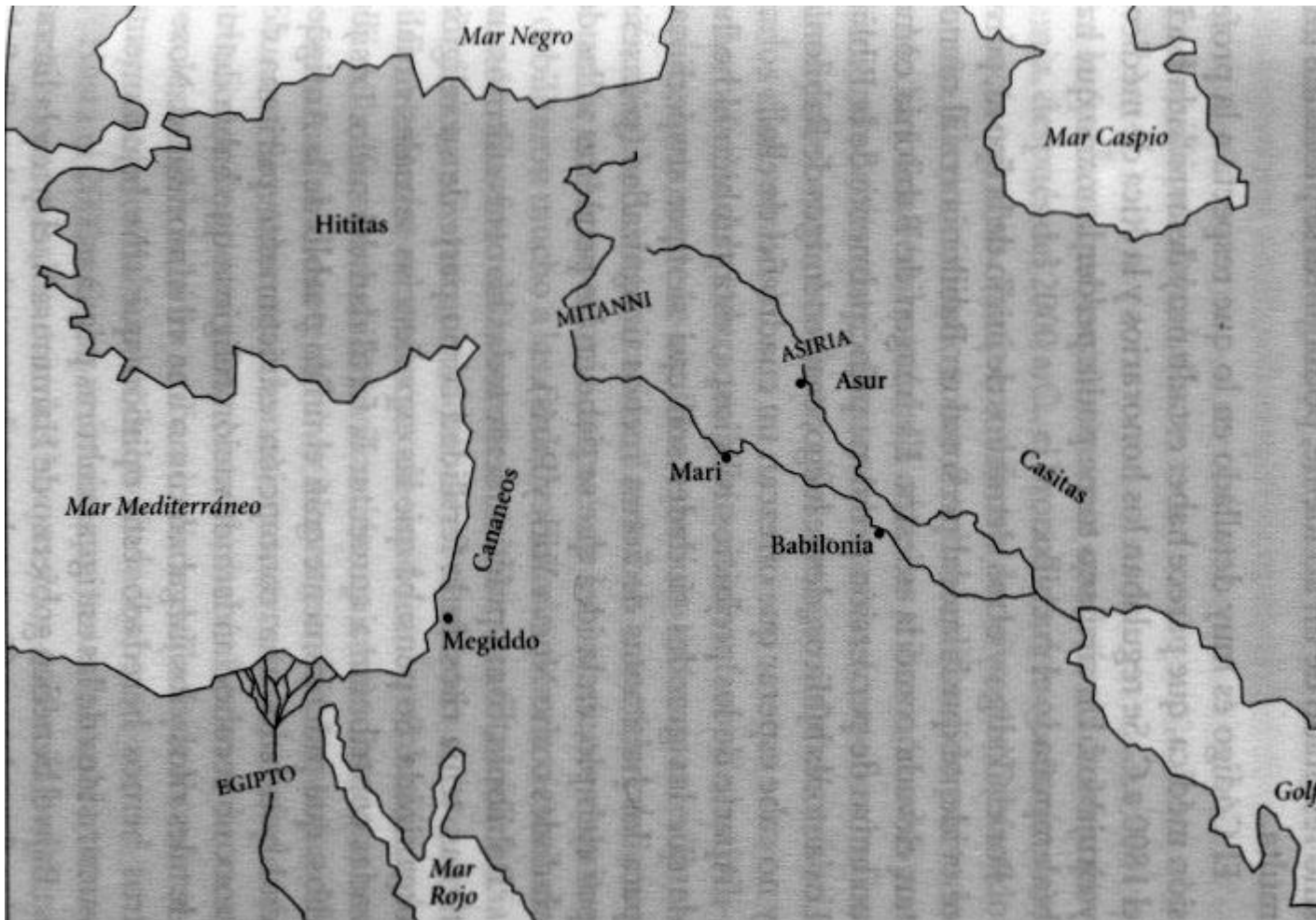
El Código tiene un fuerte carácter comercial, lo que muestra una vez más que la base de la civilización mesopotámica era el comercio. Afirma la absoluta santidad de los contratos y estipula cuidadosamente la manera en que los bienes pueden ser poseídos, vendidos o transferidos. Regula el comercio, los beneficios y los alquileres. Prohíbe el engaño en el peso, los artículos de mala calidad, la mala artesanía y los fraudes comerciales en general.

También los matrimonios eran considerados como una forma de contrato, y se establecían normas para el divorcio y la adopción de hijos. Aunque un hombre podía divorciarse de su mujer a voluntad, debía devolver la dote que ella aportaba al matrimonio (lo cual, probablemente, hizo que muchos maridos se abstuvieran de divorciarse por razones triviales). Las mujeres y los niños estaban expresamente protegidos en el Código.

También abordaba el tema vital de la irrigación. Los hombres eran responsables de su parte de los diques y canales, y en caso de que su negligencia originase inundaciones, debían pagar fuertes multas.

El Código legislaba, asimismo, sobre los delitos pasionales y de negligencia. Las mutilaciones eran comunes como castigo, más que en el código anterior de Ur-Nammu, lo cual era un retroceso. Si un hombre golpeaba a su padre, se le cortaba la mano con que había

propinado el golpe. Si un carpintero construía una casa que se derrumbaba y mataba al propietario, se le condenaba a muerte. Pero había atenuantes por accidente. Si una persona que había matado a otra podía presentar pruebas de que el hecho no había sido intencional, sino resultado de un accidente, podía librarse mediante una multa.



Mesopotamia después de Hammurabi.

El Código es muy detallado en lo que respecta a la profesión médica, que parece haber estado muy desarrollada hacia el 1800 a. C. Se regulaban los honorarios y la ética de médicos y cirujanos. Un cirujano torpe podía perder la mano que había empuñado el cuchillo.

Por el Código y otros elementos de juicio de la época, parece evidente que la moral personal en Babilonia era al menos tan elevada como la nuestra. La imagen de Babilonia

como un antro de perversión proviene principalmente de la Biblia. Los autores bíblicos, desde luego, eran enemigos de Babilonia y no cabe esperar que ofrezcan un cuadro fiel de ella.

Aparte de los prejuicios religiosos, está también el hecho de que las grandes ciudades son casi siempre sospechosas para los habitantes de zonas menos urbanizadas (piénsese, por ejemplo, en la idea que se tiene en las pequeñas villas de ciudades como Nueva York y París).

Babilonia, como prácticamente todas las otras culturas antiguas, tenía ritos de la fertilidad como parte de su religión organizada. Se pensaba que las experiencias sexuales ritualizadas contribuían a aumentar la fertilidad del suelo. Los judíos, que prácticamente eran el único pueblo de la Antigüedad que tenía una concepción estrictamente puritana del sexo, no reconocían la motivación religiosa que había detrás de tales ritos y los juzgaban como una vil inmoralidad. Nosotros hemos heredado esta opinión que tiñe injustamente nuestra idea de las antiguas culturas paganas.

Bajo el benéfico gobierno de Hammurabi, el arte y la literatura florecieron. Cientos de cartas suyas que nos han llegado muestran la compleja red administrativa que creó y que supervisaba estrechamente. Su obra perduró. Su dinastía no permaneció en el poder por mucho tiempo y Babilonia iba a sentir el peso de la dominación extranjera, pero el sistema creado por el gran rey sobrevivió, con algunas modificaciones, durante quince siglos.

El advenimiento del caballo

Por la época en que los amorreos se apoderaron de Mesopotamia, después del 2000 a. C., el bronce era de uso común desde hacía mil años. Ya no era el factor decisivo que había sido antaño. El conocimiento sobre él se había difundido por toda la Media Luna Fértil y más allá aún. Las tribus nómadas podían, indudablemente, obtener tales armas (como los indios norteamericanos obtuvieron rifles, aunque no podían fabricarlos ellos mismos).

La balanza del poder, que había estado a favor de la civilización, lentamente se equilibró, pero no enteramente. También contaba la organización. Las tribus amorreas pudieron penetrar en Mesopotamia después de las invasiones elamitas y debilitaron mucho a las ciudades-Estado, pero la victoria de los nómadas fue relativamente lenta. Fue una filtración hacia el interior, más que un violento derrocamiento.

En el ínterin, se estaba produciendo una revolución más allá de las fronteras de la civilización, quizás en las vastas estepas situadas al norte del mar Negro y en las montañas del Cáucaso. Se estaba creando una nueva arma que habría de revolucionar la guerra tanto como lo había hecho el bronce, pero esta vez la balanza se iba a inclinar del lado de los nómadas y contra los habitantes de las ciudades.

Hasta el 2000 a. C., los animales que se usaban para transportar cosas pesadas eran los bueyes y los asnos. El buey era fácil de uncir gracias a sus fuertes cuernos, pero era un animal torpe, estúpido y lento. El asno era más inteligente, pero era pequeño y no podía tirar rápidamente de las pesadas carretas de ruedas macizas.

Por consiguiente, en la guerra no podía usarse con mucho éxito el transporte animal. Los ejércitos consistían en masas de soldados de infantería que caían unos sobre otros hasta que uno de los ejércitos se dispersaba y huía. Los carros sólo servían para fines ceremoniales, para evitar que el gobernante y otros jefes militares tuviesen que caminar, o para transportar armas y suministros.

Los carros tirados por asnos eran el mejor medio disponible de transporte a larga distancia, y servían, aunque ineficientemente, para mantener las comunicaciones en el Imperio Acadio o en el Amorreo. La corta vida de estos imperios quizá sea la mejor prueba de la ineficiencia de las comunicaciones.

Pero, hacia el año 2000 a. C., en alguna parte fue domesticado un veloz animal de las

estepas: el caballo salvaje. Era mucho más grande y fuerte que el asno y corría como el viento. Al principio, sin embargo, parecía inútil para el transporte. No tenía cuernos para ponerle arneses, y los iniciales métodos de enjaezamiento intentados oprimían la tráquea del caballo y medio lo ahogaban. En un comienzo, pues, el caballo quizá fuese usado como alimento.

Luego, en algún momento anterior al 18(X) a. C., alguien ideó un método para utilizar al caballo para la tracción ligera especializada. Se hizo a los carros lo más livianos posible. Se los convirtió en una pequeña plataforma asentada sobre dos grandes ruedas, plataforma sólo suficientemente grande para transportar a un hombre. Hasta las ruedas fueron aligeradas, sin pérdida de la resistencia, haciéndolas con rayos en vez de macizas.

Una carga tan ligera, tirada por un caballo o por varios, podía desplazarse velozmente, de manera mucho más rápida que un soldado de infantería. Con sólo dos ruedas, el carro era tan manejable como el caballo y podía cambiar de dirección con escasa dificultad.

Fueron los nómadas quienes aprendieron a usar el caballo y el carro, y durante largo tiempo fue un recurso exclusivo de los nómadas. En primer lugar, las ciudades carecían de tales animales y del espacio necesario para entrenarse en este nuevo modo de desplazamiento.

Los pueblos civilizados descubrieron con horror que las correrías de los nómadas repentinamente habían multiplicado muchas veces su eficacia, pues un grupo de aurigas podía irrumpir ferozmente, atacando ya en un lugar, ya en otro, sin que fuese posible detenerlos o prevenir su llegada. El efecto psicológico de los corcoveantes caballos y su gran velocidad debe de haber quebrado el ánimo de muchas bandas de infantes campesinos, aun antes de tomar contacto con ellos.

Toda la Media Luna Fértil estaba inerme ante los ataques fulminantes de esta nueva clase de enemigos. Entre los primeros jinetes había un grupo de tribus conocidas por nosotros como los hurritas, quienes descendieron sobre el arco septentrional de la Media Luna Fértil desde las estribaciones montañosas del Cáucaso, en el siglo siguiente a la muerte de Hammurabi.

El territorio que había conquistado Shamshi-Adad I de Asiria fue ocupado por los jinetes, quienes crearon allí una serie de principados. Lentamente, se fueron uniendo y en el 1500 a. C. constituyeron un reino unificado llamado Mitanni, que se extendía desde el Éufrates superior hasta el Tigris superior. El corazón mismo de Asiria, alrededor de la ciudad de Asur, se mantuvo bajo su vieja dinastía, pero era tributario del Mitanni, que fue entonces una de las grandes potencias del mundo civilizado.

Los invasores hurritas hicieron sentir su poder mucho más allá de los confines de Mitanni. El torbellino que desató su aproximación aumentó cuando pueblos enteros quedaron descuajados en su huida de los aurigas guerreros. La parte occidental de la Media Luna Fértil era un hervidero, y la influencia hurrita se hizo sentir vigorosamente ya antes de la muerte de Hammurabi.

La Biblia alude una o dos veces a un grupo de gente que vivía en la parte más meridional de Canaán: «y a los horreos en los montes de Seir hasta El Farán» (Génesis, 14,6), y se cree ahora que esos horreos, o «horim» en hebreo, eran los hurritas.

La influencia hurrita fue más allá de Canaán también. Un abigarrado grupo de invasores, formado por amorreos y hurritas, irrumpió en Egipto. Los egipcios los llamaron los «hicsos». Puesto que los egipcios, como los mesopotamios, carecían de vehículos tirados por caballos, no pudieron hacer frente a los recién llegados. Sus desconcertados ejércitos se retiraron y se perdió la mitad septentrional del reino; esa pérdida duró un siglo y medio.

Mientras tanto, penetraba en Asia Menor otro grupo de norteños familiarizados con la técnica de los carros tirados por caballos. Los testimonios mesopotámicos los llaman los hattis y, al parecer, son los que la Biblia llama hititas. Cuando entraron por primera vez en Asia Menor, hallaron las regiones orientales de ésta densamente ocupadas por mercaderes asirios. Pero los asirios se retiraron a medida que los hititas avanzaban. Inmediatamente después de la muerte de Hammurabi, los hititas se expandieron rápidamente; hacia el 1700 a. C., dominaban la mitad oriental de Asia Menor, y en esta etapa de su historia constituyeron el llamado «Antiguo Reino». Adoptaron las formas civilizadas de vida, tomaron la escritura cuneiforme y la adaptaron a su lengua.

Los hurritas y los hititas, que provenían del Norte, no hablaban las lenguas semíticas, originarias de Arabia, del Sur. La lengua hurrita no tiene relaciones claras con otras lenguas, pero la lengua hitita tiene el tipo de estructura gramatical de casi todas las lenguas de la Europa moderna y de partes del Asia moderna, aun en regiones tan orientales como la India. A toda esta familia de lenguas se la llama ahora indoeuropea.

En el Éufrates superior, los imperios fundados por los hititas y Mitanni se enfrentaron, y su antagonismo les impidió adquirir la potencia que podían haber tenido.

La parte oriental de la Media Luna Fértil no se salvó de la anarquía que se extendió por todo el mundo del Este. Apenas acababa de descender a la tumba Hammurabi, cuando las revueltas provinciales sacudieron el Imperio Amorreo, y las hordas nómadas se aprovecharon plenamente de ello. Un ejército hitita se abalanzó desde el Norte, y el hijo de Hammurabi sólo pudo rechazarlo con gran esfuerzo. Mientras tanto, la independencia asiria había sido barrida por los hurritas, y Babilonia pronto quedó reducida a la pequeña región

que dominaba antes de Hammurabi.

Además, un particular peligro surgió de los Montes Zagros, donde antaño habían morado los guti, y antes que ellos los sumerios. Durante algunos siglos, los nómadas de los Montes Zagros habían estado en calma. Eran conocidos por los babilonios como los *koshshi*, y tal vez la Biblia se refiera a ellos cuando habla de los «cushitas». Los griegos de épocas posteriores los llamaron los *kossaioi* (o «coseos», en nuestra versión), pero nos son más conocidos por el nombre de «casitas».

Hacia el 1700 a. C. habían adoptado la técnica del carro tirado por caballos y también ellos se volvieron conquistadores. Llegaron como una avalancha desde el Nordeste, tomaron Ur y la saquearon salvajemente. La misma Babilonia resistió desesperadamente durante un siglo, pero en el año 1595 a. C., después de quedar muy debilitada por una incursión hitita, la gran ciudad fue tomada y ocupada por los casitas, apenas siglo y medio después de la muerte del gran Hammurabi.

Los casitas adoptaron la cultura mesopotámica y la versión babilónica de la vieja religión sumeria. Reconstruyeron el templo de Marduk en Babilonia y, en el 1330 a. C., patrocinaron la reconstrucción de Ur.

Pero los nómadas habían introducido el caballo en las regiones civilizadas y, una vez que los habitantes de las ciudades aprendieron a usar la nueva arma de guerra, su ventaja desapareció.

El resurgimiento contra los nómadas se inició en Egipto, el país más lejano al que habían llegado. Los nativos aún dominaban la parte septentrional del país, y en el 1580 a. C. usaron el caballo y el carro para expulsar a los hititas de las regiones del Norte.

En verdad, los egipcios resurgieron con renovadas energías, pues por primera vez en su historia llegaron a Asia Occidental e iniciaron allí una carrera de conquistas. En el año 1479 a. C., el más grande de sus faraones, Tutmosis III, derrotó a una liga de ciudades cananeas en Megiddo. Estas ciudades cananeas estaban respaldadas por Mitanni, por lo que Tutmosis lo atacó, lo derrotó y lo redujo al papel de reino tributario. También derrotó a los hititas y puso fin al Antiguo Reino.

Pero los nómadas habían introducido el caballo en las regiones civilizadas y, una vez que los habitantes de las ciudades aprendieron a usar la nueva arma de guerra, su ventaja desapareció.

4. Los asirios

El gran cazador

Ashur-uballit creó lo que a veces recibe el nombre de Primer Imperio Asirio. Bajo su nieto, Sulmanu-asarid I («Sulmanu es el señor»), Asiria, después de completar la destrucción de Mitanni, se convirtió en una gran potencia.

El nombre de Sulmanu-asarid fue llevado también por ciertos reyes asirios muy posteriores que figuran en la Biblia. La versión hebrea del nombre es, en su forma castellana, Salmanasar, por lo cual este rey del Primer Imperio Asirio es llamado habitualmente Salmanasar I. (En este libro usaré, por lo general, la versión bíblica de los nombres mesopotámicos porque nos es mucho más familiar, pero, cuando sea posible, indicaré también su verdadero nombre asirio).

Bajo Salmanasar I, Asiria recuperó todo el territorio que había poseído bajo Shamshi-Adad I, el fundador de la dinastía. Se dirigió al Oeste, hacia los límites de Asia Menor y llegó a las fronteras del Imperio Hitita, que estaba en la cúspide de su poder por entonces. (Los hititas habían logrado llegar a un empate con Egipto en una gran batalla que se libró en Canaán en el 1285 a. C.)

Las conquistas que dieron a Asiria la dominación de un reino de 800 kilómetros de ancho le brindaron también un copioso botín y muchos esclavos. Salmanasar I los usó para embellecer la principal ciudad asiria, la misma Asur, y otra llamada Nínive. Ésta se hallaba sobre el Tigris, a unos 80 kilómetros de Asur río arriba.

Al parecer, Salmanasar pensó que el nuevo poder de Asiria merecía una capital totalmente nueva, y por ende fundó Calach sobre el Tigris, entre Asur y Nínive.

Salmanasar I murió en el 1245 a. C., después de un reinado de treinta años, y bajo su sucesor, Tukulti-Ninurta I («mi fe está en Ninurta»), el Primer Imperio Asirio llegó al pináculo de su poder.

Tukulti-Ninurta condujo triunfales campañas en el Este, en los Montes Zagros, la patria misma de los antaño poderosos casitas. En el Norte, penetró en las estribaciones del elevado Cáucaso, donde grupos de hurritas fundaron un nuevo reino que iba a ser conocido como Urartu, o Ararat, según la Biblia.

El conquistador asirio también derrotó a los casitas en el Sur y los sometió a tributo.

Luego invadió y ocupó Elam. Bajo Tukulti-Ninurta I, Asiria por primera vez dominó toda Mesopotamia, y antes de su muerte llegó a gobernar un reino más vasto que el de Hammurabi. Hasta los hititas, que habían resistido con éxito a Egipto, se tambalearon bajo los golpes asirios y, en verdad, quedaron disminuidos.

El gran conquistador gobernó durante casi cuarenta años, antes de ser asesinado por su propio hijo, en el 1208 a. C. Ganó gran fama en vida y fue el héroe de poemas épicos. Es más famoso de lo que la mayoría de la gente sospecha, pues tal vez sea el más antiguo monarca pagano mencionado en la Biblia.

En el Libro del Génesis leemos: «Cus engendró a Nemrod, que fue quien comenzó a dominar sobre la tierra. Era un robusto cazador... Fue el comienzo de su reino Babel, Ereg, Acad... en tierra de Senaar. De esta tierra salió para Asur, y edificó Nínive... y Calach». (Génesis, 10,8-11).

¿Nemrod no podría ser Tukulti-Ninurta? Este monarca reinó justamente por la época en que los israelitas estaban invadiendo Canaán, y la fama de sus grandes hazañas debe de haber llegado a todas partes por entonces. Las historias que se contaban de él deben de haber llegado oscuramente a los hombres que, más tarde, dieron a la Biblia la forma que conocemos, unos ocho siglos después de los tiempos de Tukulti-Ninurta I.

El papel de las grandes ciudades —Babel (Babilonia), Ereg (Uruk) y Acad (Agadé)— hizo que se confundieran los grandes conquistadores que precedieron a los asirios: Lugalzagesi de Uruk, Sargón de Agadé y Hammurabi de Babilonia. Luego, desviándose hacia el Norte, a Asur (Asiria), se mencionan el crecimiento de Nínive y la fundación de la nueva capital Calach.

Hasta la frase «y Cus engendró a Nemrod» es apropiada, pues Cus representa a los *koshshi*, o casitas. Primero gobernó Babilonia la dinastía casita, y luego los asirios.

La ciudad de Calach, donde Tukulti-Ninurta I tuvo su corte y que había fundado su padre, es ahora una ciudad árabe llamada Nimrod.

Pero, una vez más en el ciclo sin fin del crecimiento y la decadencia, la grandeza fue seguida casi inmediatamente por los tumultos y el declive. Mientras Tukulti-Ninurta I unificaba su gran reino, se estaba produciendo otra gran migración de pueblos.

Es poco lo que sabemos de este nuevo grupo de vagabundos, pero parecen haber sido indoeuropeos provenientes de las estepas del Norte. Esta vez, bordearon el mar Negro hacia el Oeste, y no al Este, y entre ellos había grupos del pueblo que conocemos ahora como los «griegos». Empujaron al mar a los pueblos que encontraron delante de ellos, y estos

refugiados se dedicaron a la piratería y fueron tan destructivos y violentos como sus invasores. Vemos a esos corsarios invadiendo primero las costas de Egipto. Los sorprendidos egipcios los llamaron los «Pueblos del Mar», y éste es el nombre por el que se los conoce habitualmente en la historia. Egipto logró sobrevivir al ataque, pero quedó tan quebrantado que tuvo luego que soportar largos siglos de debilidad.

Los invasores penetraron también en Asia Menor y llegaron hasta lo que es ahora la costa Siria. La destrucción de la ciudad de Troya, en la costa noroeste de Asia Menor, probablemente fue resultado de esta invasión. (Este hecho fue magnificado por los griegos de épocas posteriores y convertido en el tema de un poema épico, en el que se relata un asedio de Troya que duró diez años por un ejército unido de jefes griegos).

Toda Asia Menor estaba conmocionada, y el Reino hitita, que ya había sido llevado al borde de la ruina por Asiria, fue destruido. La misma Asiria sintió los golpes, apenas muerto Tukulti-Ninurta I, y aunque sobrevivió, su imperio quedó temporalmente quebrantado. Le llevó un siglo recuperar nuevamente sus fuerzas.

Durante el período de debilidad de Asiria que siguió a la irrupción de los Pueblos del Mar, Babilonia tuvo la oportunidad de recuperarse, pero el proceso fue enormemente penoso. Durante más de medio siglo, estuvo prácticamente en un estado de anarquía. Sus débiles gobernantes casitas se liberaron de la dominación asiria, pero fueron incapaces de organizar una eficaz resistencia contra las embestidas externas.

Tales embestidas las llevó a cabo un Elam resurgido, a semejanza de lo que había ocurrido después de la decadencia de Ur, más de ocho siglos antes. En aquella ocasión, una fuerza expedicionaria elamita había tomado y saqueado Ur; ahora, los elamitas tomaron y saquearon Babilonia y las ciudades vecinas. En el 1174 a. C., se llevaron dos de las grandes reliquias de la ya muy antigua civilización mesopotámica: la estela que contenía el Código de Hammurabi, que ya por entonces tenía seis siglos de antigüedad, y la estela de Naram-Sin, que tenía más de mil años.

En el 1124 a. C., un babilonio nativo tomó el poder y puso fin a la dominación casita (de creciente debilidad), que había durado cuatro siglos y medio.

El nombre del nuevo gobernante era Nabukudurriusur («Nabu custodia la frontera»). Un rey posterior del mismo nombre fue llamado por los judíos siguiendo una versión del nombre que en la Biblia castellana se ha convertido en Nabucodonosor.

Nabucodonosor I logró derrotar a los elamitas tan totalmente que pasó mucho tiempo antes de que se atrevieran a marchar nuevamente hacia el Oeste. Durante un momento pareció que volverían los gloriosos días de Hammurabi, y Babilonia iba a recordar a

Nabucodonosor durante mucho tiempo, pues iban a transcurrir cinco siglos más hasta que un babilonio nativo volviera a ocupar el poder en Mesopotamia.

El éxito de Nabucodonosor I no fue duradero, no pasó de ser un chispazo en la oscuridad, y la causa de ello fue, en muy gran medida, otro cambio repentino en la técnica de la guerra.

El hierro

Durante mil quinientos años los hombres habían combatido con armas de bronce. Ni el cobre ni el estaño, los dos metales necesarios para la fabricación del bronce, eran comunes, y su búsqueda era difícil y precaria. Los fenicios (el nombre dado por los griegos a los cananeos que habitaban en la costa) hasta enviaron sus osados marinos fuera del Mediterráneo, al norte de lo que debe de haber parecido el fin del mundo, para excavar las minas de estaño de Cornualles, en Inglaterra.

Sin embargo, se conocía un metal más duro que el bronce. Ocasionalmente, se hallaban trozos de un metal gris oscuro que, cuando se lo golpeaba para hacer espadas o puntas de lanza, permitía obtener armas más duras y resistentes que el bronce y que mantenían su filo por más tiempo. El inconveniente era que este metal, al que llamamos «hierro», sólo era hallado muy raramente. (Ahora sabemos que esos hallazgos eran meteoritos formados por una aleación particularmente dura de hierro con otro metal afín, el níquel).

Sin duda, era posible obtener hierro de los minerales rocosos que lo contenían en combinación química con otros elementos, pero los primeros metalurgistas raramente lo lograban, y aun así, por accidente. Más aún el hierro así obtenido era impuro y de baja calidad. El problema era que, mientras el cobre y el estaño podían ser separados de los minerales con bastante facilidad mediante un fuego corriente, era mucho más difícil separar el hierro. Se necesitaban fuegos más calientes y técnicas más complicadas.

Aun después de que se obtuviese un hierro de la calidad apropiada, era menester elaborar métodos de fusión que le añadieran una cantidad apropiada de carbón para obtener «acero», que era el tipo resistente de hierro que podía usarse para fabricar armas.

Alrededor del 1300 a. C. la técnica para fundir el hierro y agregarle carbón fue desarrollada en las estribaciones caucásicas de Urartu. Esta tierra se hallaba bajo la dominación del Reino hitita, que estaba entonces en su apogeo. Los reyes hititas mantuvieron cuidadosamente el monopolio sobre la nueva técnica, pues se daban cuenta de su importancia, no sólo porque proporcionaba un metal superior al bronce, sino también porque era potencialmente mucho más común. Al principio, sólo se disponía de pequeñas cantidades de hierro, y durante algunos siglos fue hasta cuarenta veces más caro que la plata. Pero antes de que los hititas lograsen aumentar su provisión de hierro y darle utilidad, fueron abatidos.

El Reino hitita fue destruido durante los desórdenes que siguieron a los movimientos de los Pueblos del Mar, y terminó su monopolio del hierro. El conocimiento de la técnica de fusión del hierro se difundió rápidamente y pasó, por cierto, a Asiria, que limitaba con el reino donde se elaboraba el hierro, Urartu.

El comercio del hierro permitió a Asiria recuperar su prosperidad, y tuvo el camino expedito para un nuevo conquistador. Éste fue Tukulti-Ninurta I («mi fe está en el hijo de Esarra», esto es, en Ninurta). Llegó al trono en el 1115 a. C. Un rey posterior del mismo nombre es mencionado en la Biblia como Teglafalasar, por lo que el nuevo rey asirio es más conocido como Teglafalasar I.

Teglafalasar I extendió el reino asirio hasta lo que había sido bajo Tukulti-Ninurta I. El hierro era aún demasiado raro para ser usado en cantidad como arma de guerra, pero Teglafalasar debió de haber equipado a sus tropas de élite con armas de ese metal. Con ellas, se lanzó aguas abajo sobre Babilonia, y en el 1103 a. C. Nabucodonosor tuvo que ceder ante las lanzas con puntas de hierro de Asiria.

Pero Teglafalasar I tuvo que enfrentar peores peligros. La presión de los nómadas estaba subiendo nuevamente. Esta constante alternancia de conquistadores civilizados y correrías nómadas puede parecer un juego fatídico pero monótono. ¿Por qué los nómadas decidían siempre lanzarse contra las ciudades cuando los grandes reyes habían muerto? ¿Y por qué llegaban casi inmediatamente después de la muerte del gran rey?

En verdad, no hay ninguna coincidencia en esto. La presión nómada era casi constante en la Antigüedad (aunque ocasionalmente se elevaba hasta proporciones abrumadoras). Mientras las regiones civilizadas estaban gobernadas por reyes enérgicos y con administraciones bien organizadas, los nómadas eran mantenidos a raya y apenas oímos hablar de ellos. Pero tan pronto como ascendía al trono un monarca débil y la tierra caía en la laxitud o el desorden, los invasores nómadas que antes habían fracasado ahora tenían éxito.

En tiempos de Teglafalasar, fue de Arabia de donde surgió nuevamente la presión nómada. Estos nómadas eran los arameos, que avanzaron contra los límites de la Media Luna Fértil, al este y al oeste, como habían hecho los amorreos ocho siglos antes.

Bajo Teglafalasar I, el ejército asirio, bien dirigido y respaldado por una sociedad bien organizada, rechazó a los arameos en muchas campañas. Los partes de guerra dejados por Teglafalasar contienen las más antiguas referencias conocidas a los arameos^[6]. Pero las derrotas de los nómadas raramente tenían un carácter definitivo. Enviar ejércitos contra ellos (mientras siguiesen con su modo nómada de vida y no se asentasen) era como dar puñetazos al agua. El guerrero nómada desaparecía, y retornaba cuando los ejércitos se habían marchado.

Asiria se desgastó en las luchas contra los arameos, y después del asesinato de Teglathfalasar I, en el 1093 a. C., sus sucesores carecieron de la capacidad del viejo rey. Gobernada Asiria con menos eficiencia y no tan bien conducidos sus ejércitos, las correrías de los arameos fueron mucho más efectivas. El poder de Asiria se redujo, y el país pasó por otro siglo y medio de quebranto.

Ese período de debilidad brindó a los israelitas una oportunidad para expandirse. Cuando entraron en Canaán, hacia el 1200 a. C., hallaron la costa ocupada por los Pueblos del Mar. Éstos, llamados los filisteos, poseían armas de hierro, mientras que los israelitas carecían de ellas, de modo que durante un siglo los filisteos dominaron la región.

Luego, en el 1013 a. C., el capacitado líder de Judá, David, impuso su hegemonía, no sólo sobre su propia tribu de Judá, sino también sobre todas las otras tribus israelitas. En el curso de un reinado de cuarenta años, derrotó a los filisteos y afirmó su poder sobre toda la parte occidental de la Media Luna Fértil hasta el Éufrates superior. Esto no habría ocurrido si Asiria hubiese tenido por entonces reyes como Tukulti-Ninurta I o Teglathfalasar I.

Pero tal como estaban las cosas, el imperio de David tampoco era inmune a las infiltraciones de los arameos. Durante el reinado del hijo de David, Salomón, los arameos crearon principados inmediatamente al norte del mismo Israel. Uno de ellos, que tenía su capital en Damasco, llegó a adquirir gran poder. El Reino de Damasco es llamado habitualmente Siria (el nombre que los griegos dieron a la región siglos después).

La fundación de Siria debilitó mucho a Israel y contribuyó a los desórdenes que condujeron a dividir Israel en dos reinos —Israel y Judá— a la muerte de Salomón, en el 933 a. C.

El Hitler asirio

La vitalidad aparentemente inagotable de Asiria originó una nueva recuperación. Asiria había revivido después de los furiosos ataques de los hurritas y, luego, de los Pueblos del Mar. Y ahora rechazó a los arameos.

En el 911 a. C., Adadnarari II ocupó el trono asirio. Reorganizó el gobierno e infligió nuevas derrotas a los arameos. (Los arameos habían creado una serie de principados en la Media Luna Fértil, y ahora eran más fáciles de aplastar que cuando eran nómadas vagabundos).

Un factor importante que favoreció a Asiria fue que aumentaron sus suministros de hierro. En el 889 a. C., cuando el hijo de Adadnarari, Tukulti-Ninurta II, inició su breve reinado de cinco años, había suficiente hierro en el reino para equipar a todo el ejército con armas de ese metal. El ejército asirio fue realmente el primero que explotó el nuevo metal en cantidad, y comenzó una carrera de conquistas que duraría dos siglos e iba a ser el terror del mundo.

Pero no fue sólo el hierro. Los asirios fueron los primeros que convirtieron el asedio de ciudades en una ciencia. Desde tiempos muy antiguos, las ciudades habían aprendido que si construían murallas a su alrededor, podían hacer frente a un enemigo con mayor eficacia. Desde lo alto de las murallas, era fácil arrojar una lluvia de flechas sobre el enemigo, mientras que éste no podía hacer mucho daño arrojando flechas a la parte superior de las murallas.

Por ello, los asedios se convirtieron en un duelo de resistencia. Los sitiadores no hacían intentos de abrirse camino y tomar la ciudad «por asalto». En cambio, se contentaban con aislar la ciudad e impedir que entraran en ella suministros alimenticios. De este modo, podía obligarse a la ciudad a rendirse por hambre. La ciudad sitiada resistía todo lo posible, con la esperanza de que el ejército sitiador sucumbiese al aburrimiento, el agotamiento y las enfermedades. Por lo general, era un largo esfuerzo y a menudo, a causa de los sufrimientos de ambas partes, se llegaba a algún compromiso por el cual la ciudad aceptaba pagar un tributo, pero se conservaba intacta.

Pero los asirios, en este período de la historia, comenzaron a idear métodos para derribar las murallas. Construyeron pesados ingenios que no podían ser volcados, les colocaron ruedas para que pudieran moverse fácilmente contra las murallas, los blindaban

para proteger a los hombres que iban dentro de ellos y los equipaban con arietes para echar abajo las murallas. Una vez abierta una brecha en éstas, el ejército sitiador penetraba por ella y, por lo común, todo terminaba.

Esta forma de guerra de asedio originó un nuevo tipo de horror. Cuando las batallas se libraban principalmente entre dos ejércitos, la efusión de sangre era limitada. Un ejército derrotado podía huir, y hasta los soldados en fuga podían dar la vuelta para defenderse. Pero cuando una ciudad era tomada por asalto, su población quedaba atrapada contra sus propias murallas y no podía huir. Estaba llena de bienes materiales que invitaban al pillaje y de mujeres y niños inermes de quienes se podía abusar sin temor a las represalias. En la furia de la guerra y la excitación de la victoria, el saqueo de una ciudad entrañaba indescriptibles crueldades.

Esto se vio, de la manera más horrorosa, durante el reinado de Ashurnasirapli («Ashur guarda al heredero»), más conocido para nosotros como Asurnasirpal II, quien sucedió a Tukulti-Ninurta II en el 883 a. C.

Efectuó, prácticamente, la destrucción de los principados arameos, hasta el Mediterráneo, completando de este modo la tarea de sus dos predecesores. Restableció la prosperidad asiria y reconstruyó la olvidada ciudad de Calach, convirtiéndola nuevamente en la capital del reino y construyendo allí un palacio, que fue una de las primeras construcciones asirias excavadas por los arqueólogos modernos (concretamente de 1845 a 1851).

De este palacio quedó lo suficiente para mostrar su magnificencia. Cubre una superficie de 24.000 metros cuadrados y está decorado con bajorrelieves de extraordinario realismo. Muchos están dedicados a mostrar a Asurnasirpal II (representado como un hombre fuerte pero de rasgos más bien toscos) cazando leones. La caza siempre ha sido considerada como un deporte regio, pero ha habido pocos linajes de reyes tan dedicados a ella como los reyes asirios. Su afición a ella debe de haberse hecho proverbial, por lo que la Biblia describe a Nemrod en la forma de un dicho común, como «un vigoroso cazador ante el Señor» (Génesis, 10,9).

Los relieves que muestran los caballos y carros conducidos por el fuerte brazo de Asurnasirpal, cuando atraviesa a los leones con flechas, son admirables y hasta hermosos. Los animales parecen todo músculo, furia y emoción. Es dudoso que en el mundo del arte haya obras que presenten a los animales presas de un sufrimiento más realista que los asirios, cuando hacían imágenes de leones heridos.

Pero estas figuras muestran de algún modo un deleite en el sufrimiento que nos hace recordar que Asurnasirpal II es famoso, o más bien infame, por algo muy diferente del arte. Más que cualquier otro asirio, él contribuyó a crear la mala reputación de esa nación en la

historia. El cuarto de siglo que duró su reinado estuvo lleno de crueldades que no tuvieron igual hasta los días de Hitler.

Esas crueldades estuvieron asociadas, en particular, con el nuevo estilo de guerra de asedio. Asurnasirpal usó con eficiencia los ingenios de asedio, y tanto le gustaban que los hizo representar en las inscripciones que nos dejó. Tomó la natural tendencia de los ejércitos atacantes a cometer crueldades y la elevó al rango de una deliberada política de terror, lo cual es casi increíble para cualquier época diferente de la nuestra, que ha presenciado los hechos de la Alemania nazi.

Cuando el ejército de Asurnasirpal tomaba una ciudad, la muerte por torturas era la norma. Se cortaban cabezas en grandes cantidades y se hacían pirámides con ellas. Los hombres eran desollados, empalados, crucificados o enterrados vivos.

Este tal vez haya sido un plan deliberado para hacer más efectivo el poder de Asiria. Podemos imaginar al monarca arguyendo que, mediante tal política de terror, las ciudades serían inducidas a someterse o, mejor aún, a no rebelarse. En definitiva, quizá decía Asurnasirpal, la efusión de sangre y el sufrimiento disminuirían, de modo que la crueldad de la guerra era, en realidad, una bondad. (Los halcones de la guerra han argumentado de este modo también en los tiempos modernos).

Pero el hecho de que Asurnasirpal detallase con deleite sus actos en sus inscripciones, con bajorrelieves que pintan las actuaciones y el hecho de que, al parecer, gozaba contemplando las torturas, muestran sin duda que era un sádico. Realizó sus viles acciones porque gozaba con ellas.

A corto plazo, la política de Asurnasirpal tuvo éxito. Expandió el Imperio y lo colocó sobre cimientos sólidos. Murió en la paz y, tal vez, con el agradable sentimiento de haber hecho el bien.

Pero a la larga, fracasó. Hizo odiar y detestar el nombre mismo de los asirios como no iba a lograrlo ningún conquistador de tiempos futuros hasta la época de Hitler. Los monarcas asirios posteriores no fueron en modo alguno tan perversos como Asurnasirpal II; algunos hasta fueron personas ilustradas y decentes. Sin embargo, un olor de sadismo parece desprenderse de todos ellos, gracias a Asurnasirpal, y ninguno iba a conocer la paz. Durante el resto de su existencia, la historia de Asiria fue una continua represión de rebeliones, pues ningún pueblo permanecía por mucho tiempo pacíficamente sometido a ella.

Cuando, después de dos siglos y medio de incesantes guerras, Asiria fue finalmente derrotada, lo fue en forma total. Otras naciones han decaído, han sobrevivido y se han recuperado. Asiria misma había pasado por este proceso varias veces antes de la época de

Aurnasirpal II. Pero cuando decayó nuevamente, después de los tiempos de Aurnasirpal, fue borrada completamente y se la hizo desaparecer de la faz de la tierra.

El caballo aumenta de tamaño

El hijo de Asurnasirpal, Salmanasar III, le sucedió en el año 859 a. C. y su reinado duró aún más que el de su padre. Se dispuso a seguir expandiendo el reino, y durante su reinado se le vio continuamente en el campo de batalla.

Un principado arameo había logrado sobrevivir al resurgimiento asirio: el reino damasceno de Siria, que conservó cierto poder a lo largo de la punta occidental de la Media Luna Fértil y estaba activamente dedicado a organizar la resistencia contra Asiria. Su principal aliado en esta aventura era Israel, su vecino del Sur, que estaba gobernado a la sazón por Ajab, rey famoso en la Biblia por su idolatría y maldad (al menos, según las opiniones de los autores bíblicos).

En el 854 a. C., los dos aliados enfrentaron al ejército asirio en Karkar. Este lugar no ha sido identificado, pero se piensa que estaba en el norte de Siria, a unos 50 kilómetros, más o menos, de la costa mediterránea. La situación era desesperada, pues el ejército asirio era el mejor del mundo y superaba en número al ejército sirio-israelita, aliado por tres años. Quisiéramos conocer los detalles de lo que sucedió, pero no es así. Todo lo que podemos decir es que, contra todas las probabilidades, los aliados lograron mantenerse. De algún modo lograron detener a los temidos asirios y llegar tal vez a un empate. Los asirios se retiraron, y Siria e Israel tuvieron otro siglo de vida.

Extrañamente, la Biblia no menciona la batalla (lo cual es una de las razones de que sepamos tan poco sobre ella); es como si no se hubiese querido reconocer el mérito de esta gran hazaña al malvado rey Ajab. La conocemos por una breve mención en las inscripciones asirias, de las que no cabe esperar muchos detalles en lo concerniente a una batalla que, ciertamente, no fue una gloriosa victoria para los asirios.

Pero si bien los aliados tuvieron un respiro, no se salvaron para siempre. Asiria era demasiado grande y poderosa para ser negada totalmente. En otra campaña posterior a la muerte de Ajab, un ejército asirio devastó Siria y la obligó a pagar tributo, al igual que a los otros principados del Oeste.

El linaje de Ajab fue derrocado y eliminado en el 843 a. C., once años después de la gran batalla, y el general israelita Jehú fundó una nueva dinastía. En la Biblia se presenta a Jehú como un héroe, por destruir una dinastía perversa. Pero los documentos asirios presentan una imagen diferente de él. Un «Obelisco Negro» proveniente de las ruinas de

Calach muestra a los príncipes sometidos a Asiria llevando el tributo a Salmanasar. Uno de ellos es Jehú de Israel, que aparece postrado a los pies de su amo asirio. Siria y las diversas ciudades fenicias también se contaban entre los tributarios. Pero aunque eran esquilados por sus señores asirios, los pequeños reinos conservaron su gobierno propio, y esto se debió, al menos en parte, a la gran demostración que hicieron en Karkar.

Un peligro mucho mayor para Asiria era el creciente poder de Urartu, en el Norte. Lo que había sido antaño un grupo de principados hurritas rivales se había unido en un poderoso reino hacia el 1000 a. C., cuando Asiria fue derrotada por las incursiones arameas. El Reino de Urartu se centraba en el lago Van, al norte del Tigris superior y 500 kilómetros al norte de Asur.

Se inició luego un período de constantes guerras entre Urartu y Asiria, un período de prolongadas frustraciones para ésta. Urartu no tenía otro enemigo importante y pudo concentrar su poder contra su vecino meridional durante varios siglos; en cambio, los ejércitos asirios estaban dispersos en todas las direcciones. Así, aunque Asiria ganaba casi todas las batallas, Urartu lograba recuperarse mientras Asiria estaba atareada en otras partes, y pronto el reino del norte estaba listo para atacar nuevamente. Este duelo llenó buena parte del reinado de Salmanasar. En cierto momento, los ejércitos asirios hasta tomaron la capital de Urartu. Pero Salmanasar no podía dejar su ejército allí y, cuando éste se marchó, Urartu se recuperó.

Aproximadamente lo mismo ocurría con el vecino que Asiria tenía al sur. En el 850 a. C., Salmanasar III avanzó aguas abajo para reafirmar el poder de Asiria sobre Babilonia, poder que había durado desde los días de Teglathfalar I, siglo y medio antes. En el ínterin, una nueva fuerza había entrado en Babilonia, otro grupo de tribus semíticas provenientes de Arabia.

Eran los caldeos, mencionados por vez primera en las demoníacas inscripciones de Aurnasirpal II.

Salmanasar III nunca obtuvo una victoria completa sobre los caldeos. Como los urartianos, los caldeos absorbían las derrotas y se levantaban de nuevo cuando los ejércitos asirios se marchaban.

Durante el reinado de Salmanasar III, los pueblos indo-europeos estaban entrando en el escenario mundial. Se habían esparcido en todas direcciones, a partir de su patria de Europa Oriental, desde las grandes invasiones de los nómadas con carros tirados por caballos. La primera gran civilización que dieron al mundo, el Reino hitita, había desaparecido tres siglos y medio antes de la época de Salmanasar, pero había otras tribus en otros lugares, tribus que habían bordeado el mundo semita de Arabia y la Luna Media Fértil

por ambas partes.

Algunos indoeuropeos se trasladaron al oeste del mar Negro y penetraron en Europa. Los que marcharon al Sur para entrar en la más oriental de las tres penínsulas meridionales europeas eran los que llamamos los griegos.

Otras tribus se desplazaron al este del mar Negro y pasaron por las montuosas regiones de lo que es ahora el Irán moderno. Migraron hacia el Sur hasta lo que es ahora Pakistán ya en el 1500 a. C. Estas tribus orientales se llamaban a sí mismas «arios», que significa «nobles».

Puesto que esas tribus hablaban una lengua indoeuropea, los historiadores del siglo XIX a menudo llamaban «arias» a las lenguas de ese grupo, aunque eran también habladas por muchos grupos, como los griegos y los hititas, entre otros, que no eran miembros de esas tribus orientales. Con menos justificación aún, a los que hablaban lenguas indoeuropeas se los llamó «arios». Este término adquirió mala reputación por causa de Hitler y los nazis, quienes lo usaron en la formulación de sus absurdas teorías raciales. En este libro, llamaré «indoeuropeas» a las lenguas de esa familia.

Una forma del término ario sobrevive, legítimamente, en el nombre de la nación que llamamos Irán, donde se asentaron hace tres mil años o más. Esa tierra ha recibido varios otros nombres (el más conocido de los cuales es Persia) y los usaremos en este libro, cuando sean aplicables. El territorio ha sido ocupado por una variedad de tribus, estrechamente emparentadas por la lengua y la cultura, pero con nombres diversos. Podemos agruparlas a todas bajo la denominación de iránias.

La primera de las tribus que hizo su aparición en la historia mesopotámica fueron los medos. Venían del Norte y se establecieron en la región situada al sur del mar Caspio y al este de los principales tramos de los Montes Zagros. Esta región fue llamada Media. Los medos son mencionados por primera vez en las crónicas de Salmanasar III, que efectuó allí una campaña en el 836 a. C.

Los medos hicieron una importante contribución a la historia de la guerra, en la que nuevamente estuvo involucrado el caballo. El caballo y el carro eran una notable arma de guerra que, sin embargo, tenía sus limitaciones. Sólo se los podía usar en un terreno bastante llano. Los montecillos y zanjas inesperados podían volcar el carro y hasta dañar seriamente al auriga.

Era mucho mejor que el auriga pudiese montar directamente el caballo. Aun sin estribos para afirmarse (el estribo metálico sólo se inventó mil años más tarde), un jinete podía desarrollar la habilidad de mantenerse en el caballo, aunque éste galopase y saltase, y

hacer uso de un arma a distancia, como el arco y la flecha. (Todo intento de blandir una lanza a corta distancia habría hecho correr el riesgo de ser tirado del caballo por un lanzazo dado en respuesta).

La principal dificultad era que los caballos existentes en el primer milenio de su uso en la guerra eran bastante pequeños. A nosotros nos habrían parecido veloces y duros poneys, muy resistentes, pero muy diferentes de los grandes caballos de la actualidad. Un poney semejante podía arrastrar un carro; y si un solo poney no podía, pues enjaezaban dos juntos. Pero un caballo de esta especie no podía soportar el peso directo y total de un hombre —y menos de un hombre armado— y transportarlo velozmente en una batalla durante cualquier cantidad de tiempo. Tampoco podía un hombre resolver la situación cabalgando en dos caballos.

Fueron los medos, al parecer, quienes primero criaron grandes caballos capaces de llevar hombres en sus lomos, y los pueblos iraníes fueron siempre los más hábiles jinetes del mundo durante toda la Antigüedad.

Los asirios obtuvieron caballos pesados de los medos, probablemente como botín de guerra, y de este modo añadieron otra arma especializada a su maquinaria bélica: el arquero montado. Los jinetes asirios pudieron ahora pasar por cualquier terreno por el que pudiera andar un caballo, y perseguir a una infantería en huida por los terrenos accidentados que antes brindaban al ejército derrotado una protección contra la persecución de los carros.

El caballo grande proporcionó también otra ventaja. Los mensajeros y correos de los reyes pudieron viajar más rápidamente y cubrir distancias más largas, pues los caballos grandes no se cansan pronto. El servicio postal, creado por los sumerios, fue muy mejorado y extendido por los asirios, quienes, mejoradas las comunicaciones, pudieron organizar un vasto imperio mejor de lo que habían podido hacerlo anteriores pueblos conquistadores. También fue posible alimentar mayores concentraciones de población, pues las grandes ciudades, como Babilonia o Calach, tenían una población de hasta treinta mil habitantes.

La reina que no fue

El belicoso reinado de Salmanasar agotó a Asiria sin lograr, a fin de cuentas, el objetivo ansiado de poner a sus enemigos totalmente fuera de combate. Salmanasar III obtuvo victorias en todas partes: contra Siria e Israel en el Oeste, contra Urartu en el Norte, contra Media en el Este y contra Babilonia (o Caldea, como la podemos llamar ahora) en el Sur. Pero en ningún caso las victorias fueron decisivas, y sus enemigos quedaron llenos de combatividad.

Además, en sus últimos años, el rey tuvo constantes problemas dinásticos. Esto era común en las monarquías antiguas. Cuanto más cercano a nosotros es un período histórico, y por consiguiente cuanto más detallado es nuestro conocimiento de él, tanto mejor podemos observar la perenne lucha entre padre e hijo o entre hermano y hermano.

Uno de los problemas era que, en las antiguas monarquías, no había una línea de sucesión clara. En general, bastaba que gobernase algún miembro de la familia real, pero no tenía que ser necesariamente el hijo mayor del rey. Esta norma se basaba en buenas razones. Si la sucesión iba automáticamente al pariente más cercano, podía ser rey algún individuo incompetente. Habiendo libertad de elección, en teoría ocuparía el trono el mejor.

Pero ¿quién era el mejor? En las familias reales poligámicas, a menudo había muchos hijos mayores, cada uno de los cuales se consideraba el mejor. Podía haber muchos partidos diferentes que esperaban la muerte del rey, cada uno de los cuales abrigaba la esperanza de que le sucediese algún pariente determinado.

Si el viejo rey moría repentina e inesperadamente, podía desatarse una guerra civil. Si el viejo rey tardaba mucho en morir, algún hijo impaciente podía tratar de apoderarse del trono por la fuerza (y, si era posible, disponer también el asesinato de su padre).

En el último año de vida de Salmanasar, su hijo mayor se rebeló, y el rey murió en el 824 a. C. antes de que el enfrentamiento quedase dirimido. El hijo menor de Salmanasar combatió en nombre de su padre y logró aplastar la rebelión. Pero no fue un rey fuerte, y el poder asirio decayó bajo su reinado, mientras la tierra agotada buscaba reposo.

Cuando el nuevo rey murió, en el 810 a. C., dejó un niño pequeño, y su viuda, Sammu-rammat, tomó en sus manos el poder. La visión de una mujer gobernando el grande, poderoso y terrorífico Reino asirio parece haber impresionado a los habitantes de las tierras

circundantes. Por entonces, los griegos estaban apenas emergiendo de la edad oscura que siguió a los desórdenes provocados por los Pueblos del Mar. Aun en su península, situada a 1.700 kilómetros de Calach, deben de haberles llegado oscuras noticias de esa reina. Al menos, sus leyendas, tales como aparecen posteriormente en las obras de sus literatos, relatan una historia curiosamente escorzada de Asiria que se centra en esa reina.

El primer rey asirio, según las leyendas griegas, fue Nino, quien fundó Nínive. (En tiempos posteriores, Nínive fue la capital de Asiria, y los griegos quizá pensaron que la ciudad recibió el nombre de su fundador. También es posible que Nino sea un borroso recuerdo de Tukulti-Ninurta I, en cuyo caso el Nino de la leyenda griega y el Nemrod de la leyenda hebrea aludirían al mismo rey).

Se suponía que Nino había conquistado toda el Asia Occidental en una serie de fulminantes campañas (la obra resumida de una docena de conquistadores asirios) y se había casado con una hermosa mujer llamada Semíramis. Parece claro que «Semíramis» era un recuerdo de Sammu-rammat.

Después de la muerte de Nino, sigue la leyenda, Semíramis ocupó el trono. Se creía que había reinado cuarenta y dos años y fundado la ciudad de Babilonia. Tuvo éxito en todo lo que emprendió, hasta que trató de conquistar la India y allí fracasó.

Hay muchos detalles románticos y coloridos en esa historia, y los griegos de edades posteriores atribuyeron a Semíramis todo edificio o monumento notable que vieron en Asia Occidental. Pero todo esto es inventado, todo es producto de una galopante imaginación, inspirada por el sencillo hecho de que, durante un breve tiempo, una mujer gobernó Asiria.

La Sammu-rammat verdadera sólo gobernó ocho años, no cuarenta y dos, ni fue particularmente triunfante o victoriosa. En verdad, después del reinado de su hijo, Asiria entró en un período de estancamiento, mientras una serie de gobernantes incompetentes se sucedían unos a otros en el trono. Pero era tan terrible la reputación de Asiria que la reina no halló dificultades, aunque su imperio se fuera desintegrando en la periferia. Ninguno de sus vecinos la provocó mucho.

Pero esos vecinos florecieron internamente en ese intervalo de letargo asirio. Urartu, en particular, llegó a su apogeo. Del 778 al 750 a. C. estuvo gobernado por Argistis I, quien unió toda la Mesopotamia del extremo septentrional bajo su dominación y forjó un reino que por un momento fue tan grande y fuerte como Asiria, por entonces debilitada.

También Israel tuvo su momento de prosperidad. Siria había quedado muy quebrantada por Salmanasar III y no podía ya competir. En el 785 a. C. Jeroboam II subió al trono de Israel. Extendió su dominación hasta el Éufrates, y tanto Siria como Judá se le

sometieron. Los cuarenta años de su reinado fueron casi como la restauración del reino de David.

Pero, desgraciadamente para Urartu y para Israel, Asiria no estaba muerta, sólo estaba dormida.

La política del exilio

El fracaso general de los reyes de Asiria en sacar al reino del estancamiento y su incapacidad para hacer frente eficazmente a Urartu arruinaron el prestigio de la familia real. Ésta había gobernado Asiria de forma continua durante más de mil años, desde la época en que Shamshi-Adad I había ocupado el trono de Asur en calidad de usurpador amorreo, y cuando Hammurabi era solamente un pequeño príncipe babilonio. Ahora la dinastía entró en decadencia y el ejército estaba inquieto.

Hubo un levantamiento militar en la capital, en el 745 a. C., y cuando pasó la confusión, la vieja dinastía había desaparecido. En cambio, había un nuevo rey, que no pertenecía a la familia real. Pero adoptó el nombre de un antiguo y famoso conquistador asirio, en un intento de asegurar la continuidad y de proclamar el retorno de los «buenos viejos tiempos» de victoria y poder. Se hizo llamar Teglafalasar III.

Comenzó por reorganizar el Imperio. El país había caído en la laxitud, durante el medio siglo de gobierno negligente que le precedió. Por ello, ajustó la maquinaria administrativa e hizo a todos los funcionarios directamente responsables ante él. Mejoró las finanzas y creó un ejército profesional de soldados contratados («mercenarios»), muchos de los cuales no eran asirios. De este modo, no era necesario perder tiempo haciendo levadas de campesinos ante una emergencia ni sufrir pérdidas por el insuficiente entrenamiento de los soldados. Ahora, en cambio, era posible mantener el ejército en perpetuo pie de guerra y en un elevado nivel de eficiencia. Esto era caro, pero el dinero siempre podía obtenerse de los tributarios, y Asiria tuvo como nunca que saquear duramente a sus víctimas y aumentar su odio desesperado.

Después de esto, el nuevo rey se apresuró a ajustar cuentas con los enemigos externos.

Entre otros problemas, estaba el de los nómadas. Los medos estaban cada vez más insolentes y efectuaban correrías contra los puestos fronterizos asirios. Teglafalasar III no tenía intención de esperar a que su osadía aumentase aún más. Fue en su búsqueda, los persiguió incansablemente y los aplastó cuando logró alcanzarlos. Aún era imposible derrotar totalmente a los nómadas, pero los medos recibieron un buen castigo. Mantuvieron su independencia, sin duda, pero pagaron tributo y se mantuvieron respetuosos.

Una rápida campaña por el Oeste aterrorizó a las pequeñas naciones de la región. Jeroboam II había muerto el mismo año en que Teglafalasar subió al trono y sus débiles

sucesores fueron incapaces de impedir que Israel se disgregase. Israel tuvo que aceptar rápidamente pagar tributo a Asiria, y terminó el último chispazo de prosperidad israelita.

Teglatfalasar se dirigió entonces al Norte, contra el gran enemigo, Urartu, cuya diplomacia apoyaba el descontento y la rebelión contra Asiria siempre que podía. Teglatfalasar golpeó duramente. No pudo expulsar a todas las fuerzas de Urartu de fortalezas, pero logró apoderarse de la mitad meridional del país. Urartu quedó mortalmente herida. Decayó y nunca volvió a recuperar toda su potencia.

Volvió al Oeste, donde se estaba haciendo otro intento de formar una alianza antiasiria (como en los grandes días de Ajab, un siglo antes). Teglatfalasar tomó Damasco y puso fin al Reino de Siria, después de dos siglos de existencia. Israel se apaciguó nuevamente.

Teglatfalasar III inició una nueva política asiria para el tratamiento de las naciones derrotadas. Se abandonó el viejo sistema de terror sin fin: En cambio, Teglatfalasar adoptó la práctica más sutil de trasladar a los líderes de una nación, llevarlos a alguna remota parte del reino y reemplazarlos por gente de otros lugares.

Ésta era una astuta medida psicológica. Se pensaba por entonces de forma unánime que todo dios estaba ligado a su suelo, que un dios sólo podía ser apropiadamente adorado en un lugar determinado. Cuando se deportaba a alguien de su patria, se lo separaba también del lugar de sus dioses. Se lo arrojaba a una nueva tierra, donde no sólo no se hablaba su vieja lengua ni se practicaban sus viejas costumbres, sino que tampoco estaban sus viejos dioses. De este modo, los sentimientos de identidad se diluían en el exilio, quedaba anulado lo que hoy llamaríamos su sentimiento de «nacionalidad».

El resultado final de esto fue el debilitamiento general de todas las partes no asirias del Imperio en beneficio de la parte asiria.

Las deportaciones tuvieron otro efecto importante y totalmente imprevisto que se ejerció sobre la lengua de Mesopotamia. Desde los días de Sargón de Agadé, el acadio había sido la lengua de la región, quienesquiera que fuesen sus nuevos conquistadores. Asirios y caldeos por igual adoptaron y hablaron la lengua acadia, que por la época de Teglatfalasar III había sido el idioma dominante durante quince siglos.

Pero en la parte occidental de la Media Luna Fértil, se usaban otros dialectos semíticos: hebreo, fenicio y arameo. Los arameos usaban un alfabeto (inventado por los fenicios alrededor del 1500 a. C.) que les facilitaba mucho aprender a escribir. En cuestiones de comercio internacional, pues, se hizo muy tentador usar una lengua semítica occidental en lugar del acadio. Esto ocurría hasta en tierras asirias, pues era más fácil para un mercader

asirio aprender a leer y escribir en arameo, que sólo tenía dos docenas de letras, que para un sirio aprender a leer y escribir acadio, con sus miles de símbolos distintos.

Los arameos eran los grandes mercaderes del período asirio y difundieron su lengua por toda la mitad occidental de la Media Luna Fértil. Entre los judíos, por ejemplo, llegó a reemplazar al hebreo. Los últimos libros de la Biblia están escritos parcialmente en arameo, y ésta era la lengua del pueblo llano de Judea en tiempos de Jesús. Era también la lengua del mismo Jesús (probablemente la única lengua que habló, aparte del hebreo mismo).

Cuando Teglathfalsar III dispersó a los arameos exiliados por Mesopotamia y otras partes, también esparció la lengua aramea. El acadio, con todas las dificultades que presentaba, se había mantenido hasta entonces por tradición conservadora. Pero ahora comenzó a ceder frente a la escritura alfabética del arameo. Así, el arameo se convirtió en la segunda lengua oficial de Asiria y lentamente comenzó a sustituir al acadio, como el acadio había antaño reemplazado al sumerio.

Teglathfalsar III también dirigió su atención a Caldea. Durante casi cuatro siglos, Babilonia y la Mesopotamia meridional habían reconocido, por lo general, la supremacía de Asiria en teoría, pero habían conservado sus propios reyes y seguían siendo un embarazoso problema para Asiria. Cuando Asiria se debilitaba, se acentuaba la independencia de Babilonia.

Teglathfalsar III decidió poner fin a los problemas que acarrea el flojo vínculo que mantenía unidas a Asiria y Caldea. Cuando el gobernante caldeo de Babilonia murió y se desató una disputa por la sucesión, el rey asirio dirimió la cuestión marchando sobre Babilonia y proclamándose él mismo rey de la región, con el nombre de Pulu (que quizá fuese su verdadero nombre). Por primera vez desde el surgimiento de Asiria, el mismo gobernante regía directamente Caldea y Babilonia. Esto se reflejó en el hecho de que el dios patrón de Asiria, Asur, obtuvo la supremacía entre los dioses, reemplazando al viejo Marduk.

Pero ni la vieja dinastía ni la vieja religión de Babilonia habían sido aniquiladas. Se doblegaron, pero esperaron hoscamente la oportunidad para resurgir.

La última dinastía

En el 727 a. C., Teglafalasar III murió, y subió al trono su hijo, Salmanasar V. El lapso en que un rey sucedía a otro era siempre un momento crítico en la vida de los antiguos imperios. El nuevo rey podía ser un individuo incompetente o podía tener un rival para el trono; por ello, era el momento de la sucesión cuando una nación sojuzgada aprovechaba la oportunidad para rebelarse.

Así, cuando el temible Teglafalasar III fue depositado en su tumba, Oseas de Israel creyó en la probabilidad de que volviese la incompetencia que había caracterizado a los monarcas asirios durante generaciones anteriores y se negó a pagar tributo.

Es difícil saber si Salmanasar V era realmente competente o no, pues no estuvo en el trono mucho tiempo. Se movió con decisión, sin duda, y puso sitio a Samaria, la capital de Israel, en el 725 a. C., pero el asedio no tuvo mucho éxito. Pasaron tres años y el ejército asirio aún estaba frente a las murallas de Samaria, lo que nos permite suponer que se produjo cierta inquietud en el ejército y que al menos estalló un motín. En el 722 a. C., Salmanasar V desapareció. Repentinamente, hizo su aparición un nuevo rey, de origen desconocido, aunque debe de haber sido un general. Mientras la primera dinastía de Asiria había durado mil años, la segunda sólo duró veintitrés y únicamente contó con dos reyes. El nuevo usurpador fundó la tercera dinastía asiria, llamada a veces de los sargónidas.

El usurpador eligió un nombre famoso, como hacen a menudo los usurpadores, para ocultar la realidad de su humilde origen bajo una apariencia dorada. Esta vez el nombre elegido fue Sargón («rey legítimo», exactamente lo que no era) y comúnmente se le conoce como Sargón II. A menudo se afirma que el nuevo rey tomó deliberadamente como modelo a Sargón de Agadé y que ésta es la razón de que se llamase Sargón II. Pero no es así. Asiria había tenido un rey llamado Sargón I en tiempos anteriores a los de Hammurabi, unos seis siglos después de Sargón de Agadé, y es a él a quien se aludía.

Si la causa del motín fue el descontento de los soldados por el fracaso en el asedio de Samaria, era injustificado, pues Samaria cayó casi inmediatamente después del golpe y probablemente habría caído lo mismo si Salmanasar hubiese conservado el trono. En verdad, hasta cabe preguntarse si Samaria cayó antes o después del advenimiento de Sargón. Este pretendía que había sido mérito suyo, pero nadie puede obligar a un rey absoluto a ser absolutamente honesto. La Biblia nunca menciona a Sargón como conquistador de Samaria; atribuye el hecho a Salmanasar. Sólo nos queda la duda.

Una vez que cayó Samaria, se prosiguió la política de deportaciones iniciada por Teglathfalasar III. En verdad, éste fue el caso más famoso de esa política. Los líderes israelitas que fueron alejados de su tierra representaban a las «diez tribus perdidas». Estas nunca fueron halladas nuevamente, y durante muchos siglos la leyenda las situó en diferentes lugares y en la fantasía se multiplicaron hasta convertirse en un próspero y poderoso reino. La verdad es que sencillamente se asimilaron a la población de la Mesopotamia noroccidental, donde se asentaron. Después de un siglo o dos del fin del Reino de Israel, sus descendientes habían perdido toda conciencia de su identidad nacional.

Ahora todo el extremo occidental de la Media Luna Fértil estaba razonablemente en paz, pues había sido incorporado en conjunto al Reino asirio. El pequeño Reino de Judá, el último resto del imperio de David todavía existente (y que aún estaba gobernado por un descendiente de este rey) pagaba tributo, lo mismo que todas las naciones de Asia Menor. Hasta la isla de Chipre, situada a unos 160 kilómetros de la costa, debe haber sentido el peso del poder de Sargón, pues los virreyes de éste elevaron estelas allí.

Pero si el Occidente estaba tranquilo, en el Norte se cernían nuevos peligros. Al norte del mar Negro, donde antaño habían vivido las primitivas tribus indoeuropeas, había tribus conocidas por los griegos como los cimerios. Quizás hayan vivido pacíficamente en sus estepas durante siglos, pero en el siglo VIII a. C. un nuevo grupo de tribus, los escitas, se lanzaron hacia el Oeste desde Asia Central.

Los cimerios huyeron y se abrieron camino hacia el Sur, a través del Cáucaso. Siguieron las rutas que habían tomado los hurritas, los hititas y los arios mil años antes, pero los cimerios fueron menos afortunados. A diferencia de los anteriores invasores nómadas, tuvieron que luchar contra un gran imperio que estaba en el apogeo de su poder.

Por supuesto, los cimerios chocaron con Urartu. Ésta, que había sido muy quebrantada por Teglathfalasar III, halló difícil oponerse a las nuevas hordas. En realidad, ni siquiera tuvo la oportunidad de intentarlo, pues Sargón aprovechó la situación para ajustar cuentas con la vieja enemiga. Mientras los nómadas cimerios hacían correrías por las fronteras septentrionales de Urartu, el ejército asirio avanzó contra ella desde el Sur.

Así, Urartu quedó atrapada en un cruel torno y tuvo que elegir rápidamente a qué enemigo someterse. Optó por los asirios, pues la fuerza de éstos era abrumadora. En verdad, los métodos de Sargón en el Norte fueron típicamente asirios. No vaciló en quebrar el espíritu de resistencia de Urartu asolando la tierra misma. Deliberadamente destruyó el sistema de canales de las ciudades que resistieron demasiado firmemente. Tal destrucción, que podía llevarse a cabo en pocos días, requería años o hasta generaciones para ser reparada. En definitiva, tal política redundó en perjuicio de la misma Asiria, pues una vez destruida la prosperidad de la tierra, ésta quedaba perdida para los conquistadores tanto como para los

nativos. Pero Sargón no carecía de cierto espíritu progresista. El sistema de irrigación urartiano incluía acequias subterráneas que transportaban agua con poca pérdida debida a la evaporación. Aunque Sargón destruyó el sistema, admiró el principio y llevó la idea a Asiria, de donde se difundió por todo el mundo antiguo en general.

Los urartianos sufrieron su derrota final a manos de Asiria en el 714 a. C. y aceptaron la dominación de Sargón, aunque los reyes nativos conservaron su poder nominal sobre una pequeña parte de su antiguo territorio. Juntas, Urartu y Asiria enfrentaron entonces a los cimerios y los rechazaron de la Media Luna Fértil.

Sargón tuvo también problemas con Babilonia. Allí, los caldeos que gobernaban el país eligieron el momento de la sucesión al trono para actuar. Aunque Sargón II ya había subido al trono, un cacique caldeo se apoderó de Babilonia y se proclamó rey. Su nombre era Mardukaplaiddina, y en la Biblia se le llama Marodac-Baladán. Durante diez años se mantuvo en el poder, mientras Sargón estaba ocupado en el Oeste y el Norte. Sólo después de haber rechazado temporalmente a los cimerios el asirio pudo volverse hacia el Sur. Entonces, Marodac-Baladán tuvo que ceder y fue enviado al exilio en el 711 a. C.

Mientras tanto, Sargón, consciente de su falta de derecho legítimo al trono, se vio obligado a abandonar Calach, donde eran fuertes los vínculos con los reyes anteriores de otras dinastías. Aspiraba a construir una capital propia, que sólo estuviese asociada a él.

Eligió un lugar ubicado inmediatamente al norte de Nínive y comenzó a construir la nueva capital en el 717 a. C. Usando a las hordas de prisioneros de guerra y haciéndoles trabajar implacablemente, terminó la ciudad en diez años y la llamó Dur-Sharrukin («Fuerte de Sargón»).

Había sido antes una tierra vacía, con excepción de algunas granjas y Sargón dispuso allí de grandes extensiones. Fue totalmente planeada de una manera muy geométrica. La ciudad era un cuadrado perfecto, con lados de más de kilómetro y medio de largo y sus puntas estaban dirigidas exactamente hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Contenía un zigurat de siete pisos, muchos templos y un palacio para Sargón que cubría una superficie de 100.000 metros cuadrados. Sargón planeó también formar una biblioteca; reunió las tablillas cuneiformes que contenían la antigua literatura mesopotámica, con lo cual inició una moda que alcanzó su culminación setenta años más tarde.

Pero ¡qué endeble es la vanidad humana! Cuando la nueva capital fue terminada, quedó prácticamente vacía, pues Sargón se vio arrastrado a una nueva guerra. Los cimerios, después de encontrarse con un muro impenetrable de escudos asirios al sur del Cáucaso, se lanzaron al Oeste e invadieron Asia Menor. Los principados locales no pudieron impedir que hicieran allí un gran daño, y el mismo Sargón tuvo que efectuar una campaña en la península.

Allí murió en 705 a. C., aparentemente en una batalla contra los nómadas.

Su sucesor nunca habitó la ciudad que Sargón había construido. Ésta murió aun antes de nacer; en verdad, el palacio principal de Sargón nunca fue terminado.

Pero la ciudad y el palacio a la larga fueron útiles. En 1842, el arqueólogo francés Paul Emile Botta, al excavar el montículo donde se encontraba la vieja ciudad, descubrió el palacio de Sargón. Fue la primera construcción asiria que volvió a la luz del día y el primer indicio de la existencia del poderoso imperio, que hasta entonces la humanidad sólo había entrevisto en las brumas de las deformantes leyendas de los griegos.

Frustración y furia

El sucesor de Sargón fue Sin-akhe-eriba («Sin ha aumentado los hermanos»). Aparentemente, era un hijo menor y su madre agradecía al dios de la luna, Sin, el número de muchachos que había dado al rey. Conocemos al nuevo gobernante por la forma de su nombre que aparece en la Biblia: Senaquerib.

Como tantos otros reyes asirios, Senaquerib juzgó necesario tener una capital propia. La magnífica capital que acababa de construir su padre no le parecía adecuada.

Quizás llevaba demasiado el sello de su padre, y Senaquerib quería algo sobre lo cual poner su propio sello.

Cualquiera que haya sido la razón, eligió Nínive como capital. Era una vieja ciudad que existía como puesto fronterizo septentrional desde los más antiguos tiempos sumerios. Había sido siempre una ciudad importante de Asiria, pero nunca había sido capital.

Senaquerib la reconstruyó desde los cimientos e hizo de ella una gran metrópoli. Para llevar a ella agua dulce, por ejemplo, hizo construir un canal de piedra especial que descendía hacia el Sur desde las colinas situadas a varios kilómetros al Norte. En algunos lugares tenía veinticinco metros de ancho; así, se llevaba agua a través de un valle por un acueducto de piedra que fue un predecesor de los que más tarde construirían los romanos.

El rey se construyó un gran palacio de ochenta habitaciones que tenía 200 metros de ancho por 210 de largo. Flanqueaban sus puertas esos característicos elementos de la escultura asiria que eran los toros alados de piedra, de unas veinte toneladas de peso, con cabezas de monarcas barbudos. Al parecer, representaban un tipo de espíritu poderoso que protegía la entrada al palacio y, por ende, al rey que vivía en él. (Era común esta idea de proteger las puertas. Los egipcios usaban para ello esfinges, leones con cabeza humana. Nosotros mismos tendemos a usar leones, como en la Biblioteca Pública de Nueva York).

Esos toros alados se ven tan a menudo en conexión con escritos sobre Asiria que han llegado a ser casi como representantes de esa tierra, como el águila de los Estados Unidos o el oso de Rusia. En verdad, la fama de Nínive debe de haber difundido el conocimiento de esos seres alados por todas las partes del Imperio. Parece cierto, por ejemplo, que los misteriosos «querubines» mencionados en la Biblia eran esos toros alados o algo muy similar a ellos: es un poderoso querubín con una espada de fuego el que cierra el camino de retorno al Jardín del

Edén, seis querubines alados custodian el Trono Divino en la visión de Isaías, y dos querubines (no descritos) están en la cima del Arca de la Alianza.

Por diversas razones, los querubines dejaron de ser bestias temibles, sobrenaturales y con cabezas de hombre para convertirse, primero, en ángeles y, luego, en ángeles niños. Hoy tendemos a llamar «querubín» a un bonito bebé, pero no soñamos en aplicar este nombre a quienes más corresponde: a los majestuosos monstruos que custodiaban la entrada del imponente palacio de Senaquerib.

Nínive fue la capital del Imperio durante el resto de la vida de éste. Fue un lapso inferior a un siglo, pero en este período florecieron muchos de los profetas de Judá, y sus acusaciones contra la capital asiria dieron a Nínive una fama que ha persistido hasta hoy y ha borrado toda idea de capitales anteriores de la mente de la mayoría de los hombres.

Los judíos tenían buenas razones para execrar a Nínive, pues el rey que hizo de ella su capital devastó Judá.

Senaquerib tuvo que afrontar el problema habitual de un nuevo déspota de cualquier imperio, más aún de uno tan odiado como el asirio. Los fuegos que su padre había extinguido se encendieron nuevamente.

Tampoco esos fuegos fueron totalmente espontáneos. En los lindes del Imperio había naciones independientes que trataban continuamente de estimular la rebelión en el Reino Asirio. Sólo manteniendo al temido ejército asirio constantemente ocupado sofocando rebeliones podían esas naciones estar seguras de que ellas no serían amenazadas de conquista.

En la frontera occidental del Imperio Asirio estaba Egipto, que intrigaba permanentemente con Judá y los otros pequeños Estados del Oeste. Egipto ofrecía dinero y prometía ayuda militar si éstos emprendían una enérgica acción antiasiria. En el borde sudoriental del Imperio estaba Elam, cuya especialidad era mantener siempre activos a los caldeos de Babilonia, mediante los refugiados políticos que recibía.

Elam estimuló a Marodac-Baladán, el caldeo, a apoderarse de Babilonia tan pronto como Sargón murió. Senaquerib tuvo que lanzarse aguas abajo y derrotar nuevamente al caldeo. Luego, se dirigió al Oeste, para hacer frente a otra amenaza.

Sucumbiendo a los halagos egipcios, Ezequías, rey de Judá, se negó a pagar el tributo a Asiria. Esto equivalía a una declaración formal de rebelión. Senaquerib atravesó Judá y los territorios circundantes devastando todo con frío y eficiente salvajismo, y puso sitio a Jerusalén en el 701 a. C.

Jerusalén estaba en una posición fuerte y casi inexpugnable y Ezequías se había preparado bien, con gran acopio de provisiones. Sin embargo, observadores imparciales habrían pensado que el destino de Jerusalén estaba sellado y que, a la larga, el ejército asirio debía tomar la ciudad, por hambre o por asalto.

Pero el ejército asirio no tomó Jerusalén. Ésta quedó intacta, y el júbilo que despertó este hecho aún resuena en la Biblia. Según el relato bíblico, una repentina peste asoló por la noche al ejército asirio y las diezmadas fuerzas restantes tuvieron que levantar el sitio y retirarse.

El historiador griego Herodoto también habla de una misteriosa derrota del ejército de Senaquerib. Aparentemente, su relato no tiene nada que ver con Jerusalén (en sus nueve libros, Herodoto no menciona a los judíos ni una sola vez), pero se refiere a una plaga de ratones que royeron las cuerdas de los arcos asirios, dejó a la hueste mal armada y la obligó a retirarse.

Indudablemente, Senaquerib se retiró sin tomar Jerusalén, pero las razones de ello quizás hayan sido más prosaicas que los relatos de la Biblia o de Herodoto. Egipto era muy débil por entonces, pero debía hacer algún esfuerzo para liberar a Jerusalén. A fin de cuentas, no podía permitirse una victoria asiria. Senaquerib debía de haber estado enterado de las intrigas de Egipto y, si Jerusalén caía, habría quedado expedito el camino para atravesar la Península del Sinaí y descargar su venganza sobre la tierra del Nilo. Y todo el que conocía a Senaquerib sabía que la venganza no sería suave.

Por consiguiente, un ejército egipcio marchó en ayuda de Jerusalén y Senaquerib tuvo que luchar contra él. Los asirios ganaron, pero quedaron inevitablemente debilitados y se redujeron sus probabilidades de tomar Jerusalén. Por añadidura, los virreyes de Senaquerib en Babilonia debieron de enviarle mensajes para informarle de que la región estaba en rebelión nuevamente, y con seguridad al monarca asirio la gran metrópoli de Babilonia le parecería más importante que la pequeña ciudad montuosa de Jerusalén.

Así, el ejército asirio tuvo que retirarse lleno de frustración. Mas para los asirios sólo fue un pequeño inconveniente; excepto en lo concerniente a la conservación de su propio rey y de sus costumbres, Judá tuvo poco que celebrar. La tierra fue devastada, Ezequías tuvo que pagar una enorme indemnización y, además, volver a pagar tributo.

Judá siguió pagando tributo durante el resto de la historia de Asiria y quedó tan debilitada que nunca volvió a rebelarse contra esta nación. El hijo de Ezequías, Manasés, que reinó durante medio siglo, no halló seguridad alguna en ningún otro curso de acción que no fuese el de ser un abyecto títere asirio. Hizo todo lo posible para suprimir a la facción profética nacionalista, dedicada constantemente a una graneada prédica antiasiria que podía

provocar el desastre final de una nueva invasión y asedio. Como consecuencia de esto, Manasés es execrado por los autores bíblicos.

Las llamas de la rebelión se encendieron nuevamente en Babilonia, y Senaquerib comprendió claramente que Babilonia nunca se sometería mientras dispusiera de la ayuda elamita. Por ello, decidió llevar una ofensiva directamente contra Elam, y hacerlo, no abriéndose camino por Babilonia, ya que de este modo llegaría a Elam con fuerzas peligrosamente debilitadas, sino llevando un inesperado ataque desde el mar.

Construyó barcos en el Norte y el Oeste, para que los espías elamitas no se percataran muy pronto de sus planes. Puesto que los asirios no tenían experiencia marina, Senaquerib empleó a fenicios para tripular sus barcos.

Quizá haya tenido también a su servicio a algunos navegantes griegos. (Tal vez fue entonces cuando Grecia y Asiria entraron en contacto por vez primera, de este modo relativamente pacífico). Algunos de los griegos volvieron luego a su patria con relatos sobre la gran ciudad de Nínive, que pueden haber sido la fuente material de las leyendas griegas sobre Nino y Semíramis.

Finalmente, la flota estuvo lista. Navegó rápida y sigilosamente Éufrates abajo, pasando por Babilonia pero sin atacarla, hasta llegar al golfo Pérsico. La fuerza expedicionaria asiria desembarcó en la costa elamita y penetró en el interior.

Si los elamitas le hubiesen hecho frente y combatido, Senaquerib habría obtenido una gran victoria, pero respondieron a la inesperada acción asiria con otra igualmente inesperada. Dejaron su nación defendida por una pequeña fuerza y enviaron el grueso de su ejército a Babilonia, para unirse allí con los rebeldes, colocando a Senaquerib en el riesgo de verse aislado de su base. Senaquerib tuvo que retirarse, viendo desbaratarse todos sus planes.

Fue una frustración que superaba en mucho a todo lo que podía haber sentido con respecto a Jerusalén, y provocó a Senaquerib un verdadero ataque de furia.

Hasta entonces, Babilonia había permanecido intacta gracias a su gloriosa historia. Era la más grande, rica y culta ciudad del Oeste, con ya mil años de historia detrás. Mantuvo la vieja religión sumeria y fue la cuna del dios principal de su particular versión de dicha religión, Marduk (que había sido elevado a ese rango en tiempos de Hammurabi).

Sin duda, Babilonia estaba bajo la férula de Asiria, pero esto no afectaba al sentimiento babilónico de superioridad. Los babilonios deben de haber considerado a los asirios de manera muy similar a como los griegos habrían de considerar a los romanos cinco siglos más tarde. Los asirios (como los romanos) eran buenos guerreros, pero nada más. Para

todo lo importante en la vida —la religión, la lengua y la cultura—, Asiria tenía que acudir a Babilonia.

Asiria misma debe de haber sentido esto e, involuntariamente, rendía a Babilonia una reverencia casi supersticiosa. Era como si los reyes asirios no se atreviesen a afrontar la execración de la posteridad, si llegaban a dañar a Babilonia. (Un sentimiento similar protegió a grandes ciudades de famosa historia cultural, como Atenas, Florencia y París).

Pero Senaquerib, loco de frustración, ya no podía ser contenido por el pensamiento de la grandeza babilónica. Tenía que darle una lección, una terrible lección. Todo el mundo debía ver que ni siquiera Babilonia podía resistir la furia asiria y, quizá, si presenciase la venganza asiria, no habría más problemas.

Senaquerib, en el 689 a. C., se abrió camino hacia Babilonia e inició la completa destrucción de la ciudad. Destruyó su sistema de canales, echando abajo los diques y rellenando las acequias con el barro de las casas que hizo abatir desviando la corriente del Éufrates. Hasta destruyó los templos y se llevó a Asiria la misma estatua de Marduk. Su propósito era arrasar totalmente la ciudad.

Pero no lo consiguió. La ciudad sobrevivió, muy miserablemente al principio, pero sobrevivió.

El mismo Senaquerib tuvo mal fin. En el 681 a. C., mientras efectuaba ritos religiosos, murió como resultado de una conspiración montada por sus dos hijos mayores.

El apogeo

No conocemos detalles del complot contra Senaquerib, pero algo debió de salir mal, pues los hijos asesinos tuvieron que huir rápidamente al Norte, a Urartu, fuera del alcance inmediato del ejército asirio. Allí comenzaron a reclutar fuerzas propias.

Entre tanto, un hijo menor de Senaquerib reclamó el trono, y los dirigentes de la nación se unieron a él. Este hijo menor, el tercero de los sargónidas, fue Ashur-akhiddina («Asur ha dado un hermano»), al que conocemos por su nombre bíblico de Asarhaddón.

Asarhaddón pronto derrotó al ejército de sus hermanos y puso fin a su amenaza. Fue un monarca asirio muy poco común, ya que evitó la guerra todo lo posible.

Así, trató de ganarse a Babilonia por la bondad, no por la ira. Empezó la restauración de la Babilonia histórica (quizás hasta sintió remordimientos por el implacable tratamiento a que su padre sometió a la gran ciudad). Fue una tarea enorme, que le llevó una docena de años, pero finalmente, en el 669 a. C., Babilonia quedó reedificada y recuperó su esplendor. Más aún, Asarhaddón hizo restaurar todos los templos que habían sido destruidos y profanados durante el reinado anterior.

Hasta mantuvo una cuidadosa política de coexistencia con Elam, y la dejó en paz, siempre que cesara su intervención en Babilonia. Un nuevo rey elamita llevó una política pro asiria, y durante una veintena de años las cosas marcharon bien.

En el Oeste, el diminuto Judá no fue molestado, mientras su rey Manasés mantuviese el pago del tributo, cosa que hizo.

En el Norte, Asarhaddón adoptó las medidas necesarias contra los nómadas. Los cimérios habían matado a Sargón una generación antes, pero esto había ocurrido en el curso de una aplastante victoria asiria, y permanecieron tranquilos durante el reinado de Senaquerib. Pero la presión escita sobre su retaguardia se hizo cada vez más intensa, y los cimérios se vieron obligados a penetrar cada vez más profundamente en Asia Menor, mientras los escitas ocupaban Urartu.

Asarhaddón marchó contra ellos y los derrotó en el 679 a. C., lo cual aseguró otro período de calma. También usó las artes de la persuasión pacífica. Estableció una especie de parentesco con los escitas incorporando a su harén a una de sus doncellas nobles. (Las tribus

bárbaras siempre se sentían complacidas y honradas cuando una de sus princesas desaparecía en un harén imperial).

Sólo en el lejano Oeste Asarhaddón lanzó una campaña de conquista de viejo estilo. El papel de Egipto en el fracaso del asedio de Jerusalén no había sido olvidado; y sin duda, desde entonces Egipto había estado estimulando activamente el espíritu de rebelión.

Asarhaddón lanzó dos ofensivas contra Egipto. En un avance preliminar realizado en el 673 a. C., subestimó la eficacia de la desesperación egipcia. En efecto, éstos combatieron con la bravura de la desesperación y rechazaron a los asirios.

Asarhaddón no se inmutó ante la dificultad, y se retiró para preparar adecuadamente el ataque. Volvió con un ejército mayor y mejor equipado, en el 671 a. C., y esta vez tomó el delta del Nilo y saqueó Menfis, la gran metrópoli, de veinticinco siglos de antigüedad, del Egipto septentrional. Por un momento, Egipto estuvo bajo los virreyes asirios.

En ese momento, el Imperio Asirio estuvo en el apogeo de su poder. Asarhaddón mantuvo firmemente en sus manos toda la Media Luna Fértil. Las naciones que lindaban con ella y mantenían cierta autonomía eran sus tributarias y se mantenían en calma: Asia Menor, Urartu, Media, Elam y Egipto. Hasta los nómadas del Norte estaban controlados.

En verdad, Asarhaddón debía de creer que sólo problemas internos podían provocar ahora conmociones. Por ello, se esforzó para establecer la sucesión durante su vida; no deseaba intentos de asesinato contra su persona ni guerras civiles después de su muerte.

Tenía dos hijos adultos con razonables pretensiones al trono, y tomó medidas para que ambos estuviesen bien afirmados. Ordenó que los personajes destacados de la nación juraran fidelidad al menor de los dos hijos como próximo rey. Era Shur-ban-aplu («Asur crea al hijo»), o Asurbanipal, como es mejor conocido por nosotros.

Asarhaddón dispuso que su hijo mayor, Shamash-shum-ukin gobernase en Babilonia como virrey de su hijo menor. Por qué Asarhaddón eligió a su hijo menor para sucederle, no se sabe. Presumiblemente, lo consideraba como el más capacitado de los dos (y, si fue así, no se equivocó).

Tal vez se haya pensado que, arreglada la cuestión de la sucesión, Asiria nunca había estado tan segura en su historia. Si fue así, era una ilusión. Mientras Asiria mantuviese su posición por la pura fuerza y quitase a sus súbditos más de lo que les proporcionaba en materia de seguridad y prosperidad, tales súbditos sólo esperaban la oportunidad para rebelarse. Y tan pronto como un rey débil subía al trono asirio, todo se derrumbaba.

En verdad, ni siquiera un rey fuerte podía evitar la rebelión. No pasó mucho tiempo antes de que Egipto, sometido a la férula asiria, se rebelase. Asarhaddón se hallaba en marcha hacia el Oeste, para llevar a cabo su tercera campaña egipcia, cuando murió, en el 669 a. C.

El bibliotecario real

Pero la sucesión se produjo sin trastornos y tal como la había planeado Asarhaddón. Asurbanipal reinó en Nínive como cuarto rey de la dinastía Sargónida, y cuarto rey competente sucesivo de este linaje. Bajo su gobierno, Nínive llegó a su apogeo, y su población tal vez alcanzase los 100.000 habitantes. Sus caravanas comerciales llegaban hasta la India.

En algunos aspectos, Asurbanipal fue el más notable de todos los gobernantes asirios.

Como todos los grandes reyes de ese país, fue un general capaz e infatigable, y nunca eludió la interminable tarea de defender el siempre agitado imperio. Pero, además, era un sabio. Había recibido una esmerada educación y se sentía fascinado por la historia antigua de Mesopotamia. (Ya hacía 2.500 años que se había inventado la escritura).

Asurbanipal se dedicó a la tarea de coleccionar un ejemplar de toda tablilla cuneiforme valiosa de Babilonia. (Él mismo leía y escribía la escritura cuneiforme, de modo que no tenía que depender de un modesto escriba). Así, formó una enorme biblioteca en su palacio, cuidadosamente catalogada y en la que cada tablilla llevaba su nombre inscrito.

Fue la mayor biblioteca reunida hasta entonces, e iba a ser de enorme utilidad miles de años después de la muerte del real bibliotecario.

A mediados del siglo XIX, se sacó a la luz el palacio de Asurbanipal y su biblioteca. En 1872, el arqueólogo inglés George Smith halló entre los restos cuidadosamente excavados y descifrados nada menos que el poema épico de Gilgamesh en una docena de tablillas. Se descifró el cuento babilónico del Diluvio y se hizo evidente su semejanza con el cuento bíblico. Los especialistas se pusieron a buscar las fuentes de los primitivos libros de la Biblia ajenas a la inspiración divina. La biblioteca de Asurbanipal brindó también una enorme cantidad de otro género de información. Es estremecedor pensar qué poco sabríamos de la historia antigua de Mesopotamia de no ser por el entusiasmo erudito de Asurbanipal de hace veintiséis siglos.

Asurbanipal expandió, enriqueció y embelleció su palacio y su capital, y en su reinado el lujo real alcanzó nuevas alturas. Indudablemente, quien lo observase en su palacio rodeado de todo ese lujo y empeñado en búsquedas eruditas (lo que era aún peor, a los ojos de los rudos guerreros de la época), habría pensado que era un hombre afeminado, incapaz de

gobernar el imperio más militarista que el mundo había visto.

En épocas posteriores, los griegos elaboraron su propia versión legendaria sobre un rey asirio al que llamaban Sardanápalo. Era, decían, un completo afeminado que se vestía con ropas de mujer y jamás se movía de su harén. Finalmente, cuando sus súbditos se rebelaron y su palacio estaba a punto de ser tomado, hizo una pila con todas sus posesiones, incluidas sus mujeres, sus esclavos y él mismo, y puso fuego a todo, muriendo cubierto de llamas, aunque no de gloria.

Hasta los griegos tuvieron que admitir, sin embargo, que, antes que rendirse, sacudió su indolencia, se puso una armadura y condujo bravamente a sus huestes contra el enemigo.

Se ha supuesto durante mucho tiempo que Sardanápalo era la forma griega de Asurbanipal, e indudablemente el hecho de que Asurbanipal garabateara signos cuneiformes y su hábito de leer en voz alta a sus mujeres obras eruditas (quienes deben de haberlas odiado) contribuyó a dar origen a la leyenda. Sin embargo, Asurbanipal murió en paz y con su imperio casi intacto. Fue otro, como veremos, quien murió de la manera atribuida a Sardanápalo.

Lejos de ser un afeminado afecto a su harén, Asurbanipal tuvo que combatir casi constantemente. Egipto estaba en rebelión por la época de la muerte de Asarhaddón, y Asurbanipal tuvo que efectuar dos ataques contra esa tierra. En el segundo, remontó el Nilo hasta Tebas, la gran capital del sur de Egipto, y la saqueó. Fue el punto más lejano al que llegó un ejército asirio.

Pero no sirvió de nada. En el 655 a. C., Egipto se rebeló nuevamente. Un egipcio nativo que había comenzado su carrera como vasallo asirio logró independizarse y proclamarse rey; gobernó con el nombre de Psamético I.

Indudablemente, el incansable Asurbanipal habría vuelto a Egipto por tercera vez, pero ni siquiera él podía estar en dos lugares al mismo tiempo, y, de hecho, se le necesitaba en tres.

En primer término, los cimerios estaban ocasionando problemas nuevamente, y Asurbanipal tuvo que ignorar Egipto (que mantuvo su independencia recientemente conquistada durante más de un siglo) para enfrentarse al enemigo de Asia Menor.

Allí, al menos, Asiria no estaba sola. Los pequeños reinos de Asia Menor combatían desesperadamente a los cimerios. Un general llamado Giges había fundado un nuevo reino en Asia Menor, llamado Lidia, y se mostró particularmente eficiente en la lucha contra los nómadas. Asurbanipal lo ayudó generosamente, y, entre ambos, dieron fin a la amenaza

cimeria. Pero en la lucha Giges murió, en el 652 a. C.

Asurbanipal tuvo luego que dirigirse hacia el Sur. Su preocupación por Egipto y Asia Menor no había pasado inadvertida en Elam, que estaba en calma desde hacía tiempo. Ahora pensaron que era el momento propicio para destruir el Imperio Asirio y heredarlo.

El instrumento que necesitaban estaba a su alcance. Sin duda, mientras el hermano menor gozaba del poder supremo, el descontento del hermano mayor debió de crecer. Los agentes elamitas no dejarían de informar a Shamash-shum-ukin que, si se rebelaba contra su hermano menor, podía contar con la ayuda elamita, y tal vez también la egipcia.

Shamash-shum-ukin se dejó persuadir y en el 652 a. C. se rebeló. Estalló inmediatamente la guerra civil, y durante cuatro años Asurbanipal se abatió implacablemente sobre Babilonia. En el 648 a. C., Shamash-shum-ukin se encontró con la derrota final, y sabía exactamente qué podía esperar si era apresado. Por ello, hizo una pila con todas sus posesiones, incluidas sus mujeres, sus esclavos y él mismo, y puso fuego a todo, muriendo cubierto de llamas, aunque no de gloria.

¿Suenan esto conocidos? Sí. Fue el fin de Sardanápalo; evidentemente, la leyenda griega fue inspirada por el hermano mayor de Asurbanipal, no por éste mismo.

Pero Asurbanipal no había terminado. Comprendió que Babilonia nunca se aquietaría mientras existiese Elam. Como Asarhaddón había golpeado a Egipto, la fuente occidental de rebeliones, así Asurbanipal decidió descargar el golpe sobre la fuente oriental de ellas.

La guerra elamita duró diez años y Asurbanipal siempre obtuvo la victoria. Tomó Susa en el 639 a. C. y la destruyó. Llevó al exilio a los principales dirigentes elamitas. Todo Elam quedó devastado y el reino, que había existido desde la época sumeria y había sido una potencia en Mesopotamia en los días de Abraham, llegó ahora a su fin. Dejó de existir, y su nombre desapareció de la faz de la Tierra.

5. Los caldeos

El fin de Nínive

Los últimos catorce años del reinado de Asurbanipal son una laguna en la historia. No sabemos casi nada de ellos.

Por la época de la destrucción de Elam, Asurbanipal había reinado durante catorce duros años y probablemente estaba cerca de los sesenta. Sin duda, estaba cansado y anhelaba un período de paz en el cual permanecer en su palacio con sus amadas antigüedades. A fin de cuentas, el Imperio estaba en calma y, excepto Egipto, casi intacto.

Podemos imaginarlo decidiendo con hosca obstinación que se había ganado el reposo y que Egipto se fuese al demonio. De modo que desapareció en su palacio, y puede ser este período de su vida el que contribuyó a inspirar esa parte de la leyenda griega de Sardanápalo, según la cual permanecía oculto en su harén.

Pero aunque la paz parecía reinar en el Imperio no era más que una ilusión. No era la paz, sino más bien una muerte próxima. Las guerras sin fin habían finalmente desgastado a los asirios. Las devastaciones cimerias de Asia Menor y la misma destrucción de Elam por Asurbanipal habían arruinado las rutas comerciales; la prosperidad es probable que declinara radicalmente.

El letargo de Asurbanipal hacia el fin de su reinado empeoró aún más las cosas. El ejército asirio se enmoheció con la inactividad y los pueblos sojuzgados cobraron ánimo. Egipto era un ejemplo resonante, pues se había rebelado y había logrado mantener su rebelión.

La que mejor asimiló la lección fue Babilonia, donde los caldeos, que habían resistido a Sargón, Senaquerib y Asurbanipal, aún soñaban con la independencia pese a su triple derrota. El virrey de Asurbanipal, establecido en Babilonia después de la autoinmolación de Shamash-shum-ukin, murió en el 627 a. C., y durante un momento hubo una pugna entre varios contendientes que aspiraban al poder local. El vencedor fue un caldeo llamado Nabu-apal-usur, mejor conocido para nosotros por la deformada versión de «Nabopolasar».

Era evidente que Nabopolasar planeaba independizarse, y si Asiria hubiese sido lo que antaño fue, nunca habría permitido que llegara al poder. Pero Asurbanipal se estaba muriendo y Asiria estaba paralizada.

En el 625 a. C., Asurbanipal murió, después de haber reinado durante cuarenta y tres años. Su muerte fue el comienzo del desastre, pues no tuvo ningún sucesor fuerte. Los sargónidas habían dado cuatro representantes de excepcional vigor y capacidad. No apareció un quinto.

Asurbanipal fue sucedido primero por uno de sus hijos, que reinó cinco años, y luego por otro. Ninguno de ellos se destaca de la oscura bruma que oculta la historia de Asiria después de la destrucción de Elam por Asurbanipal.

Casi inmediatamente después de morir el viejo rey, Nabopolasar, sondeando el vigor del nuevo rey, declaró su independencia de Asiria. Eso suponía la guerra, claro está. Por debilitada que estuviese Asiria, por incompetente que fuera su rey, sólo conocía un modo de vida, el del combate. Durante diez años, se libró una continua guerra entre Nínive y Babilonia, mientras otras partes del Imperio aprovechaban la oportunidad para liberarse de la opresión asiria.

Lentamente, Asiria se hundió bajo el peso, pero luchó por cada centímetro de terreno con una resolución que no podemos por menos de admirar. Nabopolasar y sus caldeos avanzaron aguas arriba penetrando en pleno corazón de Asiria, pero a un costo tremendo. El líder caldeo tuvo que buscar ansiosamente una ayuda, para que un leve giro de la fortuna no le hiciese perder todo lo que había ganado.

Halló sus aliados entre los nómadas del Norte y el Este. Durante el reinado de Asurbanipal, los medos y los escitas habían estado luchando entre sí, lo cual servía a los fines de aquél. Pero había surgido una lenta y más constante tendencia hacia la unidad de las tribus. En los últimos días de Asurbanipal, un jefe medo que conocemos por la versión griega de su nombre, Ciaxares, logró afirmar su hegemonía sobre un grupo de tribus, tanto escitas como medas. En el 625 a. C., apareció como rey de una Media independiente que se extendía por la mayor parte del Irán moderno.

Fue a Ciaxares a quien se dirigió Nabopolasar. En el 616 a. C., cuando Asiria estaba luchando con la espalda contra la pared, defendiendo las antiguas ciudades de su tierra, Nabopolasar selló una alianza con los medos. El tratado quedó confirmado por un arreglo matrimonial. El hijo de Nabopolasar (de quien hablaremos más adelante) contrajo matrimonio con la hija de Ciaxares.

Así, Ciaxares se lanzó al ataque contra Asiria y tomó Asur, la antigua capital. Realmente, fue el fin. Asiria podía combatir contra sus dos enemigos con indoblegable resolución, pero la victoria era imposible.

En verdad, tal era la posición de Asiria que se vio obligada a formar una alianza con

Egipto. ¿Qué otra cosa puede indicar de manera más cabal la desesperación asiria? Sólo cuarenta años antes, Asiria había marchado a lo largo del Nilo con el orgullo que da el poder, y ahora debía pedir humildemente ayuda a un faraón que había sido antaño un títere asirio.

Egipto aceptó, no por espíritu de bondad, sino por un cuidadoso cálculo: no quería una victoria decisiva de ninguno de los contendientes. Una Asiria débil le convenía, pero una Asiria destruida, no. Si Nabopolasar triunfaba totalmente, representaría un nuevo peligro.

Pero la ayuda egipcia fue demasiado escasa y demasiado tardía. En el 612 a. C., Nabopolasar y Ciaxares sitiaron conjuntamente a Nínive y la tomaron, mientras un grito de alegría brotaba de los pueblos sometidos que durante tanto tiempo habían estado bajo la pesada mano armada de Asiria.

El profeta de Judá, Nahúm, exclama: «¡Ay de la ciudad sanguinaria!» (Nahúm, 3,1), y termina, sin remordimientos: «Cuantos oigan hablar de ti [las noticias de la destrucción de Nínive], batirán palmas por tu causa, porque ¿sobre quién no descargó sin tregua tu maldad?» (Nahúm, 3,19).

Nínive fue destruida de un modo tan completo que da testimonio del odio que se le tenía. Y sus conquistadores nunca permitieron que fuera reconstruida. Desapareció de la historia y de la conciencia misma del hombre. Dos siglos más tarde, un ejército griego pasó por allí y tuvo que preguntar qué era ese gran montículo de tierra. Era todo lo que quedaba de la gran capital, y fue todo lo que quedó hasta el siglo XIX.

Sólo el hecho accidental de que los judíos incorporasen el odiado nombre a sus escritos bíblicos la mantuvo viva en la memoria de la humanidad occidental.

La división del botín

Pero ni siquiera después de la caída de Nínive cedieron los asirios. Quedaron fragmentos del ejército asirio, y mientras esos fragmentos subsistieron, continuaron luchando.

Se retiraron a la última ciudad que les quedó de todos los vastos dominios sobre los que Asiria había gobernado sólo una docena de años antes. Era Harrán, a 210 kilómetros al oeste de Nínive y 100 kilómetros al este del Éufrates. Estaba ubicada justamente en la punta septentrional de la Media Luna Fértil.

Allí, en el último puesto asirio, resistieron bajo la dirección de Ashurballit, un general que bien puede ser llamado «el último de los asirios». A veces se le llama Ashurullit II, porque un gobernante de este nombre había restaurado el poder asirio después de su casi extinción por los hurritas. Tal vez el general adoptó deliberadamente ese nombre para sugerir que Asiria renacería nuevamente, como había renacido antes. Si fue así, estaba equivocado.

Dos ejércitos se desplazaron hacia Harrán, uno para tratar de destruirlo y otro para tratar de salvarlo. El primero, por supuesto, era el ejército caldeo conducido por Nabopolasar. El segundo era un ejército egipcio, que debía tratar de impedir que los caldeos adquiriesen un poder abrumador.

Un nuevo rey, Nekao II, había subido al trono egipcio en el 609 a. C., y era él quien conducía el ejército que acudía al rescate. Mas para lograr su propósito, debía pasar por Judá, y Judá no lo deseaba.

Con la caída de Asiria, Judá recuperó durante un momento su independencia, y quería conservarla. Su rey era Josías, nieto del Manasés que había sido un títere asirio. Bajo el gobierno de Josías, Judá había sufrido una reforma religiosa por la cual su dios, Yahvé, fue reconocido como único dios de la tierra, que sólo debía ser adorado en el templo de Jerusalén. En defensa de su tierra y su credo, Josías avanzó para detener a Nekao.

En el 608 a. C., en Megiddo, en el Israel septentrional, se libró una batalla que resultó exitosa para los egipcios. Josías fue muerto y su cuerpo llevado a una doliente Jerusalén, mientras uno de sus hijos subía al trono bajo protección egipcia.

El retraso que provocó esa batalla, aunque terminó con una victoria egipcia, fue fatal

para los planes de Nekao. Mientras éste combatía con Josías, Nabopolasar había tomado Harrán, y Ashuruballit tuvo que retirarse al Éufrates. Allí unió sus fuerzas con las de Nekao y, por un momento, ambos intentaron desencadenar un contraataque para recuperar Harrán. Pero éste fracasó, y Ashuruballit desaparece del escenario de la historia. Cómo murió o qué le ocurrió, nadie lo sabe.

Así, en el 605 a. C., desaparece el último rastro de Asiria, doce siglos después de la época de su primer rey conquistador, Shamshi-Adad.

Mientras Asiria caía bajo los golpes de los caldeos, el mismo destino sufría la vieja rival de Asiria, Urartu, bajo los golpes de los medos. Sólo siglo y medio antes, Urartu casi había igualado a Asiria en poder, pero una cadena de desastres la destruyó. Sus derrotas a manos de los asirios, los cimerios y los escitas la dejaron casi impotente, y los medos pusieron fin al último de sus oscuros reyes; en el 600 a. C., absorbieron su territorio. Urartu, como Asiria, desapareció de la historia.

Pero mientras desaparecía el último asirio, Nekao estaba aún allí, en el Éufrates. Nabopolasar estaba enfermo y retornó a Babilonia, pero dejó a su hijo en su lugar. Éste (que se había casado con la hija de Ciaxares) era llamado Nabucodonosor. Por lo común es llamado Nabucodonosor II en las historias formales, a causa del anterior gobernante de ese nombre que había regido a Babilonia cinco siglos antes.

Nabucodonosor se enfrentó a Nekao en Karkemish, ciudad situada a orillas del Éufrates superior, al oeste de Harrán. Allí, el ejército de Nekao fue aplastado tan totalmente como tres años antes él había aplastado al de Judá. Nekao tuvo que marcharse apresuradamente de la Media Luna Fértil, retrocediendo desordenadamente hacia la dudosa seguridad del Nilo. Nabucodonosor podía haberlo seguido, pero casi en el momento de la victoria recibió la noticia de la muerte de su padre. Por ello, tuvo que regresar a Babilonia, para asegurarse de su coronación.

Ahora hubo tiempo para respirar. Asiria estaba muerta y Egipto en calma. Nabucodonosor y Ciaxares se dividieron pacíficamente el botín asirio. Ciaxares agregó a sus vastos dominios de Irán, Urartu y la parte oriental de Asia Menor. Su imperio parecía enorme en el mapa, pero estaba constituido en gran medida por tierras subdesarrolladas, y Media iba a permanecer razonablemente pacífica durante su medio siglo de existencia.

Toda la Media Luna Fértil, mucho menor en superficie que Media, pero con la parte más civilizada y más rica del mundo occidental (exceptuando Egipto) estaba bajo el firme puño de Nabucodonosor.

Los dominios de Nabucodonosor son llamados a veces el Nuevo Imperio Babilónico

o el Imperio Neobabilónico, pero creo que el mejor nombre para él es el de Imperio Caldeo.

La carrera de Nabucodonosor fue muy similar a la de su predecesor asirio, Asurbanipal. Ambos gobernaron durante más de cuarenta años; ambos tuvieron éxito en la guerra, aunque con importantes fracasos; ambos pasaron sus últimos años en la oscuridad, fatigados; y en ambos casos, el fin de la grandeza de sus imperios marchó a la par de su propia muerte.

El campo principal de los esfuerzos militares de Nabucodonosor fue el Oeste, donde el Egipto independiente constantemente provocaba perturbaciones. Las intrigas egipcias lograron que la pequeña tierra de Judá entrase en conflicto con Nabucodonosor, pese a la actividad probabilónica del profeta Jeremías.

Dos veces Judá se rebeló y dos veces Nabucodonosor tuvo que actuar enérgicamente. En ambas ocasiones puso sitio a Jerusalén y obligó a los judíos a someterse. La primera vez, en el 598 a. C., se llevó consigo a algunos de los líderes, continuando con la política asiria de las deportaciones, pero dejó a Judá un rey, un templo y un gobierno propio.

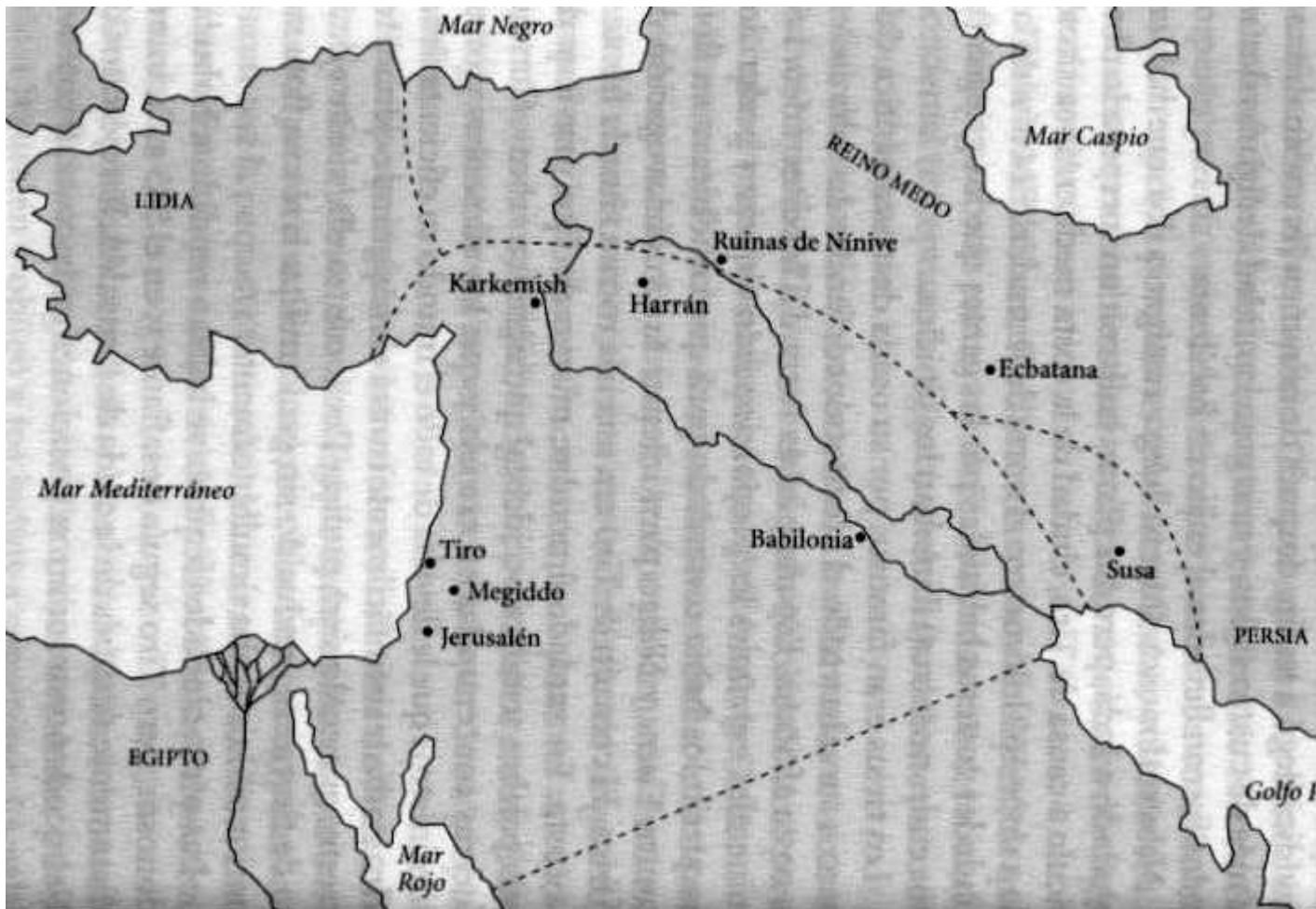
Pero la segunda vez, en el 587 a. C., perdió la paciencia completamente. Destruyó Jerusalén y su templo. La dinastía davídica llegó a su fin, después de reinar en Jerusalén durante más de cuatro siglos, y una gran cantidad de figuras destacadas fueron llevadas al exilio en Babilonia.

Nabucodonosor intentó luego castigar a los que habían ayudado a Judá, pero sus planes hallaron un inesperado obstáculo a causa de Tiro, ciudad de la costa mediterránea situada a unos 160 kilómetros al norte de Jerusalén. Era una de las ciudades costeras habitadas por las gentes que los griegos (y, por ende, nosotros) llamaban los fenicios.

Los tirios eran famosos por su osada destreza náutica. Sus barcos surcaban todo el Mediterráneo, fundando colonias en la costa africana, España y hasta fuera del Mediterráneo. Los minerales españoles les proporcionaban riqueza y poder. Senaquerib los había contratado para que condujeran su flota contra Elam, y Nekaio para intentar la circunnavegación de África. El corazón de Tiro era una isla rocosa situada frente a la costa. En verdad, el nombre mismo de Tiro proviene de una palabra semítica occidental que significa «roca». Con sus fuerzas concentradas en esa isla y con los alimentos y otros suministros que le llevaba de todo el mundo su eficiente flota, Tiro podía resistir fácilmente contra el más grande ejército terrestre que cualquiera pudiese llevar contra ella, si este ejército de tierra era conducido sin genio militar o si una flota superior no la atacaba simultáneamente.

Las otras ciudades fenicias se habían rendido a Nabucodonosor, pero Tiro seguía

desafiante y, en el 585 a. C., inmediatamente después de la caída de Jerusalén, los ejércitos de Nabucodonosor tomaron posiciones en la costa, frente a la isla.



El Imperio Caldeo.

Podían haberse ahorrado su tiempo. Los tirios no se alteraron lo más mínimo. Mientras tuviesen su flota el mundo era de ellos, y cada año que pasaba disminuía el prestigio de Nabucodonosor. El tenaz e inútil asedio continuó durante trece años, hasta que ambas partes se hartaron de todos los inconvenientes que acarrearba. Finalmente, Nabucodonosor levantó el sitio, sin haber conquistado ni castigado a Tiro, pero ésta tuvo que pagar un considerable tributo para ahorrarse futuros problemas.

La inutilidad de todo ello quizá quebró el espíritu de Nabucodonosor. Envió a Egipto

la expedición con que amenazaba desde hacía tiempo, pero Egipto se había estado preparando para esta eventualidad desde la batalla de Karkemish. Desconocemos todos los detalles, pero Egipto sobrevivió y conservó su independencia. Podemos concluir, pues, que la campaña egipcia de Nabucodonosor, como la de su homólogo Asurbanipal, fue, en definitiva, un fracaso.

El auge de Babilonia

En la segunda mitad de su reinado, Nabucodonosor se centró en Babilonia, a la que embelleció, como Asurbanipal había embellecido a Nínive.

Pero Nabucodonosor superó los hechos de su predecesor, y fue en su época, no antes, cuando Babilonia se convirtió verdaderamente en la ciudad legendaria, la enorme y rica metrópoli.

En tiempos de Nabucodonosor, Babilonia fue, indudablemente, la mayor ciudad del mundo occidental. Tebas, en el sur de Egipto, quizás haya sido más impresionante en su apogeo, con sus colosales templos y monumentos, pero por entonces había decaído, lo mismo que su gemela septentrional, Menfis. Las ciudades griegas de la época eran apenas algo más que insignificantes aldeas agrupadas alrededor de un pequeño templo o dos, y Roma era una remota aldea italiana de la que nadie había oído hablar todavía.

Un siglo después de Nabucodonosor, el historiador griego Herodoto visitó Babilonia y habló de ella con entrecortada admiración. Afirmó que cubría una superficie cuadrada, de veintidós kilómetros por lado (que sería un tamaño considerable, aun considerándolo según patrones modernos), y que sus murallas tenían 100 metros de alto y 27 de ancho.

Muy probablemente se trata de una exageración, resultado de la pronta aceptación por Herodoto de las jactanciosas cifras que le presentaron los sacerdotes babilonios. Nuestras excavaciones actuales no indican que Babilonia haya sido tan grande ni que sus murallas tuviesen ese tamaño. Con todo, debe de haber sido muy impresionante.

Se suponía que, en su apogeo, Babilonia había llegado a tener un millón de habitantes. Esto también probablemente sea una exageración, aunque le agreguemos la gente de los diversos suburbios. Pero si se acepta esa cifra, Babilonia sería la primera ciudad en la historia del mundo occidental que llegó a ser «millonaria» en lo que respecta al número de sus habitantes, y no iba a haber otra hasta la Roma imperial de seis siglos más tarde.

Una de las puertas de entrada a la ciudad es la llamada Puerta de Ishtar. Ha sido excavada por los arqueólogos y se ve que ha estado decorada con ladrillos azules esmaltados con relieves, en rojo y blanco, de toros y dragones. Al pasar por dicha puerta, se penetra en lo que queda de la calle principal de la ciudad, bordeada por ambos lados por muros de ladrillos con leones en relieve, además de otras decoraciones.

El complejo de edificios que constituía el palacio de Nabucodonosor cubría 52.000 metros cuadrados de terreno, y su habitación más grande —la sala del trono, donde se recibía a las delegaciones extranjeras— tenía unos 70 metros de largo y casi otro tanto de ancho. Sus muros también estaban decorados con leones en ladrillos esmaltados.

El palacio se levantaba sobre una eminencia que dominaba la ciudad y hay signos de que Nabucodonosor hizo elevar allí construcciones que luego fueron cubiertas de tierra y en las que se plantaron arbustos y flores. Según la leyenda, lo hizo para agradar a su esposa meda, que detestaba la tierra llana de Babilonia y añoraba las colinas de su patria. Para satisfacerla, Nabucodonosor habría hecho construir esas colinas artificiales.

Contemplados desde cierta distancia, los jardines parecen suspendidos en el aire: son los famosos Jardines Colgantes de Babilonia, que los griegos admiraban y hacían figurar entre las Siete Maravillas del Mundo.

Nabucodonosor embelleció y amplió los templos, de los que había más de mil cien en Babilonia. Rindió especiales honores a Marduk e hizo terminar un gran zigurat dedicado a éste, que había quedado inconcluso durante largo tiempo a causa de las continuas guerras con Asiria. Una vez acabado, fue el más grande templo babilónico de todos los tiempos, de 100 metros de lado y con siete pisos de altura decreciente (uno por cada planeta, se cree) que se elevaban hacia el cielo.

Babilonia era un centro comercial, y hombres de todas las naciones se apiñaban en ella. Era también la cabeza intelectual del mundo, pues toda la ciencia y la técnica acumuladas desde los sumerios, tres mil años atrás, estaban disponibles en sus centros de enseñanza.

Los griegos, en particular, fueron allí a aprender. La ciencia griega se originó con un hombre llamado Tales, que vivió en la ciudad de Mileto, sobre la costa egea de Asia Menor, justamente por la época en que Nabucodonosor gobernaba en Babilonia. Según la leyenda, viajó a Babilonia para educarse. Lo mismo hicieron, siempre según la leyenda, todos los primeros filósofos griegos que siguieron a Tales; Pitágoras, por ejemplo.

Indudablemente, los comienzos de la ciencia griega en tiempos de Nabucodonosor pueden ser atribuidos en parte al saber babilónico llevado a su patria (y mejorado) por los primeros filósofos griegos.

Tales llevó consigo de vuelta y mejoró ciertos elementos de la matemática babilónica. Fue entonces cuando penetró en Occidente el viejo hábito sumerio de cálculo mediante un sistema sexagesimal, por lo que la hora aún tiene sesenta minutos y la circunferencia de un círculo 360 grados.

Pitágoras debió de aprender el viejo saber astronómico acumulado por los babilonios. En efecto, la astronomía era una especialidad de los sabios babilonios durante esa época de auge de la ciudad. Tanto maravilló a otros hombres el saber astronómico babilónico que la misma palabra «caldeo» llegó a significar astrónomo. Y puesto que el propósito principal de la astronomía de aquel entonces era conocer la influencia que ejercen los planetas y las estrellas sobre los sucesos que ocurren en la Tierra, la palabra también llegó a significar «astrólogo» y «mago».

Así, los griegos habían creído en un principio que la estrella vespertina y la estrella matutina eran dos planetas distintos, a los que llamaban *Hésperos* («Oeste») y *Phosphóros* («portador de luz»), respectivamente. Pero Pitágoras, después de visitar Babilonia, arguyó que se trataba de un mismo planeta, que aparecía a un lado del Sol en ciertas ocasiones y al otro lado en otras.

Además, los griegos también adoptaron la costumbre babilónica de dar a los planetas nombres en homenaje a los dioses. A la estrella vespertina y matutina, los babilonios la llamaban Ishtar, en honor a su diosa de la belleza y el amor, nombre apropiado para ese planeta que es el más bello y brillante en el cielo. Cuando los griegos abandonaron los nombres de *Hésperos* y *Phosphóros*, también ellos pusieron al planeta el nombre de su diosa de la belleza y el amor, Afrodita. Los romanos la llamaron Venus, y es este nombre el que perdura en la actualidad.

Venus sólo es visible al atardecer y en la mañana, pero otro planeta que es casi igualmente brillante puede ser visible durante toda la noche. Parecía natural ponerle el nombre del dios principal. Los babilonios lo llamaron Marduk; los griegos, Zeus; y los romanos, Júpiter. Análogamente, un planeta rojizo, del color de la sangre y que, por ende, recuerda la guerra, recibió el nombre del dios de la guerra: Nergal para los babilonios, Ares para los griegos y Marte para los romanos.

En tiempos de Nabucodonosor, los babilonios habían elaborado un minucioso calendario basado en las fases de la Luna. Cada luna nueva comenzaba un nuevo mes. Lamentablemente, había 354 días en 12 meses lunares semejantes, mientras que el ciclo total de las estaciones (el año solar) era de 365 días. Para mantener los meses a la par de las estaciones, algunos años debían tener 13 meses. Los babilonios elaboraron un ciclo de 19 años en el que había 12 años con 12 meses y siete años con trece meses, siguiendo un esquema fijo que mantenía a la par la luna y el sol.

Ese calendario fue adoptado por los griegos, y durante cinco siglos no se hizo nada mejor, hasta que Julio César dispuso la elaboración de un calendario que es, en esencia, el nuestro, basado en un original egipcio.

Los judíos en el exilio

El reinado de Nabucodonosor fue muy importante para los judíos; en verdad, fue un viraje decisivo en su historia. A primera vista, podía parecer que el fin de su independencia, de su monarquía, de su capital y de su templo pondría punto final a la historia judía. Pero sobrevivieron.

Ello fue el resultado, en parte, de la atmósfera cosmopolita de Babilonia y de su tolerancia religiosa. En el exilio, los judíos no fueron oprimidos. Por el contrario, pudieron comprar tierras, dedicarse a los negocios y hasta prosperar. En efecto, cuando algunos de ellos pudieron retornar a Jerusalén, los que se quedaron eran bastante prósperos como para brindarles una considerable ayuda:

«Todos los que habitaban en derredor suyo les dieron objetos de plata y oro, utensilios y cosas preciosas» (Esdras, 1,6).

Además, los judíos conservaron en buena medida su libertad religiosa. No se hizo ningún esfuerzo para obligarlos a adorar a Marduk.

Sin duda, en el libro bíblico de Daniel hay cuentos sobre la persecución de Daniel y otros tres judíos (Sidraj, Misaj y Abed-Nego) por Nabucodonosor, quien los hizo arrojar a hornos llameantes y a las guaridas de los leones. El Libro de Daniel fue escrito cuatro siglos después del cautiverio babilónico, en una época en que los judíos eran perseguidos por un rey grecohablante, Antíoco IV. El Libro de Daniel, al hablar de persecuciones anteriores, servía al fin de alentar la resistencia de los judíos contra Antíoco.

Fue por el Libro de Daniel por lo que Babilonia llegó a ser considerada como el símbolo mismo del poder pagano y perseguidor. En siglos posteriores, su nombre fue usado para aludir a Roma, que era pintada como una cloaca de vicios (como en el Libro del Apocalipsis, por ejemplo). A causa de las diversas referencias bíblicas, todavía hoy tendemos a juzgar a Babilonia como si hubiese sido una ciudad particularmente perversa, lo cual es totalmente injusto, pues no lo fue más que cualquier otra gran ciudad.

En verdad, los judíos fueron tan bien tratados en Babilonia que no hay indicio alguno de que hayan creado problemas a las autoridades. Durante el período del exilio, el principal profeta judío de la época fue Ezequiel, quien hablaba como un cabal patriota babilonio. Lanzaba amargas invectivas contra todos los enemigos de Nabucodonosor, predecía la

destrucción de Tiro y Egipto (que no ocurrió), pero nunca predecía el mal para la misma Babilonia. Hasta de la destrucción de Jerusalén culpaba, no a Nabucodonosor, sino a las malas costumbres de los mismos judíos.

Ezequiel fue el causante de un hecho muy notable, algo que no tenía precedentes en la historia y que explica más aún que la tolerancia babilónica el resurgimiento judío. Durante todos los tiempos antiguos, se daba por sentado que, cuando un pueblo era derrotado, sus dioses lo eran también, y cuando un pueblo era deportado, perdía su sentido de identidad nacional, moría como nación y sus dioses morían con él. Es lo que les había ocurrido a los israelitas deportados por Sargón dos siglos antes.

Pero no ocurrió con los judíos. Habían perdido su tierra y su templo, pero Ezequiel sostenía firmemente que no había sido porque su dios fuese débil o hubiese sido derrotado. Solamente estaba disgustado y quería castigar a los judíos. Cumplido el castigo, los judíos retornarían; mientras tanto, lo mejor que podían hacer los judíos era aprender a ser buenos.

Bajo la guía de Ezequiel, algunos sabios judíos exiliados (los escribas), empezaron a poner por escrito leyendas y testimonios históricos judíos, y a organizarlos de un modo adecuado al esquema de la historia que Ezequiel y los otros juzgaban correcto. Así nacieron los primeros libros de la Biblia en su forma actual.

Los judíos de Babilonia se sintieron atraídos por la cultura babilónica, por supuesto, como todos los pueblos que entraron en Mesopotamia después de que los sumerios creasen su cultura. Por ello, no podían dejar de adoptar algo del saber babilónico.

Sus propios testimonios se remontaban a su entrada en Canaán, con oscuras leyendas sobre Moisés y, antes que él, sobre los remotos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob.

Mas para la época anterior a Abraham, dependían de las leyendas babilónicas, y los primeros diez libros del Génesis contienen esas leyendas, aunque eliminados de ellas el politeísmo y la idolatría. El gran relato de la Creación del primer capítulo del Génesis probablemente es de inspiración babilónica. El monstruo del caos, Tiamat, se convierte en «Tehom» («lo profundo»), sobre el que se cernía el espíritu de Dios.

La lista de los diez patriarcas anteriores al Diluvio, y el Diluvio mismo, parecen provenir directamente de los antiguos registros sumerios conservados por los sacerdotes babilonios de tiempos de Nabucodonosor.

La torre de Babel (Génesis, 11,1-9) es una versión del zigurat, y el cuento de que había sido dejado sin terminar probablemente estaba inspirado en el estado inconcluso del zigurat dedicado a Marduk en Babilonia por la época en que los judíos fueron llevados al

exilio.

El sueño de Jacob de la escala que se extiende desde la tierra al cielo (Génesis, 28,12), con ángeles que suben y bajan, tal vez se haya inspirado también en los zigurats, con sus escaleras externas que se elevan de un piso al siguiente por las que subían y bajaban las solemnes procesiones de los sacerdotes.

La historia de Abram (Abraham), el primitivo personaje del que todos los judíos pretendían, con reverencia, descender, estaba también vinculada con Babilonia. La historia bíblica dice que Abraham llegó a Canaán desde Harrán (que muchos siglos más tarde iba a ser el último puesto de resistencia asiria) y que su familia permaneció allí. Fue a Harrán adonde envió a buscar una esposa para su hijo Isaac, y donde Jacob halló cuatro esposas.

Esto parece muy razonable, pues Harrán, en los tiempos patriarcales, era un centro hurrita, y se han hallado muchas semejanzas entre las costumbres de los patriarcas, tales como las describe la Biblia, y las de los hurritas.

En la historia que poseemos del Génesis, sin embargo, se dice que Abram y su familia llegaron a Harrán desde «Ur de los caldeos». Es posible que esta leyenda refleje una emigración real de Sumeria a Canaán. Pero también es posible que los escribas que estaban puliendo y editando las leyendas judías no resistiesen la tentación de hacer remontar los orígenes judíos a la elevada civilización babilónica y se presentasen como iguales a sus conquistadores en cuanto a ascendencia y antigüedad.

Ur existía aún en tiempos de Nabucodonosor; era una aldea en decadencia y casi muerta, pero que había tenido un importante pasado de grandeza en oscuros y remotos tiempos. Ur quizás haya sido elegida por ese halo de remota antigüedad que la rodeaba. Es llamada con el anacrónico nombre de «Ur de los caldeos», pues aunque los caldeos gobernaban allí en la época de Nabucodonosor, ciertamente no la gobernaban en la época de Abraham, casi quince siglos antes.

Los judíos hicieron peculiarmente suyas todas estas leyendas. Tomaron el calendario de los babilonios y lo hicieron suyo, también, y hasta lo conservaron durante dos mil años después del fin de la civilización babilónica. Aún hoy, el calendario religioso judío es babilónico hasta en los nombres de los meses.

Los judíos también adoptaron la semana babilónica de siete días, pero hicieron del séptimo día, el Sabbath típicamente judío, un día particularmente dedicado a Dios. La «Ley de Moisés» constituye buena parte de los primeros libros de la Biblia, e indudablemente debe mucho a la inspiración de los códigos provenientes de los de Hammurabi y sus predecesores.

En lo sucesivo, ya no hubo peligro alguno de que los judíos perdiesen su conciencia nacional. Aun sin su tierra y su templo, ahora tenían la Biblia, su Ley y su Sabbath; se habían distinguido de otros pueblos, habían obtenido una identidad y asegurado su supervivencia. Aunque no hubiesen retornado a Jerusalén, habrían conservado su identidad. La prueba de ello es que la han conservado durante los veinticinco siglos transcurridos desde la época de Ezequiel, pese a un exilio intensificado, mucho más largo y más duro que todo lo que les pudo infligir Nabucodonosor. Hay buenas razones, pues, para que Ezequiel, el profeta que vivió en Babilonia, sea llamado el «padre del judaísmo».

Y esto no es todo. Una generación después de Ezequiel, profeta que fue quizás el más grande de los profetas judíos. Aparte de sus escritos, no sabemos nada de él, ni siquiera su nombre.

Su obra fue atribuida a un profeta anterior, Isaías, que vivió en tiempos del asedio de Jerusalén por Senaquerib, dos siglos antes, y ha sido incluida en el libro bíblico de Isaías en la forma de los capítulos 40 a 55, inclusive. Los comentaristas modernos lo llaman «el Segundo Isaías».

Fue el Segundo Isaías quien, por vez primera, tuvo una clara visión de Yahvé como un dios que no lo era solamente de los judíos. Lo consideró como el Dios de todo el Universo. Con el Segundo Isaías, aparece el verdadero monoteísmo. La universalidad de Dios fue reconocida por los judíos posteriores, en general, por nacionalistas que fuesen. Fue esta concepción la que hizo posible que el judaísmo diera origen a la religión cristiana y a la islámica, hijas de aquél, que se difundieron por vastas regiones y grandes poblaciones, a las que el judaísmo nunca llegó.

Y también ese concepto nació en Babilonia.

El anticuario real

Nabucodonosor murió en el 562 a. C., y al desaparecer su enérgica mano, se abrió nuevamente una época de perturbaciones. Le sucedió su hijo, Amel-Marduk. Lo conocemos sobretudo por una mención casual en la Biblia donde su nombre aparece corrompido en la forma «Evilmerodac». La Biblia señala que, en época de Evilmerodac, el rey exiliado de Judá era tratado con mayor indulgencia pues a la sazón había estado prisionero durante un cuarto de siglo.

Evilmerodac no fue rey por mucho tiempo. A los dos años, cayó víctima de una conspiración palaciega, y el marido de su hermana (y, por tanto, yerno de Nabucodonosor) subió al trono, en el 560 a. C. Era Nergalsharusur, más conocido por la forma griega de su nombre Neriglisar.

Neriglisar murió a su vez en el 556 a. C., y su hijo (nieto de Nabucodonosor) pronto fue derrocado y asesinado. Así llegó a su fin la dinastía de Nabopolasar, después de setenta años. De los diversos partidos que rivalizaban por el trono, el que triunfó colocó en él a Nabunaid. Nos es más conocido por la forma griega de su nombre: Nabónido.

Fue una elección desastrosa, pues aunque Nabónido parece haber sido una persona de calidad humana, como rey era muy deficiente. En verdad, la realeza casi no le interesaba en sí misma. Era un anticuario, un estudioso de las reliquias antiguas, y, para él, ser rey significaba solamente que tenía la oportunidad de explorar el pasado con todos los recursos del Estado a su disposición.

Excavó antiguas tablillas cuneiformes con celo entusiasta, las restauró cuidadosamente. Hacía poco por la misma Babilonia, pero se interesaba por la restauración de los templos en antiquísimas ciudades, como Ur y Larsa.

Pero tal actividad no agradaba a los poderosos sacerdotes de Babilonia. Nabucodonosor había aumentado el poder de los sacerdotes de Marduk hasta el punto de que éstos pensaron que los otros dioses eran de escasa importancia. Pero Nabónido no era nativo de Babilonia, pues había nacido en Narran, que por entonces pertenecía a los medos. Era hijo de una sacerdotisa de Sin, el dios de la Luna, y estaba particularmente interesado en este dios y en las ciudades de las que era patrón, como Narran y Ur. Los sacerdotes de Marduk sintieron celos, y esto iba a ser un factor importante en el desastre.

El interés de Nabónido por la erudición originó la decadencia de las defensas babilónicas, ya que la guerra y la conquista eran las últimas preocupaciones que tenía el estudioso rey. Puso a su hijo, Bel-shar-ushur, al frente de la defensa nacional y él se desligó de ese aspecto del gobierno. Ese hijo es más conocido por la forma bíblica de su nombre, Baltasar.

(El Libro de Daniel, escrito cuatro siglos después de los hechos, revela poco conocimiento de la historia babilónica. En él, Baltasar aparece como rey de Babilonia, hijo y sucesor de Nabucodonosor, todo lo cual es inexacto).

Experimentamos de algún modo la sensación de que Nabónido merecía haber vivido en paz, pues siempre es agradable hallar un rey que prefiere el saber a la guerra. De hecho, cuando Nabónido subió al trono, en el 556 a. C., había una atmósfera particularmente pacífica en todo el mundo occidental. Además de Babilonia, había tres grandes potencias: Media, Lidia y Egipto. Todas eran prósperas y pacíficas, casi letárgicas, bajo monarcas amables y bondadosos.

No nos parece justo, pero en una generación los cuatro reyes fueron aniquilados.

El agente de la destrucción estaba ya listo. Era un hombre llamado Kurush, que conocemos mejor por la forma griega de su nombre: Ciro.

6. Los persas

El amable conquistador

Como Ciro fue el fundador de un gran imperio, su vida fue dramatizada por los posteriores creadores de leyendas, de la misma forma que había ocurrido con Sargón de Agadé unos diecisiete siglos antes.

Se suponía que Ciro había sido hijo de una hija de Astiages, rey de Media. Un oráculo dijo a Astiages que su nieto estaba destinado a ser causa de su muerte, de modo que lo hizo abandonar en las montañas para que muriera. Pero lo encontró una perra que lo cuidó, hasta que un pastor halló al niño y se lo llevó consigo. Naturalmente, cuando Ciro se hizo adulto, se cumplió el oráculo y fue causa de la muerte de su abuelo.

Podemos dejar de lado todo esto. Hay tantas leyendas de este género, y todas tan similares, que se les puede atribuir muy escaso valor. Por lo común, su finalidad es convencer al pueblo de que un rey usurpador es realmente un miembro de la vieja familia real, al menos por el lado materno.

En realidad, Ciro empezó como jefe del principado de Anshan, tierra adyacente a la frontera meridional de lo que había sido antaño Elam. Llevó el título de Ciro II de Anshan y hacía remontar su rango a un antepasado llamado Hakhamani que quizás haya gobernado siglo y medio antes que él. Los griegos convirtieron este nombre en Aquemenes, por lo que sus descendientes, incluido Ciro, eran llamados los aqueménidas.

En tiempos de Ciaxares, las tribus de Anshan fueron absorbidas en el Imperio medo, aunque conservaron una considerable autonomía bajo sus propios caciques. La región más vasta de la que Anshan formaba parte se extendía por las costas septentrionales del golfo Pérsico y era llamada Fars por los nativos. Nosotros la conocemos por la forma griega del nombre: *Persis*, que en castellano ha dado «Persia», y las tribus iránias que habitaban Fars nos son conocidas como persas; por ello, la masa de agua del sur es llamada el golfo Pérsico.

Es importante recordar que los medos y los persas eran miembros del grupo iranio de tribus. Su lengua era la misma, al igual que sus costumbres y su cultura. Cuando Persia luchó contra Media, sólo se trató de una guerra civil, y si un persa reemplazaba a un medo en el trono, en realidad sólo era el establecimiento de una nueva dinastía.

En el 559 a. C., Ciro declaró a Anshan independiente de Media. Astiages, que había reinado en paz durante un cuarto de siglo, era renuente a moverse, y por último lo hizo

ineficazmente. Una expedición sin entusiasmo enviada a Persia fue fácilmente derrotada por Ciro, quien luego construyó la ciudad de Pasargadas —«la fortaleza de Persia»— en el lugar de la victoria. Esta ciudad, bien en el interior de Persia, a unos 200 kilómetros del golfo Pérsico, fue su nueva capital.

Nabónido de Caldea se alegró mucho de estos hechos. Aunque Caldea y Media habían vivido en paz desde la caída de Asiria, Media era una gran vecina que limitaba con Caldea por el Norte y el Este, y representaba un enemigo potencial para el futuro. Nabónido estimuló a Ciro, pensando que, de este modo, contribuía a provocar una larga e indecisa guerra civil que desangraría a Media y la debilitaría. Hasta aprovechó la ocasión para obtener un pequeño beneficio personal. En el 553 a. C., se apoderó de Harrán, su ciudad natal e importante sede del culto de Sin, arrancándosela al preocupado Astiages.

Pero los cálculos de Nabónido eran equivocados. La guerra civil no fue sangrienta ni terriblemente larga. Ciro obtuvo gradualmente la adhesión de las otras tribus persas y fue conquistando poco a poco el Imperio por la diplomacia, más que por la guerra. Finalmente, en el 550 a. C., marchó sobre la capital meda, Ecbatana, situada a unos 500 kilómetros al norte de Anshan. Astiages fue fácilmente derrotado, y Ciro trasladó su capital a Ecbatana. Se convirtió en el gobernante indiscutido de Media, que en adelante fue conocida como el Imperio Persa.

Así cayó Media, la primera de las cuatro grandes potencias que se dividían el Oeste civilizado cuando Nabónido subió al trono. Debió de quedarse estupefacto ante la completa y casi incruenta victoria de Ciro. Pero quizá se consoló con la idea de que Ciro había saciado sus ambiciones y que, en el trono medo, no sería más ávido de nuevas conquistas de lo que habían sido los reyes medos. Parece haber actuado de acuerdo con esta teoría, pues en los años posteriores a la caída de Media, Nabónido se dedicó a una misteriosa tarea en las regiones desérticas del sudoeste de Caldea. Quizá fue una expedición de anticuario.

Pero si Nabónido contó con el pacifismo de Ciro, sus cálculos eran equivocados.

Luego le tocó el turno a Lidia, gobernada a la sazón por Creso, cuya riqueza hizo de él un personaje legendario. Creso, en verdad, le hizo el juego a Ciro al declarar la guerra a Persia. Según la tradición, Creso se sintió animado a hacerlo por un oráculo según el cual si lanzaba su ataque, caería un gran imperio. Y así fue: el suyo propio. En el 547 a. C. toda Asia Menor era persa, y Ciro gobernó sobre el mayor imperio (en superficie) que se habla conocido hasta entonces en el Occidente.

Después del ataque a Lidia, Nabónido se percató de que sus cálculos eran errados. Trató de unirse con Egipto para ayudar a Lidia, pero esta ayuda fue ineficaz. En verdad, fue peor que inútil, pues brindó a Ciro la excusa para volverse contra Caldea.

En el 539 a. C., se produjo el fin. Nabónido, incapaz de llevar una guerra activa, dejó la defensa de la ciudad a su hijo Baltasar, pero no hubo ninguna defensa digna de mención. Ciro era un maestro de la guerra psicológica e hizo acuerdos con los sacerdotes de Marduk, cuyo descontento con Nabónido los llevó fácilmente a la traición.

Así, Ciro dispuso de una poderosa quinta columna dentro de la ciudad, que se rindió prácticamente sin descargar un golpe. El libro bíblico de Daniel dice que Baltasar estaba disfrutando de un banquete cuando los persas se preparaban para atacar a la ciudad, pero este cuento no hace justicia al pobre general. Condujo sus ejércitos lo mejor que pudo y murió combatiendo en algún lugar fuera de la ciudad. Nabónido fue exiliado al Este, lejos, y el Imperio Caldeo llegó a su fin sólo ochenta años después de haber sido fundado.

Ciro mantuvo su parte del acuerdo. Tan pronto como entró en Babilonia, restauró a los sacerdotes de Marduk al rango que ellos juzgaban apropiado. Más aún, él mismo asumió deliberadamente las funciones sacerdotales propias de un rey babilonio y se presentó como humilde servidor de Marduk. El resultado de esto fue que los sacerdotes ensalzaron profusamente a Ciro y mantuvieron la ciudad apartada de toda rebelión después de marcharse él.

Ciro fue un conquistador que comprendió las virtudes de la bondad, en oposición al terror. Al tratar a los conquistados amablemente y con toda consideración, se los ganaba y podía sentarse con mayor seguridad en un trono menos sangriento; así pudo gobernar un territorio más vasto que el de cualquier conquistador anterior. Es sorprendente que se necesitase tanto tiempo para que alguien osara hacer el experimento, y más sorprendente aún que tan pocos conquistadores hayan aprendido esta lección en apariencia tan sencilla.

El nuevo conquistador se ganó fama inmortal por otro sencillo acto de bondad. Permitió a los exiliados en Babilonia retornar a sus tierras natales. Entre ellos estaban los judíos, parte de los cuales retornaron inmediatamente a Jerusalén. El Segundo Isaías puso a Ciro por los cielos a causa de esto, y el deleite bíblico por el gentil conquistador ha creado una opinión favorable a él en la mente de cientos de millones de personas desde entonces, personas que de otro modo jamás habrían oído hablar de Ciro. (¿Podía él de algún modo haber previsto que éste sería el resultado de su acción?).

Sólo una pequeña parte de los judíos babilonios volvieron a Jerusalén. La mayoría permaneció en una ciudad y una región que, en ese momento, ellos consideraban como su hogar y en donde se sentían bien. Y durante los quince siglos siguientes la colonia judía de Mesopotamia fue un importante centro del saber judaico.

La conquista persa de Babilonia marcó un hito importante en la historia mesopotámica. Después de casi dos mil años de dominación de diversos pueblos de lenguas

semíticas, la tierra fue gobernada por un pueblo que hablaba una lengua indoeuropea. Ello hizo que fuera mucho más difícil absorber a los nuevos amos, que tenían una cultura y un origen muy diferentes de los de los pueblos mesopotámicos.

Sin duda, los persas sintieron atracción por la antigua civilización mesopotámica. Adoptaron la escritura cuneiforme y se mostraron favorables a la religión de Marduk. Pero no aceptaron el acadio y su complicado conjunto de símbolos cuneiformes. En cambio estimularon la segunda lengua de la región, el arameo. Era también una lengua semítica, pero tenía una base alfabética. Bajo la dominación persa, el arameo se convirtió en la lengua principal de Mesopotamia, y el acadio quedó limitado a la liturgia religiosa. Y aun en ésta se esfumó; la última inscripción acadia que tenemos data de aproximadamente el 270 a. C., dos siglos y medio posterior a la conquista persa. Luego, esa lengua se extinguió, dos mil años después de que Sargón de Agadé la impusiera sobre el sumerio.

Luego, los reyes persas también instalaron sus capitales fuera de Mesopotamia, de modo que por primera vez en la historia el pueblo de la región tuvo un amo que residía en el exterior. Esto hizo que los reyes persas experimentasen la influencia mesopotámica desde cierta distancia, y nunca se asimilaron enteramente a esa antigua cultura. En verdad, los gobernantes persas cayeron cada vez más bajo la influencia de un nuevo modo de pensamiento que tuvo resultados desastrosos para Mesopotamia.

La guerra de la luz y las tinieblas

El Imperio Persa siguió expandiéndose después de la conquista de Caldea. El mismo Ciro desapareció en el Este, mientras extendía la influencia persa por las profundidades del Asia Central, adonde ningún asirio se había aventurado. Allí murió en una batalla, en el 530 a. C. Cuando murió, la única de las cuatro grandes potencias que habían existido un cuarto de siglo antes que todavía conservaba su independencia era Egipto. Por sus conquistas y por el tratamiento ilustrado que dio a los conquistados, a veces se llama a Ciro con el apodo de «Ciro el Grande».

Su hijo mayor era Kanbujija, que conocemos en la forma griega de su nombre como Cambises. Babilonia conocía bien a este hijo. En el 538 a. C., había sido él quien realizó los deberes rituales de un rey babilonio en el festival de año nuevo, mientras su padre se hallaba en el exterior con el ejército. Más tarde, en el 530 a. C., cuando Ciro marchó en su última campaña, Cambises fue nombrado regente y estableció su capital en Babilonia.

Subió al trono sin perturbaciones y su relativamente corto reinado se señaló por la compleción de la conquista persa de los reinos orientales. En el 525 a. C., marchó sobre Egipto, que cayó sin ofrecer mucha resistencia, y entonces la única gran potencia que quedaba era Persia. El nuevo imperio abarcaba un ámbito de una superficie enorme, aun juzgado por patrones modernos, y no había fuera de sus límites ninguna potencia que pudiese amenazarlo.

¿Significa esto que no iba a conocer disturbios? En absoluto. Aunque una potencia sea demasiado fuerte para ser perturbada desde fuera, siempre puede serlo desde dentro. Si no puede hallar problemas en el curso natural de los sucesos, en otras palabras, se los inventa.

En el caso de Persia, ocurrió del siguiente modo, si atendemos a la historia oficial que se publicó posteriormente.

Cuando Cambises se marchó a Egipto, deseaba que no hubiese ningún príncipe de la casa real alrededor del cual pudiera reunirse un grupo disidente. Tal grupo habría podido difundir un falso rumor de que había muerto en Egipto y hacerse con el poder. El resultado podía ser una guerra civil que acarrearla la muerte y la miseria a muchos miles de personas. Por ello, Cambises hizo ejecutar a su hermano, Bardiya. Esto nos parece un crimen terrible, pero, según las normas de la época, pudo haberse considerado como una acción necesaria para un estadista. Herodoto llama a ese hermano Smerdis, y éste es el nombre por el que

mejor lo conocemos.

Pero en la ausencia de los medios modernos de comunicación, la gente no puede conocer la apariencia de un príncipe muerto o siquiera saber que realmente está muerto. Si de pronto alguien pretende ser el príncipe aludido, muchos quizá lo sigan. Los nobles, que podrían saber que el pretendiente no es realmente el príncipe, pueden aprovechar la oportunidad para usarlo como un instrumento con el cual combatir al rey legítimo y obtener nuevos privilegios cuando el pretendiente suba al trono.

Mientras Cambises estaba en Egipto, un sacerdote medo llamado Gaumata pretendió ser Smerdis y, en el 522 a. C., fue proclamado rey por algunos de los nobles. Es conocido en la historia como el «Falso Smerdis». (Dicho sea de paso, los sacerdotes de las tribus iránias eran llamados magi. Puesto que generalmente la gente común piensa que los sacerdotes tienen poderes ocultos, «magi» como «caldeo», llegó a significar hechicero o mago. En verdad, nuestras voces «mago» y «mágico» derivan de *magi*).

Probablemente, detrás de estos sucesos haya habido algo más que el mero intento de un sacerdote y de algunos de sus seguidores de apoderarse del trono. Tal vez estuviesen involucrados motivos nacionalistas y hasta religiosos, pero éstos no aparecen en las fuentes de información que tenemos.

Por ejemplo, Gaumata era un medo, y es muy posible que detrás de la intriga estuviesen los nobles medos que habían sido todopoderosos antes del advenimiento de Ciro y que habían sido suplantados desde entonces por familias persas. Bien pueden haber luchado para intentar recuperar su posición anterior.

Cuando le llegaron las noticias, Cambises estaba retornando de Egipto. Hizo saber que el verdadero Smerdis estaba muerto, pero él mismo murió antes de que pudiera hacer algo más. La causa de su muerte no está clara, y es al menos posible que hubiese algún juego sucio.

Con Cambises estaba un joven llamado Darayavaush, más conocido por nosotros en la forma griega de su nombre, Darío. Era primo tercero de Cambises y miembro de una rama menor de la familia aqueménida.

A la muerte de Cambises se puso al frente del partido persa y se abalanzó sobre Media. Allí, en un ataque fulminante y sumamente osado, logró apoderarse del falso Smerdis y lo mató inmediatamente. Luego se proclamó rey y, después de siete meses de incertidumbre con respecto a la sucesión, todo terminó.

Fue Darío, pues, quien elaboró la historia oficial de cómo llegó a ser rey, y Herodoto

aceptó y transmitió esta historia oficial. Pero ¿hay alguna verdad en ella? Puede que sí, desde luego, y Darío quizá relató todo tal como había ocurrido. Por otro lado, también puede ser uno de esos casos en los que una gran mentira se ha filtrado en la historia. ¿Podría ser que el mismo Darío hubiese dispuesto el asesinato de Cambises? ¿Podría ser que, cuando el hermano menor de Cambises (su hermano menor real, aún vivo) tratase de adueñarse del trono, Darío lo hiciese matar y difundiera la noticia de que se trataba de un «falso Smerdis»? Y si fue así, ¿cuál sería el motivo que lo llevó a hacer todo eso? ¿Simple ansia de poder? ¿O había algo más? ¿Era una cuestión religiosa?

Al parecer, en algún momento comprendido entre el 600 y el 550 a. C. en tiempos del Imperio Medo, vivió un reformador religioso en la región situada al sur del mar de Aral, del otro lado de la frontera noreste de ese imperio. (Según una leyenda posterior, era un medo que había huido atravesando los límites del Imperio para escapar a la persecución. Pero también puede haber sido un nativo de esa remota región). Su nombre era Zoroastro, aunque también es conocido por la forma griega de su nombre, Zoroastro. La doctrina de Zoroastro se acercaba al monoteísmo más que cualquier otra religión de la época, excepto el judaísmo. Zoroastro proclamó a Ahura Mazda como gran dios del Universo, el dios de la luz y el bien.

Para explicar la existencia del mal, Zoroastro suponía la existencia de otro ente, Ahrimán, que representaba las tinieblas y el mal. Ambos, Ahura Mazda y Ahrimán, tenían un poder aproximadamente igual, y el Universo estaba desgarrado por la guerra entre ellos. Todos los hombres se alinean en esta lucha de un lado o del otro. Los que se adhieren a elevados principios éticos se colocan del lado de Ahura Mazda, quien, desde luego, habrá de ganar.

Esta doctrina de una guerra entre el bien y el mal tuvo la gran virtud de explicar la existencia del mal en el mundo y por qué a veces los hombres buenos sufren y pueblos enteros son arrojados a la miseria pese a la existencia de un Dios bondadoso y misericordioso.

Después de la muerte de Zoroastro, sus enseñanzas se difundieron gradualmente por todo el Imperio Persa. Ejerció fuerte influencia sobre el judaísmo. Sólo después de conocer el pensamiento de Zoroastro comenzaron los judíos a elaborar la doctrina de Satán como eterno adversario de Dios. Pero, claro está, los judíos nunca aceptaron la idea de que Satán podía ser igual a Dios, o siquiera casi igual, como Ahrimán había sido el igual o casi el igual de Ahura Mazda.

Todo el sistema de ángeles y demonios que entró gradualmente en la teología judía después del retorno del exilio babilónico probablemente derivó también del zoroastrismo. Los zoroastrianos desarrollaron elaboradas teorías sobre la vida después de la muerte, que el judaísmo también adoptó. Antes, los judíos sólo hablaban de una oscura existencia en el

Seol, que era muy similar al Hades griego.

El zoroastrismo no pudo difundirse sin resistencias, y en las primeras décadas del Imperio Persa debió de haber muchas fricciones internas entre quienes aceptaban y quienes rechazaban las enseñanzas de Zoroastro.

El zoroastrismo, como el judaísmo, era una religión intolerante. No sólo predicaba lo que juzgaba la verdad, sino que afirmaba tajantemente que las otras religiones estaban equivocadas. Como los judíos, los zoroastrianos consideraban que quienes adoraban a otros dioses realmente adoraban demonios, y que éste era el pecado mortal de la idolatría.

Cabe sospechar que Ciro y Cambises no eran zoroastrianos, pues consintieron en adorar a Marduk en su papel de reyes babilonios. Pero Darío era, con toda certeza, un zoroastriano, pues en sus inscripciones apela devotamente a Ahura Mazda. ¿Podría ser que Darío, en una sagrada pasión por el zoroastrismo, intrigase y matase para obtener el poder supremo con el fin de imponer su religión?

Puede ser, pero es dudoso que alguna vez se pueda probar o refutar esta teoría.

Sea como fuere, el ascenso de Darío al trono debió de caer como un rayo sobre Babilonia. Ciro y Cambises habían tratado bien a los babilonios y se habían inclinado ante Marduk. Y podían estar seguros de que Darío no haría lo mismo. Tal vez pensaron que el nuevo monarca haría lo posible para suprimir su religión. Buscaron desesperadamente a alguien que los condujese a la rebelión y, por supuesto, hallaron un líder.

Un hombre de imponente apariencia y fácil elocuencia se proclamó hijo de Nabónido y se hizo llamar Nabucodonosor III. Los hombres acudieron a él y en poquísimos minutos tuvo un ejército a su disposición. Levantó defensas a lo largo del Tigris y se dispuso a impedir el cruce del río cuando Darío llegase del Este.

Darío optó por no arriesgarse a librar una batalla en regla. En cambio, dicho en términos modernos, se infiltró en el frente, enviando a sus hombres a través del río en pequeños contingentes y en puntos muy alejados unos de otros. Luego los reunió rápidamente en la retaguardia del usurpador, lo derrotó y marchó sobre Babilonia en persecución de los restos del ejército rival. En el 519 a. C., tomó Babilonia, justamente veinte años después de que la tomase Ciro. La trató más severamente que éste, y Babilonia se sometió hoscamente ante la fuerza superior.

En relación con el saqueo de Babilonia por Darío, Herodoto relata una historia que ha servido siempre como modelo de un increíble patriotismo. Según el historiador griego, Babilonia resistió con tal vigor que los persas desesperaron de tomarla. Por ello, un noble

persa, Zopiro, concibió el plan de hacerse cortar las orejas y la nariz y hacerse azotar hasta quedar hecho una piltrafa ensangrentada. Luego se presentó ante los babilonios como un prófugo de la crueldad de Darío. La vista de sus heridas y mutilaciones no hicieron dudar a los babilonios, quienes lo recibieron regocijados de la victoria propagandística que les ofrecía Zopiro.

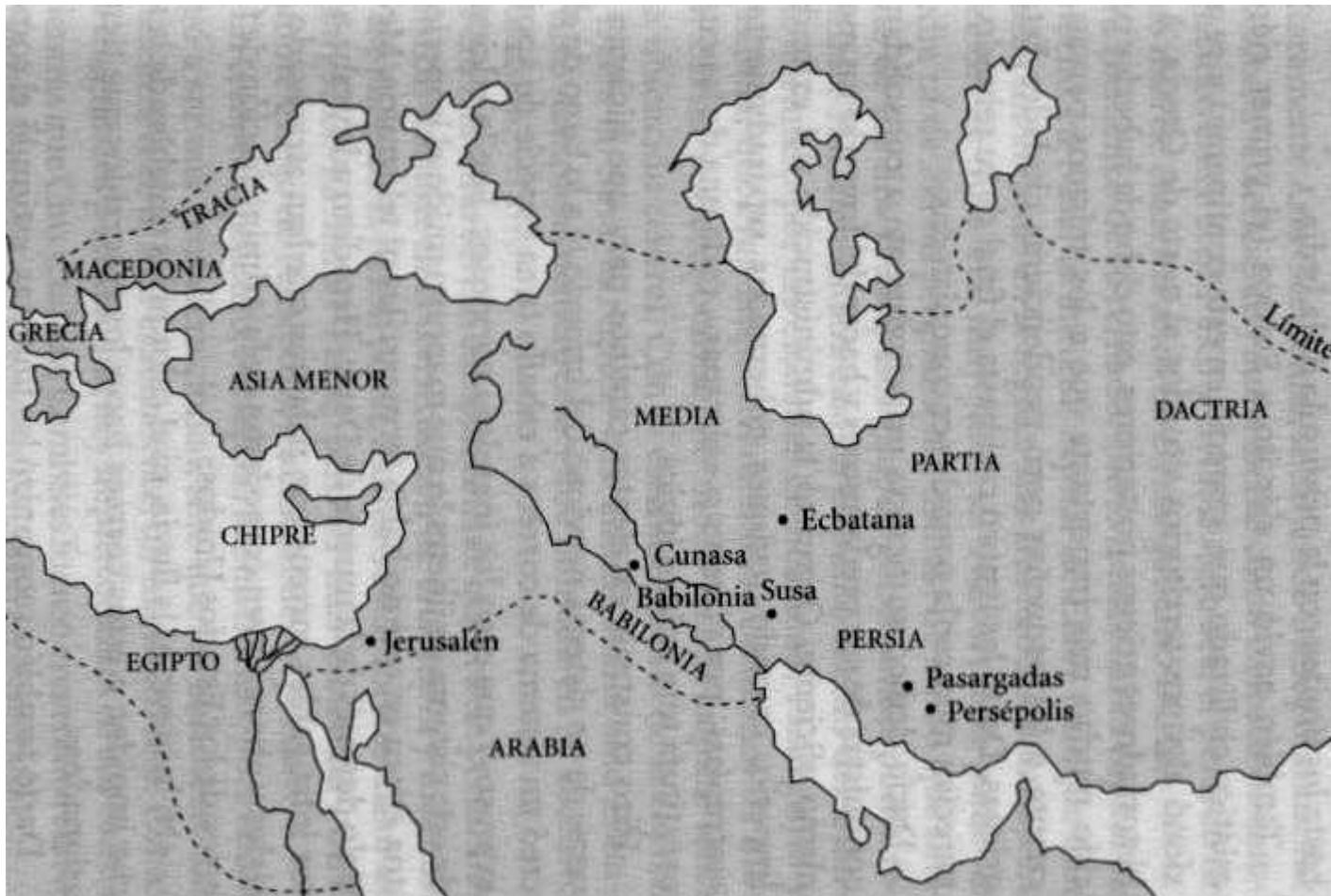
Después de permanecer entre ellos el tiempo suficiente para ganarse enteramente su confianza, Zopiro abrió las puertas de Babilonia al ejército persa.

Pero no podemos aceptar la veracidad de este relato. Es uno de esos adornos que dan dramatismo a la historia, pero son falsos. Parece cierto que Babilonia no estaba en condiciones de resistir a Darío con tal resolución que hiciese necesaria la treta de Zopiro.

El organizador

Darío era un hombre capaz, y, pese a los métodos quizá dudosos por los que llegó al trono, fue el mejor gobernante que iba a tener nunca el Imperio Persa. Más aún, tenía la valiosa capacidad de aprender a moderarse. Nunca permitió que su entusiasmo por el zoroastrismo obnubilase su juicio sobre lo que era conveniente. Una vez derrotada Babilonia, evitó llevarla a la desesperación y concedió a los babilonios el derecho de adorar a sus viejos dioses. Lo mismo hizo con los egipcios, quienes lo consideraron, por eso, como un rey grande y bondadoso.

Hasta ayudó a los judíos. Este pueblo había tratado durante más de veinte años de reconstruir el Templo de Jerusalén, contra la oposición de la población local. Los gobernadores persas de la región fueron convencidos por los sectores anti-judíos de que debían impedir tal construcción. Una orden de Darío modificó esa situación, y en el 516 a. C. el Templo fue reconstruido y consagrado nuevamente.



El Imperio Persa.

Además, como Ciro y Cambises habían sido conquistadores, a Darío le quedaba poco por hacer a este respecto, pues de ser conquistada. Hasta puede que Darío careciese de mucho ánimo para emprender aventuras extranjeras. Intentó algunas, con todo, y extendió el territorio persa hacia el sudeste, hasta los límites con la península de la India.

También envió un ejército a Europa (el primer ejército asiático civilizado que apareció en este continente) y se anexionó algunos territorios situados al norte de Grecia. A los historiadores griegos posteriores, esto debe de haberles parecido mucho más importante que a los mismos persas. En cuanto a las pequeñas pero pendencieras ciudades-Estado griegas, Darío las ignoró casi hasta el final de su reinado. No parecían merecer la pena de ser conquistadas.

Darío dedicó su tiempo principalmente a consolidar conquistas de sus predecesores y

hacer del Imperio un mecanismo eficiente. Organizó la administración del extendido Imperio, creando regiones gobernadas separadamente, o «satrapías», por virreyes o «sátrapas», cada una de las cuales constituía una unidad lógica.

Hizo construir excelentes caminos para que hicieran las veces de un sistema nervioso del Imperio, y a lo largo de ellos creó un sistema de correos a caballo (una especie de «poney expreso») que eran los impulsos nerviosos. Fue la eficiencia de este sistema de jinetes lo que mantuvo unido el Imperio en una época en que no había ferrocarriles ni telégrafos. Medio siglo después de la muerte de Darío, Herodoto admiraba a estos infatigables correos con palabras que han atravesado los siglos y ahora sirven como lema de la Administración de Correos de los Estados Unidos:

«Ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor ni las tinieblas de la noche impiden a estos correos hacer los recorridos que tienen asignados».

Darío también reorganizó las finanzas, estimuló el comercio, puso en orden el sistema de impuestos, acuñó moneda y estandarizó los pesos y medidas. En suma realizó pocas acciones espectaculares, de éstas que dan gran fama, como marchas militares, asedios y conquistas, y muchas de esas acciones monótonas y poco románticas, que dan prosperidad y felicidad a un país.

Raramente Asia Occidental, incluyendo Mesopotamia, fue gobernada tan eficiente y suavemente como en los años comprendidos entre el 521 a. C. y el 486 a. C., o sea, el período de poco más de cuarenta años en el cual gobernó Darío.

Al comienzo de su reinado, Darío estableció su capital de invierno en Susa, la antigua capital de Elam (aunque aún pasaba los veranos en la región más fresca de Ecbatana). La elección de Susa era muy juiciosa. No formaba parte de Media ni de Persia propiamente dichas, de modo que ninguno de los dos principales grupos gobernantes podía resentirse. También estaba casi en el punto medio del triángulo formado por las ciudades de Ecbatana, Pasargadas y Babilonia, que eran respectivamente los corazones de Media, Persia y Mesopotamia, de modo que la capital tenía una ubicación central. Con el establecimiento de la capital de Darío en Susa, la región —que antaño había sido Elam— se hizo completamente persa y fue llamada en lo sucesivo «Susiana».

Pero Darío no olvidó completamente que era un persa. Comenzó a trabajar en la construcción de una nueva y magnífica capital para la patria persa, a unos 50 kilómetros al sur de Pasargadas. La llamó Parsa, pero es más conocida por el nombre griego de Persépolis, o «ciudad de las persas».

En el aspecto práctico, Persépolis fue un fracaso, pues nunca llegó a ser una verdadera

ciudad, sino que fue solamente una residencia real, o, más exactamente, un mausoleo real. Contenía magníficos palacios, aún hoy impresionantes en sus ruinas. Mientras que Ciro y, tal vez, Cambises fueron enterrados en Pasargadas, Darío I y sus sucesores lo fueron en Persépolis.

Pero, a largo plazo, la obra más importante de Darío fue solamente una inscripción de propaganda que hizo grabar sobre un peñasco cercano a la actual aldea de Behistún. Se halla a unos 120 kilómetros al sudoeste de Ecbatana, en el camino principal entre la vieja capital meda y la aún más vieja Babilonia.

La inscripción fue colocada deliberadamente en un lugar muy elevado, casi inaccesible, donde los grabadores deben de haber hecho su trabajo con un gran riesgo personal. (La razón de esto fue, indudablemente, la determinación de Darío de no permitir que la inscripción fuese borrada o alterada por sucesores que no le tuviesen simpatía. Los gobernantes a menudo reescriben la historia pasada de esta manera, pero Darío no iba a permitir que ocurriera en su caso).

Los hombres vieron la inscripción desde lejos en los siglos siguientes, y un viajero griego, Diodoro Sículo, informó de su existencia cinco siglos después de ser grabada. La atribuyó a la legendaria reina Semíramis, pues los griegos le atribuían toda construcción antigua y monumental. Diodoro consideró que la gran figura humana que se ve sobre la superficie rocosa —que representaba a Darío, claro está— era Semíramis, pese a que tenía una abundante barba.

En tiempos modernos, la inscripción adquirió un nuevo sentido y resultó ser una fuente inapreciable para la historia de Asia Occidental. Ella relata cómo Darío mató al falso Smerdis y subió al trono. Es nuestra fuente para esta historia e indudablemente la relata al gusto de Darío. La misma historia era relatada en tres lenguas diferentes, para que pudieran conocer la versión oficial de ella el mayor número posible de súbditos de Darío, que hablaban diversas lenguas. Esas tres lenguas eran el persa antiguo, el elamita y el acadio.

En 1833, la inscripción atrajo la atención de un oficial del ejército inglés, Henry Creswicke Rawlinson, que se hallaba destinado en Persia. Gracias a la inscripción de Darío y su involuntaria donación al mundo del futuro de una especie de diccionario, fue posible leer los restos de la biblioteca de Asurbanipal. De lo contrario, esa biblioteca no sería más que una colección de ladrillos cubiertos de trazos ininteligibles.

Más tarde, con la ayuda del acadio, también pudo descifrarse el sumerio.

El fin de Marduk

Darío murió en el 486 a. C. y, en algunos aspectos, la grandeza de Persia también comenzó a decaer. Fue sucedido por uno de sus hijos, Khshyarsha, a quien conocemos mucho mejor como Jerjes I, forma griega de su nombre.

Jerjes era hijo de Darío y Atosa, hija de Ciro el Grande. Darío se casó con ella después de subir al trono, aparentemente para reforzar su posición y disimular su carácter de usurpador. Había tenido hijos de matrimonios anteriores, pero Jerjes era nieto de Ciro, y esto lo destinaba lógicamente al trono.

Pero hubiese sido mejor que se usase otro tipo de lógica, pues Jerjes era muy inferior a su padre como gobernante.

Claro que comenzó su reinado con tropiezos. Hacia el final de la vida de Darío, en el 499 a. C., algunas ciudades griegas de la costa egea de Asia Menor se habían rebelado, y la ciudad de Atenas, que estaba en la Grecia continental, las había ayudado. Darío aplastó la revuelta y luego envió una fuerza expedicionaria a Grecia para castigar a Atenas. Sorprendentemente, esa fuerza expedicionaria fue derrotada en el 490 a. C.^[7], y mientras preparaba una expedición de mayor envergadura, Darío murió. Jerjes heredó la tarea de vengar el «honor» persa.

Jerjes no pudo hacerlo inmediatamente porque había estallado una rebelión en Egipto. Era una tentación común para un pueblo sometido rebelarse al final de un reinado, y Egipto sucumbió a ella. Probablemente fue estimulado también por agentes atenienses, quienes estaban terriblemente anhelantes de enredar al Imperio Persa en querellas civiles antes de que descargase toda su fuerza sobre Grecia. La rebelión fue también resultado de las creencias religiosas de Jerjes. Era mucho más zoroastriano que su padre, por lo que los sacerdotes egipcios podían prever que tendrían problemas.

La revuelta, desde luego, sólo confirmó a Jerjes en su disgusto por aquellos de sus súbditos que tenían otras religiones. Así, dejó de lado todo lo demás, incluso la expedición a Grecia, y se enfrentó primero a los egipcios. (Esto fue exactamente lo que deseaban los atenienses y según todas las probabilidades, lo que salvó a Grecia).

La revuelta egipcia fue sofocada, aunque al cabo de tres años, y Jerjes se volvió luego contra otros no zoroastrianos del Imperio. El libro bíblico de Ester trata de sucesos que

presuntamente tuvieron lugar durante su reinado. (Jerjes es llamado Asuero en este libro). Allí se dice que se estuvo a punto de aplicar severas medidas antijudías, que fueron evitadas gracias a la influencia de la reina judía Ester. Pero este libro es, casi con seguridad, una novela escrita tres siglos después de la época de Jerjes y no puede ser considerado literalmente verdadero.

Lo históricamente cierto es que Jerjes descargó su furia sobre los babilonios, donde los líderes nacionalistas no pudieron evitar la tentación de rebelarse, a imitación de Egipto.

En el 484 a. C., los ejércitos de Jerjes se abrieron camino hacia Babilonia, y allí el monarca destruyó deliberadamente la vida religiosa de la ciudad. Jerjes ordenó quitar la estatua de oro de Marduk, que Ciro y Cambises habían venerado prudentemente. Un sacerdote que trató de detener a los soldados que estaban desmontando el templo y ponían sus impías manos sobre la estatua fue muerto fríamente por hombres que carecían de todo sentimiento de temor o reverencia por el gran dios.

Lo que ocurrió entonces fue mucho peor que lo sucedido dos siglos antes, cuando Senaquerib el asirio había hecho quitar la estatua de Marduk, aunque Senaquerib destruyó totalmente Babilonia y Jerjes no lo hizo. Senaquerib al menos había sido un creyente. Castigó a Babilonia, pero reverenciaba a los viejos dioses de Mesopotamia. Había esperanzas, pues, de que otro rey restaurase por piedad la ciudad, y de hecho lo hizo el mismo hijo de Senaquerib, Asarhaddón.

Pero ahora a Marduk se lo llevaron, con falta total de respeto, hombres de costumbres diferentes y dioses totalmente diferentes. Fue como si los babilonios adquiriesen conciencia de que había atravesado definitivamente cierta línea divisoria, que Marduk nunca sería restaurado y los viejos dioses finalmente morirían. Desapareció el espíritu de la vieja cultura que provenía de los antiguos sumerios, muertos ya hacía largo tiempo, y empezó la decadencia final.

Quizá los sacerdotes experimentaron un torvo placer con lo que le ocurrió luego a Jerjes. En el 480 a. C., llevó a Grecia una gran expedición, tan grande como para abrumar a los griegos por sus meras dimensiones. Sin embargo, inexplicablemente, fracasó, y Jerjes se vio obligado a volver con una vergonzosa frustración.

Se retiró a su harén, en una tenaz reclusión, y perdía el tiempo en proyectos inútiles, como los de ampliar y hacer más magníficos los palacios de Persépolis. Finalmente, fue asesinado en el 465 a. C., como resultado de una intriga palaciega.

Pero eso no restauró Babilonia. La ciudad y su pueblo permanecieron paralizados por la apatía, como meros espectadores de los grandes sucesos que iban a desencadenarse a su

alrededor.

Así, cuando Egipto se rebeló nuevamente al morir Jerjes y mantuvo una desesperada resistencia de seis años contra el nuevo monarca persa, Artajerjes I, Babilonia no se movió.

El centro de interés del mundo civilizado parecía, en efecto, haberse mudado de las antiguas culturas fluviales del Tigris y el Éufrates a la del Nilo y a las belicosas ciudades griegas. Estas recién llegadas al escenario de la civilización estaban creciendo rápidamente. El éxito completamente inesperado de los griegos contra la torpe expedición de Jerjes parecía haberlas llenado de una energía casi sobrehumana y de una auto-confianza casi divina. Su ciencia estaba dejando atrás al venerable saber de los antiguos. Sus incansables viajeros y comerciantes estaban en todas partes, husmeando con curiosidad en las polvorientas costumbres antiguas. Sus soldados combatían como mercenarios a todo lo largo del borde del Imperio Persa, y ningún griego parecía capaz de resistir su pesado armamento y su arrollador *élan*.

Durante medio siglo después del fracaso de la expedición de Jerjes contra los griegos, éstos y sus barcos estuvieron hostigando la línea costera persa, estimulando a los rebeldes egipcios y, en general, poniendo obstáculos al gigantesco imperio. Persia aparecía ante todo el mundo como un gigante poco digno que trataba de ahuyentar a la nube de mosquitos griegos que lo picaban ya en un lado, ya en otro.

La batalla de los hermanos

Persia comprendió que los griegos podían ser fastidiosos, pero nunca perjudicarían seriamente a Persia mientras permaneciesen divididos y luchando continuamente unos contra otros. Persia, pues, aprendió a mantener vivas esas luchas y destinó grandes cantidades de dinero a tal fin.

Por la época en que murió Artajerjes I, en el 424 a. C., Persia tuvo la satisfacción de ver a las ciudades griegas alinearse para llevar a cabo una especie de guerra mundial en miniatura. Todo el mundo griego se adhirió a una de las dos grandes ciudades, Atenas y Esparta, que trabaron un combate a muerte.

El nuevo monarca persa, Darío II, hizo lo que pudo para avivar la contienda. De las dos ciudades griegas Esparta parecía la menos ambiciosa y la que más probablemente limitaría sus actividades a la misma Grecia. Por ello, Persia arrojó cada vez más su peso del lado espartano. En el año de la muerte de Darío II, el 404 a. C., la política persa triunfó y Esparta aplastó a Atenas.

Esto parecía ventajoso para Persia, pero no lo fue totalmente, pues esta victoria desencadenó una querrela dinástica que iba a tener fatales consecuencias para Persia. Esto ocurrió del siguiente modo.

Darío II dejó dos hijos. El mayor le sucedió en el trono con el nombre de Artajerjes II. Pero el más joven era un hombre talentoso y no estaba dispuesto a admitir que se le pasase por alto. Su nombre era Ciro, y habitualmente se le llama «Ciro el Joven» para distinguirlo del fundador del Imperio Persa. Cuando sólo era un adolescente, había manejado las relaciones de Persia con los griegos y había demostrado ser un sagaz juez de hombres y sucesos.

Ciro consideraba que había hecho lo suficiente por Esparta como para merecer una retribución, y lo que él quería era un contingente de soldados griegos. Con un ejército persa y un contingente griego como instrumento de ataque, podría abrirse camino hasta Susa y proclamarse rey.

Los espartanos eran demasiado cautelosos para ayudarlo oficialmente (a fin de cuentas, podía salir perdedor), pero el fin de la guerra entre Atenas y Esparta había dejado inactivos a muchos soldados dispuestos a enrolarse como mercenarios. Un exiliado

espartano, Clearco, supervisó el reclutamiento de esos mercenarios y se puso a su frente. Reunió casi 13.000 soldados griegos, con los que en el 401 a. C. marchó junto con el ejército de Ciro.

Atravesaron Asia Menor hasta llegar al Éufrates superior, en Tapsaco, a unos 120 kilómetros al sur de Harrán. Por primera vez en la historia, un cuerpo grande de soldados griegos penetró en la histórica tierra de los dos ríos. Cruzaron el Éufrates y avanzaron aguas abajo a lo largo de 560 kilómetros. Los griegos se encontraron entonces a unos 1.700 kilómetros de su patria.

Pero mientras tanto, Artajerjes finalmente cayó en la cuenta de que su hermano menor no iba a su encuentro para saludarlo y congratularlo, sino para matarlo. Reunió una gran fuerza militar, incluso los mercenarios griegos que pudo hallar, y avanzó para hacer frente a Ciro.

Los dos ejércitos se encontraron en Cunaxa, aldea cercana al Éufrates situada a unos 150 kilómetros al noroeste de Babilonia. A sólo unos 30 kilómetros de Cunaxa se hallaba Sippar, que casi dos mil años antes había sido una de las sedes reales de Sargón de Agadé.

Ambos ejércitos se aprontaron para la lucha, y por primera vez en la historia mesopotámica iba a librarse una batalla sin una participación importante de los habitantes de esa tierra. Fueron meros espectadores, mientras persas y griegos combatían.

Los griegos extendieron su línea frente a la corriente en descenso, de tal modo que su flanco derecho se apoyaba en el río. Clearco, un espartano estúpido y sin imaginación, colocó a los griegos en ese flanco porque, en las batallas habituales entre ejércitos griegos, era el puesto de honor. Se esperaba que los soldados del flanco derecho soportarían lo más recio de la batalla.

Frente a ellos, de cara contra la corriente, se hallaba el ejército imperial persa. Lo comandaba Artajerjes II, que ocupó el puesto de honor, en el centro. En realidad, el ejército imperial era mucho mayor que el de Ciro, de manera que se extendía hasta lejos del río. Su centro estaba frente al ala izquierda de Ciro.

Ciro vio y captó la situación. El ejército imperial no contaba para nada. Sólo el rey, Artajerjes II, importaba. Si moría, Ciro se convertiría en el rey legítimo y todos los soldados persas de ambos lados se le unirían inmediatamente. Era innecesario, pues, destrozarse el ejército persa; sólo era menester matar al rey.

Por ello, Ciro pidió a Clearco que apostase el ala derecha oblicuamente, hacia la izquierda, para atacar el centro imperial. Pero Clearco señaló que el ala derecha quedaría

entonces separada del río y expuesta a un ataque lateral. Ciro posiblemente le señalaría que las fuerzas imperiales que se le oponían eran tropas ligeramente armadas que poco podían hacer contra él aunque su flanco quedase expuesto. Además, antes de que pudiesen hacer siquiera eso, Artajerjes II estaría muerto o en fuga y la batalla habría terminado.

Pero Clearco se negó. Iba a combatir según las normas tradicionales. Iba a avanzar de frente y proteger su flanco.

Y así lo hizo. Los trece mil soldados griegos avanzaron de frente y arrasaron a las tropas ligeras que se les opusieron. Artajerjes había permitido esto. Concentró sus fuerzas principales en su derecha, que rodeaba a la izquierda de Ciro, mucho más corta, y la estaba destruyendo mientras Clearco y sus hombres no hacían nada.

Ciro, enloquecido de frustración, reunió a su alrededor todos los jinetes que pudo —unos seiscientos— y cargó directamente contra el centro imperial, contra su hermano, con una sola idea: matarlo y dar fin a la batalla.

Pero Artajerjes estaba bien custodiado por diez veces más jinetes que los que comandaba Ciro. Dejó llegar a éste, sus caballeros engulleron a la pequeña fuerza atacante y en la corta escaramuza que siguió, Ciro fue derribado y muerto. La batalla había terminado.

Artajerjes había ganado, y Clearco se encontró, con sus griegos, solo y abandonado por el resto del ejército de Ciro. ¿Qué hacer?

También era un problema para Artajerjes. Eran demasiados griegos pesadamente armados para hacerles frente fácilmente, pues apenas habían sufrido pérdidas en la batalla. Tal vez tenía suficientes hombres para aplastarlos, pero a un costo terrorífico, que no estaba dispuesto a pagar si podía hallar otra solución.

Puesto que los griegos no se habrían rendido, los portavoces de Artajerjes les ofrecieron suministrarles provisiones y acompañarlos hasta que abandonasen el país. Los persas les explicaron que había un atajo hasta el mar, si los griegos se dejaban conducir por el Tigris aguas arriba.

Parecía que los griegos no tenían otra salida, pero después de marchar 240 kilómetros aguas arriba se intranquilizaron. ¿Hasta dónde llegaba realmente el Tigris? ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de los persas?

Clearco exigió seguridades. El jefe persa propuso que Clearco y los otros líderes griegos se reuniesen con él en su tienda para mantener una amistosa conferencia. Clearco, como tonto que era aceptó. Tan pronto como los generales griegos entraron en la tienda,

fueron muertos.

Los persas estaban complacidos. Creyeron que, sin sus líderes, el ejército griego sería como un cuerpo sin cabeza y no tendría más elección que rendirse y dejarse desarmar. Luego, los dividirían en pequeños grupos y los obligarían a entrar al servicio de los persas. Los que se negasen serían muertos.

Pero los griegos no actuaron como esperaban confiadamente los persas. Eligieron como jefe a un soldado de fila, un ateniense llamado Jenofonte. Se mantuvieron unidos y no se rindieron; les nació una nueva cabeza tan pronto como la otra había caído. Y, en verdad, la nueva era mucho más capaz que la vieja.

Los griegos siguieron avanzando hacia el Norte, con los persas ahora hostilizándolos y vigilándolos, pero sin presentar batalla.

A unos 160 kilómetros aguas arriba, los griegos pasaron un enorme montículo. Tuvieron que preguntar qué era aquello. Era todo lo que quedaba de Nínive, la poderosa capital asiria, cuyo nombre mismo, después de doscientos años, había desaparecido de la Tierra.

Más allá, abandonaron el río para penetrar en las montañas de lo que antaño había sido Urartu. Los persas se alegraron de esto, con la esperanza de que los mataran las feroces y duras tribus de esas regiones o sencillamente se agotasen gradualmente hasta morir.

Pero los griegos siguieron unidos, hicieron frente con habilidad a todas las emergencias, rechazaron a las tribus y lograron mantener sus provisiones. Finalmente, atravesaron el Asia Menor oriental y salieron de las montañas para dar con la sorprendida ciudad griega de Trapezonte. Ésta se hallaba sobre la costa del mar Negro; los soldados corrieron, gritando ebrios de alegría: «¡El mar, el mar!».

«Los Diez Mil» (como se les llamó en relatos posteriores, aunque eran más en un comienzo), habían sobrevivido. Jenofonte también sobrevivió y escribió la narración de esa épica marcha en un libro que aún existe y que ha sido durante más de dos mil años una atrayente lectura.

7. Los macedonios

La unión contra Persia

La breve guerra civil entre Ciro y Artajerjes II fue una catástrofe para el Imperio Persa, pues puso de manifiesto la debilidad del reino. Los egipcios habían aprovechado la confusión en que Ciro el Joven sumió al Imperio para rebelarse nuevamente. Esta vez logró establecer una precaria independencia que duraría medio siglo. (En cambio, Babilonia ni pestañeó. Marduk había desaparecido y el pueblo se lamentaba, paralizado).

La marcha que siguió a la batalla de Cunaxa fue peor que la derrota en Egipto. «Los Diez Mil» se habían abierto camino por el corazón del Imperio sin que Persia osara atacarlos, con todo su poder.

Hasta entonces, los griegos habían vivido en un constante temor hacia Persia; habían pensado permanentemente que podía aplastarlos, si no actuaban con habilidad. De pronto, se percataron de que Persia era un tigre de papel, de que pese a sus dimensiones, su riqueza y su «prestigio», estaba hueca por dentro.

La desenfadada ambición de Ciro y su lucha por el trono habrían tenido el mismo resultado, quizá, aunque Ciro hubiese triunfado en Cunaxa. Los griegos también habrían comprendido que si unos pocos miles de ellos podían conquistar un imperio para un persa, con igual facilidad podían hacerlo para un griego.

Así, durante los ochenta años siguientes, no faltaron en Grecia las voces que instaban a las ciudades griegas a unirse para marchar contra Persia. Un orador griego, Isócrates, argüía abiertamente que era necesaria una invasión de Persia para que los griegos dejasen de luchar unos contra otros. Era el género de esfuerzo que los hacía unirse.

Pero las ciudades griegas nunca se unieron por su propio acuerdo, ni siquiera con el tentador bocado persa balanceándose ante ellos. Así, Persia lograba mantener su vida y su poder.

En el 358 a. C. subió al trono Artajerjes III. Era un monarca cruel pero vigoroso, y durante su reinado Persia hasta mostró cierta fuerza. Artajerjes obligó a someterse a los sátrapas demasiado independientes, y luego envió a Egipto un ejército que puso fin al medio siglo de independencia de esa tierra.

Pero Artajerjes fue asesinado en el 338 a. C., y después de un par de años rayanos en

la anarquía, subió al trono en el 336 a. C., un suave y pacífico miembro de la familia real, que tomó el nombre de Darío III. El nuevo Darío era muy semejante al viejo Nabónido de dos siglos antes; era justamente la peor clase de rey que Persia podía tener en ese momento, pues el reino grecohablante de Macedonia estaba experimentando un repentino y sorprendente ascenso.

Macedonia estaba al norte de Grecia y hasta entonces no había tenido ninguna importancia. En el 359 a. C. tomó en sus manos el reino un hombre notable, Filipo II. Reorganizó el ejército y las finanzas, soldó todo el país para convertirlo en un peligroso instrumento de agresión, dilató su poder a expensas de las ciudades griegas y, en el 338 a. C., las unió, no por la persuasión como había tratado de hacerlo el orador Isócrates, sino por la fuerza.

Filipo estaba listo ya para invadir Persia. Hasta había hecho que las ciudades griegas lo nombrasen jefe de una fuerza expedicionaria con esta finalidad. Pero en el 336 a. C., justamente cuando se estaba preparando para lanzarse sobre Asia, fue asesinado.

Le sucedió en el trono su hijo, que demostró ser el más notable guerrero de todos los tiempos. Era Alejandro III, que llegó a ser conocido universalmente como Alejandro Magno o Alejandro el Grande. Después de dedicar algún tiempo a reunificar a las ciudades griegas (que se habían rebelado apenas recibieron la noticia de la muerte de Filipo), se dispuso a llevar a la práctica el gran plan de su padre.

En el 334 a. C., Alejandro Magno y su ejército penetraron en Asia Menor. Libró y ganó casi inmediatamente una batalla contra un sátrapa persa excesivamente confiado. Ganó otra batalla, de mucha mayor importancia, en Isos, en el sudeste de Asia Menor, contra el principal ejército persa, mandado por Darío III.

Alejandro luego marchó a través de Siria y Judea, tomando Tiro después de un sitio de nueve meses (con lo que demostró ser un guerrero mucho más ingenioso que Nabucodonosor dos siglos y cuarto antes). Judea y Egipto se sometieron a Alejandro sin lucha.

Finalmente, en agosto del 331 a. C., Alejandro acampó en Tapsaco, justamente donde habían acampado los Diez Mil setenta años antes. Pero esta vez los griegos no estaban en Tapsaco bajo el mando de un príncipe persa, sino bajo el de un macedonio que era de lengua y cultura griegas. No intentaban poner un persa en el trono en lugar de otro, sino apoderarse de todo el vasto reino.

Alejandro, con el núcleo macedónico de su ejército y sus griegos auxiliares planeaban nada menos que hallar a Darío y cogerlo. A tal fin, cruzó el Éufrates, marchó por la tierra que antaño había sido Asiria, llegó al Tigris y comenzó a avanzar río abajo. Su destino era el

corazón de Persia. Darío III lo estaba esperando.

Hasta entonces, Persia había sido incapaz de detener a ese feroz macedonio, pero Darío sólo lo había intentado una vez realmente, y había sido en Isos dos años antes. Alejandro había ganado entonces, pero Darío pensaba que había sido solamente porque los persas no habían elegido bien el campo de batalla.

El arma principal de Alejandro era la falange, un grupo estrechamente cohesionado de soldados con largas lanzas, entrenados para marchar y maniobrar casi con la precisión de bailarines. La falange era un puercoespín erizado de lanzas que podía quebrar cualquier ejército sobre el cual marchase y resistir cualquier ataque. Hábilmente apoyadas por tropas ligeramente armadas y por la caballería bien equipada y conducida por un hombre de un genio supremamente flexible, no había quien pudiera derrotarla ni nadie la derrotó en vida de Alejandro.

El arma principal de Darío era el número. Podía apelar a los poderosos recursos del más grande imperio de la historia del mundo occidental que hubo hasta ese momento, y en comparación el ejército de Alejandro parecía insignificante. En Isos, la diferencia de número había sido reducida en importancia por el hecho de que la batalla se libró entre las montañas y el mar, en un estrecho paso donde la falange podía maniobrar cómodamente, y donde la superioridad numérica persa quedaba anulada. El emperador persa había tenido que abandonar apresuradamente el campo de batalla, para evitar ser capturado.

Darío estaba decidido a no cometer nuevamente el mismo error. Después de enterarse de que Alejandro estaba descendiendo por el Tigris, planeó hacerle frente en un lugar que le permitiese aprovechar todo lo posible su superioridad numérica. Eligió cuidadosamente una vasta región llana e hizo eliminar hasta la menor irregularidad del terreno. Esperaba que allí no habría absolutamente nada que impidiese el arrollador avance de su caballería, la cual, pensaba, sencillamente expulsaría del campo a la caballería enemiga y luego iría desgastando por los bordes a la falange hasta disgregarla, para ser después aplastada por su enorme ejército. (Al parecer, no se dio cuenta de que le estaba haciendo el juego a Alejandro, en cierta medida, pues la falange operaba mejor en terreno absolutamente llano).

El lugar que eligió Darío estaba cerca de una aldea llamada Gaugamela, situada a unos 30 kilómetros al nordeste de las fantasmales ruinas de la vieja Nínive. Ninguna batalla librada cerca de Nínive o en cualquier otro lugar de Asiria iba a ser tan enorme y dramática como la que estaba a punto de entablarse sobre sus ruinas, tres siglos después de su ocaso.

Los historiadores griegos posteriores afirmaron que el ejército de Alejandro ascendía a 40.000 infantes y 7.000 soldados de caballería, cifras que pueden estar cerca de la verdad. El ejército reunido por Darío, según esos mismos historiadores, estaba formado por

1.000.000 de soldados de infantería y 40.000 de caballería. Éstas son cifras ridículamente exageradas, pues es dudoso que fuera posible aprovisionar o dirigir apropiadamente un ejército de esas dimensiones o que pudiese combatir como algo más que una muchedumbre armada y sin guía.

Pero aunque reduzcamos las dimensiones del ejército a las que probablemente tuvo, es seguro que superaba en mucho al de Alejandro y que la batalla fue la más semejante al combate entre David y Goliat en la historia de la guerra.

Si ambas partes hubiesen tenido generales igualmente inspirados, los persas habrían ganado, pero los generales eran muy desiguales. De un lado estaba Alejandro; del otro, Darío. En vista de la desproporción en los jefes, podemos ignorar la diferencia numérica.

Cuando se inició la batalla, el 1 de octubre del 331 a. C., la línea persa desbordaba a la macedónica por la derecha y por la izquierda. Cabría suponer que podía haberse plegado por ambos flancos y engullido al pequeño ejército de Alejandro. Pero éste había dispuesto a sus hombres de tal modo que podían volverse y anular cualquier intento de flanqueo. Además, Alejandro tenía planeado un movimiento culminante, y hasta que se le presentase la ocasión de llevarlo a cabo con eficacia, se contentaba con permanecer a la defensiva.

El vaivén de la batalla estaba desplazando a Alejandro fuera del terreno cuidadosamente aplanado, lo cual inquietaba a Darío. Carecía de la firmeza necesaria para refrenarse hasta el momento apropiado y lanzó prematuramente su «arma secreta».

El arma secreta eran los carros, los cuales habían pasado de moda en la guerra durante cuatro siglos, desde que se difundió el uso del caballo grande mediano y los guerreros pudieron afirmarse en la grupa del caballo. Pero los carros de Darío tenían algo nuevo. Estaban equipados con filosos cuchillos que salían de los ejes de las ruedas por ambos lados.

Esos cuchillos, centelleando intensamente al sol y desplazándose con toda la furia de los caballos que tiraban de los carros, cortaban las piernas de todo hombre que encontraran, pero su eficacia principal no estribaría tanto en el número real de hombres así tajados, sino en la total confusión en que se arrojaría al enemigo (se esperaba), por el pánico que provocaría la vista de esos peligrosos cuchillos y los desesperados intentos de evitarlos.

Darío envió un centenar de esos carros con guadañas contra los macedonios, pero no pilló desprevenido a Alejandro. Los aurigas fueron atacados con flechas cuando atravesaban a la carrera el terreno que se abría ante ellos antes de llegar a los macedonios, y los soldados se hicieron rápidamente a un lado u otro para dejar pasar a los carros cuando llegaban hasta las líneas. Se evitó el peligro decisivo del pánico y el ataque fue un completo fracaso.

Llegó entonces el momento para que Alejandro hiciese la jugada que había planeado y que era muy sencilla. Recordó que Darío había huido en Isos y sabía que tenía ante sí a un cobarde. La falange se colocó en posición y comenzó a avanzar implacablemente como un bosque animado de lanzas, precisamente hacia el lugar del centro de la línea donde se cobijaba Darío III. Darío resistió todo lo que pudo, que no era mucho. Era un hombre amable y apacible que habría sido un buen rey si hubiese tenido un primer ministro capaz e inexorable. Pero estaba solo y era un cobarde. La falange se acercó hacia él, que huyó del campo tan velozmente como pudieron llevarlo sus caballos.

Lo que siguió fue precisamente lo que Alejandro había previsto. Las huestes persas se desanimaron y cedieron. Alejandro fue el vencedor. Esta batalla del género «David y Goliat» cerca de la desaparecida Nínive fue realmente el fin del Imperio Persa, dos siglos después de que Ciro lo fundase; Persia murió muy cerca del lugar en que había muerto Asiria.

Alejandro pudo entonces avanzar sobre Babilonia, donde no halló ninguna resistencia. El pueblo de Babilonia estaba gozoso y le abrió las puertas.

La Babilonia en la que entraron Alejandro y sus hombres no era en absoluto la Babilonia de Nabucodonosor; ni siquiera la Babilonia de Darío. La destrucción de los templos efectuada por Jerjes un siglo y medio antes no había sido reparada. En particular, el gran templo de Marduk permanecía en ruinas.

Pero Alejandro adoptó la política de Ciro con respecto a las costumbres de aquéllos a quienes conquistaba. Les dio libertad y asistía complacido a cualquier ritual que los hiciera felices. Al pasar por Judea, mostró el mayor respeto por el Gran Sacerdote del Templo de Jerusalén, por lo que Alejandro aparece como un héroe en las leyendas judías posteriores. En Egipto, mostró el mismo respeto hacia los antiguos templos y hasta visitó el templo de Amón, que estaba en las profundidades del desierto.

En Babilonia, Alejandro se proclamó el defensor de las viejas costumbres contra la opresión de los zoroastrianos. Ordenó la reconstrucción de todos los templos; en particular, el templo de Marduk debía ser restaurado con toda su magnificencia.

Por desgracia para Babilonia, Alejandro no podía quedarse para ver si sus órdenes se cumplían. Tenía que apoderarse del resto del Imperio y, cuando se marchó, los virreyes que dejó no se mostraron tan entusiastas por la recuperación babilónica como él.

Alejandro se dirigió a Susa y luego a Persépolis, donde, según la tradición, incendió los palacios persas en venganza por el incendio de Atenas en los días de la gran expedición de Jerjes, siglo y medio antes.

Alejandro marchó luego al Norte, hasta Pasargadas, donde visitó la tumba de Ciro, y luego retrocedió a Ecbatana, en la que había buscado refugio Darío III. Éste no lo esperó, sino que huyó hacia el Este. Finalmente, los cortesanos, cansados de su débil rey, lo asesinaron en el 330 a. C.

Alejandro pasó cuatro años en la parte más oriental del Imperio, combatiendo con los duros bárbaros y ganando todas las batallas (aunque no fácilmente, pues entre los reyes con los que se enfrentó ya no había más cobardes). Luego se abrió camino hasta el río Indo (en el moderno Pakistán), más allá aún de donde las fuerzas persas habían penetrado. Allí ganó otra gran batalla contra un rey indio. Pensaba atravesar la India, pero, finalmente, sus tropas se rebelaron. Estaban hartos, y Alejandro se vio obligado a volver.

En el 324 a. C., Alejandro estaba de vuelta en Babilonia y allí se quedó. Por un momento, Babilonia fue de nuevo el centro y la capital de la mayor potencia de la Tierra, como lo había sido bajo Nabucodonosor, dos siglos y medio antes. Pero no lo fue por su vigor o su magnificencia ni por ninguna otra razón atribuible a ella misma. Lo era solamente porque en ella estaba Alejandro. La más insignificante aldea del mundo habría sido la capital del mundo en aquellas condiciones y en aquel tiempo.

Alejandro eligió Babilonia como capital porque tenía un objetivo previsto. Su sueño era gobernar sobre un género humano unido. Trató de ser más que un rey de los macedonios o un general de los griegos e imponer una especie de hermandad entre los hombres. Hizo que los macedonios tomaran esposas persas, y él mismo adoptó los modos de vestir y la conducta de los persas. Esperaba abatir todas las barreras que pudiesen impedir a los persas o a cualquier otra nacionalidad tener acceso al servicio público. Hasta proyectaba el transplante de poblaciones.

A este respecto, estaba por delante de su tiempo y había de fracasar en su ataque a la dureza de corazón del hombre. Los macedonios refunfuñaban ante todo signo de favor que mostrase hacia los persas. Se preguntaban qué objeto tenía la conquista, si no terminaban siendo los amos, ignorando el hecho de que ser amo era sencillamente invitar a los sometidos a tratar de ser los amos algún día, siguiendo así eternamente esta lamentable farsa.

Babilonia era apropiada para los planes de Alejandro. No era griega ni persa y estaba a mitad de camino entre los dos extremos de su imperio, a 2.400 kilómetros de la frontera occidental y 2.400 de la oriental.

También estaba convenientemente cerca del golfo Pérsico, y Alejandro soñaba con conquistar las tierras que bordeaban a esa masa de agua, India al este y Arabia al oeste.

Quizás aunque Alejandro hubiese vivido mucho tiempo en Babilonia y hubiera

llevado a cabo su plan de restaurar los templos, lo mismo habría seguido muerto. El culto de Marduk y los otros dioses, culto que se remontaba a los tiempos sumerios, probablemente había decaído ya demasiado para que fuese posible darle vida nuevamente.

Pero tal posibilidad ni siquiera se dio, pues Alejandro sólo había estado en Babilonia unos pocos meses cuando, a comienzos del verano del 323 a. C., cayó enfermo. Y el 13 de junio murió.

Es difícil creer que, después de todo lo que había hecho y realizado, muriese cuando sólo tenía treinta y tres años.

Desaparición de Babilonia

La inesperada muerte de Alejandro, cuando todavía era un hombre joven, arruinó la obra de su vida en un momento. No tenía ningún pariente capaz de ser su sucesor. Sólo quedaban una esposa persa, un hijo que aún no había nacido, una madre feroz y un medio hermano semideficiente mental.

La elección lógica habría sido un general, uno de los que habían estado asociados con Alejandro en su gran labor. Pero si los familiares de Alejandro eran demasiado pocos y demasiado débiles, sus generales eran demasiados y demasiado fuertes. Ninguno podía dominar a todos los otros; y ninguno estaba dispuesto a ceder pacíficamente.

Los generales celebraron una reunión en Babilonia. Uno de ellos, Pérdicas, encabezaba el grupo que adoptaba una postura legitimista: el poder debía quedar en la antigua familia real macedónica. El mismo Pérdicas se proponía para hacerse cargo del gobierno hasta el nacimiento del hijo de Alejandro.

Algunos de los otros generales no compartían en absoluto este punto de vista. Les parecía meramente una treta para que Pérdicas se convirtiese en el gobernante universal y absoluto. Uno de ellos era Tolomeo. Inmediatamente después de la muerte de Alejandro se había proclamado gobernador de Egipto, y decidió no abrigar mayores ambiciones. Pero no estaba dispuesto a permitir que ningún otro gobernase Egipto. Cuando Pérdicas marchó contra él para hacerle cambiar de opinión, Tolomeo resistió. Las maniobras de Pérdicas fracasaron; se hizo cada vez más impopular entre sus asociados y, en el 321 a. C. fue asesinado por un grupo de oficiales conducidos por otro de los generales de Alejandro, Seleuco.

Como recompensa por su participación en el asesinato de Pérdicas, los generales pendencieros dejaron Babilonia en poder de Seleuco. Los azares de la guerra llevaron fuera a Seleuco durante un tiempo, pero en el 312 a. C. se instaló permanentemente en Babilonia.

En cierto modo, era una pobre recompensa. En los siglos durante los cuales los generales macedonios y sus sucesores se disputaron los restos en lenta decadencia del imperio de Alejandro, fueron siempre las partes cercanas a Grecia las más importantes. Se admiraba y deseaba la cultura griega; todo lo demás era bárbaro.

Tolomeo se afirmó en Egipto e instaló su capital en la ciudad de Alejandría (que había

sido fundada por Alejandro, de quien recibió su nombre). La convirtió en un pequeño mundo griego en el que pudo vivir aislado de los egipcios. Otros generales lucharon hasta el agotamiento y el hartazgo por Asia Menor, Macedonia y la misma Grecia. A pocos les interesaba Babilonia, y menos aún las grandes provincias persas que estaban más allá.

En Asia Menor, un general de Alejandro, Antígono, aún soñaba con unir el Imperio bajo su férula. Era el más capaz de los generales y estaba apoyado por un hijo igualmente capaz, pero casi todos los otros generales se unieron contra el peligroso y ambicioso viejo, y nunca pudo adquirir el poder suficiente para derrotarlos a todos.

En el 306 a. C., Antígono ya no pudo esperar. Aún no había conquistado el poder supremo, pero tenía setenta y cinco años y tenía que darse prisa. Por ello, asumió el título de rey, aunque el nombre no correspondiera a la realidad.

Inmediatamente, los restantes generales (algunos ya habían muerto por entonces) hicieron lo mismo. Tolomeo se proclamó rey de Egipto y Seleuco asumió el título en Babilonia.

Poco a poco, Seleuco extendió su soberanía sobre las provincias iránias y llegó a dominar, no sólo Babilonia, sino también todos los territorios situados al este de ella. Esta parte del Imperio de Alejandro no tiene ningún nombre determinado, sobre todo porque sus límites cambiaron con los años. Habitualmente, se le llama el Imperio Seléucida, por su fundador, y Seleuco fechaba su fundación en el 312 a. C., el año en que volvió definitivamente a Babilonia.

Seleuco heredó en cierta medida el sueño de Alejandro de unir al género humano. Estimuló la colonización griega del mundo babilónico y persa, pero no era un nacionalista. Fue el único general que conservó la esposa persa que Alejandro le había obligado a tomar. Sentía simpatía hacia sus súbditos babilonios y era popular entre ellos.

En verdad, él y sus sucesores hicieron todo lo posible para apuntalar la cultura babilónica en rápida decadencia, aunque sólo fuese para oponerla a la cultura irania, que seguía siendo fuerte y vital al este de Mesopotamia y era la gran adversaria de griegos y macedonios. Como resultado de esto, la antigua ciudad de Uruk, por ejemplo, siguió siendo un centro cultural durante todo el período seléucida. El antiguo sacerdocio tuvo el apoyo estatal y se promovió la lengua aramea. El zoroastrismo, en cambio, fue desalentado y pronto decayó.

Por desgracia, ninguna cantidad de transfusiones artificiales pudo dar nueva vida al cadáver. Los griegos mismos impidieron esto por el carácter de su propia cultura. Por primera vez entraron en Mesopotamia conquistadores que no sentían la atracción de la vieja

cultura que habían creado los sumerios.

Fueron, en cambio, los babilonios quienes, por vez primera, sintieron la seducción de algo extraño. El griego se convirtió en una lengua de creciente popularidad entre las clases superiores. El sistema griego de escritura en papiro o pergamino hizo anticuada la vieja escritura en tablillas, y el sistema cuneiforme de escritura, que era el más antiguo, comenzó a decaer. A fines del período seléucida, estaba prácticamente extinguido.

Babilonia misma, la gran Babilonia, se consumió.

Seleuco, al parecer, quería una capital propia. Es un deseo natural en cualquier rey, sobre todo si es el primero de un linaje y no desea estar rodeado de recuerdos de un pasado en el que no tiene papel alguno. Tolomeo tenía Alejandría, y Seleuco tal vez haya querido igualar a su colega general rey a este respecto.

En el 312 a. C., pues, el año en que hizo su entrada final en Babilonia, Seleuco comenzó a construir una nueva ciudad en el Tigris, a sólo unos 55 kilómetros al norte de Babilonia. En su propio honor, la llamó Seleucia, y la planificó como una ciudad de cultura griega para él y sus sucesores, mientras Babilonia iba a seguir siendo la capital nativa.

Pero Babilonia era un cadáver, y Seleucia estaba demasiado cerca. A medida que Seleucia creció, Babilonia declinó. Los mismos edificios de la vieja ciudad fueron desmantelados para contribuir a la construcción de los nuevos. La entrada de Seleuco en Babilonia, pues, fue el último suceso notable de esta ciudad, la última huella que dejó en los libros de historia. Después, no fue más que una ciudad en lenta decadencia, luego una aldea en lenta decadencia y más tarde... nada.

Antes de morir, Babilonia exhaló un postrer aliento de vida. En época de Seleuco, se persuadió a un sacerdote de Marduk babilonio a que escribiese una historia de Babilonia en griego. Su nombre tal vez haya sido Bel-usur («el Señor protege»), pero es conocido por la forma griega de su nombre: Beroso.

Su obra, en tres volúmenes, sería inapreciable para nosotros, pero se ha perdido, probablemente para siempre. La probabilidad de dar con algún ejemplar en alguna parte es prácticamente nula. Sin embargo, nuestro conocimiento de ella no es nulo. Partes de su historia fueron citadas por historiadores griegos y aún sobreviven, y cada parte de esas citas ha sido amorosamente estudiada y comparada con materiales originales provenientes de las excavaciones en Babilonia. Siempre que se compara un fragmento de Beroso con un fragmento de algún otro material, parece haber una razonable concordancia.

Pero, pese a Beroso, los muertos están muertos. Desde la época de la fundación del

Imperio Selúcida, ya no es muy apropiado hablar de Babilonia. Volveré ahora al uso del nombre más general, Mesopotamia.

La atracción del Oeste

Hubiera sido mejor para Seleuco, y para el Imperio Seléucida, que se hubiese contentado con su reino oriental. Pero ni siquiera Seleuco podía apartar totalmente de su cabeza a Grecia.

Para empezar, debía oponerse a la insaciable ansia de poder supremo de Antígono. Seleuco fue uno de los espíritus inspiradores de una ofensiva aliada que finalmente derrotó y mató al viejo Antígono en Ipsos, en Asia Menor central, en el 301 a. C.

En recompensa, Seleuco recibió la provincia de Siria, de modo que su reino llegó entonces al Mediterráneo. No poseyó la totalidad de la Media Luna Fértil, pues Tolomeo de Egipto retuvo la parte meridional de la mitad occidental, incluso Judea.

Seleuco celebró su adquisición de Siria fundando en el año 300 a. C. una ciudad que llamó Antioquía (en honor de su padre, Antíoco). Está ubicada en el norte de Siria, a unos quince kilómetros del mar. Fue la capital occidental del Imperio Seléucida y su ventana sobre el mundo griego.

Este éxito en Occidente agudizó el apetito de Seleuco. En el 281 a. C., derrotó y mató al general de ochenta años Lisímaco, que había luchado antaño con Alejandro. Seleuco se apoderó de toda Asia Menor y se vanaglorió de ser el último de los generales de Alejandro que quedaba vivo. A los setenta y siete años, sólo él quedaba de todos aquellos generales que habían estado junto a Alejandro, medio siglo antes, en sus épicas conquistas por el Asia occidental.

Pasó a Macedonia para apoderarse también de ella, y allí, en el 280 a. C., fue asesinado.

Sentó un mal ejemplo para sus sucesores (los seléucidas). Si se hubiesen limitado a sus posesiones, si hubiesen trabajado para fortalecer su heterogéneo imperio, podían haber durado muchos siglos, y la cultura y el conocimiento griegos (el «helenismo», de *Hellas*, nombre que daban los griegos a su país) podía haber echado raíces permanentes en Asia occidental.

Tampoco debemos pensar que esto sólo hubiese beneficiado a Asia (con nuestros prejuicios occidentales). En las generaciones posteriores a Alejandro, Europa recibió mucho

de Asia. Dejando de lado el botín y hasta el conocimiento, hubo objetos materiales hasta entonces desconocidos en Europa que fueron de gran beneficio. Europa recibió un delicioso alimento al que se llamó *persikon melon* (la fruta persa); la primera palabra sufrió una serie de cambios hasta dar en inglés el nombre del conocido y apreciado melocotón: peach. Europa también descubrió el cidro, el cerezo, la alfalfa y el algodón. Indudablemente, si la influencia europea hubiese estado más afirmada en Asia, ambos continentes se habrían beneficiado enormemente.

Pero la dificultad fue que los seléucidas siempre tuvieron la mirada fija en Occidente, y el vasto Oriente ocupaba un lugar secundario en sus cálculos. Las victorias de Seleuco I en sus últimos años sentaron fatal precedente. Los seléucidas iniciaron una larga lucha con los tolomeos de Egipto que siguió durante un siglo después de la muerte de Seleuco I y Tolomeo I. Se arrojó todo a esta oscilante contienda que no resolvió nada, fue interminable y sólo sirvió para debilitar a ambas partes y, más tarde, las llevó a su extinción.

Al principio, los seléucidas llevaron la peor parte. En el año 246 a. C., subió al trono el tercer Tolomeo y casi inmediatamente estalló la Tercera Guerra Siria entre los dos reinos macedónicos. Tolomeo llevó su ejército a Asia y derrotó a Seleuco II, que gobernaba por entonces el Imperio Seléucida. El ejército de Tolomeo marchó sobre la misma Mesopotamia y durante unos vertiginosos momentos ocupó Seleucia. Fue el punto más alto al que llegó el Reino Tolemaico.

Juiciosamente, Tolomeo no hizo ningún intento de conservar sus conquistas. Pensaba que su seguridad estaba en Egipto, y no valía la pena ponerla en peligro por la ilusión de un imperio más vasto. Por ello, se retiró.

Pero el Imperio Seléucida había resultado sacudido en el proceso, y las provincias del lejano Este quedaron fuera de control. Mientras el monarca seléucida luchaba absurdamente por unos pocos kilómetros de costa mediterránea, en el Este se separaban provincias enormes.

La provincia más oriental era Bactria (aproximadamente equivalente al moderno Afganistán). Hacia el 250 a. C., su gobernador, Diodoto, se declaró independiente del monarca seléucida.

Inmediatamente al oeste estaba la provincia de Partia (en lo que es ahora el Irán nororiental). También por entonces se declaró independiente bajo su gobernador Arshak, más conocido por la forma griega de su nombre, Arsaces.

A la manera de las monarquías orientales, Arsaces I de Partia pretendía descender del anterior linaje real de los aqueménidas. Hacía remontar su linaje a Artajerjes II, quien siglo y

medio antes había obtenido la victoria de Cunaxa. Eso era falso, por supuesto, pero agradó a sus súbditos y los predispuso a combatir por él.

Durante una generación, los seléucidas fueron incapaces de evitar todo esto. Estaban demasiado ocupados con sus reyertas en el Oeste. Pero en el 223 a. C., subió al trono Antíoco III. En el 217 a. C. fue derrotado en una guerra contra Tolomeo IV y, disgustado, se volvió al Este. Allí concentró, durante una docena de años, su considerable talento. Sofocó revueltas, restauró su autoridad y llegó a un compromiso con Partia y Bactria. Les dejó cierta autonomía, pero las obligó a reconocer la soberanía seléucida.

En el 204 a. C., Antíoco III volvió a Mesopotamia como había vuelto Alejandro un siglo y cuarto antes, y con el mismo resultado, al parecer: un Oriente totalmente conquistado. Por ello, Antíoco se hizo llamar Antíoco el Grande (a imitación de Alejandro), y por este nombre se lo conoce en la historia.

Lamentablemente, después de todas estas ganancias Antíoco cayó presa nuevamente de la seducción de Occidente. Poco después del retorno de Antíoco, Tolomeo IV murió, y el nuevo rey, Tolomeo V, sólo era un niño. Antíoco vio la oportunidad de vengar su anterior derrota y de ajustar cuentas de una vez por todas con Egipto. Antíoco III invadió Egipto y, en el 200 a. C., había obtenido suficientes triunfos como para apoderarse de partes de Asia Menor y de toda Judea. Por primera vez, los seléucidas dominaron toda la Media Luna Fértil.

Pero, por entonces, apareció en el escenario occidental la más poderosa nación de la región mediterránea: Roma. Durante dos siglos había estado expandiéndose constantemente. Había llegado a dominar toda Italia y las islas circundantes, y acababa de derrotar completamente a la ciudad norteafricana de Cartago. El Mediterráneo occidental era un lago romano, y ahora Roma estaba dispuesta a medir sus armas con las de las diversas monarquías macedónicas.

Si Antíoco hubiese decidido que su futuro estaba en el Este y se hubiera fortalecido, el Imperio Seléucida podía haber sido el rival y el par de Roma. Posteriores imperios orientales lo lograrían.

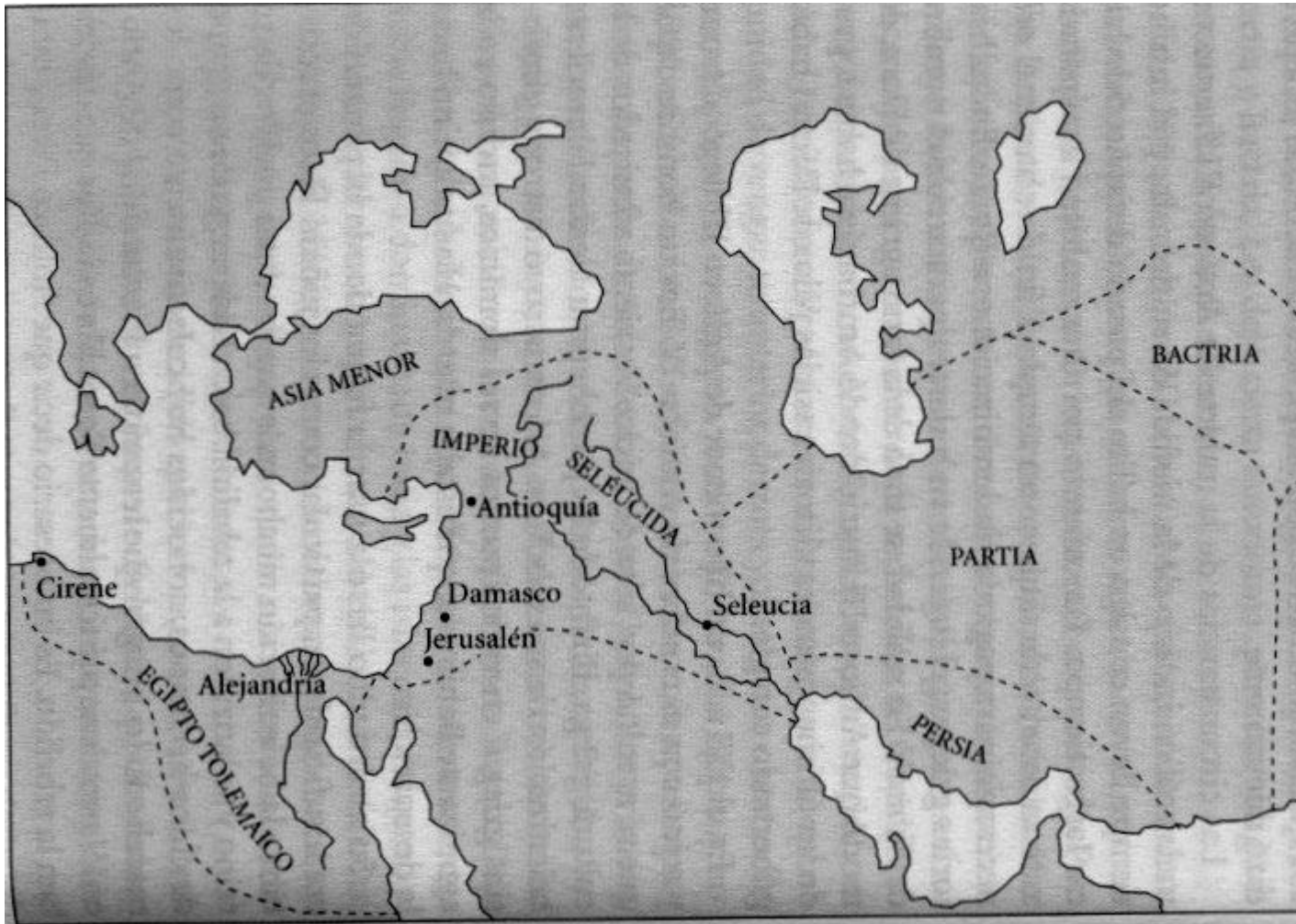
Desgraciadamente para él, Antíoco se tomó demasiado en serio su autodescripción de «Grande», y el fatal atractivo del Oeste era demasiado fuerte. Quiso luchar contra Roma y fue aplastado, primero en Grecia y luego en Asia Menor. Tuvo que abandonar sus posesiones de Asia Menor y pagar una enorme indemnización. Peor aún, la parte oriental del Imperio, que había sometido con tan penoso esfuerzo, se independizó nuevamente.

Las circunstancias de la muerte de Antíoco III fueron un melancólico indicio de la medida de su derrota, y al mismo tiempo llevan consigo un hálito del pasado desaparecido

hacía largo tiempo. Fue muerto por una multitud exasperada ante su intento de saquear un templo a fin de obtener el oro necesario para pagar las indemnizaciones a Roma. En las historias griegas, el lugar de su muerte aparece con el nombre de *Elymais*. En realidad, se trata de la forma griega de Elam, de modo que Antíoco III murió donde Asurbanipal había logrado las últimas grandes victorias asirias y donde Darío I había gobernado con gloria.

En el 175 a. C., un hijo menor de Antíoco III llegó al trono y reinó con el nombre de Antíoco IV. Era un hombre capaz que se arruinó por falta de juicio. Ferviente admirador de la cultura griega, hizo todo lo posible para alentar la creciente helenización de sus súbditos. Así, construyó teatros y gimnasios griegos en varios puntos de sus dominios, incluso en la agonizante Babilonia, que estaba retardando su camino hacia la desaparición.

Su ansiedad lo llevó a usar la fuerza donde la persuasión era insuficiente, en particular contra los judíos. Éstos se resistían a la helenización mucho más que los otros pueblos de su reino y se lanzaron a la rebelión bajo el liderazgo de un grupo de cinco hermanos, conocidos hoy colectivamente como los macabeos. La imagen que tenemos en la actualidad de Antíoco IV proviene principalmente de los libros judíos que describen la rebelión. Es innecesario decir que Antíoco IV es pintado como un monstruo, algo semejante a como algunos libros americanos describen a Jorge V de Inglaterra.



El Imperio Seléucida bajo Antíoco IV.

Antíoco IV también trató de ajustar cuentas con Egipto y derrotó fácilmente a Tolomeo VI. Pero Roma le ordenó que se marchase de Egipto, y se vio obligado a obedecer, escabulléndose como un perro azotado.

La pérdida de prestigio que le acarreó su retirada ante Roma y los gastos que le ocasionó el intento de sofocar la rebelión judía lo debilitaron tremendamente, y se volvió al Este. Allí, pensaba, podía obtener el dinero que necesitaba y restaurar la reputación que había perdido.

En cierto grado, lo consiguió. Como su padre, reprimió revueltas y volvió a hacer sentir una vez más el poder seléucida. Tal vez hubiese completado la tarea y hasta hecho más

que su padre, si hubiese vivido lo suficiente. Pero murió de muerte natural (al parecer, de tuberculosis) en Persia, del otro lado de los Montes Zagros.

La muerte de Antíoco IV señaló el fin del Imperio Seléucida como gran potencia, aunque todavía iba a hacer algunos intentos en el Este. Partia y Bactria se independizaron en forma total y permanente; ambas se caracterizaban por poseer una delgada capa de helenismo sobre una base campesina irania.

Bactria, aunque estaba más al este, era la más griega de las dos. Durante un corto tiempo, floreció y hasta pareció a punto de expandirse; mientras Antíoco IV fracasaba y moría en Persia, los dirigentes bactrianos llevaban sus ejércitos y su influencia hasta la India.

Pero Bactria estaba demasiado alejada de los centros de civilización para poder sobrevivir por mucho tiempo. El mar circundante de bárbaros lentamente la encerró, y un siglo más tarde habían desaparecido los últimos restos de la cultura griega en decadencia de Asia Central.

El futuro de los pueblos iranos, cuya tierra había sido tan rudamente sacudida por la volcánica fuerza de Alejandro Magno, estaba en Partia.

8. Los partos

Desaparición de los seléucidas

Los partos, como los medos y los persas, eran un pueblo iranio. La patria de los partos estaba inmediatamente al este de Media y es mencionada por primera vez en las inscripciones de Darío I. Hasta puede que «Partia» sea una forma dialectal de la palabra «Persia».

Alejandro Magno pasó por Partia en sus viajes de conquista; luego, ésta permaneció bajo la dominación de los seléucidas (con una considerable autonomía) durante un siglo y medio. Esto no fue suficiente para cambiar las costumbres del pueblo, que siguió siendo iranio en su lengua y su religión.

Pero las clases superiores se adherían a un zoroastrismo muy suave y adquirieron un fuerte tinte griego. Griega fue la lengua de la aristocracia parta, que sentía entusiasmo por los productos literarios de Grecia. Estaban particularmente interesados por las leyendas de Heracles, o Hércules (como nos es más familiar), y crearon prácticamente un culto a Hércules.

Los gobernadores de Partia son llamados los arsácidas, porque todos descendían de Arshak o Arsaces I, bajo el cual Partia obtuvo por vez primera cierta autonomía de los seléucidas. Al principio, los sucesivos monarcas partos tomaron todos el nombre de Arsaces al subir al trono, pero eran también conocidos por sus propios nombres. Así, Arsaces VI es más conocido como Mitrídates. Este nombre muestra el espíritu zoroastriano incluso en los monarcas helenísticos de la región, pues significa «don de Mitra». Mitra era el símbolo zoroastriano del sol.

Mitrídates I subió al trono en el 171 a. C. y desde un comienzo adoptó una vigorosa política expansionista. Mientras vivió Antíoco IV y avanzó hacia el Este, Mitrídates permaneció a la defensiva frente a los seléucidas, pero también avanzó hacia el Este, hacia Bactria. Luego, cuando Antíoco IV murió, se dirigió también al Oeste.

La provincia de Media, que estaba entre Partia y Mesopotamia, se declaró independiente al morir Antíoco IV. Los seléucidas, en rápida decadencia, no pudieron hacer nada para impedirlo, pero Partia, que estaba en ascenso, sí que pudo. Llevó su influencia al Oeste y, en el 150 a. C., absorbió totalmente a Media, por lo que podemos empezar a hablar del Imperio Parto.

Pero las cosas no pararon allí. Varios miembros de la familia real seléucida estaban

luchando desesperadamente unos con otros en Siria. Entonces, Mitrídates extendió su presión hacia el Oeste y en el 147 a. C. se apoderó de Mesopotamia y de su orgullosa capital, Seleucia, que había fundado siglo y medio antes Seleuco I.

Mitrídates trató de tranquilizar a los colonos y las clases superiores griegas de Mesopotamia, asegurándoles que la soberanía parta no significaba el fin del helenismo. Para poner de relieve esta actitud, se hizo llamar Mitrídates Filheleno («Mitrídates, el Admirador de Grecia»). Él y sus sucesores fueron más griegos que los mismos griegos. Mientras que éstos habían tratado activamente de mantener viva la vieja cultura babilónica, los partos no se interesaron por ella. Las últimas tradiciones de Sumer y Acad, de Sargón y Hammurabi, desaparecieron bajo su gobierno. El último texto cuneiforme que poseemos data de dos siglos después de la llegada de los partos. Desapareció hasta el último rastro de la cultura babilónica, mortalmente herida por Jerjes.

Los judíos de Mesopotamia, en cambio, se beneficiaron con la moderada actitud de los partos, alejada del zoroastrismo habitualmente intolerante, y tuvieron un período de esplendor.

Sin embargo, las ciudades griegas de Media y Mesopotamia contemplaban con gran recelo a sus nuevos amos partos (y quizá con cierto esnobismo) y anhelaban la vuelta de los seléucidas. Enviaron peticiones a tal efecto a Antíoco, y en dos ocasiones los monarcas seléucidas intentaron reconquistar el Oriente.

En el 140 a. C., el rey seléucida Demetrio II invadió los dominios partos. Ganó varias batallas, pero, en el 139 a. C., cayó en una emboscada con su ejército. Fue tomado prisionero y su ejército destruido.

Mitrídates murió en el 138 a. C. En sus treinta y tres años de reinado había convertido su provincia en un Imperio que dominaba una extensión de más de 2.400 kilómetros de Oeste a Este. Ocupó la mitad norte del territorio del viejo Imperio Persa, desde el Éufrates hacia el Este. (La mitad meridional, formada por las provincias del golfo Pérsico y el océano Indico —particularmente el corazón de la misma Persia— se aferró a un anticuado zoroastrismo y nunca formó parte claramente de los dominios partos).

Muerto Mitrídates, los seléucidas hicieron un nuevo intento. El hermano menor de Demetrio, Antíoco VII, subió al trono. Invadió la Mesopotamia en el 130 a. C., derrotó a los partos y durante un breve período dominó nuevamente la tierra de los dos ríos. Los partos se retiraron a Media, Antíoco los siguió y fue derrotado y muerto.

Los partos luego liberaron a Demetrio II para que retornara a Antioquía a gobernar su país. Pensaban que una persona que había sido prisionera de los partos no intentaría nuevas

aventuras. Y así fue. Durante las escasas décadas en que el Imperio Seléucida siguió existiendo, ninguno de los monarcas restantes se movió de Siria.

En el 129 a. C., los partos decidieron crear una nueva capital en la región occidental del reino. (Eran suficientemente helénicos como para experimentar la seducción del Oeste, igual que los seléucidas). Ya existía Seleucia, pero quizá era demasiado griega. En cambio, eligieron un suburbio que estaba al este, del otro lado del Tigris con respecto a Seleucia. Fue llamado Ctesifonte.

Ctesifonte iba a ser la capital del poder iranio (tanto de Partia como del régimen que le siguió) durante ocho siglos. Creció, naturalmente, y llegó a rivalizar con Seleucia y hasta a superarla, formando ambas una especie de «ciudades gemelas», una griega y otra irania, que simbolizó la fusión de las dos culturas que Alejandro Magno habría admirado.

Roma entra en escena

Con los seléucidas fuera de juego, otra potencia surgió en la parte más septentrional de Mesopotamia, a lo largo de las estribaciones del Cáucaso, donde antaño había estado Urartu.

Después de la destrucción de Urartu por los medos, hizo su aparición en la zona un nuevo pueblo, los armenios, que entraron en ella desde Asia Menor. Estuvieron sometidos primero a los medos, luego a los persas y finalmente a los seléucidas. Pero después de ser derrotado Antíoco III por los romanos, comenzaron a dar sus primeros pasos hacia la independencia.

La expansión de los partos los había puesto en contacto con Armenia, y durante un tiempo pareció que Armenia, como Media y Mesopotamia, sería engullida por los partos. En verdad, es lo que intentó hacer Mitrídates II de Partia, un monarca capaz que reinó del 124 al 87 a. C.

En el 95 a. C., puso como rey de Armenia a un títere suyo, Tigranes, después de lo cual consideró suya esa tierra. Se hizo llamar Mitrídates el Grande y adoptó el viejo título aqueménida de «Rey de Reyes» (o «Gran Rey»), para significar que era el más grande y poderoso gobernante del mundo.

Pero cuando murió Mitrídates II, Partia sucumbió a una enfermedad que la afectó periódicamente: las querellas dinásticas. Todas las monarquías tienen sus periódicas perturbaciones dinásticas, pero Partia era peor que la mayoría a este respecto. Una de las razones de ello es que era un imperio feudal, en el que los grandes terratenientes tenían tanto poder que eran casi independientes de la corona. Naturalmente, estaban siempre en conflicto unos con otros y siempre dispuestos a apoyar a diferentes pretendientes al trono. Tales pretendientes siempre se presentaban en cantidad, pues los partos tenían la costumbre de pasar la corona de hermano a hermano, y había muchos hermanos que podían reclamarla.

Mientras los partos estaban atareados en esto, Tigranes sacudió el yugo parto y, bajo él, Armenia llegó a su apogeo. Marchó sobre Asia Menor y Siria, penetró en Mesopotamia saqueó Media. Adoptó, a su vez, los brillantes títulos de Tigranes el Grande y Rey de Reyes.

Su capital era Artaxata, en la región caucasiana, a unos 400 kilómetros al norte de donde había estado Nínive. Pero ahora Tigranes también sintió la atracción de Occidente e

hizo construir una nueva capital, al norte del Tigris superior y cerca del límite oriental de la península de Asia Menor. La llamó Tigranocerta.

Parecía dispuesto el escenario para una reiniciación del antiguo duelo entre Asiria y Urartu, donde Partia, en recuperación, representaba el papel de la primera y Armenia el de la segunda. El inconveniente era que había un tercer elemento en discordia que era más fuerte que ambas: Roma.

Un siglo antes, cuando ya Roma había derrotado a Antíoco III y provocado la ruina de Antíoco IV, sin embargo, no había puesto pie firme en el Este. Pero, por la época de Tigranes, Roma se había anexoado la parte occidental de Asia Menor, así como Grecia y Macedonia. Era la potencia suprema de todo el Mediterráneo.

El Ponto, un reino del Asia Menor oriental, osó enfrentarse a la gran potencia occidental y durante un tiempo hasta logró rechazar a Roma. El rey del Ponto era Mitrídates VI (nombre en el que había un tinte de iranismo, aunque el Ponto estaba totalmente helenizado), suegro de Tigranes.

Roma, entregada entonces a guerras civiles, finalmente decidió descargar toda su fuerza en Asia Menor y envió un general, Lúculo, para que se hiciera cargo de la situación. Lúculo, soldado austero y capaz, marchó hacia el Este y aplastó al Ponto. Mitrídates huyó a la corte de su yerno, en Tigranocerta.

Tigranes, autodenominado el Grande, se tomó este título tan en serio como Antíoco un siglo y cuarto antes y como éste, Tigranes sintió que su grandeza le exigía enfrentarse a Roma. Lo hizo, y el resultado fue para Tigranes el mismo que para Antíoco. En el 69 a. C., Lúculo penetró en Tigranocerta y allí derrotó a Tigranes. Fue la primera vez (pero no sería la última) que un ejército romano penetraba en Mesopotamia. Al año siguiente, Lúculo siguió la campaña y derrotó a Tigranes nuevamente, en Artaxata, la vieja capital.

Podía haber sido el fin para Tigranes, pero Lúculo era un jefe autoritario detestado por sus tropas. Éstas se rebelaron y no quisieron seguirlo. Fue llamado de vuelta a Roma, y Tigranes tuvo un breve respiro.

Lúculo fue pronto reemplazado por otro general romano, más popular, Pompeyo. En el 66 a. C., Pompeyo penetró en Armenia, llegó a Artaxata y capturó al mismo Tigranes. Así, los sueños de gloria de Tigranes se derrumbaron aún más estrepitosamente que los de Antíoco III, quien al menos había conservado su libertad.

Pompeyo dudaba de la posibilidad de Roma de mantener a largo plazo el territorio montañoso de Armenia por lo que se contentó con dejar a Tigranes como rey mediante el

pago de una enorme indemnización y en el entendimiento de que su papel era el de un títere romano. En esos términos, Tigranes siguió siendo rey durante la última década de su vida. Había tenido una extraña carrera, pues había empezado y terminado su reinado como títere (parto al principio, romano al final) y en el ínterin había gozado de un par de decenios de gran poder.

Pompeyo se dirigió luego a Siria, donde puso fin a los restos del antaño poderoso Imperio Selúcida y los anexó a Roma, formando con ellos la provincia de Siria. También anexó el Reino Judío, que había tenido una breve independencia bajo los macabeos.

Los jinetes acorazados

Partia observó todo esto con gran ansiedad. Su viejo enemigo, el Imperio Seléucida, se había convertido en una provincia romana. Su enemigo más reciente, Armenia, era una marioneta romana. Ya nada se interponía entre Partia y el inexorable empuje de Roma hacia el Este.

Partia hizo todo lo que pudo para conservar la paz, pero Roma no estaba interesada en llegar a ningún acuerdo. Durante un siglo y medio había estado expandiéndose con un espectacular éxito por todo el Mediterráneo, casi sin que la frenase derrota alguna^[8]. Desde que había suplantado al último monarca seléucida, Antíoco XIII, en el 64 a. C., algunos romanos pensaban que habían heredado la tarea de restaurar el sometimiento a Occidente del este iranio.

Esta idea maduró unos diez años después de la absorción del Imperio Seléucida, cuando Pompeyo se unió a otros dos jefes para establecer en Roma una dictadura de tres hombres. Uno de sus aliados era Julio César, el más hábil político romano, y el otro, Marco Craso, el más rico hombre de negocios romano.

Pompeyo ya había ganado sus laureles militares en el Este; César se marchó a la Galia (la Francia moderna) para ganar batallas y renombre; y Craso juzgó que era justo que también él se convirtiese en un gran guerrero. Así, decidió tomar a su cargo la tarea de reconquistar las provincias perdidas del Imperio Seléucida.

La ocasión parecía apropiada, pues Fraates III de Partía, que había maniobrado hábil y desesperadamente para mantener la paz con Roma, había muerto. Fue asesinado por sus dos hijos, quienes, como era habitual en los miembros de la casa gobernante parta, pronto riñeron entre sí.

De este modo, en el 54 a. C., Craso abandonó Roma e Italia para dirigirse al Este, dispuesto confiadamente a iniciar una guerra de pura agresión contra una potencia que no había en modo alguno ofendido a Roma, sino que, por el contrario, había hecho todo lo posible por evitarlo.

Los dos ejércitos, el romano y el parto, eran muy desiguales. Los romanos habían creado la «legión», un cuerpo de soldados de infantería que tenía gran flexibilidad. No tenía el peso y la potencia formidables de la falange, pero ésta sólo podía operar bien en terreno

abierto y llano, donde podía maniobrar como una gran unidad estrechamente cohesiva. En varias ocasiones, la legión se había enfrentado con la falange y, en definitiva, la versatilidad de la legión predominó sobre el mero peso de la falange.

Los partos, en cambio, habían dado nuevas habilidades a la caballería. Los caballos de las tribus iránias eran aún los más grandes y mejores del mundo, y los jinetes iránios maniobraban con una facilidad que maravilló a los que tuvieron que enfrentarse con ellos. Habían llevado a la perfección la táctica de golpear y escapar. Se abalanzaban repentinamente sobre el enemigo desprevenido, cumplían con su mortal labor y luego se alejaban a la carrera para atacar en otra parte.

Se dice también que, cuando los partos efectuaban una rápida retirada y el enemigo los perseguía con furia impotente por el repentino ataque y la súbita huida, los jinetes, al recibir una señal, giraban sobre sus caballos y arrojaban una última lluvia de flechas por encima de sus hombros. Este «contraataque parto» que caía, también, repentina e inesperadamente sobre sus perseguidores a menudo hacía aún más daño que todo lo anterior.

Además, los partos habían creado una caballería de pesada armadura. Eran los «catafractas» (derivado del griego, que significa «totalmente encerrados»). Estos jinetes estaban embutidos en armaduras, y cabalgaban en caballos que a veces también llevaban armaduras. Para soportar todo este peso, el caballo tenía que ser grande y musculoso. Los partos disponían de estos caballos, pero raramente sus enemigos.

La caballería pesada no era veloz, pero tampoco necesitaba serlo. Podía caer pesadamente sobre una línea enemiga como una suerte de falange montada, con lanzas pesadas y semejantes a garrotes. O bien, equipados con arcos y flechas, podían acribillar las líneas enemigas, mientras ellos mismos eran inmunes al ataque de los arqueros enemigos.

Tan terroríficos eran los jinetes partos que se convirtieron en el símbolo mismo del guerrero temible para las provincias del Este. En el Libro bíblico del Apocalipsis, por ejemplo, la catástrofe de la guerra está simbolizada por la imagen de un arquero parto a caballo.

Mucho dependía, por supuesto, de la inteligencia e inspiración de los jefes respectivos. Los generales romanos habían triunfado antes contra nuevas armas. Habían derrotado a los elefantes cuando ellos no los tenían, y habían construido barcos y los habían tripulado con reclutas bisoños para derrotar a una avezada potencia naval.

Pero esta vez los romanos tenían un grave inconveniente. Craso era un soldado que se atenía a las reglas tradicionales, como el Clearco de «los Diez Mil», tres siglos y medio antes. Era completamente incapaz de adaptarse a situaciones inesperadas.

Además, no pudo contar con la ventaja de enfrentarse con un enemigo dividido. Ante la invasión romana, los partos pusieron fin a la guerra civil y uno de los hermanos rivales subió al poder y gobernó con el nombre de Orodes II.

Craso desembarcó en Siria, cruzó el Éufrates y entró en Mesopotamia. Allí, varias de las ciudades griegas le dieron una entusiasta bienvenida, de modo que, cuando volvió a Siria para pasar el invierno, su confianza en sí mismo aumentó aún más.

Los partos, en cambio, estaban desalentados. Llegó a Antioquía una delegación para negociar con Craso un acuerdo de paz razonable. Pero Craso debió de sentirse Alejandro Magno, que siempre rechazaba todo compromiso, luchaba denodadamente hasta la victoria total y la obtenía. Desde entonces, éste ha sido el ideal de los jefes militares, y muchos generales han tratado de usar los métodos de Alejandro sin su genio y tuvieron que pagarlo caro.

Craso dijo orgullosamente a los partos que discutiría los términos de paz en Seleucia, y los dejó frustrados y coléricos.

En el 53 a. C., Craso atravesó el Éufrates nuevamente. No apareció ningún ejército que le disputase el paso del río, y sus lugartenientes aconsejaron a Craso que siguiese la corriente aguas abajo, como habían hecho antaño los Diez Mil. Pero Craso quería avanzar hasta el corazón de Partia, como Alejandro, y aceptó de buen grado seguir a un árabe que le ofreció conducirlo por las llanuras mesopotámicas hasta un punto en el que los romanos podían sorprender al ejército parto y destruirlo.

El árabe lo llevó hasta el ejército parto, pero resultó estar pagado por los partos, que estaban preparados para recibir a los romanos. Los estaban esperando en la vecindad de Carres. Ésta era la forma griega de Harrán, donde dos mil años antes había morado la familia de Abraham y donde cinco siglos y medio antes Asiria había ofrecido su última resistencia.

Sólo una pequeña porción del ejército parto era visible, y los romanos se lanzaron al ataque pensando de buena fe que lo iban a sorprender. Pero cuando se habían trabado en lucha, los hombres que veían, que parecían jinetes comunes, arrojaron sus capas y salieron a relucir sus armaduras. ¡Eran los fatídicos catafractas!

Antes de que los romanos se percataran de que estaban en medio de una gran batalla y de que los sorprendidos eran ellos, comenzaron a resonar los arcos partos, y los romanos a morir por todas partes. Craso, en su desesperación, ordenó a su caballería, comandada por su hijo Publio Craso, que atacase y rechazase a los partos.

La caballería romana cargó y los partos se retiraron de inmediato, lanzando flechas

por encima de sus hombros. Los romanos, ligeramente armados y por ende más veloces, estaban alcanzando a los partos cuando se dieron cuenta de que habían sido llevados hacia el resto del ejército parto, que tenía su propia caballería ligera mucho más numerosa que la romana y más hábil en la lucha hombre a hombre.

Los romanos lucharon con empecinada tenacidad, pero fue una matanza y, finalmente, murieron casi todos. Publio Craso también murió, y los partos le cortaron la cabeza y la clavaron en la punta de una lanza. La caballería parto rehizo sus filas y cabalgó de vuelta hacia el cuerpo principal del ejército romano, mostrando en alto la cabeza del joven Craso.

Al verla, la moral romana se derrumbó, aunque Craso se puso a la altura de las circunstancias gritando al ejército: «¡La pérdida es mía, no vuestra!».

La batalla continuó y los romanos siguieron llevando la peor parte. Al día siguiente, Craso se vio obligado a retirarse. Los partos siguieron sus pasos, acosándolos, y por último el mismo Craso fue muerto. Finalmente, los partos se apoderaron de los pendones de combate de los romanos, que era una tremenda deshonra para éstos.

Sólo uno de cada cuatro hombres volvieron a Siria de esa desastrosa expedición. Para Roma, peor aún que la derrota, fue la triunfal comprensión por Partia de que era posible derrotar a los romanos.

Por obra de su victoria en Carras, Partia llegó ahora al apogeo de su poder. No solamente había rechazado a Roma, sino que también había establecido una importante posición de intermediaria entre Roma y otro gran imperio situado a miles de kilómetros, posición sumamente provechosa.

En el siglo I a. C., mientras Roma consolidaba su soberanía sobre el Mediterráneo, el Reino de China, en el Lejano Oriente, estaba bajo el firme e ilustrado gobierno de la dinastía Han. En China, la producción de seda con los capullos del gusano de seda había alcanzado gran desarrollo, pero el procedimiento era conservado como secreto nacional. Fue para China una gran fuente de riqueza, pues todo el mundo codiciaba el brillo de la más bella fibra natural conocida, por entonces tanto como en la actualidad. En este auge de ambos imperios, China y Partia casi se tocaban en Asia Central.

Los mercaderes que comerciaban con seda marchaban hacia Occidente a través de Asia Central y llegaban a Partía. Ésta cobraba una buena comisión como intermediaria y la enviaba a Roma, donde las clases superiores pagaban un kilo de oro por un kilo de seda, y se alegraban de hacerlo.

Para los romanos de este período, la seda era, en verdad, una sustancia misteriosa. La mayoría pensaba que se obtenía de un árbol, aunque el filósofo griego Aristóteles había hablado tres siglos antes de gusanos que elaboran fibras. Sólo muchos siglos más tarde llegaron al Oeste los métodos para la producción de seda, a diferencia de la seda misma.

El empate

Le tocó entonces a Roma caer en la guerra civil. César y Pompeyo riñeron, y en la guerra que siguió el primero obtuvo la victoria. En el 44 a. C., había aplastado a todos sus enemigos y era dictador del mundo romano. Comenzó a planear una campaña contra Partia para borrar la desgracia de Carras.

Tal vez hubiera podido llevarla a cabo, pues era un general muy capaz, pero antes de que pudiese iniciarla fue asesinado por republicanos que temían que se proclamase rey. La guerra civil estalló una vez más. Contra los ejércitos conducidos por los asesinos, estaban Marco Antonio, fiel lugarteniente de César, y el joven Octavio, sobrino nieto e hijo adoptivo de César.

En el 42 a. C., el ejército republicano fue aplastado en Grecia, y la mayoría de los líderes republicanos sobrevivientes se apresuraron a ofrecer su sumisión a los vencedores. Pero uno de ellos no lo hizo. Era Quinto Labieno, que huyó a Partia y ofreció sus servicios a Orodes. Tales servicios fueron aceptados y en el 40 a. C. condujo un ejército parto contra las provincias orientales de una Roma desprevenida. Bajo su dirección, los partos tomaron Siria y Judea y penetraron profundamente en Asia Menor.

El momento de gloria de Partia, en el que sus banderas ondearon en Antioquía y Jerusalén, fue breve. Los romanos se estaban rehaciendo. Uno de los generales de Marco Antonio, Baso Ventidio, marchó a Siria y en dos campañas sucesivas, en el 39 y el 38 a. C., derrotó a los partos, que se vieron obligados a retirarse detrás del Éufrates.

En el 37 a. C., Orodes II, en cuyo reinado se había producido el momento de apogeo de Partia, halló el género de muerte que era común en la realeza parta: fue muerto por su hijo, quien luego reinó con el nombre de Fraates IV.

El nuevo rey parto pudo repetir algunos de los éxitos del anterior. Después de la derrota del bando republicano Marco Antonio y Octavio se dividieron entre ellos el ámbito romano, y a Marco Antonio le correspondió el Este. Fue ahora Marco Antonio quien soñó con vengar la derrota de Carras.

Así, en el 36 a. C., invadió Partia, pero lo único que consiguió fue agregar una segunda desgracia. Las fuerzas partas evitaron una batalla abierta, pero acosaron a los romanos en las montañas, desgastándolos mortalmente. Marco Antonio tuvo que retirarse y,

finalmente, emergió de Partia con la mayoría de sus hombres muertos y sin haber librado ninguna batalla. Trató de compensar este fracaso marchando sobre Armenia y tomando prisionero a su rey.

Durante los siglos siguientes, Armenia iba a ser una especie de «pelota de ping-pong», que pasaba de un lado a otro entre las potencias que tenía al este y al oeste, nunca dueña de sí misma, nunca segura a uno u otro lado y siempre campo de batalla de diplomáticos y ejércitos.

Las guerras civiles finalmente terminaron en el 31 a. C., cuando Octavio derrotó a Marco Antonio en una gigantesca batalla naval. Después de asegurarse el dominio exclusivo de Roma, Octavio luego dedicó años a reorganizar el gobierno romano. Asumió el nombre de Augusto, y lo que había sido la República Romana se convirtió ahora en el Imperio Romano del que Augusto fue el primer emperador.

Muchos quizás esperaron que ahora se produciría la lucha decisiva con Partia. Si fue así, se habrán sentido desilusionados. Augusto era un hombre de paz, que deseaba afirmar su imperio detrás de líneas defensivas seguras^[9].

En cuanto a Partia, se lanzó nuevamente a sus eternas guerras civiles. Fraates IV fue un rey excepcionalmente sangriento, hasta para un parto. Hizo una gran matanza en su familia, incluyendo a su propio hijo mayor, para evitar peligrosos pretendientes al trono. (En lo que respecta al asesinato de su hijo, ¿quién mejor que él sabía lo peligroso que son los hijos para los padres?). Pero la rebelión se encendió de todos modos, y en el 32 a. C. Fraates fue arrojado del trono por un miembro de la familia real que había logrado sobrevivir. El nuevo rey era Tirídates II. Fraates IV huyó, pero continuó la lucha.

Augusto se abstuvo de ayudar a Tirídates y, en cambio, negoció con el viejo Fraates IV. Cuando éste logró volver al trono, en el 20 a. C., con un mínimo apoyo de tropas romanas, mostró su gratitud devolviendo los pendones conquistados a las legiones de Craso.

En un sentido formal, se había lavado la deshonra, pero muchos romanos debieron de sentir que era un modo de lograrlo propio de un tendero, que el estilo romano apropiado habría sido aplastar a los partos en una batalla. (Por desgracia, esto forma parte de la permanente locura de la humanidad, que juzga cosa despreciable ganar algo por negociación y no por la guerra).

En agradecimiento por los pendones, Augusto envió a Fraates un regalo que habría de ser mortal para éste (aunque era algo que Augusto no podía prever). Se trataba sencillamente de una hermosa esclava llamada Musa, a la que Fraates incorporó a su harén.

Rápidamente se convirtió en su esposa favorita, tuvo un hijo de él y persuadió a Fraates para que enviase a Roma a sus hijos sobrevivientes mayores. Fraates lo hizo, tanto más gustosamente cuanto que los hijos eran un lujo peligroso para un rey parto. Hecho esto, Musa esperó a que su hijo creciese. Cuando fue un adolescente, envenenó a Fraates IV y su hijo subió al trono con el nombre de Fraates V, en el 2 a. C.

La política de paz de Augusto, por desgracia, no duró. Los partos se cuidaron de invadir el territorio romano, y Roma de hacer correrías por Partia; pero estaba siempre Armenia. Las dos potencias se turnaron para poner títeres en el trono armenio, y los ejércitos marchaban y contramarchaban a través del país.

Después de medio siglo de increíble confusión dinástica, finalmente subió al trono parto un rey enérgico, en el 51^[10]. Era Vologeso I. Decidido a romper el equilibrio, colocó a su hermano Tirídates en el trono armenio.

En el 54, un joven, Nerón, subió al trono romano; no estaba dispuesto a permitir que esta acción quedara sin respuesta, por lo cual envió al Asia Menor al general más capaz de Roma, Cneo Domicio Corbulo.

Corbulo sugirió un compromiso. Tirídates permanecería en el trono, pero juraría lealtad a Roma, no a Partia. Un territorio formalmente gobernado por un títere romano pero que era un rey parto difícilmente podía inclinarse demasiado hacia una u otra de las potencias rivales, de modo que ambas quedarían satisfechas.

Partia rechazó esta proposición y Corbulo invadió Armenia en el 58. Se abrió camino hasta Artaxata, donde un siglo y cuarto antes había acampado Lúculo. Pero sólo en el 63 Corbulo, obstaculizado por celos en Roma y por la obstinada resistencia de Ctesifonte, pudo imponer el compromiso. Tirídates siguió siendo rey, pero bajo soberanía romana. Si se hubiese adoptado este acuerdo desde el principio, se habrían ahorrado nueve años de guerra.

Corbulo no obtuvo ningún provecho de esto. El emperador Nerón era un tirano receloso que veía conspiraciones en todas partes. En el 67, en vez de enviar a Corbulo a Judea, donde había estallado una gran rebelión, envió al general una orden de que se suicidase. Corbulo obedeció, murmurando: «¡Me está bien empleado!», con lo que quería decir que merecía morir por no haberse rebelado contra el tirano cuando tenía a su ejército consigo.

Esto tampoco ayudó a Nerón. Envió a otro general, Vespasiano, a Judea, pero él fue asesinado en el 68. Después de momentos de confusión, Vespasiano fue proclamado emperador (como podía haberlo sido Corbulo, si hubiese vivido).

La rebelión judía fue aplastada en el 70, y Vespasiano estableció buenas relaciones con Vologeso de Partia, quien reinó hasta el 77.

Roma en el Golfo

Durante la generación siguiente, Partia permaneció sumida en la guerra civil. Todo lo que tenemos como testimonio de este período son algunas monedas con nombres de reyes y algunas aisladas y muy casuales referencias literarias.

Sólo en el 109 Partia pudo tomar aliento, cuando Cosroes I se impuso como único gobernante del país. Pese al agotamiento de Partia por las guerras, Cosroes, en un acceso de estupidez, rompió el compromiso que había mantenido la paz con Roma desde la época de Corbulo. Reemplazó al gobernante armenio por otro que reconocía la supremacía parta, en vez de la romana.

Trajano era por entonces emperador de Roma. Fue uno de los mejores y más capaces emperadores que tuvo Roma y el primer gobernante desde Julio César que sintió gran ansia de iniciar una política expansionista y tuvo la habilidad necesaria para ponerla en práctica. Libró dos feroces guerras contra las duras y bien conducidas tribus de Dacia (el territorio que hoy corresponde a la Rumanía moderna) y anexó esos territorios al Imperio.

Quizá Cosroes pensó que Roma estaba demasiado ocupada en Dacia, pero, si fue así, calculó mal. Trajano puso en orden las cosas en otras partes y se trasladó a Asia Menor. Cosroes, quien ahora comprendió la situación y se dio cuenta de que en modo alguno estaba en condiciones de combatir con Roma, ofreció reparaciones.

Pero Trajano no quiso saber nada. Era fuerte, y Partia débil; quería la victoria total. Así, ocupó Armenia y la convirtió sencillamente en una provincia romana.

Pero quiso más aún. En el 115, se dirigió al Sur, a Mesopotamia, y anexó a Roma su parte septentrional. La región en la que Craso había luchado y muerto casi dos siglos antes era ahora romana, e iba a seguir siéndolo durante varios siglos. En el 116, Trajano cruzó el Tigris y anexó la región situada del otro lado de éste a la que convirtió en la «provincia de Asiria».

Barcos romanos fueron lanzados al Éufrates y al Tigris. Como la flota de Senaquerib ocho siglos antes, se abrieron camino aguas abajo. Las ciudades gemelas de Seleucia y Ctesifonte cayeron en manos romanas. Las ruinas de Babilonia (que en tiempo de Trajano era una diminuta y miserable aldea) sintieron el paso de las legiones romanas y, finalmente, el emperador romano acampó en el Golfo Pérsico.

Ningún emperador romano había llegado antes tan al este, y ninguno volvería a hacerlo.

Por un breve momento, toda la Media Luna Fértil fue romana, y en ese momento, en el 117, el Imperio Romano alcanzó su máxima extensión. Desde el extremo occidental de España hasta el Golfo Pérsico, se extendía por más de 5.000 kilómetros.

Sin embargo, Trajano no estaba satisfecho. Extendió su mirada a través del Golfo Pérsico y se dice que murmuró tristemente: «¡Si yo fuese más joven!».

Pero no lo era. Tenía sesenta y cuatro años y sentía el peso de su edad. Pero aunque hubiese sido tan joven como Alejandro, no podía haber ido más allá, pues estaban surgiendo problemas a su alrededor. La fortaleza de Hatra, situada entre los ríos y a unos 100 kilómetros al sur de donde había estado Nínive, se le resistió y fue un perpetuo peligro para su línea de comunicaciones. Los partos se habían retirado ante el avance de Trajano y su ejército aún estaba intacto en las montañas del este. Internamente, los judíos de Cirene habían iniciado una violenta y peligrosa revuelta.

Cualquiera que hubiese sido su edad, Trajano tenía que retornar. Pero no lo logró. Cayó enfermo apenas partió y murió en Asia Menor, en su viaje de retorno.

Su sucesor, Adriano, era un hombre de paz. Sensatamente, concluyó que las conquistas de Trajano no podían ser mantenidas sin guerras continuas, por lo que abandonó la mayor parte de ellas y concertó una paz con Partia sobre la base del viejo compromiso de Corbulo.

Pero medio siglo más tarde, la aventura de Trajano fue repetida de tal modo que ambos participantes tuvieron que pagar un precio mayor.

En el 161 murió Adriano, y le sucedieron dos gobernantes como coemperadores. Uno de ellos, Marco Aurelio, era un filósofo, y el otro, Lucio Vero, un amante del placer.

El monarca parto de la época era Vologeso III, y pensó que dos monarcas debían enfrentarse en una guerra civil. Por lo tanto (así razonó él) podía romper el compromiso de Corbulo con tranquilidad, y se apoderó de Armenia.

Pero Marco Aurelio no era solamente un filósofo. Era un hombre capaz y un guerrero. Envió a Lucio Vero al Este con un general muy talentoso, Avidio Casio. Éste siguió la ruta de Trajano y atacó hacia el Sur, a través de Mesopotamia.

En el 165, se apoderó de Seleucia, que era todavía una ciudad griega, grande y populosa. En verdad, era la mayor ciudad grecohablante fuera del Imperio Romano, con una

población, quizá, de hasta 400.000 habitantes. Casio, sin razón alguna como no fuese su embriaguez por la victoria, ordenó que se incendiase la ciudad. Así se hizo, y Seleucia nunca se recuperó. Como gran ciudad, llegó a su fin casi cinco siglos después de haber sido fundada. La causa del helenismo en Oriente también recibió una mortal herida.

Casio se apoderó luego de Ctesifonte, que estaba al otro lado del río y destruyó el palacio real, pero dejó más o menos intacta la ciudad.

Como compensación por la gratuita y criminal destrucción de Seleucia, los partos tuvieron una involuntaria pero horrible venganza. Una epidemia de viruela se había expandido por Asia y había llegado a Partia. Los soldados romanos cayeron enfermos en cantidad tal que se vieron obligados a retirarse de Seleucia.

Los soldados en retirada llevaron consigo la enfermedad a todas las partes del Imperio, y en los años 166 y 167 murieron un número incontable de romanos. La peste debilitó al Imperio más que si hubiera sufrido una invasión enemiga a gran escala. En verdad, muchos piensan que la decadencia romana debe hacerse remontar a esta peste, que el Imperio quedó tan debilitado que nunca pudo volver a recobrarle verdaderamente de todos los males que lo aquejarían en las décadas siguientes.

Pero iba a tener lugar otra invasión romana de Mesopotamia. En el 192, fue asesinado el hijo de Marco Aurelio, que le había sucedido como emperador. En los años de anarquía y guerras civiles que siguieron, Partia, gobernada ahora por Vologeso IV, decidió que era una buena ocasión para llevar a cabo una aventura. Vologeso envió un ejército parto a aquellas provincias mesopotámicas septentrionales que habían sido romanas desde la época de Trajano, ochenta años antes.

Pero Roma recuperó la calma y en el 197, Septimio Severo se afirmó en el trono. Inmediatamente marchó al Este y, por tercera vez, un ejército romano invadió Mesopotamia. Nuevamente, las legiones romanas pasaron por Babilonia, pero esta vez ya no había nada allí; ni una sola casucha habitada señalaba el lugar donde antaño habían vivido casi un millón de personas.

En el 198 el ejército romano tomó Ctesifonte por tercera vez en ochenta años. Severo la saqueó totalmente, matando a los hombres y llevándose como esclavos a mujeres y niños.

Pero Roma era más débil que bajo Trajano o Marco Aurelio. Era más difícil mantener a un ejército a tal distancia, y la escasez de provisiones obligó a Severo a retornar. En el camino de vuelta, puso sitio a Hatra, que resistió tan tenazmente como antes había resistido a Trajano.

Severo no tuvo éxito. Se vio forzado a retirarse de Hatra con una considerable pérdida de prestigio y algunos recuerdos sangrientos de los arqueros partos.

Su hijo Caracalla volvió al escenario parto en el 217. Llevó a cabo su campaña en el norte de Mesopotamia hasta llegar al Tigris, y pudo haber hecho más, pero fue asesinado.

9. Los sasánidas

Resurgimiento de los persas

Las repetidas victorias romanas, la triple pérdida de la capital y las interminables querellas dinásticas finalmente acabaron con el Imperio Parto. Sus súbditos estaban dispuestos a acoger a cualquier otra dinastía nativa que pusiera orden y estableciese un gobierno eficiente en el país.

La salvación vino de Persis, el corazón de Persia, de donde ocho siglos antes había surgido Ciro para poner fin a una dinastía irania septentrional.

Persia nunca se había sometido a la soberanía parto, pero había mantenido una precaria independencia y se había aferrado a un anticuado iranismo que había resistido la atracción del helenismo durante todo el período seléucida y el parto. Para todos los iraníes que rechazaban los prejuicios helenistas de sus clases superiores y que vieron en el helenismo (fuese griego, macedónico o romano) a su principal enemigo durante un período de siete siglos, Persia parecía la salvación.

Pero tuvieron que ser pacientes y esperar que apareciese el dirigente adecuado. Durante la mayor parte del período parto, el territorio estaba dividido en principados y era débil. Por la época de Marco Aurelio, la región que rodeaba a Persépolis cayó bajo la dominación de un pastor (según las leyendas) llamado Sasán. En su honor, sus descendientes son llamados los sasánidas.

En el 211, una disputada sucesión puso en el trono a un nieto de Sasán, Ardashir. (Este nombre es una forma posterior del viejo nombre real «Artajerjes»).

Ardashir comenzó por consolidar su poder sobre toda Persia, y en el 224 había llegado a ser el campeón nacional del iranismo. Marchó contra Artabano IV, que era a la sazón el rey parto. Durante cuatro años, Ardashir ganó fuerza mientras Artabano la perdía, hasta que éste trató de llevar la lucha al territorio persa. En una batalla decisiva librada en Ormuz, sobre la costa del golfo Pérsico, Ardashir derrotó y mató al último de los reyes partos y en el 228 ocupó Ctesifonte. El imperio era suyo. Solamente Hatra, ese obstinado bastión de los partos resistió durante casi veinte años, hasta que finalmente fue tomada por el hijo de Ardashir.

Así terminó un linaje que había gobernado sobre algunas partes del territorio iraní durante casi cinco siglos y sobre Mesopotamia durante tres siglos y medio. Pero este linaje, el de los arsácidas, no se extinguió totalmente. Por el compromiso de Corbulo, un arsácida aún

reinaba en Armenia, y esta dinastía siguió gobernando el país por varias generaciones más.

El ascenso al trono de Ardashir sólo representó, en algunos aspectos, un cambio de dinastía, pues la tierra siguió siendo la misma en lo que respecta a sus habitantes, su lengua y sus costumbres. En verdad, proliferaron las leyendas persas dirigidas a demostrar que Ardashir era un arsácida por el lado materno, como antaño leyendas similares habían vinculado a Ciro con la familia real meda.

Pero, como en el caso de Ciro, el Imperio recibió un nuevo nombre a partir de entonces; en verdad, el nuevo era el mismo que el antiguo. Puesto que Ardashir provenía de Persia, a la tierra gobernada por esta nueva dinastía la llamamos el Imperio Persa, nuevamente. Para distinguirlo del anterior de los aqueménidas, podríamos llamarlo el Nuevo Imperio Persa o el Imperio Neopersa. Pero parece mejor darle el nombre de la nueva dinastía y llamarlo el Imperio Sasánida, para que no haya ninguna confusión posible.

Desde el punto de vista de los intereses romanos, este cambio fue perjudicial. El Imperio Sasánida era más grande que el Imperio Parto y la incorporación de Persia y otras provincias meridionales lo reforzó. Bajo la nueva dinastía, Persia tuvo un resurgimiento, tanto político como espiritual, y justamente por entonces Roma se hundió en un período de guerras civiles y anarquía que, durante cincuenta años, la hizo asemejarse a los partos en sus peores momentos.

Así como los romanos en ocasiones aspiraron a poseer toda la herencia de Alejandro Magno, así también la nueva dinastía, que recordaba su origen persa, pensó que le pertenecía toda la herencia de Darío I. De esa herencia, Asia Menor, Siria y Egipto eran romanos y lo habían sido durante siglos. Las perspectivas, pues, no hacían presagiar la paz, y en verdad nunca la hubo entre Roma y Persia, sino sólo treguas ocasionales.

Ardashir y su hijo y sucesor, Sapor I, aprovecharon los desórdenes romanos para realizar incursiones en el Oeste, año tras año. En el 251, los persas dominaban totalmente Armenia y poco después ocuparon Siria y hasta atacaron a la misma Antioquía.

En el 258, el emperador romano de entonces, Valeriano, marchó al Este para tratar de enderezar la situación, que no se presentaba muy favorable. El Imperio Romano parecía a punto de disgregarse en cualquier momento. Un emperador sucedía a otro en un promedio de uno cada dos años; por las provincias cundían el descontento y las rebeliones; y el mismo Valeriano estaba agotado, después de cinco años de gobierno durante los cuales no había hecho más que guerrear con las salvajes tribus germánicas situadas al norte de las fronteras romanas.

Durante un tiempo hizo retroceder a los persas, pero en el 260 fue atrapado en Edesa,

ciudad del noroeste de Mesopotamia, a unos 40 kilómetros al norte de la fatal Carras. No conocemos los detalles de la batalla, pero al parecer los romanos fueron cogidos por sorpresa y fue aniquilado un gran ejército.

Peor aún —mucho peor, desde el punto de vista del prestigio— el emperador Valeriano fue capturado vivo. Fue el primer emperador romano hecho prisionero por un enemigo, y permaneció en prisión el resto de su vida; aunque nadie sabe exactamente cuándo murió.

(Más tarde circularon historias según las cuales Valeriano habría sido tratado brutalmente como prisionero. Un cuento muy difundido es el de que, cuando Sapor deseaba montar a caballo, obligaba a Valeriano a ponerse a gatas para servirle como escalón. Pero esto tiene todos los signos de ser pura ficción. Por lo general, los cautivos importantes apresados en la guerra son bien tratados, pues a menudo sucede que es útil liberarlos en algún momento posterior, y, cuando esto se produce, es conveniente que un gobernante liberado abrigue sentimientos de gratitud hacia sus ex capturadores).

La captura de Valeriano y la destrucción de su ejército entregó Asia Menor a Sapor. En efecto, aparentemente no había nadie que lo detuviera y por un momento hasta pareció que sería restaurado el imperio de Darío. El hecho de que algo ocurrió que detuvo a los persas es una de las sorpresas que tanto abundan en la historia.

Había una ciudad llamada Palmira en el desierto sirio, a unos 145 kilómetros al sur de Tapsaco, sobre el Éufrates. Estaba cerca del límite del poder romano, y en el período de anarquía en que había caído Roma, se hizo prácticamente independiente bajo el gobierno de un jefe árabe nativo llamado Odenato.

Pensó que una Roma débil no le ocasionaría problemas, pero que si Sapor conquistaba Siria, una Persia fuerte sí se los crearía. Por ello, atacó a Sapor. No podía atacarlo en un plano de igualdad, desde luego, pues era una pequeña ciudad contra un imperio, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Las fuerzas principales de Sapor estaban en Asia Menor, pues el persa no contaba con hallar dificultades en su retaguardia. Pero Odenato planteó algunas: avanzó hacia el Éufrates y derrotó a las fuerzas ligeras que Sapor había dejado allí. En el 263, Odenato hacía correrías por Mesopotamia y hasta amenazó a Ctesifonte. Sapor se vio obligado a retirarse y Roma tuvo un respiro en el cual pudo recuperarse.

Sapor dedicó sus últimos años a actividades constructivas, en las que usó profusamente a los hombres que había llevado de las provincias romanas. Entre otros, utilizó prisioneros de Antioquía para construir una ciudad a la que llamó (en persa) «mejor que Antioquía».

La atracción del pasado

De la misma manera que Ciro fue el fundador del Imperio Persa y Darío su organizador, Ardashir fue el fundador del Imperio Sasánida y Sapor su organizador. Los treinta años de su reinado fueron años de consolidación y, además, de un deliberado retorno al pasado.

Sapor protegió a los sabios griegos y dejó inscripciones en griego, pero ésta fue una predilección personal. Oficialmente, desalentó el helenismo, y sus sucesores no hicieron uso alguno del griego. Sapor trató, de todas las maneras posibles, de recordar al pueblo su pasado, y afirmaba que el viejo Imperio Persa de los aqueménidas nunca había desaparecido, sino que sólo había estado oculto durante cinco siglos. A imitación de Darío, por ejemplo, deliberadamente hizo efectuar inscripciones en las montañas detallando su captura del emperador romano, Valeriano.

El antiguo zoroastrismo también fue estimulado en su aspecto religioso. Éste se había mantenido en el corazón del campesinado persa, pese al helenismo de las clases superiores, y ahora recibió toda la protección regia. El gobierno respaldó con todo su peso a los sacerdotes zoroastrianos, y los no zoroastrianos (los judíos de Mesopotamia, por ejemplo) descubrieron que los tiempos tolerantes de los partos habían llegado a su fin.

Los escritos zoroastrianos fueron reunidos, editados, revisados y compilados para formar un libro religioso y de plegarias que ha sobrevivido en su forma sasánida. Se le llama el «Avesta», aunque es más conocido como el «Zend-Avesta» («interpretación del Avesta»), nombre dado originalmente a un comentario sobre el Avesta, no a los escritos mismos.

El zoroastrismo no ejerció influencia solamente en Persia. Durante el período en que el helenismo y el iranismo se mezclaban, las influencias religiosas fluían en ambas direcciones. En la imagen del mundo zoroastriana, por ejemplo, uno de los subordinados importantes de Ahura Mazda era Mitra. Su importancia creció gradualmente en algunas de las leyendas y llegó a representar al sol dador de vida. Habitualmente, se lo pintaba como un joven matando a un toro, símbolo de las tinieblas.

Durante el siglo II d. C., cuando los soldados romanos atravesaron toda Mesopotamia tres veces, llevaron de vuelta el culto de Mitra, que sufrió algunos cambios como resultado del contacto con el helenismo. Se convirtió esencialmente en una religión de soldados, de la que estaban excluidas las mujeres. Los conversos pasaban por ritos misteriosos que

involucraban un baño en la sangre de un toro recientemente sacrificado. En verdad, el mitraísmo se hizo más popular y adquirió más importancia en Roma que la que pudo adquirir en Persia, donde estaba sometido a la vigilancia hostil de los sacerdotes zoroastrianos ortodoxos.

A medida que Persia se fortaleció y Roma se debilitó, el mitraísmo adquirió más vigor en Roma y hasta recibió la protección imperial. En el 274, no mucho después de que Sapor se apoderase del tercio más oriental del Imperio Romano, Aureliano creó un culto oficial del «Sol Invicto», que era una forma de mitraísmo. El 25 de diciembre, el día del nacimiento del sol —cuando el sol de mediodía, según el calendario Juliano de Roma, llegaba al punto más bajo del solsticio de invierno y comenzaba a ascender nuevamente—, se convirtió en una fiesta importante.

El mitraísmo parecía tener más éxito que una religión rival de origen judío: el cristianismo. La filosofía de éste era pacifista y se negaba a aceptar el culto del emperador. Una religión que parecía hostil al culto imperial y a los soldados era peligrosa, en verdad, particularmente cuando Roma estaba tan rodeada de enemigos externos y tan llena de descontento interno. Por ello, mientras que los mitraístas recibían apoyo, los cristianos eran perseguidos.

Pero el cristianismo permitía a las mujeres participar en sus ritos y no mostraba ningún reparo en tomar aspectos populares de otras religiones. (Por ejemplo, aceptó el 25 de diciembre como día de nacimiento de su fundador, Jesús). Muchos mitraístas tenían una esposa cristiana que educaba a los hijos como cristianos. Por esta razón (y por otras), el cristianismo lentamente ganó terreno a expensas del mitraísmo.

En tiempos de Sapor, se produjo una novedad religiosa por obra de un nuevo profeta, Mani. En cierto modo, era al zoroastrismo lo que Jesús al judaísmo. Es decir, comenzó con creencias zoroastrianas, pero pretendía transmitir una nueva revelación que luego explicó y modificó esas creencias.

Mani nació alrededor del 215 en Mesopotamia y como ocurre habitualmente con los fundadores de religiones o imperios, pronto se acumularon las leyendas sobre él. Se suponía que había sido un arsácida, que había predicado en público por primera vez el día mismo de la coronación de Sapor I, en el 241, que había tenido visiones de ángeles y que había viajado mucho, entre otros lugares a la India.

Sus doctrinas se centraron en el dualismo zoroastriano, es decir, en los ejércitos opuestos del bien y el mal, y luego elaboró un complejo conjunto de mitos simbólicos que giraban a su alrededor. Afirmaba que había habido muchos profetas, entre los cuales no sólo se contaba Zoroastro, sino también Buda y Jesús. Y se consideraba a sí mismo como el más

reciente y el último de ellos. Con esta idea, Mani incluyó ciertas concepciones budistas y cristianas en sus doctrinas. Esto complicó aún más sus ya complejas ideas.

Se suponía que Mani había puesto por escrito deliberadamente sus doctrinas, para que no fuesen deformadas por adeptos posteriores. (Quizá tuvo presente el caso de Jesús). En sus escritos, habla de la organización del Cielo y el Infierno, de la creación del mundo y del hombre, y, entre otras cosas, no olvida describir el papel que, según él, desempeñó Jesús en todo esto.

Predicaba la necesidad de retirarse del mundo, pues éste es el ámbito del mal, y es casi imposible abordar el mal sin ser corrompido por él. Naturalmente, los más piadosos se retiraban completamente del mundo y no podían ganarse la vida. Los que eran un poco menos piadosos debían permanecer en el mundo lo suficiente para ganarse la vida, para ellos y para los más piadosos, a quienes debían mantener.

Sapor se sintió atraído por las enseñanzas de Mani y, mientras reinó, Mani pudo enseñar libremente bajo su protección. Necesitaba esta protección, pues no era más popular entre los sacerdotes zoroastrianos conservadores de lo que había sido Jesús entre los sacerdotes judíos conservadores. En verdad, después de la muerte de Sapor, ocurrida en el 272, Mani se halló en creciente peligro. En el 274, bajo el reinado del hijo menor de Sapor, Varahran I^[11], fue llevado a prisión y poco después muerto.

Pero su muerte no significó el fin de sus doctrinas. Estas florecieron, particularmente en Mesopotamia, donde, quizá, sirvieron como una suerte de reacción nacionalista frente a la doctrina triunfante del zoroastrismo. Tal vez los nativos de lo que había sido antaño Babilonia tuviesen un oscuro recuerdo de la época en que habían tenido su propia religión y estaban dispuestos a aceptar cualquier novedad (y recuérdese que Mani era oriundo de Mesopotamia) que los distinguiese nuevamente.

Los adeptos de Mani sufrieron enconadas persecuciones y fueron gradualmente empujados a las fronteras y más allá de ellas. Hacia el 600, estaban concentrados en los dominios sasánidas del extremo nordeste, pero habían ejercido su influencia hasta tan lejos como China.

Entre tanto, las doctrinas de Mani también se propagaban hacia el Oeste y entraron en el Imperio Romano. Allí Mani era conocido por una versión griega de su nombre, Maniqueo, y sus doctrinas eran llamadas el maniqueísmo.

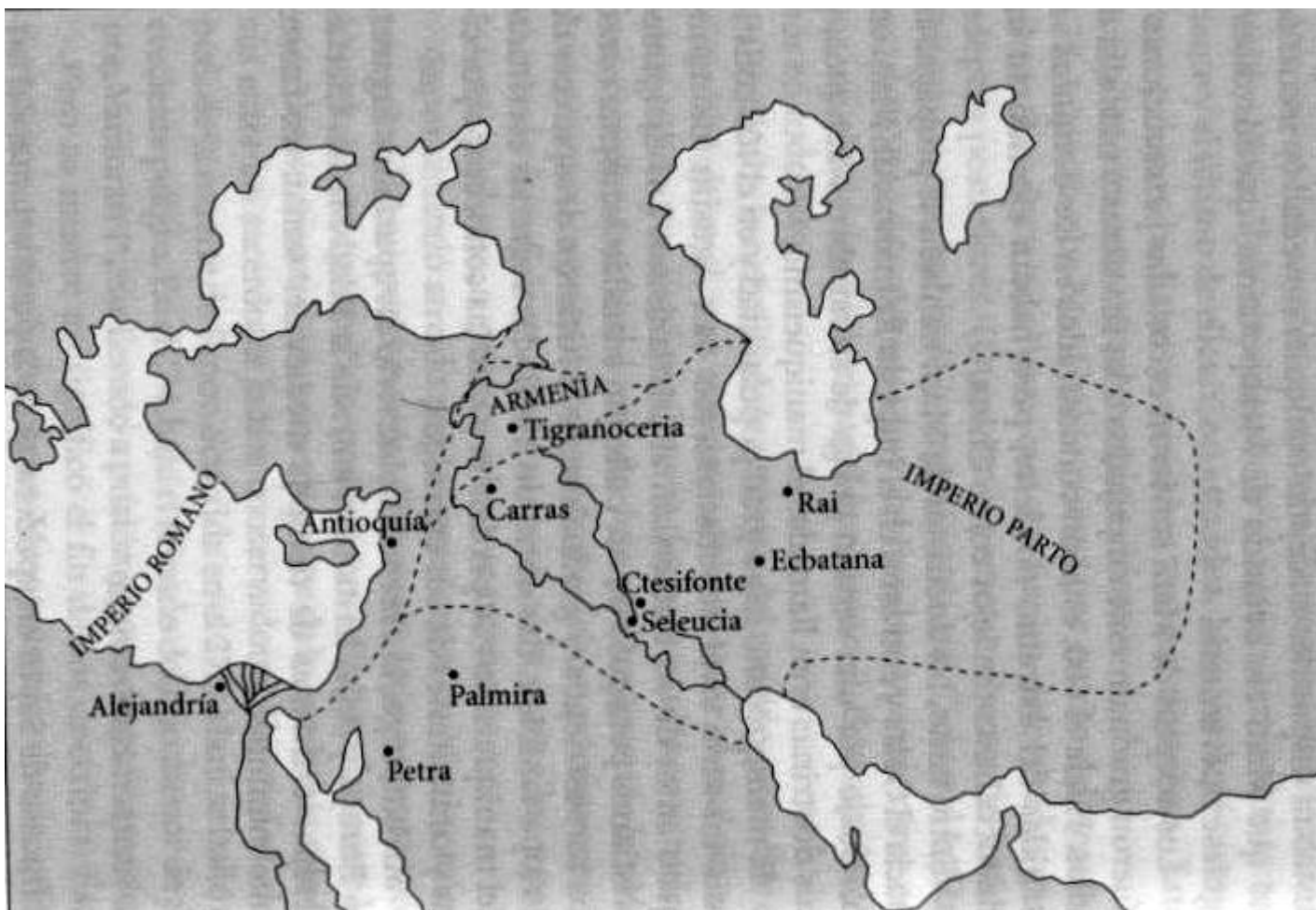
El maniqueísmo ganó gran popularidad y en el 400 constituía un serio rival del cristianismo. San Agustín fue maniqueo antes de su conversión al cristianismo. Los dirigentes cristianos persiguieron ese culto tan entusiásticamente como los zoroastrianos, y

gradualmente lo hicieron desaparecer de Europa también. Las obras de Mani —las sagradas escrituras del maniqueísmo— se perdieron y sólo las conocemos por citas y comentarios de sus enemigos.

Sin embargo, la creencia sobrevivió en apartados lugares, en Europa y Asia, hasta bien entrada la Edad Media. Ciertas herejías cristianas de tiempos medievales tenían un fuerte tinte maniqueo.

La recuperación romana

El fracaso de Sapor en apoderarse de la parte oriental del Imperio Romano fue fatal para Persia, pues brindó a Roma la posibilidad de recuperarse. La oportunidad de descargar un golpe definitivo sobre Roma no volvería a presentarse de nuevo hasta tres siglos más tarde.



El Imperio Parto.

Los dos enemigos iniciaron entonces una larga lucha oscilante, curiosamente similar a la que habían mantenido antes partos y romanos.

Los viejos motivos de litigio fueron reemplazados por otros. Es cierto que Armenia era todavía un territorio tapón codiciado por ambas potencias, pero ahora se le agregó el noroeste mesopotámico. Desde la época de Trajano había permanecido, en general, en poder de Roma, pero Persia no podía dejar de codiciar la región en la que estaba Carras, donde antaño los romanos habían sufrido una derrota tan importante.

En cuanto a los romanos, habían compensado la derrota de Craso tomando Ctesifonte tres veces. Pero desde entonces había tenido lugar la nueva deshonra de la captura de Valeriano en Edesa, y los romanos anhelaban lavarla también.

Poco después de la muerte de Sapor la situación se agravó. En el 284, Diocleciano se convirtió en emperador de Roma y puso fin al medio siglo de anarquía. Reorganizó el gobierno y se asoció con varios hombres enérgicos para que compartieran con él la tarea de gobernar. Uno de ellos era Galerio.

En el ínterin, un nuevo rey había subido al trono de Persia.

Era Narsés, el hijo menor del viejo Sapor I. Siguiendo la política expansionista de su padre y, quizá, sin percatarse de que la situación había cambiado en Roma, Narsés invadió y ocupó partes de Armenia.

Diocleciano rápidamente envió a Galerio al Este. En el 297, Galerio se puso al frente del ejército en Mesopotamia y se enfrentó a los persas cerca de la fatídica Carras. Fue ahora doblemente fatídica, pues Galerio sufrió un serio revés y tuvo que retirarse.

Pero Diocleciano tenía una firme e inflexible fe en la capacidad de Galerio, y lo envió en una segunda campaña a Armenia. Allí Galerio justificó la fe de Diocleciano. No sólo derrotó a Narsés y lo expulsó de Armenia, sino que estuvo a punto de aniquilar al ejército persa. Más aún, aisló a las columnas auxiliares de Narsés, y cuando fue a echar un vistazo a los prisioneros, se encontró con que entre ellos estaba el harén de Narsés, con su mujer y sus hijos. (Era costumbre de los potentados iraníes llevar consigo su harén cuando estaban en campaña).

Esto casi vengó la captura de Valeriano. Mejor aún, proporcionó a Galerio un medio estupendo de ajustar las clavijas a Narsés. El rey persa sentía afecto por su familia, presumiblemente, pero, además, era plenamente consciente de la pérdida de prestigio que sufriría si permitía que su familia quedase prisionera. Así, hizo un trueque por ellos, dando en retribución el abandono de todas las pretensiones sobre Armenia y el noroeste

mesopotámico; hasta cedió tierras adicionales. Se le devolvió su familia y hubo paz entre Persia y Roma durante cuarenta años.

Esta guerra tuvo un efecto importante sobre Roma. Galerio ganó prestigio ante Diocleciano. Ahora bien, Galerio era intensamente anticristiano y usó el prestigio ganado en la guerra para persuadir a Diocleciano de que iniciase una persecución general contra los cristianos en todo el Imperio. Fue la peor que sufrieron éstos.

En cuanto a Persia, el período de paz que siguió es oscuro. Desgraciadamente las historias y documentos de los que dependemos son en gran medida de origen romano. Esto significa que los períodos en que Persia combatía con Roma son mucho mejor conocidos que los períodos de paz. Además, las actividades persas contra Roma son mucho mejor conocidas que sus aventuras y desventuras en otras fronteras.

Por ejemplo, Sapor se había expandido tanto hacia el Este como hacia el Oeste. En la frontera de Partia, había absorbido el territorio del viejo Reino de Bactria, y sus límites orientales casi alcanzaban los límites occidentales de China. Pero durante el siglo I, las tribus nómadas kushanas habían invadido la región desde Asia Central y se habían apoderado de lo que era Bactria y hoy es la moderna nación de Afganistán. Los kushanas mantuvieron su independencia durante la decadencia del Imperio Parto, y sólo cedieron ante el nuevo vigor de los sasánidas. Sapor I avanzó hacia el Este y los absorbió en su imperio. Además, Persia tuvo que soportar en el sudoeste periódicas incursiones de los principados árabes. Pero sólo a través de una espesa bruma podemos contemplar todos estos sucesos en la frontera oriental y la meridional.

Igualmente nebulosos son los asuntos internos. Bajo Varahran II, un predecesor de Narsés, el zoroastrismo llegó a la culminación del fanatismo, y fueron borradas las últimas huellas de helenismo en Mesopotamia. Por otro lado, bajo el hijo de Narsés, Ormuzd II, que reinó del 301 al 309, hubo un intento de hacer justicia social y fueron atacados los poderes arbitrarios de la rica aristocracia terrateniente.

Los grandes magnates, naturalmente, se resintieron. Es lógico que un rey se oponga a esos magnates (en todos los países, no sólo en Persia), pues por lo general son un grupo turbulento que obstaculiza la política del rey. De otro lado, si se los agravia lo suficiente como para que se unan contra el rey, por lo común tienen bastante poder para destruirlo. Todo rey que intente combatir una aristocracia demasiado poderosa debe tener esto en cuenta y, al menos al principio, obtener victorias lanzando unas facciones contra otras.

Al parecer, Ormuzd II no actuó hábilmente a este respecto. Murió tempranamente y su muerte quizás haya sido provocada. Lo cierto es que los nobles ocuparon el poder después de su muerte y que la familia fue acosada hasta la extinción. El hijo que debía sucederle en el

trono fue asesinado, otro fue cegado y un tercero llevado a prisión.

Sin embargo, no era conveniente, al parecer, prescindir totalmente de un sasánida en el trono. La dinastía había tenido suficiente éxito y había sido suficientemente ortodoxa como para ganarse el afecto del pueblo, en general, y de los sacerdotes, en particular. Todo noble que intentase gobernar se atraería automáticamente la hostilidad del pueblo, de los sacerdotes y, además, de los otros nobles.

Alguien tuvo una idea genial. La mujer de Ormuzd estaba embarazada cuando el rey murió, y se sugirió que el niño aún no nacido fuese declarado rey. Hasta se cuenta que la corona fue colocada sobre el abultado abdomen de la reina mientras los nobles se arrodillaban en señal de homenaje.

El propósito era claro. Permanecería un sasánida en el trono para dar legalidad a la situación. Pero sería un niño, de modo que los nobles tendrían las riendas del poder. El niño crecería, por supuesto, pero habría modos de someterlo a control... o algo peor.

De modo que, cuando el niño (pues era de sexo masculino) nació, ya era rey. Reinó con el nombre de Sapor II, y mientras fue niño, los nobles gobernaron con gran desorden, como ocurre siempre que gobierna una camarilla de nobles en discordia. Cada uno se interesaba por su propio poder y sus propias tierras, y nadie atendía al bien común. Las correrías árabes fueron particularmente destructivas durante la minoría de Sapor II, y Mesopotamia fue asolada por ellos; hasta llegaron a saquear Ctesifonte.

Pero el cálculo de los nobles falló en lo concerniente al carácter de Sapor II. Éste maduró rápidamente y demostró ser muy capaz. Cuando tenía diecisiete años, y mientras los nobles aún lo consideraban como un niño, ya era todo un hombre, excepto en la edad. Actuando con rapidez, se apoderó del gobierno e hizo que el ejército y el pueblo delirasen de entusiasmo cuando se sentó triunfalmente en el trono.

Luego convirtió ese momentáneo entusiasmo en un firme homenaje lanzando una expedición punitiva contra los árabes. Los atacó a sangre y fuego por todas partes y, sobre todo, aplastó a los árabes que efectuaban incursiones. Persia vibró de orgullo ante las hazañas de su nuevo joven rey, que de este modo se aseguró firmemente en el trono. Iba a tener larga vida, y si se considera que fue rey desde su nacimiento, ¡tuvo un reinado de setenta años!

Sólo una vez en la historia se superó este récord: Luis XIV de Francia, trece siglos y medio más tarde, iba a gobernar durante setenta y dos años.

El enemigo cristiano

Cuando Sapor, convertido ya en el amo indiscutido de Persia, contempló el mundo a su alrededor, debió de notar el cambio fundamental que se había producido durante la generación de paz con Roma. La persecución del cristianismo que se había iniciado poco después de la gran victoria sobre los persas en tiempos de Galerio había pasado sin lograr su objetivo de aplastar la nueva religión.

Un emperador posterior, Constantino I, que inició su gobierno en el 306, juzgó conveniente ponerse de parte de la población cristiana del Imperio, contra otros pretendientes que eran violentamente anticristianos. Finalmente, obtuvo el triunfo y en el 324 llegó a gobernar sobre todo el Imperio, mientras iniciaba el proceso de dar carácter oficial al cristianismo. Fue con esta nueva Roma cristiana con la que se enfrentó Sapor.

Hasta entonces, Persia había sido razonablemente tolerante con los cristianos. El cristianismo se había difundido entre la población de Mesopotamia, y fue aquí donde floreció el maniqueísmo, esa curiosa amalgama de zoroastrismo y cristianismo.

El cristianismo también se difundió en Armenia. En verdad, el primer gobernante de todo el mundo que se convirtió al cristianismo fue un arsácida. El primer monarca cristiano no fue Constantino de Roma, sino Tirídates III de Armenia. Se había convertido en el 294.

Mientras Roma fue anticristiana, los cristianos de Persia fueron súbditos leales. En verdad, muchos de ellos eran refugiados escapados de la persecución romana y podían ser considerados, como sucede siempre con los refugiados, furiosamente hostiles a la nación de la que habían huido. (Mucho más hostiles, por lo común, que sus enemigos externos).

Pero ahora se había producido un gran cambio. Roma era oficialmente cristiana. El emperador protegía cariñosamente a los obispos y presidía sus concilios. De ser la cruel perseguidora, Roma se había convertido en la madre bondadosa. Esto significaba que todo cristiano residente en Persia se había convertido, de la noche a la mañana, prácticamente, en un potencial quintacolumnista. Significaba que Armenia, durante tanto tiempo a mitad de camino entre Roma y Partia o Persia, de pronto muy probablemente se inclinase en forma total hacia Roma por razones religiosas.

Persia debía reaccionar. Reforzó su propia ortodoxia zoroastriana y declaró la guerra a la herejía. Esto aumentaba por sí mismo la probabilidad de una nueva guerra con Roma,

guerra que el fervor religioso de cada parte haría más horrible.

Sapor II esperó a que Constantino muriese. El Imperio Romano quedó en manos de sus tres hijos, cuando murió en el 337, y Sapor pensó que un imperio gobernado por tres hombres es más débil que otro gobernado por uno solo. Así, inmediatamente después de la muerte de Constantino, inició una guerra contra Constancio, el hijo de Constantino que gobernaba el Este.

Como era natural, los cristianos de Persia se opusieron inmediata y ruidosamente a esta guerra. El obispo de Ctesifonte denunció violentamente a Sapor. Era una actitud honesta, pero temeraria. Sapor no estaba jugando. Su persecución de los cristianos se intensificó hasta casi barrerlos por completo.

Constancio no era un gran soldado y siempre perdía en batallas campales. Pero los romanos habían fortificado ciudades estratégicas del noroeste de Mesopotamia, y estos puntos fortificados resistieron bien los asedios. Entre esas fortalezas romanas, se destacaba Nisibis, a unos 190 kilómetros al este de Carras, que nunca pudo tomar Sapor.

Pero en el lejano oeste romano iba a surgir un joven notable. Era Juliano, el único de todos los parientes de Constancio que sobrevivía. (El mismo Constancio había matado a la mayoría de ellos, pues la conversión al cristianismo no había modificado el viejo hábito de los monarcas absolutos de matar a otros miembros de la familia para evitar guerras civiles. Juliano, que temió durante mucho tiempo la muerte, no se sentía muy impresionado por el amor y la clemencia cristianos y, pese a haber recibido una educación cristiana, volvió secretamente al paganismo).

Al dejar vivo a Juliano, Constancio socavó su propia posición, pues aquél, que sólo tenía veintitantos años, obtuvo notables victorias sobre las tribus germánicas que habían invadido la Galia. Mientras tanto, Constancio combatía penosamente en Mesopotamia sin mostrar la más leve chispa de talento militar. Tan popular llegó a ser Juliano entre sus tropas que, cuando el celoso Constancio quiso debilitarlo retirándole algunas de sus legiones, los soldados lo proclamaron emperador y lo obligaron a marchar al Este.

Constancio murió antes de que se iniciase realmente la guerra civil, y en el 361 Juliano quedó como único gobernante de Roma.

Habría sido provechoso para Juliano hacer una paz razonable con Persia. El motivo religioso para la guerra había desaparecido, pues tan pronto como fue hecho emperador, Juliano admitió públicamente que era pagano. (Los cristianos, indignados, lo llamaron «Juliano el Apóstata»). En verdad, deseaba debilitar el cristianismo sin perseguir activamente a los cristianos y, sin duda, lo habría conseguido mejor buscando la amistad con

Persia para luchar contra el enemigo común.

Desgraciadamente para él, tenía una meta más tentadora que el debilitamiento del cristianismo. Sus victorias en la Galia habían sido similares a las de Julio César y quizá soñó con transformarse en un nuevo Alejandro Magno. Después de todo, era un hombre joven, de apenas treinta años.

Siguiendo la ruta de Trajano, Juliano marchó a Mesopotamia y condujo su ejército aguas abajo del Éufrates, tomando ciudades con un complejo despliegue de eficaces máquinas de asedio. Finalmente, llegó a Ctesifonte. Por cuarta vez, la ciudad contempló la aproximación de un ejército romano.

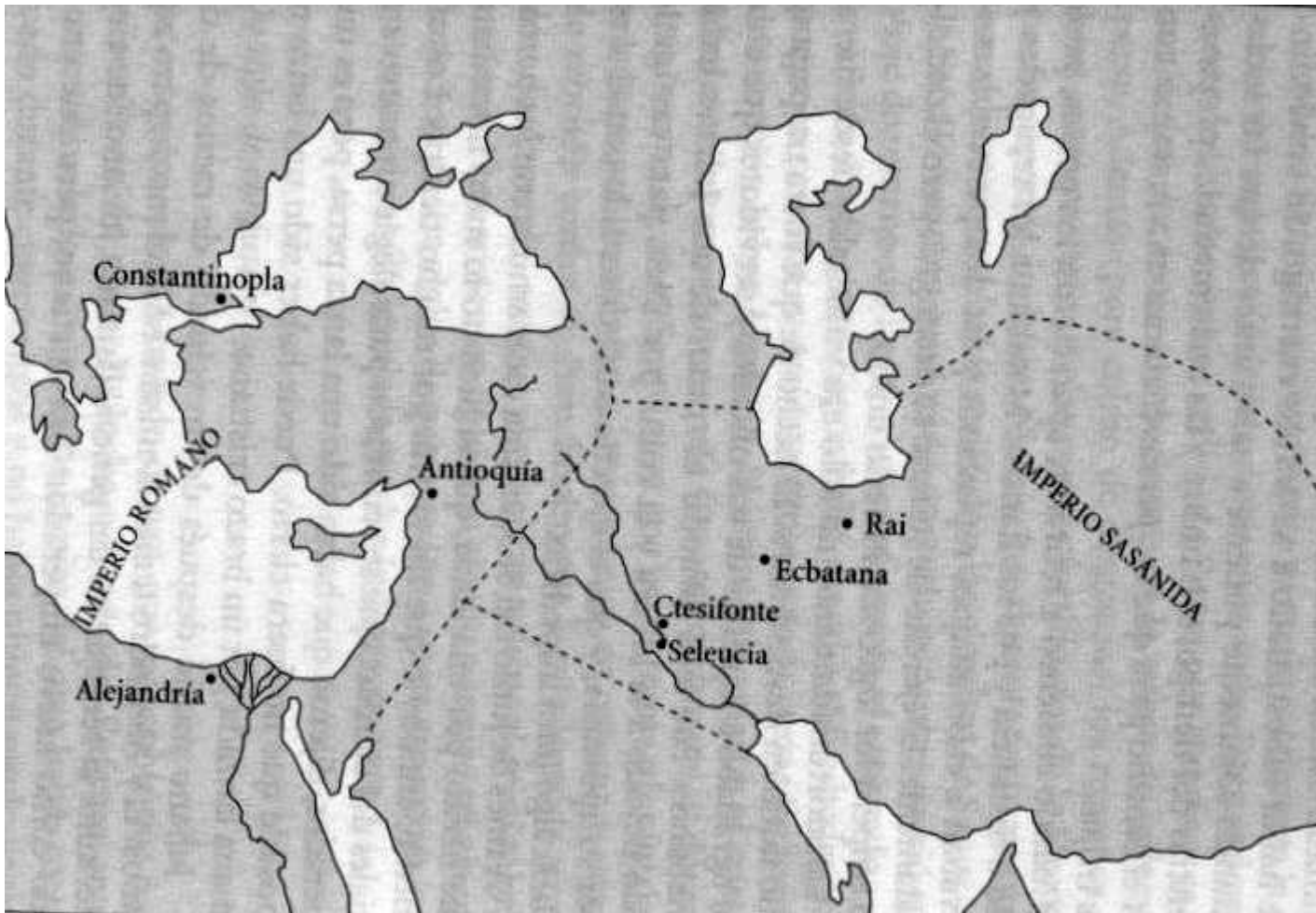
Las primeras tres veces la ciudad había caído, pero ahora parecía decidida a no correr la misma suerte. Cerró sus puertas, guarneció de hombres sus murallas y desafió a los romanos. Esto era inquietante. Y el hecho de que un segundo ejército, que debía avanzar descendiendo la corriente del Tigris para unirse a Juliano en Ctesifonte no llegase, sino que, al parecer, perdía el tiempo en el camino, era más inquietante aún.

Juliano no estaba dispuesto a sitiar Ctesifonte durante largo tiempo. La ciudad había sido tomada antes tres veces sin que este hecho ocasionase la destrucción del enemigo, de modo que su captura no era un fin en sí mismo. Además, el ejército de Sapor aún estaba intacto en algún lugar del Este, y un sitio debilitaría seriamente a los romanos convirtiéndolos en presa fácil de un contraataque.

Juliano, pues, hizo lo que pensaba que habría hecho Alejandro Magno. Quemó su flota fluvial, abandonó el contacto con sus bases y lanzó su ejército al este iranio, para hacer frente allí a los persas y destruirlos.

Mas para ser un Alejandro es conveniente tener como contrincante a un Darío III, y Sapor no lo era. Reunió su ejército y se retiró. No tenía ninguna intención de ponerlo en peligro en campo abierto luchando contra ese talentoso general romano hasta no conseguir desgastar las fuerzas de los invasores. Siguió una política que, en tiempos modernos, ha sido llamada «de tierra arrasada».

Adonde iba Juliano no encontraba más que ruinas humeantes. No había alimentos ni refugio, y lo peor de todo era que no había enemigo con el cual luchar. No estaba en la situación de Alejandro en Persia siete siglos antes, sino en la de Napoleón en Rusia catorce siglos después.



El Imperio Sasánida.

Juliano estaba fastidiado. Comprendió demasiado tarde que había subestimado a su astuto enemigo. Se volvió, intentando solamente ponerse a salvo antes de que las inclemencias del tiempo, el hambre y las enfermedades preparasen el camino para que los persas hicieran una matanza con sus tropas.

Cuando comenzó a retirarse, aparecieron los persas, pero sólo a distancia y por los flancos. Mataban a los rezagados y llevaban a cabo ataques repentinos para desaparecer inmediatamente. El ejército de Juliano se desangró, pero el decidido emperador logró mantenerlo unido.

Desafortunadamente, no sólo era vulnerable desde fuera, sino también desde dentro. El hecho de que fuera un pagano no agradaba a aquellos de sus oficiales y servidores que eran

cristianos. Fue fácil difundir el rumor de que Juliano había sido llevado a la locura y la ruina por Dios, para castigarlo por su apostasía, y que el ejército sería destruido con él si no hacía algo para impedirlo.

A fines de junio del 363, en una escaramuza con los persas, fue herido por una lanza, que si bien no lo mató inmediatamente, era obvio que no viviría por mucho tiempo. Los oficiales del ejército, que se reunieron para elegir un nuevo emperador, dijeron que había sido una lanza persa, pero es muy posible que no fuera cierto. Puede haber sido una lanza romana lanzada por un brazo cristiano.

Juliano murió después de un reinado de menos de dos años. Él y Alejandro tenían la misma edad al morir, pero aquí termina la semejanza. Un general llamado Joviano fue elegido como nuevo emperador. Era cristiano, pero éste era su único mérito.

Joviano tenía que retornar a Asia Menor lo más rápidamente posible para que su elección fuese confirmada, pero Sapor no iba a dejar marcharse al ejército tan fácilmente. Si querían marcharse, debían llegar a un acuerdo, y Sapor ya había redactado todos los términos del mismo con absoluta precisión; sólo tenían que firmar.

Joviano firmó, y con esta firma se anuló totalmente la victoria obtenida por Galerio setenta años antes. Fueron devueltos todos los territorios cedidos a Roma por Narsés, y se admitió que Armenia caería dentro de la esfera de influencia persa. Además (para colmo de desgracias) los romanos debían entregar varios de los puntos fortificados de la Mesopotamia superior, inclusive Nisibis, que durante tanto tiempo y tan valientemente había resistido a los ejércitos de Sapor.

Pero Joviano no ganó nada con todo esto, pues murió en el viaje de retorno sin llegar a ser confirmado ni coronado.

Dicho sea de paso, Sapor halló grandes dificultades para poner en práctica su recientemente ganada pero sólo teórica dominación sobre Armenia. El intento de aplastar el cristianismo en ese montañoso país fracasó totalmente, y durante una docena de años Sapor tuvo que hacer frente a las intrigas romanas que mantenían a los armenios en constante estado de rebelión contra él. Pero finalmente Sapor logró la sumisión de Armenia, aunque al precio de tolerar el cristianismo armenio. (Los armenios siguieron siendo siempre cristianos, hasta hoy, pese a siglos de persecución a veces espantosa, con una tenacidad sólo igualada por los judíos europeos).

Un siglo de confusión

Por entonces, ningún tratado de paz, por razonable que fuera, servía ya de nada. La lucha a través del Éufrates entre Roma de un lado y los pueblos iraníes del otro había continuado durante cuatro siglos y no había ningún modo de detenerla. Se había convertido en una forma de vida demencialmente inevitable, aunque ambas potencias estaban prácticamente postradas antes de que las tribus bárbaras del exterior atravesaran sus fronteras. El siglo V fue un siglo de increíble confusión.

Parte de la confusión residía en la fortuna rápidamente cambiante de las variedades de las diversas religiones. Eran momentos, por ejemplo, en que el cristianismo parecía a punto de ser tolerado por los persas. Esta posibilidad nunca se materializó, pero casi llegó a ocurrir cuando, en el 399, subió al trono Yazdgerd I.

Fue acosado, al igual que monarcas persas anteriores, por los pendencieros nobles y los poderosos sacerdotes, hasta el punto de que, al parecer, lo único que el rey podía hacer era comandar el ejército en la guerra. (Quizá ésta haya sido la razón de que los reyes persas se lanzaran tan rápidamente a la guerra; ésta les brindaba la ocasión de ejercer poder en una esfera limitada al menos).

Yazdgerd I tuvo la brillante idea de limitar el poder de los nobles y los sacerdotes inclinándose hacia los cristianos y obteniendo su apoyo de esta manera. Por ello, firmó con Roma una paz que él esperaba que fuese firme, en 408, y al año siguiente suspendió en Persia la persecución contra los cristianos y les permitió reconstruir sus iglesias. Corrían rumores de que proyectaba hacerse bautizar, por lo que podía haber llegado a ser el Constantino persa.

Desgraciadamente para Yazdgerd, su brillante idea no quedó más que en eso. Pronto fue atacado por ambos lados. Los zoroastrianos, amargamente ofendidos, lo llamaron «Yazdgerd el Pecador», y con este nombre se lo conoce en la historia. Ejercieron sobre él una incesante e inexorable presión, hasta el punto de ver brillar en su mente el puñal del asesino.

Si hubiese podido contar con el respaldo del cuerpo sacerdotal cristiano, tal vez habría logrado mantenerse. Pero éste, embriagado por su nueva libertad y consciente del apoyo de la poderosa Roma, se mostró muy intransigente. Hizo cada vez más patente que, en lo concerniente a ellos, no bastaba la tolerancia ni siquiera la conversión del rey. Persia debía ser totalmente cristiana, y el zoroastrismo, en definitiva, completamente eliminado.

Yazdgard, enfrentado con un totalitarismo religioso en ambos frentes, eligió el que conocía bien y volvió a las antiguas costumbres. En el 416, el cristianismo estaba nuevamente bajo el yugo zoroastriano.

Pero Yazdgard no fue perdonado. En el 420 fue asesinado y no se permitió, al principio, que ninguno de sus hijos subiera al trono.

La confusión aumentó por la creciente influencia de fuerzas hasta entonces sin importancia. Hasta entonces, las tribus árabes se habían contentado con efectuar ocasionales correrías, sobre todo durante la minoría de Sapor II. Pero desde el 200, aproximadamente, había adquirido creciente fuerza el reino de Hira, al sudoeste del Éufrates y sobre la costa meridional del golfo Pérsico. Éste se hallaba gobernado por los laimidas, una dinastía árabe que reconoció la soberanía de los sasánidas cuando llegó al poder. Pero gozaba de un grado considerable de autonomía y se convirtió en un centro de cultura árabe.

Muchas poesías árabes datan de ese período y, según la leyenda, fue allí donde se creó la escritura árabe.

En el 400, Hira era un Estado culto y poderoso, suficientemente fuerte como para hacer sentir su influencia en una Persia que era víctima de la confusión. Un hijo de Yazdgard I había sido educado en Hira, y el gobernante árabe comprendió claramente que un príncipe amigo sería ideal como monarca persa. Dio al príncipe bastante respaldo en dinero y soldados como para permitirle acceder al trono y gobernar con el nombre de Varahran V, o Bahram V.

Varahran V aprendió en Hira a amar la cultura y el placer, y conservó ese amor cuando fue rey de Persia. Era un hombre encantador, pero no disoluto. Al menos, la leyenda posterior lo glorificó por sus éxitos como cazador y amante, y tejió cuentos sobre él con el mismo tipo de afecto por sus debilidades que gente posterior sentiría por Enrique IV de Francia. Esas leyendas mantuvieron su popularidad en siglos posteriores y se lo conoció más por la versión árabe de su nombre: Bahram Gor («Varahran el Asno Salvaje»), porque gustaba de cazar este veloz animal por las vastas estepas y, quizá, porque él mismo era salvaje y libre como ese animal.

A Varahran se refiere cierto verso de la traducción que hizo Edward Fitzgerald del Rubaiyat, de Omar Khayyam. En el cuarteto decimotercero, Omar suspira por la grandeza pasada y la vaciedad de la gloria terrena:

Dicen que el León y el Lagarto guardan

los Palacios donde Jamshyd exultaba y se embriagaba.

y Bahram, el gran Cazador, el Asno Salvaje

pisó su cabeza, pero no pudo despertarlo.

Varahran V heredó el programa de persecuciones de los últimos años de Yazdgard y hasta intentó librar una guerra con Roma, en el 421. El pretexto fue que Roma recibía a los refugiados cristianos de Persia. Pero Persia sufrió una derrota y el civilizado Varahran decidió que ese peculiar juego no merecía la pena.

Trató luego de firmar una paz que era, en apariencia, un modelo de lógica y razonabilidad. Persia convenía en tolerar a los cristianos y Roma aceptaba tolerar a los zoroastrianos. (Los sacerdotes zoroastrianos no debieron de tardar en señalar, exasperados, que si bien había muchos cristianos en Persia, había muy pocos zoroastrianos en Roma, de modo que el acuerdo era totalmente unilateral).

Sin duda, Varahran tuvo algunos éxitos militares. Fue en su época cuando un pueblo nómada proveniente de Asia Central, los hunos, se estaba expandiendo hacia el Oeste a través de las estepas de Eurasia hasta Europa central y septentrional. Crearon un imperio de gran extensión pero corta vida que fue uno de los factores que llevó a las tribus germánicas a entrar en el Imperio Romano; fue un movimiento que despedazó la mitad occidental del Imperio. Varahran aprovechó las dificultades de Roma ante ese mortal ataque en el Oeste. Se apoderó abiertamente de la parte oriental de Armenia en el 429, y esa parte fue llamada en lo sucesivo Persarmenia.

Pero si bien la mitad occidental del Imperio Romano estaba prácticamente derrumbándose por esa época, la sección oriental del Imperio estaba completamente intacta, y la frontera con Persia se mantuvo tan firme como siempre. Aparte de la ocupación consolidada de esa parte de Armenia, Persia no se benefició con la «caída de Roma» en Occidente.

Persia tampoco fue totalmente inmune al ataque externo que estaba destruyendo a la mitad occidental de Roma. Los eftalitas, pueblo emparentado con los hunos, se abalanzaron sobre las provincias orientales del Imperio Sasánida. Pero los ejércitos de Varahran reaccionaron enérgicamente y los rechazaron. Durante un tiempo, al menos, los sasánidas resistieron con mucho más éxito contra los ataques de los nómadas que los romanos.

Con la muerte de Varahran V, en el 439, la situación de los cristianos empeoró nuevamente. Su hijo, Yazdgard II, era totalmente zoroastriano, y el cristianismo fue arrojado otra vez a la clandestinidad.

También los judíos se hallaron con una nueva e intensa oposición. Si bien es cierto

que los sasánidas no les concedieron la libertad de que habían disfrutado bajo los partos, su situación no era tan mala. No existía ninguna gran potencia judía que amenazara las fronteras de Persia, de modo que los judíos sólo eran una amenaza religiosa, y no, como en el caso de los cristianos, política y militar también. Por ello, a los judíos se les permitía, de vez en cuando, ejercer un considerable control sobre sus asuntos bajo un supuesto «líder de los judíos en el exilio».

En verdad, la vida intelectual judía se mantuvo vigorosamente bajo los primeros sasánidas. Varias generaciones de rabinos eruditos de Mesopotamia elaboraron diversos comentarios e interpretaciones de la ley mosaica y lentamente se formó lo que ahora se llama el Talmud de Babilonia. Éste era mucho más completo que el Talmud de Palestina elaborado en la castigada tierra que había sido antaño Judea.

El Talmud de Babilonia, que ha ejercido gran influencia sobre el pensamiento religioso judío desde entonces, llegó lentamente a su fin en el siglo y, cuando las crecientes persecuciones de Yazdgard II sofocaron la vida intelectual judía por un tiempo.

Los mismos persas sufrieron una decadencia. Después de la muerte de Yazdgard, en el 457, su hijo Firuz tuvo que hacer frente a una masiva invasión efitalita de Persia. En 484, Firuz fue derrotado y muerto por ellos, y los crecientes estragos que realizaron en Persia hizo pasar a este país por dos décadas de anarquía.

Sólo en el 501 el hijo de Firuz, Kavad, pudo asentarse firmemente en el trono (¡con la ayuda de los efitalitas!) y empezar a restaurar el orden en Persia. Al menos, pudo hacer que el país se recuperara lo suficiente como para lanzar nuevamente una guerra contra Roma, que era el signo más seguro de salud nacional dentro de la locura de los tiempos.

Los heréticos

La confusión del siglo se hizo sentir también en la religión. En el Imperio Romano, por ejemplo, la victoria final del cristianismo no significó el fin de las querellas religiosas. Periódicamente, aparecían ciertas doctrinas que no eran aprobadas por la mayoría de los obispos y, entonces, eran declaradas heréticas. Estas herejías a veces subsistían y se producían mutuas persecuciones, así como la firme adhesión a una doctrina hasta el martirio. Los cristianos lucharon con los cristianos tan incansablemente como habían combatido al paganismo.

Había un sacerdote llamado Nestorio, por ejemplo, que en el año 428 se convirtió en patriarca de Constantinopla y, por ende, fue el sacerdote más poderoso del Imperio Romano. Sostenía que en Jesús había dos naturalezas, una humana y otra divina. Los detalles de esta doctrina hallaron una violenta resistencia por parte de quienes pensaban que la naturaleza de Jesús era humana y divina al mismo tiempo, pero encarnada en una sola naturaleza.

Una reunión de obispos realizada en el 431 votó contra esta doctrina «nestoriana», pero se difundió y adquirió particular fuerza en una escuela teológica de Edesa, en el noroeste de Mesopotamia. Así, esta herejía nestoriana adoptó la forma de una rebelión nacionalista (como ocurre a menudo con las herejías). Los cristianos ortodoxos del Imperio Romano tenían como lenguas litúrgicas el latín y el griego, y su cultura era acentuadamente griega. En Edesa, había relativamente poco ambiente griego y mucho ambiente sirio nativo.

Había también ciertas tendencias nacionalistas entre los cristianos persas. Éstos habían resistido firmemente las persecuciones durante un siglo y cuarto, pero no formaban una Iglesia de habla griega ni se hallaban satisfechos de estar completamente bajo la conducción de los cristianos grecolatinos de Roma. Además, si la Iglesia persa dejaba bien en claro que no era un mero títere de la Iglesia romana, podía tal vez hacer que no se la considerase como una quinta columna y quizás cesaran las persecuciones.

Los nestorianos de Edesa, enfrentados con las persecuciones de los cristianos de Roma y conscientes de la simpatía de los cristianos de Persia hacia ellos, cruzaron la frontera.

Los reyes persas —por ejemplo, el desdichado Firuz— sabían bien que una herejía cristiana perseguida en Roma podía ser considerada leal a Persia. Por ello, estimuló a los nestorianos todo lo que pudo. Se hizo fácil para los cristianos persas adherirse al nestorianismo, y lo hicieron. Hacia el 500, la Iglesia persa era totalmente nestoriana.

La misma estrategia operó en Estados sometidos a Persia, por ejemplo, en Armenia o en el reino árabe de Hira. Ambos se hicieron totalmente nestorianos.

La forma nestoriana del cristianismo siguió constituyendo una minoría importante en Asia durante muchos siglos. Hasta se difundió hacia el Este, hasta China.

Los nestorianos, pese a toda su rebelión contra el helenismo de la Iglesia romana, no pudieron evitar el llevar consigo los testimonios del saber griego, saber que había desaparecido en Persia después del advenimiento de los enérgicos sasánidas iraníes. Años después, cuando los árabes dominaron el Asia occidental, tomaron la ciencia griega de los nestorianos y la conservaron durante muchos años, cuando en Europa estaba casi muerta.

También el zoroastrismo tuvo sus herejías. A fin de cuentas, la doctrina de Mani había sido una de ellas. Más tarde, durante los decenios de confusión provocada por los efталitas, apareció una nueva herejía postulada por un sacerdote zoroastriano llamado Mazdak. Predicaba un tipo de maniqueísmo y defendía un modo de vida ascético y comunista. Denunciaba los intereses creados de la nobleza y el poderío de los sacerdotes. Naturalmente, se granjeó la amarga enemistad de unos y otros.

Kavad, cuyo reinado puso fin al período de anarquía sintió fuerte simpatía por el mazdakismo, quizá causada por una sincera creencia en la ética que éste predicaba o por el común sentimiento regio de que estaba bien todo lo que debilitara el poder de los nobles y los sacerdotes.

Pero el mazdakismo, como la mayoría de los movimientos puritanos, tendía a ser intolerante tanto en las pequeñas cosas como en las grandes. Los adeptos del mazdakismo condenaban los pequeños placeres tan pronta y enconadamente como las enormes injusticias. Puesto que es muy escasa la gente que no tiene sus placeres, muchos que podían haber sentido simpatía hacia los grandes objetivos del mazdakismo rechazaban sus detalles. No estaban dispuestos a librarse de la injusticia al precio de perder sus placeres. En tal situación, los nobles y los sacerdotes hallaron de su lado al mismo pueblo al que oprimían. Entonces, pudieron fácilmente llegar hasta el rey. Kavad fue depuesto y sólo se lo restauró cuando prometió ver la luz en lo concerniente al mazdakismo y ser un buen zoroastriano.

Cuando Kavad murió, su hijo mayor, del que se sabía que era partidario de Mazdak, vio obstruido su ascenso al trono. En su lugar, fue proclamado rey, en el 531, un hijo menor, Khosrau I («famoso»), más conocido en castellano por Cosroes, forma derivada de la versión griega de su nombre. Cosroes pronto hizo dar muerte a Mazdak y a sus principales adeptos, y dispuso que se destruyeran sus escritos. El culto mazdakista no desapareció totalmente (de algún modo, los cultos nunca mueren totalmente), pero en lo sucesivo careció de importancia.

La hora de la ilustración

Dejando de lado esta demostración de fanatismo religioso, que indudablemente le fue impuesta por los nobles y sacerdotes como precio de la corona, y olvidando también la casi rutinaria matanza de parientes para evitar una guerra civil, Cosroes I fue un rey civilizado. Quizás haya sido el más ilustrado de los sasánidas y fue llamado Cosroes Anushirvan («del espíritu inmortal»), o Cosroes el Justo.

En tiempos de Kavad había proseguido la endémica guerra con Roma, pero en el 527 subió al trono de Constantinopla un nuevo y talentoso monarca, Justiniano I. (Constantinopla era por entonces la capital del Imperio Romano, y lo había sido desde la época de Constantino, dos siglos antes. En ese momento, la ciudad de Roma se hallaba, en realidad, bajo la dominación de tribus germánicas).

Justiniano soñaba con recuperar la mitad occidental del Imperio, arrebatándosela a los germanos que la poseían. Para lograr tal fin, necesitaba la paz con Persia. En cuanto a Cosroes, deseaba firmemente reorganizar la administración interna de Persia y tenía la sensata convicción de que era mejor llevar a cabo esas reformas en tiempos de paz.

Con esta disposición por ambas partes, se facilitó la firma de la que fue llamada «La Paz Perpetua», en el 533.

Desgraciadamente, una ironía de la historia es que la «Paz Perpetua» duró menos que cualquier paz común. A los siete años de haber sido firmada, Roma y Persia estaban nuevamente en guerra.

El problema era que Justiniano había obtenido demasiados triunfos. Sus generales habían recapturado rápidamente el norte de África, Italia y hasta partes de España. Cosroes pensó que si Justiniano seguía así, llegaría a ser tan fuerte que estaría en condiciones de aplastar a Persia. En esto se equivocó, pues las victorias romanas no se lograron sin grandes costos; en verdad, el reino de Justiniano se estaba agotando por los esfuerzos hechos para llevar adelante las luchas contra las aguerridas tribus germánicas.

Pero esto lo podemos discernir ahora nosotros más fácilmente que Cosroes en aquel tiempo, y, en el 540, se reiniciaron las interminables guerras entre Persia y Roma. En la primera etapa de la nueva guerra Persia ocupó por breve tiempo Antioquía, pero pronto la situación llegaría al punto muerto habitual.

En el intervalo de paz, se produjo un paradójico suceso.

Desde la muerte del emperador Juliano, siglo y medio antes, el paganismo había sufrido un constante declive en el Imperio Romano. Hacía tiempo que había perdido vitalidad y, bajo la opresión cristiana, los paganos que quedaban se hicieron cristianos o dejaban transcurrir su vida en la apatía.

Hasta en Atenas, la fortaleza de la filosofía pagana, su luz comenzó a extinguirse. Por la época en que Justiniano fue hecho emperador, la única escuela filosófica que quedaba en Atenas era la Academia, que había sido fundada en el 387 a. C. por el gran filósofo ateniense Platón. Perduró por nueve siglos, pero ahora su existencia ofendía al piadoso Justiniano, quien ordenó su cierre. Los últimos maestros paganos vieron prohibido su inocuo saber (escuchado por muy pocos) y sin tener adonde ir.

Luego se difundieron noticias del nuevo rey persa, de su tolerancia e ilustración. Parecía que allí había alguien que podía entender las enseñanzas platónicas. Así fue como los últimos filósofos paganos de Atenas la misma Atenas que había ganado fama por su inflexible resistencia contra la tiranía persa, en los días de Darío y Jerjes buscaron la libertad en Persia.

Sin duda, una vez allí, se encontraron con que las cosas no eran tan placenteras como ellos esperaban. La corte persa los ignoraba, y Cosroes estaba absorto en su labor y poco interesado en oírlos. Con el tiempo, sintieron la añoranza de Atenas y los paisajes familiares aun de una Grecia cristiana.

Cosroes mostró, entonces, su esencial honestidad. No se sintió insultado por este cambio, sino que hizo un especial esfuerzo para que Justiniano los recibiera de vuelta y los dejase en paz (aunque no les permitiera enseñar). En el 549, lo consiguió. Los maestros volvieron, colmando de alabanzas de gratitud al magnánimo persa; cuando murieron, el paganismo griego murió con ellos.

Cosroes I reinó durante casi medio siglo, del 531 al 579, y en su tiempo Persia progresó mucho. Reorganizó la administración del Imperio, dividiéndola en cuatro distritos principales. Estableció un impuesto a la tierra fijo y hasta dispuso que se realizara un censo de palmeras datileras y olivos, con el propósito de aplicar tasas de impuestos justas. (Siempre es más fácil para la gente pagar un impuesto cuando saben cuál va a ser su monto. Antes los impuestos eran muy variables, según la particular rapacidad de los funcionarios locales. Cuando sucede esto, todo pago de impuestos parece insoportablemente elevado, aunque sea realmente razonable).

El siglo de confusión también había deteriorado la red de riego mesopotámica, y

empezaban a hacerse patentes los estragos de una prolongada negligencia. El curso cambiante de los ríos, el gradual aumento del contenido de sal del suelo y el enarenamiento de los canales estaban minando gradualmente la prosperidad —por tanto tiempo fabulosa— de Mesopotamia. Cosroes hizo lo que pudo para reparar lo que todavía podía repararse, y en su tiempo Mesopotamia disminuyó el ritmo de su lenta decadencia.

Cosroes también protegió a los extranjeros (como en el caso de los filósofos griegos) y mantuvo la tolerancia del cristianismo nestoriano.

Hubo un considerable intercambio comercial y cultural con la India: la literatura y los tratados médicos indios entraron en Persia. También se produjo una importación adicional de algo que sería de particular valor en lo sucesivo para muchas personas del mundo occidental.

Los indios, al parecer, tenían un sutil juego con piezas de diferentes tipos que se mueven sobre un tablero cuadrado. Se cree que este juego fue inventado en la India; al menos, no se lo puede hacer remontar más atrás con alguna razonable certidumbre.

Se supone que el médico de Cosroes, después de un viaje a la India al servicio del rey, llevó el juego de vuelta consigo. La corte persa quedó fascinada con él. De los persas, pasó luego a los árabes, quienes a su vez lo transmitieron a los españoles y al resto del Imperio Romano. De allí se difundió por todo el mundo.

El juego lleva en Occidente las huellas del tiempo en que pasó por Persia. La pieza que representa al rey es fundamental en dicho juego. La palabra persa que significa rey (*shah*), después de sufrir numerosos cambios, dio al juego el nombre que lleva en inglés: *chess* (ajedrez)^[12].

Cuando el rey es atacado, el jugador dice «jaque», que también deriva de *shah*. Y cuando el juego termina, con la inevitable captura del rey, se dice «jaque mate», que proviene del persa *shah mat* («el rey ha muerto»).

Pero durante el largo, próspero y, en general, constructivo reinado de Cosroes, se produjeron, fuera de las fronteras persas y apenas observados en la época, los dos procesos más importantes para el futuro de Persia y de la totalidad del Oriente Próximo.

Primero, un pueblo nómada avanzó hacia el Sur desde Asia Central e hizo su aparición en la frontera nordeste de Persia. Esos nómadas eran llamados por un nombre que, para nosotros, se ha convertido en «turcos», y en el 560 se encuentra la primera mención de los turcos en los documentos persas. (El nombre de «Turkestán», o «tierra de los turcos», aún se aplica a grandes partes de Asia Central, de manera no oficial).

Por entonces, los eftalitas estaban en decadencia, y los persas dieron la bienvenida a los turcos porque vieron en ellos la oportunidad para poner fin a los nómadas anteriores. Persas y turcos formaron una alianza contra los eftalitas, que fueron aplastados y desde entonces desaparecen de la historia. Una vez más, el Reino Persa se extendió hasta lo que es ahora Afganistán.

Pero esto dejó a los turcos como nuevos vecinos de Persia, y en este papel no resultaron ser más gratos que los eftalitas. El Imperio Romano, a su vez, hizo una alianza con ellos, y le tocó el turno a Persia de quedar atrapada entre las dos mandíbulas.

Persia rechazó a turcos y romanos y, quizá, se hizo la ilusión de que los turcos no serían nada más que otro grupo de nómadas que llegan y se van. Nadie, en tiempos de Cosroes, podía prever que los turcos no eran de esa clase de nómadas y que, con el tiempo, llegarían a dominar el Este.

El segundo suceso que conmocionaría el mundo y que se gestó durante el reinado de Cosroes fue aún menos advertido en la época. En verdad, se produjo sin que provocase ningún comentario o siquiera fuese conocido fuera de una distante ciudad de Arabia. Y ni siquiera en esa lejana ciudad nadie podía haber imaginado las consecuencias de ese suceso. La ciudad era La Meca, y, en el 570 aproximadamente, en ella nació un niño que recibió el nombre (en su forma castellana más conocida) de Mahoma.

La hora del triunfo

Ormuzd IV, hijo y sucesor de Cosroes I, subió al trono en el año 579 y prosiguió la política de su padre de tolerancia hacia los cristianos, que constantemente crecían en número e influencia. Esto siguió alimentando la contenida furia de los sacerdotes zoroastrianos. Habían sido impotentes contra el vigoroso Cosroes I, pero con su hijo, mucho menos capaz, las cosas eran más fáciles.

Los sacerdotes eligieron para que llevase a cabo sus planes a Bahram Coben. Era un general que había resultado victorioso sobre los turcos algunos años antes, pero perdió una batalla con los romanos y pronto fue destituido de su cargo por Ormuzd. Bahram Coben estaba ansioso de venganza y fue fácil convencerlo de que organizara el asesinato del rey. El hijo de Ormuzd, Cosroes II, se convirtió en el nuevo rey en el 589.

Pero Bahram Coben, que había sido un general victorioso y se había convertido en hacedor de reyes, sintió que se le abría el apetito y decidió ser rey él mismo aunque no era un sasánida.

Cosroes II fue echado del trono y, seguro de que hallaría la muerte si se quedaba, logró huir en el 590 hacia la gran enemiga de Persia, la corte de Constantinopla. Gobernaba a la sazón en Constantinopla el emperador Mauricio, quien deseaba una suspensión de las hostilidades con Persia, pues un nuevo grupo de nómadas, los ávaros, estaban penetrando en la Península Balcánica y amenazando a las provincias europeas del Imperio.

Mauricio pensó que si se ganaba la gratitud del joven príncipe reponiéndolo en el trono, podía asegurarse un período de paz. Por ello, envió el ejército romano hacia el Este.

Mauricio tuvo éxito. Cosroes recuperó el trono en el 591 con los aplausos del pueblo persa, que no deseaba ver en el trono a un gobernante que no fuese sasánida. Bahram Coben huyó, buscando refugio entre los turcos, a quienes había derrotado diestramente unos años antes y que ahora le retribuyeron su acción matándolo.

Se demostró que Mauricio había tenido razón. Cosroes II manifestó un tipo de gratitud que no es habitual en los monarcas. Mientras Mauricio estuvo en el trono, Persia mantuvo la paz.

Pero luego la situación cambió bruscamente. Al parecer, el ejército romano apostado

sobre el Danubio, conducido por un soldado brutal e inculto llamado Focas, se cansó de luchar con los formidables ávaros. Se rebelaron en el 602 y marcharon sobre Constantinopla, a la par que proclamaban emperador a Focas. Mauricio y sus hijos fueron cruelmente asesinados.

Cuando estas noticias le llegaron a Cosroes, inmediatamente arguyó que tenía una deuda de gratitud hacia el emperador que había sido tan espantosamente asesinado y que todas las normas de justicia le exigían que avanzase contra Constantinopla para exigir venganza.

Copió preparación para esta labor, se aseguró la retaguardia borrando del mapa el reino árabe de Hitra, cuyo nestorianismo le brindó el pretexto necesario. A fin de cuentas podía argüir que la Hira cristiana podía unirse con la Roma cristiana contra él.

Hecho esto, Cosroes marchó al Oeste. Casi sin hallar oposición se apoderó de toda la Mesopotamia noroccidental, que durante más de tres siglos había eludido la amenazante férula de un sasánida tras otro. Hasta penetró en el este de Asia Menor.

Por entonces, quedó en evidencia que Focas no sólo era cruel e ignorante, sino también totalmente inepto. No pudo ofrecer ninguna resistencia efectiva contra el avance persa ni fue capaz de dominar a los ávaros. Constantinopla, que observó el acercamiento de los persas desde el Este y de los ávaros desde el Norte, cayó en el pánico. Se rebeló, mató a Focas y eligió como emperador a otro general, Heraclio.

Si Cosroes hubiese sido consecuente, la muerte de Focas debía haberlo satisfecho y poner fin a la guerra. Pero el monarca persa quiso aprovechar una situación que lo favorecía. Sus inesperadas victorias se le subieron a la cabeza. Si en un principio había sido sincero al considerar que su guerra era de justa venganza, ahora ésta se convirtió en una descarada guerra de conquista.

Indudablemente, había provincias romanas que prácticamente pedían ser conquistadas. Después de la herejía nestoriana, surgieron otras herejías en el Imperio Romano y tanto Siria como Egipto eran las fortalezas de una de ellas, el monofisismo. En verdad, el monofisismo incluso se estaba propagando por Persia, reemplazando gradualmente al nestorianismo.

Muchos de los sirios y egipcios sabían que, mientras los cristianos ortodoxos que dominaban la Iglesia de Constantinopla eran intolerantes con las doctrinas que se apartaban de la propia, los persas toleraban (aunque de manera irregular) las herejías cristianas.

Por ello, Cosroes halló pocas dificultades para avanzar sobre esas provincias. En el

611, tomó Antioquía; en el 614, Damasco; y en el 615, Jerusalén.

La captura de Jerusalén fue un golpe particularmente duro para los romanos. La misma fuente originaria del cristianismo, la tierra que había pisado Jesús, estaba bajo la dominación de una horda pagana. Para empeorar las cosas aún más, Cosroes II se llevó tranquilamente la cruz que, según creían todos los cristianos, era aquélla en la que había sido crucificado Jesús (la «Verdadera Cruz»).

Cosroes II fue incluso más allá. En el 615, entró en Egipto y al año había impuesto su dominación sobre toda la provincia. En el 617, toda Asia Menor era suya, y las tropas persas estaban acampadas en Calcedonia, suburbio de Constantinopla del otro lado del estrecho. Sólo un kilómetro y medio de agua separaba a Cosroes de la misma Constantinopla.

Durante unos pocos gloriosos años, Persia estuvo en las vertiginosas alturas del triunfo total. Cosroes II había logrado hacer lo que no habían conseguido sus predecesores sasánidas en los cuatro siglos anteriores. Prácticamente, restauró el Imperio de Darío I. Cosroes II fue llamado Cosroes Parviz («Cosroes el Victorioso») y, ciertamente, el nombre parecía justificado.

Constantinopla parecía acabada. Los persas estaban del otro lado del estrecho y los ávaros junto a sus murallas. Sólo Heraclio, el emperador, no desesperó. Siguió tratando tenazmente de reorganizar el ejército y de preparar un contraataque.

Heraclio tenía un arma importante, de la que Persia carecía: el dominio del mar. Heraclio utilizó las riquezas de la Iglesia (que se las dio con renuencia, ante lo inminente del desastre absoluto) para equipar una flota. En el 622, hizo embarcar un ejército y, abandonando la capital asediada por los persas y los ávaros, marchó por mar al corazón de la tierra enemiga. Antano, tres siglos y medio antes, mientras los persas se abalanzaban sobre Asia Menor, Odenato de Palmira los obligó a volver deprisa atacando su retaguardia. Heraclio planeaba hacer lo mismo.

Navegó por el mar Negro hasta Armenia y durante años maniobró por el interior de Persia como otro Alejandro. Finalmente, Cosroes II, contra su voluntad, se vio obligado a retirar su ejército de sus puntos avanzados y, más tarde, a arriesgarse en una batalla campal.

En el 627, los dos ejércitos se encontraron cerca de Nínive, justamente. Una vez más, los fantasmas de los doce siglos y medio pasados iban a ser perturbados por el bullicio y el estruendo de una tremenda batalla. Bajo la inspirada dirección de Heraclio, quien —según relatos quizás exagerados— desplegó el valor de un héroe, los romanos triunfaron y el ejército persa fue destrozado. Durante la noche, lo que quedaba de él se retiró apresuradamente.

Heraclio llevó luego su ejército a Mesopotamia, como un nuevo Trajano, y retribuyó la devastación que los persas habían efectuado en Asia Menor. Avanzó hasta las mismas murallas de Ctesifonte.

Cosroes había jugado una gran partida y había perdido. Había restaurado el imperio del viejo Darío, lo conservó durante cinco años y luego lo perdió. Los magnates persas, totalmente desalentados por tales cambios de la fortuna, no deseaban continuar la guerra. Cuando Cosroes no mostró ningún signo de querer hacer la paz, aun asediada Ctesifonte, primero lo tomaron prisionero y luego, en el 628, lo ejecutaron. Así murió Cosroes II después de su hora de triunfo.

Los persas estaban dispuestos a hacer la paz en los términos que dictase Heraclio. Éste les exigió inexorablemente la devolución de cada centímetro de terreno que habían tomado y los obligó a devolver la Verdadera Cruz.

En el 629, en medio de imponentes ceremonias, observó su restauración en su lugar original, en Jerusalén.

10. Los árabes

La historia se repite

Mientras Cosroes aún estaba en la cumbre del éxito, le llegó un mensaje de Arabia. Un fanático árabe le ordenaba abandonar su religión y considerar a ese árabe como su profeta. El profeta era Mahoma. Cosroes rompió el mensaje y es sumamente probable que nunca volviese a pensar en la cuestión.

Pero mientras Cosroes caía de sus alturas para precipitarse a la deshonra y la muerte, Mahoma poco a poco unía a las vigorosas tribus árabes y les inspiraba una ferviente creencia en una nueva religión, una total confianza en la justicia de su causa y la inmediata recompensa del Paraíso para aquéllos que luchasen y muriesen por esa causa.

La religión fue llamada el «islam» («sumisión», a la voluntad de Alá, la palabra árabe que significa Dios), y sus adeptos, los musulmanes («los que se entregan»). En Occidente a menudo hablamos de los mahometanos y del mahometismo, pero son denominaciones erróneas.

Mientras Arabia se fortalecía, Persia se debilitaba. Después de la muerte de Cosroes II, se produjo un período de anarquía, en el que distintos reyes fueron proclamados y depuestos. Luego, en el 632, Yazdgard III, un nieto de Cosroes, fue colocado en el trono. Sólo tenía quince años de edad y no poseía realmente el poder.

Con extraña exactitud, la historia volvía a repetirse. Dos situaciones a mil años de distancia una de otra eran prácticamente iguales. Bajo los sasánidas (aqueménidas) la muerte del rey conquistador Cosroes II (Artajerjes III) era seguida por algunos años de anarquía hasta el acceso, finalmente, al trono del incompetente Yazdgard III (Darío III).

Aquí parece terminar la semejanza. Filipo de Macedonia fue sucedido por su hijo, el joven genio Alejandro. Mahoma fue sucedido por su anciano suegro Abu Bakr. Fue el primer *Khalifah* («sucesor») palabra que nos es más familiar en la forma «califa».

Sin embargo, el paralelismo continuó. Abu Bakr envió otras invitaciones a unirse al islam, una dirigida a Yazdgard, la otra a Heraclio. Ambas fueron rechazadas. Los musulmanes, pues, se lanzaron al ataque.

Se enfrentaron con dos enemigos, mientras que Alejandro sólo se enfrentó con uno. A cualquiera que tuviese un poco de sensatez le habría parecido que la única manera de triunfar

sobre dos enemigos era hacer una alianza con uno de ellos contra el otro. Una vez aplastado ese enemigo, se podía atacar al anterior aliado. Éste ha sido el procedimiento corriente de todos los conquistadores. Hasta Hitler lo usó, al formar una alianza con la Unión Soviética para poder aplastar a Polonia y Francia, y luego volverse contra el aliado.

Sin embargo, las tribus árabes, con sublime temeridad optaron por atacar simultáneamente a sus dos grandes enemigos. Indudablemente, el soldado raso árabe atacaba con la serena confianza de que Alá estaba con él pero cabe preguntarse si alguno de los dirigentes había captado acertadamente la situación real.

El Imperio Romano y Persia habían librado una enconada guerra de veinte años en la que cada uno, por turno, había asolado el territorio del otro. Ambos estaban agotados, convertidos por el esfuerzo en un caparazón que parecía poderoso desde fuera, pero estaba hueco por dentro.

Con casi insolente facilidad, los árabes arrancaron al Imperio Romano las provincias que acababa de recuperar de Persia. En el 636, tomaron Judea y Siria, de modo que Jerusalén y la Verdadera Cruz se perdieron nuevamente, esta vez para siempre. En el 640, invadieron Egipto.

Heraclio en sus años de decadencia, vio completamente anulada su gran victoria, y no pudo hallar dentro de sí las fuerzas necesarias para contraatacar nuevamente. Como el Imperio mismo, el gran esfuerzo del decenio del 620 lo había agotado. Murió en el 641: fue un Alejandro que había vivido demasiado.

Claro que Constantinopla no perdió todo. Le quedaban el Asia Menor y sus provincias europeas, y contra ellas los ejércitos árabes se estrellaron vanamente. Pero después de las conquistas árabes, ya no se puede hablar realmente del Imperio Romano. Sin duda, los sucesores de Heraclio lo hicieron y se llamaron a sí mismos emperadores romanos y a sus súbditos «el pueblo romano», hasta el fin de su historia. En cambio, los historiadores, por lo general, llaman a las tierras gobernadas por Constantinopla después de Heraclio el «Imperio Bizantino», de Bizancio, el antiguo nombre griego de Constantinopla.

Al mismo tiempo, los árabes atacaron también a Persia. Tenían listo un pretexto, pues Cosroes, un cuarto de siglo antes, había aplastado al reino árabe de Hira. Los árabes se proclamaron los vengadores de Hira y enviaron un ejército al nordeste. Tomaron Hira y luego marcharon hacia el Éufrates.

Los asombrados e indignados persas, que estaban en la tarea de coronar a Yazdgard III, reunieron apresuradamente un ejército para castigar a los nómadas y los derrotaron rotundamente en el 634, en lo que se llama la batalla del Puente. Los árabes no aceptaron la

derrota, sino que llenos de confianza por las continuas victorias contra los romanos en el otro frente, lanzaron sobre Persia un ejército mayor.

En el 637, los ejércitos se encontraron en Qadisiya, a orillas del Éufrates, a unos 80 kilómetros al sur de donde se había alzado Babilonia. Una vez más, la antigua tierra de Mesopotamia tuvo que presenciar una de las batallas importantes de los hombres.

El número de soldados de las fuerzas rivales era casi el mismo, pero los árabes se sentían animados por el conocimiento de la reciente conquista de Siria, y los persas desalentados por la misma noticia. La batalla prosiguió indecisa al menos durante dos días, y en un momento los árabes fueron salvados de la derrota por la llegada de un refuerzo de seis mil hombres procedentes de Siria.

En la tercera mañana, se levantó una tormenta de arena que, por el azar del viento, dio contra el rostro de los persas. Éstos, al no poder ver, cedieron, y fue el fin. Los árabes avanzaron, y la retirada se convirtió en desbandada. Luego, marcharon rápidamente hacia el corazón de Mesopotamia y tomaron Ctesifonte.

Persia, desesperada, hizo un último intento. Así como después de Isos los persas montaron su resistencia final en Gaugamela, de igual modo después de Qadisiya, intentaron resistir en Nehavend, a unos 80 kilómetros al sur de Ecbatana y que había sido antaño la capital de Media. Allí, en el 642, los árabes ganaron otra gran victoria, mayor aún que la anterior (como había sido Gaugamela con respecto a Isos).

Yazdgard III huyó, como había huido Darío III, internándose en la región nordeste de su tierra y pidiendo ayuda al emperador de la distante China. Finalmente, fue muerto en el 651, después de un reinado de diecinueve años de casi incesantes luchas y derrotas.

Sólo un cuarto de siglo después de que Cosroes II acampase en la costa del Estrecho y contemplase las agujas de las iglesias de Constantinopla brillando al sol del otro lado de sólo un kilómetro y medio de agua, su imperio había desaparecido para siempre del mapa.

La conquista de Persia por los macedonios había dejado vivo al zoroastrismo y le dio la oportunidad de una posterior revitalización, pero la conquista árabe fue muy diferente.

Oficialmente, los musulmanes toleraron el zoroastrismo, como toleraron el cristianismo en las provincias que habían arrancado al Imperio Romano. Pero los zoroastrianos y los cristianos tenían que pagar un impuesto especial del que estaban exentos los musulmanes. (Esta táctica de permitir a las minorías religiosas que comprasen la tolerancia a un precio razonable la aprendió el islam de los mismos zoroastrianos).

El aliciente financiero de ahorrar dinero convirtiéndose al islamismo dio mejores resultados que la violencia. Persia rápidamente se convirtió del zoroastrismo al islamismo (y Siria y Egipto se convirtieron con igual rapidez, abandonando el cristianismo).

Por supuesto, no todos los zoroastrianos se volvieron musulmanes (ni todos los cristianos). Menguadas colonias de zoroastrianos persistieron en Irán, y con el tiempo algunas de ellas, según sus propias tradiciones, se concentraron en Hormuz, sobre el golfo Pérsico. (Ésta era la ciudad donde Ardashir ganó la batalla contra el último rey parto y fundó el Imperio Sasánida, unos cinco siglos antes). Algún tiempo después del 700, esos restos de zoroastrismo abandonaron Persia del todo y llegaron a la India.

Sus descendientes aún sobreviven en la India, en número de unos 130.000, y son llamados parsis. Mantienen sus antiguas costumbres y aún numeran sus años desde el reinado de Yazdgard III.

En cuanto a los judíos de Mesopotamia, también ellos fueron tolerados por los musulmanes a cambio del pago de un impuesto. A diferencia de los zoroastrianos, estaban acostumbrados a ello. Les importaba poco que los musulmanes hubiesen reemplazado a los zoroastrianos como gobernantes gentiles. Así, continuaron como antes y, bajo la dominación relativamente suave de los primeros musulmanes, hasta florecieron en una paz y una prosperidad como no habían conocido nunca desde los tiempos de los macabeos, casi mil años antes.

Las facciones del Islam

Mesopotamia y Persia no se fundieron totalmente en el mundo musulmán. Así como las provincias no griegas del Imperio Romano hallaron un refugio nacionalista en una herejía cristiana, así también las provincias no árabes del Imperio Musulmán hallaron otro en las herejías islámicas.

Las cosas ocurrieron así. En el 644, poco después de la conquista de Persia, fue elegido un nuevo califa, Utmán. Era un hombre de edad, que había sido yerno de Mahoma y pertenecía a una familia noble de La Meca, los omeyas. Bajo su gobierno, se pensó que otros miembros de su familia obtenían más de lo que les correspondía en los puestos de gobierno y en las ganancias imperiales, y cundió el descontento.

Hubo motines de tropas y, en el 656, un contingente de soldados de Egipto buscó al califa en su casa de Arabia y lo mató. Luego supervisaron la elección del sucesor, que resultó ser Alí, otro yerno de Mahoma.

Pero Alí no fue reconocido por los partidarios de los omeyas, quienes pensaban (con aparente razón) que la elección no podía haber sido libre bajo la vigilancia de los asesinos de Utmán.

El líder del partido omeya era el gobernador de Siria, Muawiya. Alí recibió su principal apoyo de Mesopotamia. En verdad, Alí instaló su capital en Kufa, que había sido fundada por los árabes en el 638, poco después de la batalla de Qadisiya. Estaba a orillas del Éufrates, a unos 65 kilómetros río abajo de donde había estado Babilonia. La guerra civil, pues, fue entre Siria y Mesopotamia; la primera representaba el núcleo árabe del nuevo imperio, y la segunda a la cultura persa.

La guerra siguió durante un tiempo, mientras Alí perdía apoyo constantemente, hasta que, en el 661, ciertos grupos cansados de la guerra fraguaron una conspiración. Pensaron que matando a las cabezas de ambos partidos se lograría la paz. Pero parte del plan fracasó; Muawiya escapó, y sólo Alí fue asesinado.

Muawiya inmediatamente logró hacerse elegir califa y trató de buscar seguridad negándose a instalar su capital en la turbulenta Arabia y trasladándola a su Siria natal. Damasco se convirtió en la ciudad principal de todo el mundo musulmán y así llegó a su apogeo en la historia. No había sido la capital de un Estado completamente independiente

desde hacía catorce siglos, y aun entonces sólo había sido la capital de la Siria bíblica, pequeño reino no más poderoso que Israel.

El linaje de los que gobernaron desde Damasco en el siglo siguiente constituye lo que se llama el Califato omeya.

Los seguidores de Alí no aceptaron totalmente el nuevo estado de cosas. Representaban, en parte, la reacción persa a la dominación árabe y se agruparon alrededor del hijo mayor de Alí, Hasán. Pero, desgraciadamente para ese grupo, Hasán era un estudioso, hombre pío, que no sentía ninguna atracción por la guerra. Pronto abdicó.

Pero el partido de Alí se mantuvo en Kufa, y cuando Muawiya murió, en el 680, invitaron a Husayn, el hijo menor de Alí, a que los condujera a luchar por el califato. Husayn acudió a Kufa, pero fue abandonado por sus propios adeptos y muerto en una batalla con las fuerzas omeyas que se libró en Kerbela, inmediatamente al oeste de Kufa, el 10 de octubre de 680. En el 700, el partido de Alí hizo un nuevo intento de tomar el poder y fracasó. En el 740, lo intentó nuevamente, y otra vez fracasó.

Pese a estos repetidos fracasos, el partido sobrevivió y sus adeptos fueron llamados los chiitas, de una palabra árabe que significa «partidario», esto es, los partidarios de Alí. Hasta hoy, los chiitas consideran que Alí y sus hijos han sido los verdaderos sucesores de Utmán, y que todos los califas desde Muawiya en adelante han sido usurpadores. Celebran el aniversario de la muerte de Husayn como día de duelo y Kerbela es para ellos una ciudad sagrada. A los chiitas se oponen los sunníes, de una palabra árabe que significa «tradicón», es decir, los seguidores de la tradición ortodoxa.

El chiismo tuvo una historia muy variada en el islam, y hubo épocas en que sus partidarios dominaron grandes provincias. Hasta hoy, han sido una secta minoritaria, que sólo cuenta con el diez por ciento de los musulmanes. Aún así, el chiismo sigue siendo la expresión del nacionalismo persa, pues forma la mayoría gobernante en las naciones modernas de Irak (Mesopotamia) e Irán (Persia).

Mientras continuaron las conquistas árabes, el Califato omeya fue fuerte. En el 717, el imperio musulmán se extendía desde las fronteras orientales de Afganistán hasta el océano Atlántico, y hasta incluía la Península Ibérica, en Europa. Tenía 8.000 kilómetros de extensión de Este a Oeste, la mayor franja de tierra que, hasta entonces, estuvo bajo un solo gobierno.

Pero hasta los árabes finalmente hallaron sus límites. En el 717, un formidable intento de tomar Constantinopla por tierra y por mar fracasó. Y en el 732 la avanzada árabe fue aplastada en el centro de Francia. La primera e irresistible oleada de conquistas había

terminado. El islam iba a seguir obteniendo victorias durante siglos, pero bajo los árabes serían de secundaria importancia en lo sucesivo, y cuando ganó nuevamente grandes victorias, lo haría bajo la dirección de grupos diferentes de los árabes.

Las facciones opuestas a los omeyas entonces se hicieron sentir, pues al cesar las rápidas conquistas, decayó la popularidad de la dinastía.

Entre los oponentes a los omeyas, se destacaba otra familia de La Meca de mucho prestigio. Esta familia hacía remontar su linaje a al-Abbas, tío de Mahoma, y sus miembros eran llamados los abasíes.

Los abasíes eran sunníes, y por ende podían contar con el apoyo de todos los sunníes cansados de los omeyas. También tenían el apoyo seguro de todos los chiitas, que estaban dispuestos a respaldar hasta a los sunníes en contra de los odiados omeyas.

Los abasíes eligieron el momento cuidadosamente y reunieron a sus adeptos en el Este. En el 749, Abul-Abbas, por entonces líder de la familia abasí, llegó a Kufa y allí fue proclamado califa.

Los omeyas no estaban dispuestos a ceder. Su ejército marchó rápidamente al Este, y se libró batalla a orillas del río Zab, un tributario del Tigris. Allí, nuevamente en la profana vecindad de la antigua Nínive, desaparecida ya hacía catorce siglos, se entabló una batalla decisiva. Ganó el ejército abasí y, en el 750, el Califato omeya llegó a su fin.

Todos los numerosos miembros de la familia omeya fueron asesinados, con excepción de uno que logró escapar y llegar a España. Aquí, durante dos siglos y medio, una brillante dinastía omeya iba a mantenerse independiente del resto del mundo mahometano.

Bagdad

La dinastía abasí inmediatamente trasladó fuera de la Siria omeya la capital del Islam. El centro del poder islámico fue transferido a Mesopotamia, que, una vez más, se convirtió en la metrópoli gobernante del imperio mundial.

Pero Mesopotamia era también un centro chiita, y los abasíes no podían permitirse estar vinculados demasiado estrechamente con una secta minoritaria, por temor a enajenarse a la gran masa de los musulmanes de otras partes.

El segundo califa abasí, al-Mansur, por ello, aprovechó una oportunidad que se le presentó para aplastar a los grupos extremistas de los chiitas. Éstos habían hallado otro líder en Muhammad, nieto de Hasán. Muhammad llevó una fatigosa persecución de al-Mansur durante un tiempo y hasta conquistó la ciudad sagrada de La Meca. Pero al fin tuvo el destino habitual de la familia de Alí: él y su hermano, Ibrahim, fueron muertos en batalla.

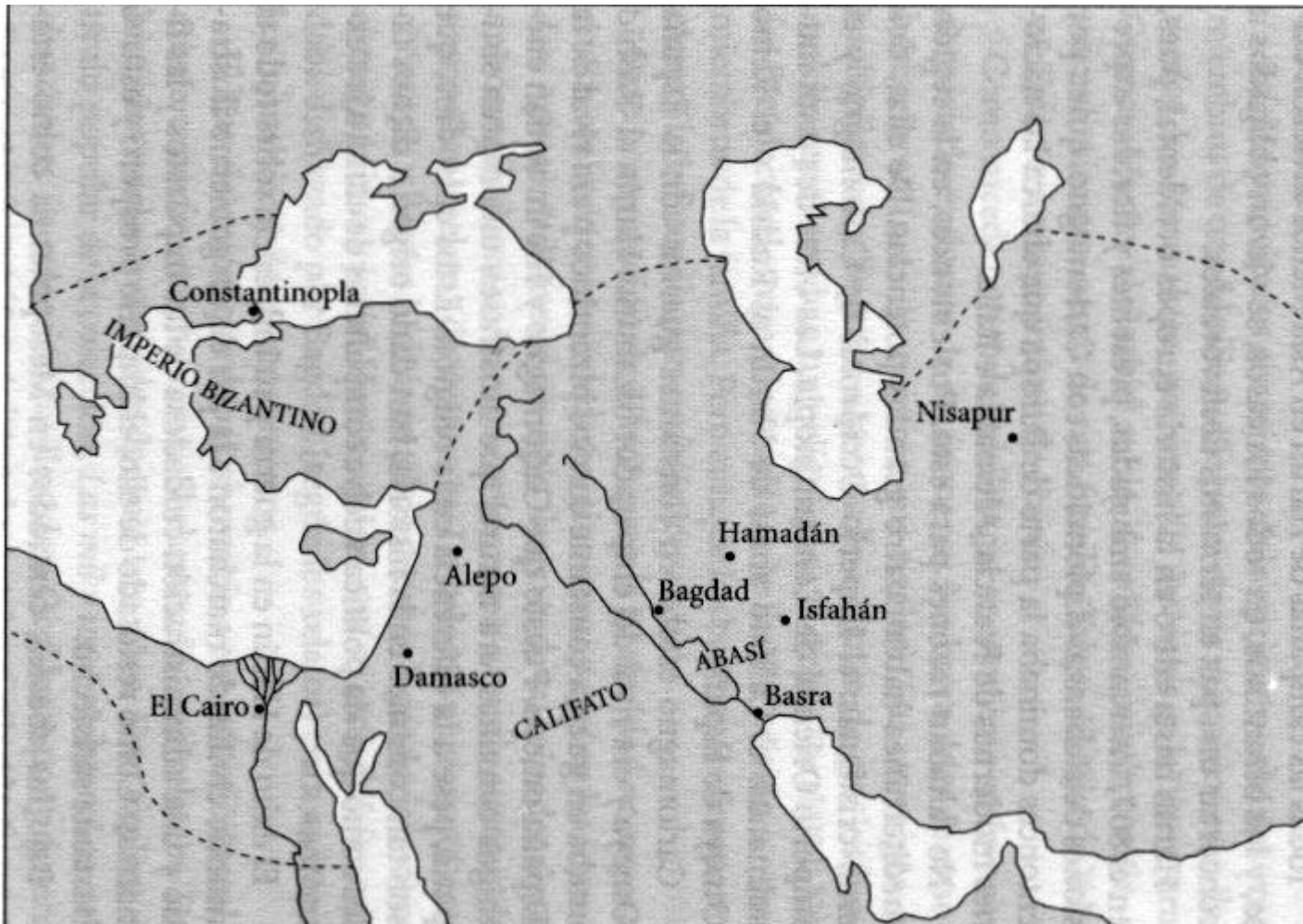
Estos sucesos hicieron que Kufa fuese cada vez más inconveniente como capital, y al-Mansur decidió construir una nueva. En el 762, eligió el lugar ocupado por la aldea, todavía sin importancia, de Bagdad, situada sobre la orilla derecha del Tigris, a unos 30 kilómetros al norte de Ctesifonte.

La construcción de Bagdad fue la muerte de Ctesifonte, que durante siete siglos había sido la capital de los arsácidas y los sasánidas. En verdad, Ctesifonte fue usada como fuente de materiales de construcción para la edificación de Bagdad, y las reliquias visibles de la vieja dinastía sasánida desaparecieron.

Bagdad iba a ser la mayor ciudad que hubo en Mesopotamia, aún más grande que Babilonia en su apogeo. Se ha calculado que, en el momento de su auge, Bagdad tuvo una población de dos millones de habitantes, y durante un tiempo fue la ciudad más grande del mundo. El califa que gobernaba en Bagdad extendía su dominación desde Afganistán, en el Este, hasta Argelia, en Occidente. (Marruecos y España, que estaban más al oeste, nunca reconocieron al Califato abasí).

El hijo de al-Mansur, al-Mandí, consolidó su liderazgo del islam dando carácter oficial a la doctrina sunní. Los chiitas, que tenían clara conciencia del importante papel que habían desempeñado al ayudar a afirmarse en el trono a la dinastía abasí, pasaron a una resentida e irreconciliable oposición.

El periodo más brillante y legendario de Bagdad comenzó en el 786, cuando subió al trono el hijo de al-Mandí, el famoso Harún-al-Rashid, o «Aarón el Justo».



Califato abasí.

El poder abasí llegó a su apogeo. Harún atacó repetidamente el Asia Menor, pero siempre, al parecer, en respuesta a alguna agresión del Imperio Bizantino. Después de una de estas agresiones, Harún escribió una famosa breve réplica al emperador Bizantino: «He recibido tu carta, hijo de un infiel, y no oirás mi respuesta; la verás».

Todas las campañas de Harún en Asia Menor tuvieron éxito, y los bizantinos, en todos los casos, se vieron obligados a concertar una paz en términos desfavorables.

Harún hasta entró en la historia europea occidental, pues, en el 807, intercambió embajadas, presentes y floridas expresiones de alabanzas diplomáticas con Carlomagno, quien por entonces dominaba la parte de Europa que abarca las naciones modernas de Francia, Alemania e Italia.

No faltaban razones para esto. Por entonces, en la región mediterránea había cuatro grandes potencias. De ellas, dos eran cristianas: el Imperio Occidental de Carlomagno y el Imperio Oriental de Constantinopla. Las otras dos eran musulmanas: el Califato abasí de Harún al-Rashid y el Reino Omeya de España.

Carlomagno estaba en constantes guerras con la España Omeya y era rival del emperador bizantino. Harún al-Rashid estaba en guerra constante con los bizantinos y era rival de la España omeya. Puesto que Carlomagno y Harún tenían enemigos comunes, era natural que mostrasen una mutua simpatía, pese a la diferencia en la religión. Estos episodios, que son tan comunes en la historia, han dado origen a dichos tales como que «la política vuelve compañeros de cama a los extraños».

El éxito de Harún en la guerra y su influencia sobre todo el mundo civilizado marcharon a la par de un gobierno ilustrado y una administración cuidadosa de los impuestos y las finanzas. Como resultado de ello, el Imperio prosperó y estuvo bastante satisfecho.

Bajo los abasíes, centrados en Mesopotamia como estaban, el liderato puramente árabe que había predominado durante el primer siglo del poder musulmán, cuando la capital era La Meca o Damasco, empezó a desvanecerse. En cambio, la civilización musulmana comenzó a tener cada vez más un tinte persa. (Aunque, sin duda, el árabe llegó lentamente a ser la lengua de Mesopotamia y ha seguido siéndolo desde entonces).

Así, los principales consejeros de los primeros abasíes eran miembros de una familia noble persa cuyos miembros eran llamados los barmakíes, patronos de las artes y la literatura. Cuando Harún al-Rashid subió al califato, nombró visir, o primer ministro, a uno de esta familia, Yahya. El hijo de Yahya, Yafar, era amigo íntimo de Harún.

Como sucede con toda familia que se convierte en favorita demasiado exclusiva de un monarca, los barmakíes se ensoberbecieron (o así lo creyeron sus rivales). Sus enemigos se multiplicaron y llegaron a persuadir a Harún de que los barmakíes representaban un peligro para el trono. En el 803, Yafar fue ejecutado repentinamente, y se llevó a prisión a otros miembros de la familia. Pero aunque los barmakíes desaparecieron, la influencia persa subsistió y creció.

Pero la reputación de Harún para la posteridad no reposa en sus realizaciones verdaderas, sino en su papel en las leyendas. Aproximadamente un siglo después de su

reinado, algunos compiladores anónimos comenzaron a reunir cuentos de maravillas y relatos de aventuras. La colección aumentó con el tiempo y llegó a incluir muchos cuentos legendarios sobre el magnánimo y jovial Harún, quien, con su amigo Yafar, andaba disfrazado por Bagdad (según los relatos) para corregir las injusticias y deshacer entuertos.

El lazo de unión que daba coherencia a esa colección totalmente amorfa era una reina, Sheherazade, que relataba las historias noche tras noche durante tres años. Esto explica el título popular de la colección, *Las mil y una noches* o *Las noches árabes*. La colección fue llevada a Occidente por primera vez por un viajero francés llamado Antoine Galland y fue publicada en muchos volúmenes, entre 1704 y 1717. Adquirió gran popularidad, y el Bagdad de Harún al-Rashid se convirtió en una ciudad de cuento de hadas de la leyenda dorada.

El hijo de Harún, al-Mamún, fue hecho califa en el 813. Era un hombre de gran cultura y estaba totalmente bajo la influencia persa. En realidad, pasó los primeros años de su reinado en Persia y parecía abrigar el proyecto de instalar allí su capital. Fue necesario una revuelta en Bagdad provocada por el resentimiento para hacerlo volver a ella.

En Bagdad, al-Mamún abrió una academia cuya finalidad era la traducción y el estudio de las obras griegas de filosofía y ciencias, traducción que llevaron a cabo los cristianos nestorianos. Al-Mamún también hizo construir un observatorio para estudiar astronomía.

La avanzada de la ciencia, que había pasado de Mesopotamia a Grecia en la época posterior a Nabucodonosor, trece siglos antes, retornó ahora, al menos temporalmente, a Mesopotamia.

Yabir, que vivió en Kufa y en Bagdad en tiempos de Harún al-Rashid, fue un alquimista precursor (hoy lo llamaríamos un «químico») que no tuvo igual hasta los tiempos modernos. Al-jwarizm, que vivió en Bagdad en la época de al-Mamún, escribió sobre matemáticas. Del título de uno de sus libros deriva el nombre «álgebra» que damos a una importante rama de esa disciplina. También adoptó un nuevo modo de representar números que había sido inventado en la India. Este método indio llegó a Occidente a través de los musulmanes. Con el tiempo llegó a reemplazar al incómodo sistema romano. Este método es el que todavía usamos y al que llamamos de los números arábigos.

Durante el reinado de al-Mamún, los abasíes siguieron obteniendo éxitos militares. Por ejemplo, se apoderaron de las islas de Creta y Sicilia. A fin de cuentas, parece razonable llamar a este califa al-Mamún el Grande, aunque sea prácticamente desconocido para la gente, en contraste con su legendario padre, Harún al-Rashid.

Los califas títeres

En el 833, al-Mamún murió y fue sucedido por su hermano, al-Mutasim. Éste cometió dos errores de largo alcance y desastrosos.

Cedió a la tentación de seguir el ejemplo de los monarcas que, para su propia seguridad en tiempos revueltos, contratan una guardia de corps formada por soldados leales sólo a ellos. Para que esta guardia de corps sea realmente eficaz, es mejor seleccionarla entre razas extrañas y pueblos distantes; en general, no caen simpáticos a la población de la capital, por lo cual es improbable que hagan causa común con ella contra el monarca.

Para integrar su guardia de corps, al-Mutasim eligió soldados turcos. Éstos no estaban sometidos a los abasíes ni habían alcanzado la ilustración mediante una cultura asentada. En suma, al-Mutasim formó lo que podríamos llamar una «guardia de corps bárbara».

Esta guardia de corps bárbara puede ser instrumento eficaz en las manos de un monarca enérgico, pero puede hacerse dueña de la situación bajo monarcas débiles, y tarde o temprano aparece un monarca débil.

Por la época de al-Mutasim, Bagdad se había convertido en una gran y turbulenta metrópoli que representaba un constante peligro para la tranquilidad del monarca, aun con la protección de soldados turcos. Por ello, al-Mutasim eligió una nueva capital y se retiró a Samarra, sobre el Tigris, a unos 100 kilómetros aguas arriba de Bagdad. Ésta siguió siendo la capital del Imperio, y Samarra sólo fue la residencia real. (Era como la relación de Versalles con París en el siglo XVII).

Era un lugar grato para al-Mutasim, pero también representó un peligro mortal. El califa llevó una vida retraída y perdió contacto con el Imperio. No le costó mucho delegar la autoridad y quedarse cómodamente en su residencia con su harén y sus placeres. Se preocupaba poco por los desórdenes y rebeliones en provincias distantes o las derrotas en remotas fronteras, mientras su palacio y sus parques fueran un paraíso terrenal.

El nieto de al-Mutasim, al-Mutawakkil, quien subió al trono en el 847, parece haberse percatado del peligro. Trató de instalar nuevamente su capital en Damasco, pero fue una medida impopular y, quizá, él mismo añoraba las comodidades de Samarra, pues volvió a allí casi enseguida. Se entregó a sus deseos y se dedicó a construir un nuevo palacio, que el Imperio no podía permitirse en ese momento, y a tratar de demostrar su ortodoxia

persiguiendo a judíos, cristianos y chiitas.

Más tarde, su hijo mayor se cansó de esperar que muriese y, en el 861, organizó una conspiración e hizo asesinar a su padre por los jefes de la guardia turca.

Así, los turcos descubrieron que podían matar califas tanto como súbditos. Siguió una década de absoluta anarquía en la que los turcos ponían y deponían califas con los diversos miembros de la casa abasí. Los turcos eran los verdaderos gobernantes y comenzaron a legar sus cargos de padres a hijos. Hubo varias de estas «dinastías» turcas que aumentaban el caos pero impedían que los mismos turcos, por sus querellas internas, fuesen tan poderosos como podían haber sido.

Durante este período, las provincias comenzaron a apartarse de la dominación de Bagdad. Teóricamente, todos los vastos dominios de Harún al-Rashid aún reconocían al califa, pero éste sólo fue un nombre que se mencionaba en las plegarias. El poder real lo tenían una serie de gobernantes llamados emires. Uno de ellos dominaba Túnez; otro, Egipto y Siria; un tercero, gran parte de Persia, y así sucesivamente.

Por el 870, menos de cuarenta años después de la muerte del gran al-Mamún, el poder directo del califa estaba limitado en gran medida sólo a Mesopotamia.

Las cosas empeoraron cuando el islam fue dividido por una nueva y peligrosa secta. Alrededor del 750, vivió un hombre llamado Ismail que era tataranieta de Husayn, el mártir chiita. En su nombre se creó una secta chiita extremista conocida como el «ismailismo».

Bandas guerreras de ismailíes empezaron a apoderarse de partes del imperio musulmán. En el 929, algunas de ellas ocuparon partes de Mesopotamia y Siria. Otro grupo, que pretendía descender de Fátima, la hija de Mahoma, se adueñó de Egipto (esa dinastía fue llamada de los fatimíes).

De este modo, los abasíes perdieron todo excepto el nombre de califas. Perdieron Mesopotamia y hasta Bagdad. Se convirtieron en figuras puramente religiosas sin poder secular, a semejanza de los papas modernos. De hecho, Mesopotamia estuvo en lo sucesivo dominada por emires chiitas que, a veces, se sintieron tentados de abolir totalmente el califato.

Pero aunque el califato se marchitó y el gran Imperio Abasí se desmembró, continuó el avance intelectual islámico y hasta alcanzó nuevas cimas.

Alrededor del 900, por ejemplo, Al-Battani trabajó en Rakka, ciudad del Éufrates superior que no estaba lejos de donde había existido la vieja ciudad sumeria de Mari

veinticinco siglos antes. Había sido una residencia favorita de Harún al-Rashid, pero ahora era el lugar de trabajo de Al-Battani, el más grande astrónomo de la Edad Media. No fue superado hasta el renacimiento de la ciencia en Europa, seis siglos más tarde.

Lo mismo puede decirse, en otro campo, de al-Razi, cuyo nombre nos es más familiar en la forma latinizada de Razes. En el 900, era el médico principal del hospital de Bagdad, y fue una de las figuras que más influyeron, tanto en el desarrollo de la medicina medieval europea como de la del mundo musulmán.

Pero la conducción secular y el papel imperial estaban pasando a un pueblo menos civilizado.

11. Los turcos

Los herederos toman el poder

Si el mundo musulmán no se perdió totalmente en el curso de la fragmentación que se produjo en el siglo X fue, en parte, porque el mundo cristiano estaba igualmente escindido. Después de la muerte de Carlomagno el Imperio Occidental se desmembró en sectores rivales, y todos fueron víctimas de los estragos causados por las correrías de los «Hombres del Norte», o vikingos, de Escandinavia. El Imperio Bizantino, aunque no fue tocado, gastó sus energías en disputas religiosas.

Pero al acercarse el año 1000, un observador imparcial habría pensado que el mundo musulmán estaba bajo un creciente peligro. El Imperio Bizantino comenzó a recuperar su vigor y, bajo Basilio II, que llegó al trono en el 976, parecía casi haber vuelto a la juventud.

Pero también en el mundo del islam entraron en escena nuevos campeones. Eran los turcos. Así como las tribus germánicas externas al Imperio Romano habían aceptado el cristianismo aunque eran relativamente incivilizadas, así también las tribus turcas aceptaron el islam, en su versión sunní. En los siglos futuros, los turcos sunníes iban a ser los herederos de los árabes y los defensores del islam contra la oposición cristiana.

Durante el siglo X, un grupo de turcos se desplazó a los tramos orientales del mundo islámico y estableció su capital en Gazni, en lo que es ahora el Afganistán oriental. Su poder aumentó rápidamente y llegó a su apogeo en el 1000, bajo su rey Mahmud. Llegaba desde la India hasta las fronteras de Mesopotamia y era casi Persia rediviva.

En verdad, por entonces la cultura persa, en su vieja versión sasánida, experimentó un renacimiento, cuatro siglos después de su muerte, gracias, en particular, a un poeta persa que escribió con el seudónimo de Firdusi.

Firdusi escribió un largo poema de 60.000 versos (siete veces la extensión de *La Ilíada* de Homero) en el que relataba en detalle la historia de los reyes persas, desde sus legendarios comienzos hasta Cosroes II. Estaba escrito en persa puro, no en árabe, y ha sido desde entonces el poema nacional del país y su mayor obra literaria. (Fue un factor que contribuyó a que el persa sea la lengua del Irán moderno y que impidió su reemplazo por el árabe).

En sus primeros pasajes, legendarios, describe a Rustam, figura similar a Hércules, de increíble fuerza y valor, que parece inspirarse en el culto a Hércules de los partos. El episodio

más conocido y emocionante de la obra es aquél en que el anciano Rustam logra, después de una dura batalla, matar a un joven campeón a quien luego, y sólo entonces, reconoce como su hijo Sohrab. También Alejandro Magno aparece en el poema, pero en él se le atribuye una madre persa, para contentar el orgullo nacional.

El gran poema épico fue presentado a Mahmud de Gazni en el 1010, pero Mahmud era un ardiente sunní, mientras que Firdusi era un chiita. Por ello, Mahmud dio al poeta un pago insultantemente exiguo. Firdusi se vengó escribiendo una despectiva sátira contra Mahmud y luego, muy prudentemente, huyó del país lo más rápidamente que pudo.

Mientras Gazni se estaba convirtiendo en un imperio, otra tribu de turcos gobernados por un pequeño príncipe llamado Selyuk, se estableció en la frontera septentrional de lo que había sido el Imperio Abasí. Ellos y los que luego se les unieron son llamados los turcos selyúcidas.

Se dirigieron hacia el Sur y en un comienzo prestaron servicios como mercenarios. Pero en el 1037, bajo el nieto de Selyuk, Tugril Bey, decidieron alcanzar el poder en su propio nombre. Como Mahmud de Gazni había muerto en el 1033 y su hijo era mucho menos capaz que él, los selyúcidas penetraron profundamente en el reino oriental, que decayó rápidamente después de una sola generación de apogeo.

Finalmente, en el 1055, Tugril Bey marchó sobre la Mesopotamia chiita, que cayó sin combatir. Bagdad se le rindió, y el alegre califa del momento, liberado de la dominación chiita, concedió al fiel sunní lo único que podía otorgar: un título. Hizo a Tugril Bey sultán (palabra que originalmente significaba «dominio» y, por ende, podía aplicarse apropiadamente a un dominador). Los líderes turcos llevaron este título durante más de ocho siglos.

Como retribución, Tugril Bey dejó al califa el control nominal de Bagdad y Mesopotamia, rehusando ostentadamente instalar allí su capital. Gobernó desde Ecbatana, nombre que, bajo la dominación islámica se había corrompido en el de «Hamadán». Naturalmente, el califa en realidad no gobernó, cualesquiera que fuesen las alegaciones de Tugril Bey. Fue un títere turco.

Fin de un duelo y comienzo de otro

Tugril Bey murió en el 1063 y fue sucedido por Alp Arslán, que fue otro gobernante capaz. Casi inmediatamente, llevó sus tropas al Norte, a Armenia. Ahora sus fronteras occidentales lindaban con las bizantinas, desde el mar Negro hasta el Mediterráneo. Estaban dadas las condiciones para la renovación de la milenaria lucha entre el Oeste y el Este por el borde noroccidental de Mesopotamia, que había provocado el enfrentamiento de Roma con los partos, primero, y con los sasánidas luego. Más tarde, los herederos bizantinos de Roma combatieron por esa región con los árabes, primero, y ahora con los turcos.

El Imperio Bizantino tuvo el infortunio de que el capaz y enérgico Basilio II muriese sin dejar herederos fuertes. En los decenios que siguieron, el período de su renacimiento había terminado y no estuvo en condiciones de enfrentarse con una personalidad tan formidable como la de Alp Arslán.

Los turcos ya habían hecho incursiones por Asia Menor en las décadas de 1050 y 1060, con un éxito considerable. En particular, habían tomado Mantzikert, ciudad cercana al lago Van, en los tramos más orientales del ámbito bizantino. (El lago Van había sido el centro del antiguo país de Urartu).

En el 1067, un capaz general, Romano Diógenes, estaba al frente del Imperio Bizantino, y Alp Arslán juzgó más conveniente evitar una guerra con él. De todos modos, estaba mucho más interesado en arrancar Siria a los fatimíes de Egipto, quienes eran chiitas heréticos, que en guerrear con los cristianos. Por ello, pactó una tregua con Romano y se marchó al Sur.

Pero Mantzikert estaba aún en manos turcas, y Romano no pudo resistir la tentación de completar la tarea, con tregua o sin ella. Avanzó hacia la ciudad, y, cuando a Alp Arslán le llegaron noticias de esto, abandonó con renuencia su aventura siria y se lanzó hacia el Norte.

Los dos ejércitos se encontraron en Matzikert en el 1071. Romano tenía un ejército mayor y rechazó la oferta de Alp Arslán de llegar a un acuerdo pacífico. El ejército bizantino, formado por compactas masas humanas, embistió confiadamente el centro de las líneas turcas. Los turcos cedieron lentamente, combatiendo con un mínimo de esfuerzo, mientras obligaban a los bizantinos a agotarse sudando, ya que era un día de verano extraordinariamente caluroso.

Cuando estaba cayendo el crepúsculo, los bizantinos trataron de retirarse a su campamento para pasar la noche y reiniciar la lucha al día siguiente, pero habían avanzado tan profundamente en el centro de las líneas turcas que éstas los encerraron por tres lados como una gran media luna. Alp Arslán dirigió a sus hombres con soberbia pericia e hizo que en las puntas de la media luna estuviesen apostadas tropas frescas, vigorosas y descansadas. Mientras éstas se cerraban por ambos lados, la caballería turca eligió el momento de mayor confusión para avanzar cerrando la apertura de la media luna.

El ejército bizantino fue aniquilado y Romano Diógenes tomado prisionero. Pero Alp Arslán nunca volvió a Siria. Una revuelta en el Lejano Oriente le obligó a marchar allí, donde murió al año siguiente.

La derrota de Mantzikert fue el fin del Imperio Bizantino como gran potencia. Durante cuatro siglos había resistido solo a las fuerzas del islam, pero ya no pudo seguir haciéndolo.

Los turcos se abalanzaron sobre Asia Menor y ya nunca serían expulsados de ella. La lucha de once siglos de Roma contra el Este finalmente fracasó cuando el Asia Menor se volvió turca e islámica y siguió siéndolo hasta la actualidad. El Imperio Bizantino sobrevivió unos siglos más, pero sólo en las sombras. Fueron los cristianos de Europa Occidental los que ahora se presentaron como los grandes adversarios del islam.

El mundo islámico contribuyó al ascenso de la cristiandad occidental (involuntariamente, por supuesto), con un suicidio intelectual. Esto no se hizo manifiesto de inmediato, pues a Alp Arslán le siguió, en el 1072, Malik Sha, el más grande de los selyúcidas. Fue más que un guerrero. Construyó mezquitas por respeto a la religión, y canales por respeto al mundo. También estimuló el saber y creó escuelas en Bagdad.

Durante su gobierno, una comisión de sabios, entre los que estaba el poeta y astrónomo persa Omar Khayyam, llevó a cabo una reforma del calendario cuyo resultado fue un calendario que, en algunos aspectos, es mejor que el que ahora usamos. Omar Khayyam es más conocido por sus series de versos de cuatro estrofas que fueron traducidos al inglés en 1859 por Edward Fitzgerald. Desde entonces, han sido enormemente populares en el mundo de habla inglesa.

Pero una generación más tarde, se destacó otro persa, al-Gazzali, en cuyas obras filosóficas, publicadas poco después del 1100, defendía la doctrina islámica tradicional contra la ciencia pagana de los griegos. Fue seguido por los musulmanes y la ciencia islámica decayó rápidamente.

El más grande de todos los filósofos islámicos, el musulmán español Ibn-Rushd, más

conocido por la forma latinizada de Averroes, elaboró sus grandes interpretaciones de Aristóteles hacia el 1150. Éstas fueron completamente ignoradas por los musulmanes, ahora anticientíficos, pero fueron recibidas con entusiasmo por la cristiandad occidental. Así, mientras el islam se sumía en las tinieblas intelectuales, la cristiandad occidental iniciaba un ascenso que daría origen al mundo actual.

La nueva etapa del duelo entre el Este y el Oeste, en la que intervendría la rama occidental del mundo cristiano, se inició como resultado de las victorias militares de Malik Sha.

En el 1076, Malik Sha finalmente logró arrancar Siria a los fatimíes. También conquistó Palestina, que incluía la ciudad de Jerusalén, y aquí empezaron a cambiar las cosas.

Bajo el gobierno relativamente laxo de los califas abasíes y de los fatimíes de Egipto, los cristianos de todas las partes de Europa podían efectuar peregrinaciones a Jerusalén sin hallar serios obstáculos. Pero los turcos selyúcidas estaban llenos del fervor de los conversos y se sentían ofendidos por la vista de los infieles. Los peregrinos empezaron a sufrir atropellos, y esto hizo finalmente que ejércitos occidentales marchasen a Tierra Santa a buscar venganza.

Naturalmente, había muchas y buenas razones sociales y económicas para explicar por qué debía producirse en ese momento una tremenda ofensiva occidental contra el islam, pero lo que movió al hombre común de Europa Occidental a apoyar esa desesperada aventura era lo que ahora llamamos «cuentos sobre atrocidades».

Los peregrinos que retornaban de Palestina (o pretendían haberlo hecho) iban de aldea en aldea helando la sangre de todos los que deseaban oírlos con cuentos sobre las crueldades de los turcos. El que más éxito tuvo de esos propagandistas fue uno llamado Pedro el Ermitaño, quien luego contribuyó a conducir un andrajoso ejército de campesinos al Este, a las penurias y la muerte (de las que él de algún modo logró escapar).

En el 1096, un verdadero ejército, conducido por nobles franceses, partió hacia el Este, cada uno de los cuales llevaba una cruz de tela cosida sobre sus ropas. Éste era el símbolo de que estaban luchando por la cristiandad contra los musulmanes. Por ello, a esos movimientos se los llamó «Cruzadas», de la palabra latina que significa cruz.

Los asesinos

De haber vivido Malik Sha o de haber ocupado su lugar un sucesor igualmente capacitado, las Cruzadas seguramente habrían fracasado en un principio.

El hecho de que las Cruzadas lograsen algún éxito se debió, sobre todo, a las querellas internas del mundo musulmán. El avance turco había sido una constante victoria de los sunníes sobre los chiitas, y era tiempo de que éstos contraatacasen. Los extremistas ismailíes del movimiento chiita habían apoyado a los fatimíes contra los turcos selyúcidas, pero, en el año 1090, siguieron su propio camino.

Uno de los líderes ismailíes, Hasan ibn al-Sabah, se apoderó de un valle en la accidentada región situada al sur del mar Caspio, a unos 110 kilómetros al norte de la capital selyúcida de Hamadán. Rodeado de montañas, ese valle era prácticamente inexpugnable, y al-Sabah (y todos sus sucesores) fue llamado «el Viejo de la Montaña».

Sus adeptos eran educados en una lealtad absoluta al Viejo. Se decía que los estimulaba a mascar hachís (similar a lo que ahora llamamos marihuana) y luego explicaba las alucinaciones que provocaba la droga como visiones del cielo, en el que entrarían inmediatamente si cumplían con su deber. (Es posible que esta historia haya sido difundida por los enemigos de la secta).

A causa de ello, los seguidores del Viejo de la Montaña fueron llamados *hashishin* («fumadores de hachís»). Para los europeos, este nombre se convirtió en la voz «asesinos».

El método de acción de la nueva secta era sencillo, aunque terrorífico. No actuaban contra la gente común ni trataron de organizar ejércitos. En cambio, formaban agentes secretos cuya misión era matar a gobernantes, generales y líderes. Golpeaban en el corazón y eran prácticamente imparables, pues un criminal al que no le interesa escapar, tarde o temprano logra éxito, con seguridad. Sólo la dificultad para escapar es lo que complica la mayoría de tales planes. Debido a las actividades de esta secta, toda muerte provocada premeditadamente es llamada hoy un «asesinato».

Los primeros blancos de los Asesinos fueron, por supuesto, los líderes sunníes, aunque también mataron a los chiitas que juzgaban extraviados (es difícil satisfacer a un extremista). Su primer gran golpe fue el asesinato de Malik Sha, en el 1092.

El Reino selyúcida inmediatamente se fragmentó, pues aspiraban al trono diferentes miembros de la dinastía. Como sucede a menudo, ninguno de los contendientes obtuvo un triunfo total, y mientras cada uno combatía a sus hermanos, tíos y primos, los cruzados se abrieron camino hasta Siria y, finalmente, llegaron a Jerusalén, en el 1099, sometiéndola a un despiadado saqueo.

Las costas orientales del Mediterráneo pronto se dividieron en Estados cristianos occidentales, bajo el liderazgo del «Rey de Jerusalén». Una parte de la Mesopotamia noroccidental fue ocupada y organizada para construir el Condado de Edesa. Durante casi cincuenta años, los barones cristianos dominaron la ciudad donde, ocho siglos atrás, el emperador romano Valeriano había caído prisionero de los persas. Ese período de medio siglo fue la primera vez que los cristianos gobernaron alguna parte de Mesopotamia. Esta situación no se iba a repetir hasta nueve siglos después.

Mientras los cruzados y los turcos combatían sangrientamente, los asesinos atacaban ágilmente a unos y otros con torva imparcialidad. Los turcos trataron de aplastar al Viejo de la Montaña mediante expediciones militares, pero fueron fácilmente rechazados cuando trataron de penetrar en las agrestes montañas. Y mientras los asesinos defendían su fortaleza, trataban de establecer centros subsidiarios en Mesopotamia y Siria; durante siglo y medio impusieron un reinado del terror sobre el islam. Ningún gobernante de Oriente Próximo pudo dormir tranquilo.

Los selyúcidas, divididos como estaban, no podían montar un eficaz contraataque contra los cruzados. Y cuando el contraataque se produjo, no estuvo conducido por un turco, sino por un hombre de ascendencia armenia que había nacido en Mesopotamia. Era Salah al-Din («honor de la fe») y había nacido en Tikrit, a orillas del Tigris, situada a mitad de camino entre Bagdad y las antiguas ruinas de Nínive. Una aventurera vida de guerras contra los cruzados lo había llevado a adueñarse de Egipto. En el 1171, derrocó al gobierno fatimí y proclamó el retorno de Egipto a la doctrina sunní.

Reformó el gobierno y la economía egipcios y también se apoderó de Siria. En el 1187, derrotó a los cruzados y retomó Jerusalén; pronto invadió todo el territorio restante que había estado en poder de ellos.

Para recuperar al menos parte de las posesiones cristianas, fue necesaria otra cruzada, cuyo jefe fue Ricardo Corazón de León, monarca de Inglaterra. El campeón musulmán ganó fama inmortal en la leyenda bajo la forma cristiana de su nombre, Saladino.

El terror de Asia Central

Pero mientras cristianos y musulmanes luchaban en los ensangrentados campos de Palestina y Siria, los mongoles de Asia Central preparaban una nueva y monstruosa invasión.

El fundamento para la irrupción de los mongoles en la historia del mundo fue puesto en el 1206, cuando su jefe, Temujin, logró unir las diversas tribus de Mongolia. Pronto adoptó el nombre de Gengis Kan. Este nombre significa «rey universal», y Gengis Kan debe de habérselo tomado al pie de la letra, pues inmediatamente se embarcó en un proyecto de ilimitadas conquistas. Podía parecer que se trataba de un plan alocado, pues los mongoles no eran más de un millón, rodeados por poderosas civilizaciones con avanzadas tecnologías.

Pero Gengis Kan sorprendió al mundo. Era un genio organizador, que estaba adelantado en siglos con respecto a su época en cuanto a estrategia militar. Fue el primer hombre que supo llevar una guerra en una escala verdaderamente continental; el primero que llevó a cabo una *Blitzkrieg* en el sentido moderno. Sus jinetes hacían batidas independientes en grupos distanciados a miles de kilómetros unos de otros para reunirse en un punto fijado de antemano, mientras diversas señales y mensajeros mantenían a las unidades en contacto unas con otras. Los mongoles prácticamente vivían sobre sus peludos poneys y podían avanzar a velocidades que no serían igualadas, en operaciones militares, hasta la invención del motor de combustión interna.

Como los asirios, los mongoles utilizaban el terror como arma: matanzas al por mayor cuando se les ofrecía la menor resistencia, pero siempre exceptuando a los técnicos de todo tipo para usar sus habilidades en la siguiente conquista.

Gengis Kan murió en el 1227, pero en los veintiún años que dirigió sus ejércitos, conquistó la mitad de China e irrumpió en Persia oriental.

Gengis Kan tenía una concepción del mundo sencilla: el nomadismo era, para él, el modo apropiado de vida. Su ideal habría sido eliminar todas las ciudades y poner fin a la civilización. Se lo persuadió con dificultad a que dejara intactas las ciudades chinas, con el argumento de que los habilidosos habitantes de las ciudades podían serle útiles.

Teniendo su base urbana en el Este, fue menos cuidadoso con las regiones sedentarias del Oeste. Las matanzas colectivas en Persia y la destrucción de las ciudades llevó a la disgregación de los sistemas de irrigación que sólo se mantenían por el trabajo estrechamente

cooperativo de las poblaciones sedentarias. Este laborioso trabajo de siglos fue deshecho y zonas que eran fértiles por la infatigable labor de los hombres se convirtieron en semidesiertos, con resultados que se han hecho sentir hasta hoy, siete siglos después.

A Gengis Kan le sucedió su hijo Ogodai Kan, quien amplió la capital de su padre, Karakorum, que estaba casi en el centro de lo que es ahora la República Popular de Mongolia.

En el 1236, fue enviada una fuerza expedicionaria contra Europa que obtuvo rápidas victorias. Rusia y Polonia fueron tomadas enseguida y los mongoles, que estaban a punto de entrar en el corazón de Alemania, sólo se detuvieron por la afortunada (para los europeos) muerte de Ogodai, a fines del 1241. Los generales mongoles tuvieron que retornar a Karakorum para participar en la elección de un nuevo kan.

Hubo algunos problemas, pero, finalmente, fue establecido en el trono un nieto de Gengis, Mangu Kan, en el 1251. Durante esta década de incertidumbre, el vasto Imperio Mongol quedó totalmente intacto. Nadie osó moverse contra él. Los mongoles se llamaban a sí mismos «tártaros», pero para los postrados europeos «tártaros» significaba criaturas del Tártaro (el Infierno).

Una vez asentado Mangu firmemente en el trono, se reinició el proyecto mongol de conquista mundial. El hermano de Mangu, Kublai, recibió el encargo de subyugar lo que quedaba de China, mientras otro hermano, Hulagu, fue puesto al frente de la campaña contra el mundo musulmán.

Hulagu comenzó su campaña a fines del 1255 desplazándose hacia el Sudoeste desde el mar de Aral. Rodeó el mar Caspio y envió a sus hombres en bandada al apartado valle del Viejo de las Montañas. Los Asesinos habían resistido a los mejores ejércitos y los más capaces generales que los musulmanes habían podido enviar en su contra, pero acabar con ellos fue para los mongoles un juego de niños. Los barrieron totalmente y quedaron de golpe reducidos a la insignificancia. Todavía hoy existen restos de los ismailíes. Su jefe lleva desde 1800 el título de Aga Kan, pero estos jefes son hoy conocidos como *playboys*, no como temibles asesinos.

El ejército de Hulagu luego se dirigió hacia el Sur, para penetrar en Mesopotamia. Se enviaron mensajeros al califa para ordenarle que compareciera ante Hulagu como suplicante y desmantelara Bagdad.

El califa era al-Mutasim. Se había negado antes a aliarse con los mongoles contra los Asesinos y ahora se negó a rendirse. No sabemos cuándo ni cómo logró el coraje (o la locura) para hacer esto. Los mongoles no se inmutaron por su desafío. En el 1258 barrieron al

ejército reclutado por el califa y se arrojaron sobre Bagdad, a la que sometieron a un salvaje saqueo que duró muchos días. Se supone que mataron a cientos de miles de personas, y fueron destruidos indiscriminadamente los tesoros acumulados durante siglos.

Al-Mutasim tuvo el melancólico honor de ser el último de los califas abasíes de Bagdad, linaje que se remontaba cinco siglos atrás. Según ciertos relatos, fue estrangulado; según otros, fue pateado hasta morir.

Pero aunque el califato llegó a su fin en Bagdad, no fue borrado completamente. Con fines exclusivos de propaganda, los gobernantes de Egipto recibieron a un miembro de la familia abasí que había logrado escapar de la destrucción general de Bagdad y lo proclamaron califa. El Califato abasí de Egipto sólo fue reconocido en este país, pero subsistió allí durante dos siglos y medio.

La comunidad judía de Mesopotamia también llegó prácticamente a su fin con el advenimiento de los mongoles, después de dieciocho siglos de oscilante historia que se remontaba a los tiempos de Nabucodonosor. Durante algunos siglos, la comunidad había estado decayendo, y el liderazgo intelectual judío había pasado a otras partes del islam, a Egipto y España. Pero ahora desapareció totalmente de la historia.

El califato y la comunidad judía no fue todo lo que llegó a su fin en Mesopotamia. La destrucción y despoblación de la tierra provocó la desorganización y aniquilación del sistema de canales. Es verdad que había estado en decadencia desde hacía un siglo, pero podía haber sido restaurado a tiempo, como había sucedido antes en más de una ocasión. Mas lo que ocurrió después de la devastación mongólica no permitía ninguna restauración.

El vandalismo que ello suponía es algo que nos espanta. Esos canales habían sustentado una elevada civilización en Mesopotamia durante más de cinco mil años. Habían llegado y pasado invasiones, destrucciones y edades oscuras, pero los canales habían sobrevivido y la riqueza de Mesopotamia, por mucho que se la dilapidase y disipase, siempre había sido recuperada.

Pero ahora no fue posible. El sistema de canales desapareció, y Mesopotamia decayó hasta la miseria total, que no la ha abandonado hasta el presente.

En el 1259, Mangu Kan murió y fue sucedido por Kublai. Cuando subió al poder, gobernó sobre el más grande imperio que haya sido nunca gobernado por un solo hombre. Desde el Pacífico hasta Europa Central, dominaba sobre unos 28.000.000 de kilómetros cuadrados, un tercio de la superficie de todo el hemisferio oriental. Este récord no ha sido batido hasta el día de hoy.

Pero en el momento en que Kublai subía a ese trono sin igual, estaba próximo a su fin, cuando el insaciable Hulagu, después de completar la conquista de Mesopotamia, penetró en Siria.

Extrañamente, fue bien recibido por algunos sectores de la población. La principal esposa de Hulagu era una cristiana nestoriana; los jefes mongoles, en general, estaban bastante interesados en el cristianismo. Para los cristianos de Oriente Próximo, los mongoles eran aliados potenciales contra los musulmanes.

Pero aún se alzaba como obstáculo una potencia musulmana. Egipto estaba gobernado por los descendientes de Saladino, pero el poder real estaba en manos de una casta militar de esclavos llamados los «mamelucos» (de una palabra árabe que significa «esclavo»). El jefe de esa banda por la época en que los invictos mongoles se dirigían a Egipto era Barsbay. Era un hombre descomunal, de una ferocidad y una valentía casi demoníacas. Llevó a sus mamelucos a Siria, y cerca de Damasco se enfrentó a los mongoles. El mismo Barsbay condujo personalmente la carga salvaje de los mamelucos que aplastó al ejército mongol en el año 1260.

Fue la primera derrota sufrida por los mongoles en medio siglo de ininterrumpida expansión. Esa derrota salvó a Egipto, pero sus efectos tuvieron mayor alcance. Enseñó al mundo que los jinetes del Infierno, los demoníacos tártaros, podían ser derrotados. El Imperio Mongol dejó de expandirse.

Persia y Mesopotamia quedaron en manos de Hulagu, aun después de que la victoria de Barsbay hubiese detenido su avance. Él era el «Il-Kan» («gobernador regional») y, por consiguiente, sus descendientes son llamados los «ilkanes».

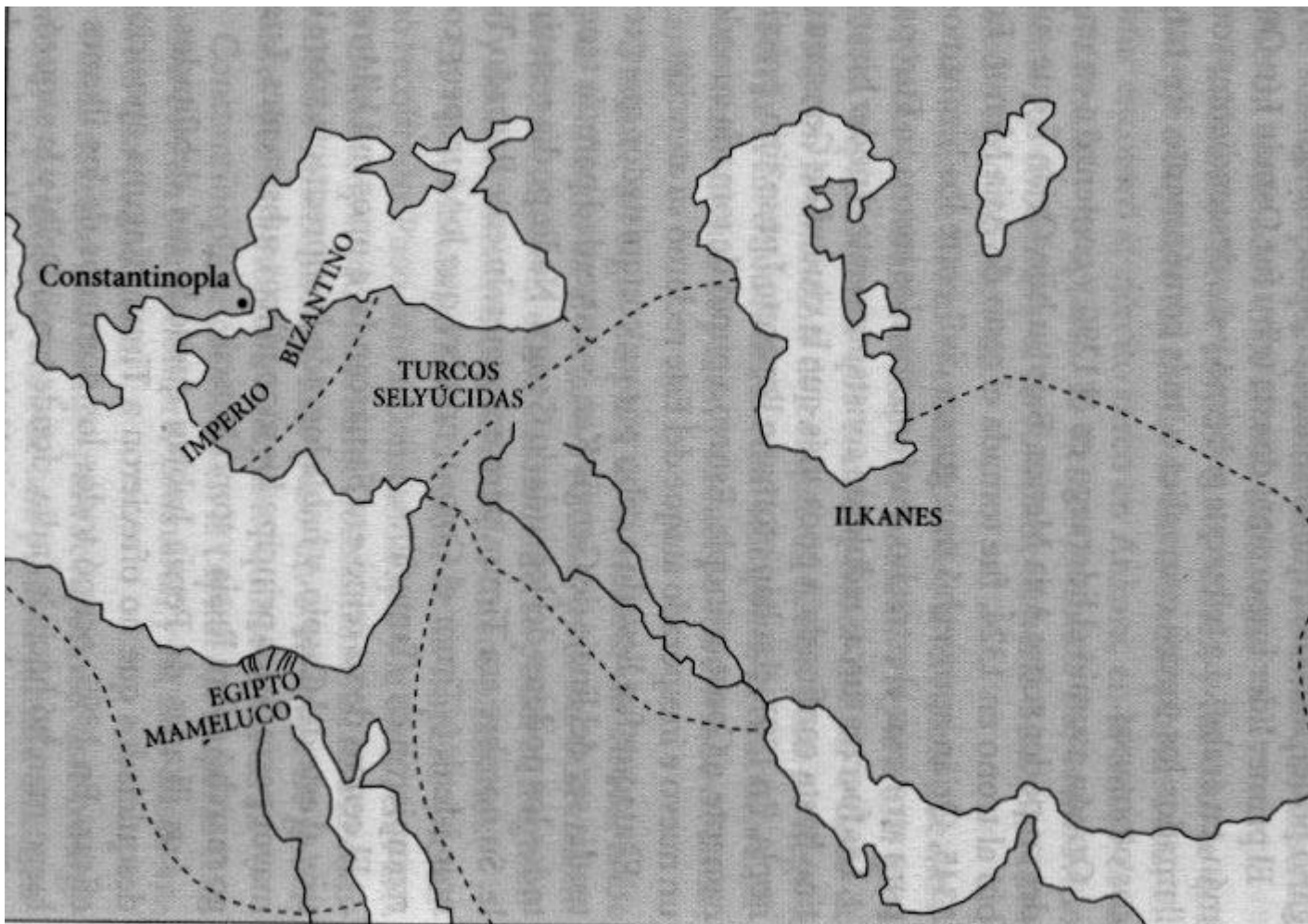
Al principio, los ilkanes fueron más bien antimusulmanes. El hijo de Hulagu, que le sucedió en el 1265, estaba (como su padre) casado con una cristiana, una princesa bizantina. Los cristianos gozaron de considerable favor en su reino, y se intentó establecer relaciones diplomáticas con las potencias cristianas de Europa. Pero la población siguió siendo tenazmente musulmana.

En el 1295, subió al trono un nuevo ilkán, Gazán, y con él llegó a su fin la lucha contra lo inevitable que había durado una generación. Se convirtió al islam, y con esto terminó la guerra fría entre los gobernantes y los gobernados. También declaró su independencia formal del gobierno central de Mongolia. (Kublai Kan acababa de morir en el 1294, y con su muerte se desintegró la unidad mongólica).

La dominación mongólica se había suavizado por entonces. China había creado el papel moneda, que funcionó bien como conveniente sustituto de la moneda acuñada mientras

la población tuvo confianza en tal papel. Los ahora progresistas ilkanes trataron de introducirlo en su reino, pero el intento fracasó. La gente no aceptaba tiras de papel escritas a cambio de artículos valiosos, y se produjo un caos financiero. Hubo que dar fin al experimento.

La vida intelectual se reanimó, y bajo los ilkanes actuó un sabio llamado Rashid al-Din. Nació en Hamadán por el 1250, fue médico, visir y compuso una historia de los mongoles. En ésta, escribió también sobre la India, China y hasta sobre la distante Europa, esto es, sobre todos los pueblos a los que había llegado la conquista o la presión mongólicas. Fue un intento de escribir una historia mundial, y la primera vez que se emprendía un proyecto semejante, en un sentido razonablemente moderno.



Persia bajo los Ilkanes.

Los otomanos

El huracán mongol había destruido los últimos restos de la dominación selúcida. Pero apareció una nueva tribu turca y ganó poder, a medida que declinaba el poder mongol.

El primer líder importante de esta tribu fue Osmán I (u Otmán, en árabe). La tribu que gobernó y sus descendientes son llamados los turcos osmanlíes o, más comúnmente, los turcos otomanos.

Otmán asumió el liderazgo en el 1290 y comenzó a extender su poder sobre Asia Menor. Bajo su hijo Orján I, que subió al trono en 1324, fue tomada el resto de Asia Menor. En 1345, Orján aprovechó una guerra civil entre los bizantinos para atravesar el estrecho, y así entraron los turcos en Europa.

Las fuerzas turcas redujeron constantemente el poder bizantino hasta confinarlo a poco más que la ciudad de Constantinopla. En 1391, el sultán otomano Bayaceto I puso sitio, prácticamente, a Constantinopla. Estuvo a punto de tomarla cuando un nuevo e inesperado ataque del Este reclamó su atención.

El ataque fue llevado a cabo por un conquistador que pretendía ser del linaje de Gengis Kan, y en verdad parecía tener todos los poderes del legendario Gengis. Nadie podía resistirle. Su nombre era Timur, pero era generalmente llamado Timur-i-lenk («Timur el Cojo»), nombre que los europeos corrompieron en «Tamerlán».

El centro de su reino era Samarcanda, a unos mil kilómetros al este del Caspio, y había logrado la supremacía sobre la mayor parte de los principados mongólicos subsistentes. Luego marchó sobre Rusia y tomó Moscú.

Los ilkanes de Persia habían quedado tan debilitados y desquiciados que no ofrecieron a Timur ninguna oposición eficaz. En 1395, ocupó todos los dominios de los ilkanes y luego marchó hacia la India, donde tomó Delhi y la saqueó.

Timur tenía a la sazón casi setenta años, pero la edad no detuvo al terrible viejo. En 1400, invadió Siria y allí hizo lo que no había podido hacer Hulagu siglo y medio antes, pues se enfrentó a un ejército mameluco, lo derrotó y ocupó Damasco.

Luego se dirigió a Bagdad, que aún resistía. En 1401 la tomó, y si su pillaje no fue tan

destrutivo como el de Hulagu, fue solamente porque quedaba mucho menos que destruir. Fueron asesinados unos 20.000 habitantes.

Finalmente, Timur invadió Asia Menor, y fue esto lo que distrajo a Bayaceto del asedio de Constantinopla. En 1402, Timur encontró al ejército turco en Ankara, en la mitad de la península, y lo aplastó. El Reino Otomano fue conmovido hasta sus cimientos y el tambaleante Imperio Bizantino tuvo medio siglo más de vida.

La férula de Timur se extendió sobre el territorio que antaño había constituido el Imperio Sasánida. Preparó una gran fuerza expedicionaria que condujo hacia el Este a fines de 1404, con la intención de conquistar China. Pero no llegó a hacerlo. A fin de cuentas, la edad siempre es la vencedora. Timur murió al mes de partir, y su cuerpo fue enviado a Samarcanda.

Durante un siglo después de la muerte de Timur, hubo gran confusión en el Oriente Próximo, pues sus descendientes riñeron unos con otros. Lentamente, su poder se fragmentó y declinó, mientras revivía el de los turcos otomanos.

En 1451, Mohamed II era el sultán de un Imperio Otomano recobrado. Puso sitio a Constantinopla y la tomó, en 1453. El último emperador bizantino, Constantino XI, murió combatiendo valientemente. Esto puso fin a un linaje de gobernantes que se remontaba a Augusto, quince siglos atrás.

Constantinopla se convirtió en la capital del Imperio Otomano con un nuevo nombre, Estambul, y ha sido desde entonces una ciudad turca.

Persia necesitó más tiempo para recuperarse. Este resurgimiento se produjo por obra de una piadosa familia chiita cuyos miembros fueron llamados los safawíes, por su fundador, Safi al-Din, que vivió en tiempos de Hulagu.

En 1501, un miembro de esa familia, Ismaíl, capturó la ciudad de Tabriz, a unos 240 kilómetros al oeste del mar Caspio, y desde allí estableció su dominación sobre Persia. El territorio había sido desde hacía tiempo un campo de batalla de ideas entre los sunnís y los chiitas, pero por entonces predominaban los sunnís. Ismail, sin embargo, se esforzó por llevar a sus súbditos al chiismo y lo logró. Desde entonces, Persia ha sido predominantemente chiita. El Imperio Otomano, en cambio, fue fanáticamente sunní, y el ascenso de Persia fue contemplado con gran disgusto. En 1512, Selim I fue proclamado sultán otomano y conocido como «Selim el Cruel», pues fue, en verdad, un feroz guerrero. En 1516 y 1517, conquistó Siria y Egipto, agregándolos a sus dominios. En Egipto capturó al último de los descendientes del abasí que había huido de Bagdad después del holocausto de Hulagu. Según relatos posteriores, Selim obligó a ese último abasí a otorgarle el título de

califa. Como resultado de ello, los posteriores gobernantes otomanos reclamaron firmemente ese título.

Selim también midió sus fuerzas con Ismaíl. Los campeones del sunnismo y el chiismo se encontraron en Chaldirán, en Armenia, el 23 de agosto de 1514. Selim logró la victoria y se apoderó de la región situada al oeste del Caspio, donde una docena de años antes Ismaíl había iniciado su propia carrera de conquistas.

Pero Ismail sobrellevó la adversidad. Cuando Selim volvió a Siria y Egipto, Ismaíl logró impedir que los turcos siguieran avanzando hacia el Este. Hasta consiguió establecer su poder sobre Mesopotamia, que, como Persia, se hizo en gran medida chiita, como consecuencia de ello.

El duelo por Armenia y Mesopotamia, que había durado tanto tiempo entre romanos y persas y luego entre cristianos y musulmanes, fue reiniciado por tercera vez sobre una nueva base: fue un duelo entre sunníes y chiitas que siguió durante cuatro siglos.

12. Los europeos

El retorno de los occidentales

Pero Europa Occidental se hizo sentir una vez más en la Edad Media. El último de los cruzados había sido arrojado de Siria en 1291, pero Europa volvió de una nueva manera. Lentamente, bajo la dirección de las potencias más occidentales, Portugal y España, creó un linaje de marinos que se aventuraron por las profundidades del océano y establecieron su dominación política sobre las tierras a las que llegaban.

El que más éxito tuvo de esos primeros imperialistas portugueses fue Alfonso de Albuquerque. Recorrió todas las costas del océano Índico y, en 1510, desembarcó en la isla de Ormuz, en la entrada del golfo Pérsico. También estableció su dominio sobre partes de la tierra continental adyacente. El sha Ismaíl protestó vigorosamente, pero empeñado en una lucha a muerte con los otomanos como estaba, no pudo llevar las cosas más allá.

Ismaíl fue sucedido por un hijo de once años, Tahmasp I, y mientras Persia pasaba por las incertidumbres de su minoría, tuvo que enfrentarse al Imperio Otomano bajo el más grande de sus gobernantes, Solimán el Magnífico.

Solimán derrotó a Persia una y otra vez, obligando a Tahmasp a trasladar su capital al Este, a Kazvin, cerca de donde los Asesinos habían tenido su fortaleza cuatro siglos antes. Más aún, Solimán arrancó Mesopotamia a los shas de Persia.

Durante el reinado de Tahmasp llegó a Persia el primer inglés. Era Anthony Jenkinson, empleado de una compañía cuya meta era facilitar y extender el comercio entre Inglaterra y Rusia. Una ruta posible de ese comercio era a través de la tierra persa, y en 1561 Jenkinson llegó a la corte de Persia en Kazvin para negociar la creación de tal ruta comercial. No tuvo éxito porque los sentimientos anticristianos en Persia eran demasiado fuertes.

En 1587 fue proclamado sha Abbas I. Fue el más capaz del linaje safawí y a veces se le llamaba Abbas el Grande. Se esforzó por reformar su ejército y ponerlo a la altura del de los turcos, en lo cual recibió una inesperada ayuda: en 1598 llegaron a su tierra algunos ingleses deseosos de negociar una alianza entre Persia y la Europa cristiana contra el Imperio Otomano. El jefe de esta misión inglesa era un experto soldado, sir Robert Shirley.

Sir Robert se quedó al servicio de Abbas y lo ayudó a reconstruir su ejército. El resultado fue que, en 1603, Abbas se sintió en condiciones de atacar a los turcos. Retomó todo el territorio conquistado por Selim y Solimán y, en particular, recuperó Mesopotamia y

marchó triunfalmente sobre Bagdad.

El reinado de Abbas I fue un tiempo de prosperidad para Persia. El sha estableció una nueva y espléndida capital en Isfahán, a 500 kilómetros al sur de Kazvin. Mejoró la red de caminos de su reino y alentó el establecimiento de puestos comerciales ingleses y holandeses.

Pero lo amargaba la continua presencia de los portugueses en la costa meridional, donde se habían establecido desde hacía ya un siglo. Con la ayuda de barcos de la compañía comercial británica, atacó a los portugueses en 1622 y finalmente los expulsó. Fundó en el lugar la ciudad de Bandar Abbas, por su propio nombre.

Después de la muerte de Abbas, en 1629, Persia declinó rápidamente, y tuvo la desgracia de que subiese al trono turco el último gobernante avezado de los otomanos. Se trataba de Murad IV, el último de los sultanes guerreros otomanos. Tan pronto como murió Abbas, Murad se lanzó hacia el Este y saqueó Hamadán en 1630. En 1638 tomó Bagdad. De nuevo, Mesopotamia volvió a ser turca, y esta vez el cambio sería permanente, pues nunca ya volvería al dominio persa.

En el siglo siguiente se produjeron perturbaciones aún mayores en el Este. Las tribus afganas conquistaron su independencia (con lo que comienza la historia del moderno Afganistán). En 1722, un ejército afgano invadió Persia y derrotó a un ejército persa mucho mayor. Tomó Isfahán y puso fin a su período de apogeo de un siglo.

Los rusos

Mientras Persia era acosada por el Oeste y el Este, experimentó el comienzo de un nuevo tipo de presión europea, por tierra y desde el Norte, pues los rusos, liberados finalmente de la dominación mongol, avanzaron hacia el Sur.

Mientras Persia se tambaleaba bajo la invasión afgana, Rusia estaba gobernada por el más grande de sus zares, Pedro I. Aprovechó ese momento para avanzar sobre el Cáucaso, e incluso ir más allá. Por un momento pareció que Persia desaparecería dividida entre turcos, rusos y afganos.

Si esto no ocurrió, fue por la repentina aparición de un general muy capacitado, Nadir Kuli. Por ascendencia, era un turco sunní, pero persa por ambición. Derrotó a los afganos, rechazó al Imperio Otomano y mantuvo viva a Persia. En 1736 depuso a Abbas III, el último de los safawíes (que habían gobernado Persia durante dos siglos y un tercio) y tomó directamente el gobierno en sus manos con el nombre de Nadir Sha.

Durante algunos años, Persia pareció ser nuevamente una potencia conquistadora. Nadir invadió la India en 1739, saqueó Delhi y se llevó inmensas riquezas, que, se decía, ascendían a quinientos millones de dólares. Se expandió por Asia Central y hasta derrotó a los turcos en las costas del mar Negro. Durante un tiempo, pareció restaurado el reino de los sasánidas.

Pero hasta las conquistas cuestan dinero y pueden ser más de lo que la economía de una nación puede soportar. Además, Nadir trató de imponer el sunnismo como religión oficial, y la población chiita se opuso a esto con torvo fervor. Sólo había un final posible: hubo un llamamiento a la rebelión y la conspiración, y, en 1747, Nadir fue asesinado.

En el confuso medio siglo que siguió, Persia cambió de capital varias veces. En 1796, se estableció en Teherán, a unos 110 kilómetros al sur del mar Caspio, que ha continuado siendo desde ese momento la capital de Persia.

Por entonces, las principales presiones que se ejercían sobre Persia provenían de los europeos: de los rusos en el Norte y de los británicos (que se habían establecido en la India) desde el sudeste.

Persia libró varias guerras con Rusia que, en general, perdió, y la dominación rusa se

extendió hacia el Sur desde el Cáucaso. En 1828, la frontera entre los dos países llegó a la línea actual, unos 110 kilómetros al norte de Tabriz.

Pero al este del mar Caspio continuó la expansión meridional de Rusia. En 1853, los ejércitos rusos acamparon en las costas del lago Aral. Hacia 1884 habían llegado a puntos situados a 650 kilómetros al sur de ese lago y establecieron la actual frontera entre Persia y Rusia.

Gran Bretaña hizo lo que pudo para proteger a Persia contra el avance ruso, no tanto por amor desinteresado a Persia como por temor a Rusia. Si Persia caía totalmente bajo la dominación rusa, podía verse amenazada la dominación británica sobre la India. Fue esta rivalidad entre Gran Bretaña y Rusia lo que provocó la Guerra de Crimea, de 1853 a 1856.

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX Persia apenas podía ser considerada independiente. Acosada por rusos y británicos, en guerra unos contra otros, los intereses de los persas no eran tenidos en cuenta para nada.

Casi lo único que pudieron hacer los persas por sí mismos fue fundar una nueva religión. Provino de Shiraz, situada a unos 65 kilómetros al sudoeste de donde dos mil años antes había estado la antigua Persépolis. En 1844, Mirza Ali Mohamed, un hombre de Shiraz, se declaró el Bab (esto es, la «puerta»), por donde debían recibirse nuevas revelaciones divinas. Predicó una forma de chiismo, al que se añadieron ciertos elementos del judaísmo y del cristianismo. El movimiento se difundió, pero pronto chocó con la desaprobación de los chiitas ortodoxos. El Bab fue ejecutado en 1850, y sus seguidores fueron enconadamente perseguidos y finalmente expulsados del país en 1864.

Uno de los adeptos del Bab se llamó a sí mismo Baha-Allah, o «esplendor de Dios». Logró llegar a Bagdad, donde predicó una nueva versión de esa religión que ha sido llamada en su honor behaísmo. Es aún más ecléctica que el babismo, pues predica la unidad de todas las religiones. No tiene sacerdotes ni rituales, y se limita a las enseñanzas éticas.

Al gobierno turco de Constantinopla la nueva doctrina no le agradó más que a los persas, y Baha-Allah fue exiliado a Palestina (que, bajo los turcos, era una tierra cubierta de malezas, semidesértica y casi abandonada). Baha-Allah murió allí en 1892, pero hasta hoy la sede del behaísmo está en Haifa, Israel.

Hasta el tiempo de la muerte de Baha-Allah, la nueva religión estuvo limitada al mundo musulmán, pero en 1890 se difundió por Occidente. Hoy es más fuerte en los Estados Unidos que en cualquier otra parte del mundo.

Los alemanes

La rivalidad ruso-británica habría continuado indefinidamente, de no haber sido porque ambos países debieron enfrentarse con un nuevo enemigo. En 1871, varios Estados alemanes se unieron para formar el Imperio Alemán, que muy pronto llegó a ser, en el terreno militar, el más próspero y fuerte Estado de Europa.

Cuando Guillermo II subió al trono de Alemania, en 1888, inició descabelladamente una insensata política exterior que atemorizó al resto del mundo. Rusia temió la presencia de su gran y eficiente ejército en su frontera occidental, y Gran Bretaña temió la nueva armada técnicamente avanzada que Alemania estaba por construir.

Por el temor que Alemania inspiraba a Gran Bretaña y Rusia, los dos viejos enemigos no tuvieron más remedio que unirse. En 1907 llegaron a un acuerdo informal. Parte de ese acuerdo se refería a Persia: Rusia reconocía el control exclusivo por Gran Bretaña de la costa del golfo Pérsico, y Gran Bretaña el control ruso de la costa del mar Caspio. Entre ambas se extendía una franja neutral que separaba suficientemente las dos influencias como para evitar problemas.

Fue una respuesta específica al intento alemán de introducirse en Oriente Próximo. Su influencia estaba creciendo en Turquía (los restos de un Imperio Otomano muy reducido), y en 1892 una compañía alemana obtuvo el permiso para construir un ferrocarril que atravesara Asia Menor hasta Mesopotamia, hasta Bagdad.

Finalmente, en 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, con Alemania de un lado y Rusia y Gran Bretaña del otro, Turquía se unió a los alemanes, pero Persia se declaró neutral.

Persia, y Oriente Próximo en general, era importante como ruta por la que Gran Bretaña y Rusia podían tomar contacto y rebasar al grupo alemán de potencias. Por ello en 1914, inmediatamente después de la entrada de los turcos en la guerra, los británicos desembarcaron en Basra, en territorio turco, cerca del extremo septentrional del golfo Pérsico. En la primavera de 1915, las fuerzas británicas iniciaron una marcha aguas arriba, para ocupar Bagdad.

En noviembre, los británicos llegaron a la antigua Ctesifonte, donde libraron una batalla con los turcos. Pero el avance no había sido fácil; el calor y las enfermedades habían

causado muchas bajas, y aunque la batalla con los turcos no fue una completa derrota, el ejército británico estaba suficientemente debilitado como para hacer aconsejable la retirada.

Los británicos se retiraron a Kut-al-Imara, ciudad a orillas del Tigris situada a unos 160 kilómetros aguas abajo de Bagdad. Los turcos la sitiaron en diciembre, y durante cinco meses los miembros del ejército británico (compuesto en su mayor parte por indios) se desangraron y pasaron hambre dentro de la ciudad, mientras fracasaban tres intentos de liberarlos. El 29 de abril de 1916, se vieron obligados a rendirse.

A fines de ese año, los encolerizados británicos reunieron un ejército mayor y mejor equipado, y penetraron nuevamente en Mesopotamia. En enero de 1917, lucharon con los turcos en Kut-al-Imara y esta vez obtuvieron la victoria y ocuparon la ciudad. El 11 de marzo estaban en Bagdad, y por primera vez en los once siglos de historia de la ciudad, la capital de los califas fue hollada por un ejército cristiano conquistador.

La guerra terminó en 1918 con la completa victoria de Gran Bretaña y sus aliados (incluidos los Estados Unidos, como «potencia asociada», pero con exclusión de Rusia, que había caído en la revolución y el caos, y había abandonado la guerra).

Poco después de la paz, el Imperio Otomano llegó a su fin, después de seis siglos de existencia.

Los pueblos sometidos no turcos que habían quedado después de 1918 fueron ahora liberados, pero no totalmente. Mesopotamia se convirtió, en teoría, en la nación independiente de Irak, pero de hecho los británicos dominaban el país por un «mandato» otorgado por la Sociedad de Naciones (una laxa unión de naciones fundada después de la Primera Guerra Mundial).

A los iraquíes no les gustó el acuerdo y se rebelaron contra sus nuevos amos británicos en 1920, pero la rebelión pronto fue sofocada. En 1921, Faysal, perteneciente a una importante familia árabe que había cooperado con los británicos durante la Primera Guerra Mundial, se convirtió en rey de Irak. Con un monarca propio, Irak recuperó más su autorrespeto como nación. El país se aplacó y durante veinte años mantuvo una razonable cooperación con los británicos.

Persia, entre tanto, tuvo mayor independencia que antes. Rusia, bajo su nuevo gobierno revolucionario, apenas pudo mantener intacto su territorio. No podía intentar aventuras imperialistas. Hasta los británicos, que habían sufrido bastante con la guerra, se sintieron menos ansiosos por extender su dilatado imperio (que abarcaba una cuarta parte de la superficie terrestre).

En 1921, un oficial persa, Reza Kan, se apoderó del gobierno de Persia y, en 1925, se proclamó sha. Bajo su dominación, Persia experimentó un vigoroso renacimiento nacionalista. Disminuyó la influencia británica, se firmaron tratados con Rusia (ahora la Unión Soviética) y Turquía; y el país se modernizó. En 1935, adoptó oficialmente el nombre de Irán, el viejo nombre iranio, en lugar del nombre griego «Persia».

Pero en el decenio de 1930 hubo un creciente descontento en Oriente Próximo. Los judíos estaban entrando en Palestina e intentaban la creación de un Estado judío independiente (movimiento llamado «sionismo»). A esto se oponían los diversos Estados musulmanes de Oriente Próximo. Como los judíos eran apoyados, en cierta medida, por la opinión pública occidental, Occidente vio cómo aumentaba su impopularidad, en especial entre los nacionalistas árabes, esta impopularidad ya era elevada debido a que las potencias coloniales impedían a los Estados árabes gozar de una independencia completa.

Lo que empeoró aún más las cosas fue que Alemania experimentó un resurgimiento en la década de 1930 y cayó bajo el poder del demoníaco Adolfo Hitler. Figuraba en su programa una fanática posición antijudía que agradó a los árabes antisionistas. Hitler hizo todo lo posible para influir en el Oriente Próximo y atraer a sus pueblos a su lado en la gran guerra que estaba planeando.

Así, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, en 1939, hubo nuevamente luchas en el Oriente Próximo.

La Alemania de Hitler ganó las primeras etapas de la guerra, al derrotar totalmente a Francia y reducir a Gran Bretaña a una desesperada lucha en el aislamiento. El gobierno de Irak supuso que Gran Bretaña estaba acabada y pensó que era el momento apropiado para proclamar su independencia con ayuda alemana.

Pero Gran Bretaña no estaba en modo alguno liquidada. En mayo de 1941, fuerzas británicas entraron en Irak, bombardearon sus aeródromos y ocuparon Bagdad.

En junio de 1941 los alemanes invadieron la Unión Soviética, y una vez más Gran Bretaña y Rusia estuvieron unidas ante el común enemigo alemán. Nuevamente fue necesario establecer una línea de comunicación entre las dos naciones, y Persia parecía la ruta más conveniente. Pero el sha de Persia, Reza Kan, era de simpatías claramente progermanas.

Gran Bretaña y la Unión Soviética no podían permitirse muchas ceremonias. Montaron una invasión combinada de Irán en agosto de 1941, obligaron al sha a abdicar y establecieron una sólida línea de comunicaciones a través de ese territorio.

Lentamente, la marea comenzó a cambiar, sobre todo después de que Estados Unidos fuese arrastrado a la guerra a causa del bombardeo de Pearl Harbor por los japoneses en diciembre de 1941. En 1945, Alemania fue derrotada por segunda vez, pero mucho más desastrosamente que antes.

Israel

En teoría, Irak era independiente desde 1932, en el que había sido admitido en la Sociedad de Naciones. Gran Bretaña conservaba allí una abrumadora influencia, como demostraron los sucesos de la Segunda Guerra Mundial.

Pero cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña ya no estaba en condiciones de mantener su imperio. La verdadera independencia de Irak data de entonces.

En la posguerra, influyeron en Irak tres procesos.

En primer término, el petróleo adquirió fundamental importancia para las potencias industriales del mundo. Automóviles, camiones, trenes, barcos y aviones son impulsados por derivados del petróleo, y sin él no pueden librarse guerras. Se descubrió que Oriente Próximo contiene las mayores reservas de petróleo del mundo, y las grandes potencias industriales se enfrentaron en una fiera rivalidad por franjas de territorio que tenían escasa importancia en otros aspectos. En la actualidad, más de la mitad de la renta nacional de Irak proviene de la venta de petróleo a potencias externas.

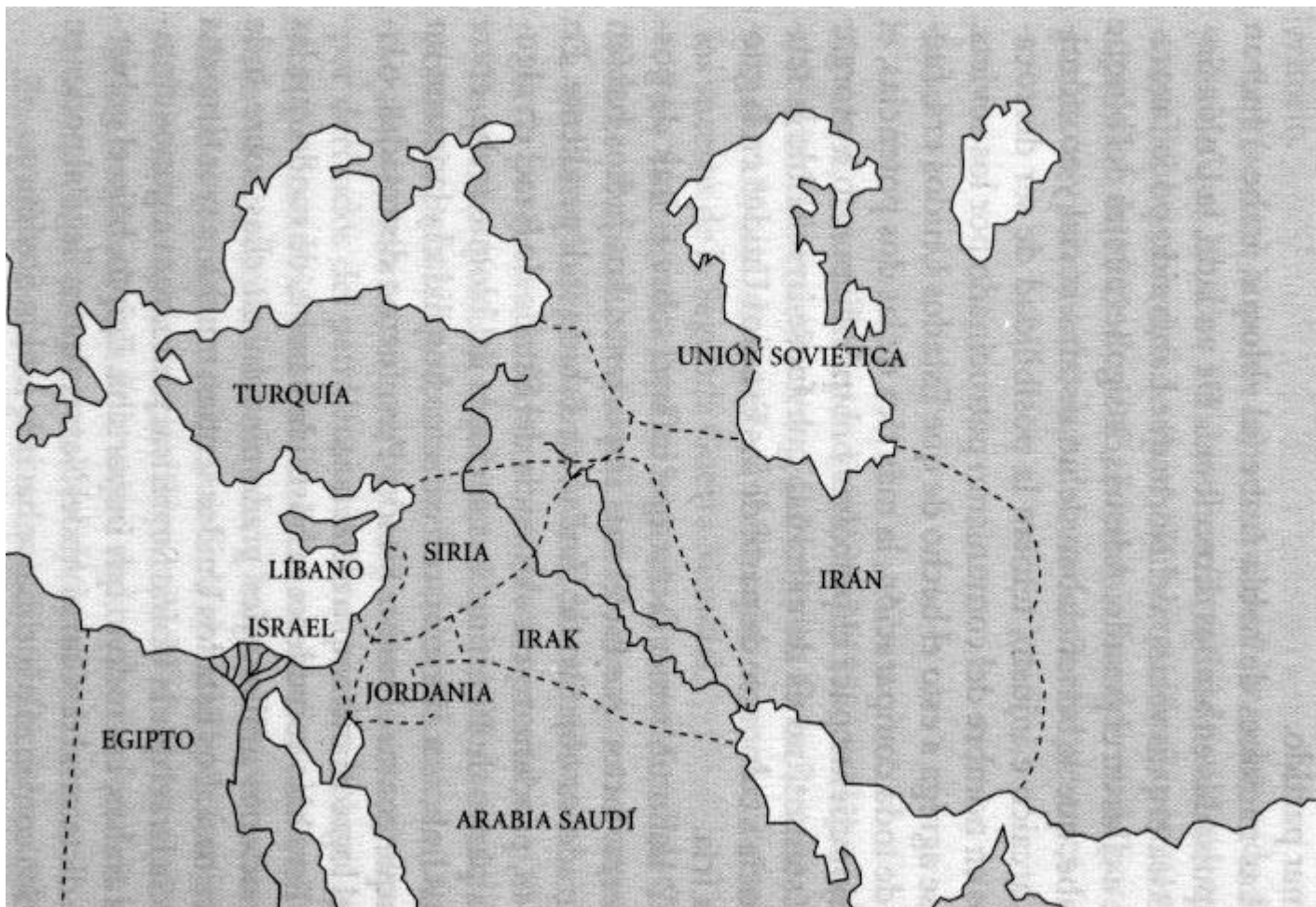
En segundo lugar, las potencias industriales del mundo de posguerra son, en esencia, dos: Estados Unidos y la Unión Soviética. Ambas se enfrentaron mutuamente en una rivalidad que no fue una guerra abierta, pero que se expresó de todos los modos posibles salvo la violencia directa. El resto del mundo se vio obligado a reaccionar de uno u otro modo ante esta «guerra fría». La mayoría de las naciones tuvieron que tomar partido.

Las naciones de habla árabe (el «bloque árabe») fueron impulsadas en ambas direcciones. De un lado, la Unión Soviética era un vecino del Norte que había sido poco favorable a ellas en el pasado. Además, los gobernantes del bloque árabe, que se beneficiaban de un sistema social y económico arcaico e injusto, temían la posibilidad de ser derrocados en nombre del comunismo patrocinado por los soviets. Si se agrega a esto el hecho de que Estados Unidos era, fuera de toda comparación, la más rica de las dos potencias, el mejor cliente para el petróleo y el más dispuesto a otorgar préstamos, no es de extrañar que fuese irresistible la tendencia a colocarse de parte de los Estados Unidos en la guerra fría.

Y hubo un tercer factor que influyó sobre el Irak de posguerra, factor que fue el más importante. Los judíos habían logrado su objetivo de fundar un Estado independiente. En 1948, proclamaron la existencia del Estado de Israel en algunas partes de Palestina. Las

naciones del bloque árabe, entre ellas Irak, reaccionaron con extrema hostilidad y lanzaron un ataque contra el nuevo Estado. Pero fueron derrotadas, e Israel logró mantener su existencia.

Esto hizo recrudecer la hostilidad árabe, de modo que las emociones antiisraelíes predominaron en ellas sobre toda otra cosa. Los Estados Unidos sentían mucha mayor simpatía hacia Israel que la Unión Soviética, y esto, para algunos círculos árabes, era todo lo que importaba. Egipto, bajo el gobierno dictatorial de Gamal Abdel Nasser (quien llegó al poder en 1954) comenzó a inclinarse hacia la Unión Soviética.



El Oriente Próximo contemporáneo.

El líder iraquí Nuri Pashá, para quien el anticomunismo era el factor dominante, se

movió en la dirección opuesta. Formó una alianza con otras tres potencias islámicas, Turquía, Irán y Pakistán, para constituir una sólida barrera anti-soviética a lo largo de la frontera meridional de la Unión Soviética. Las reuniones se realizaron en Bagdad, y la alianza fue conocida como el Pacto de Bagdad.

Pero Turquía, Irán y Pakistán no formaban parte del bloque árabe, pese a su carácter islámico, y no estaban particularmente interesadas en Israel. La participación de Irak en dicho pacto era antinatural e impopular entre buena parte de la población.

La impopularidad del pacto entre la población iraquí se exacerbó en 1956, cuando Israel se unió a Gran Bretaña y Francia para lanzar un ataque contra Egipto que sólo fue detenido por la acción conjunta de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La hostilidad hacia las potencias occidentales creció constantemente y, en 1958, estalló en Irak una revolución conducida por el general Abdul Karim Kassem. Nuri Pashá fue muerto y lo mismo Faysal II (que era rey desde 1953) y toda la familia real. Irak se convirtió en república y abandonó el Pacto de Bagdad, para volver a su posición antiisraelí.

Bajo Kassem, Irak se acercó mucho más a la Unión Soviética. Pero hubo muchas fricciones internas dentro de las naciones árabes. Nasser aspiraba al liderazgo total del bloque árabe, y en esto se le oponía Kassem. En 1963, un grupo de oficiales del ejército, indudablemente respaldados por Egipto, se apoderó del gobierno y mató a Kassem.

La nación luego se acercó a Egipto y a la posición contradictoria de Nasser, es decir, prosoviética pero anticomunista.

Finalmente, en 1967, estalló en Oriente Próximo una bomba retardada. Las naciones árabes, apoyadas por la Unión Soviética, se cernieron sobre Israel, que contraatacó en su auto-defensa. En una campaña relámpago que duró seis días, Israel derrotó a sus tres vecinos inmediatos, Egipto, Jordania y Siria, y ocupó partes de sus territorios.

Irak no intervino directamente, pero compartió la general humillación de los árabes.

Esa breve guerra puso de algún modo de manifiesto la trágica caída de la tierra de los dos ríos. En ella habían surgido, diez mil años antes, los primeros agricultores y las primeras ciudades. Cinco mil años antes había dado al mundo la primera escritura. En ella había surgido un imperio tras otro, y sus ciudades habían dominado todo el mundo conocido hasta hacía apenas mil años.

Pero crear y mantener una estructura tan intrincada como la civilización no podía hacerse sin pagar un precio por ello. La riqueza acumulada atrajo a las tribus bárbaras de sus

fronteras, y una y otra vez la compleja estructura social de Mesopotamia se vio penosa y ruinosamente desorganizada por invasiones bárbaras.

La oscilación del péndulo, del imperio a la incursión bárbara y nuevamente al imperio, una y otra vez, agotó las energías del pueblo, y los milenios de agricultura lentamente agotaron la tierra misma. La catástrofe de la destrucción de los canales por los mongoles sólo fue el último y repentino acto de un constante declive.

En el ínterin, los progresos y avances que se habían realizado originalmente a lo largo del Éufrates se difundieron por el mundo en ondas cada vez más amplias. La escritura sumeria llegó a Egipto; la astronomía de Egipto y Babilonia llegó a Grecia; y el saber de Grecia (a través del mundo árabe de la Edad Media) llegó por último a Occidente.

Y ahora Israel, que ha aceptado totalmente la tecnología occidental, puede mantener a raya a un mundo árabe que la supera numéricamente en veinte a uno pero que no ha aceptado cabalmente los procedimientos occidentales.

Sería lamentable que Irak y las otras naciones árabes, en su frustración, sólo tomaran de Occidente las armas de guerra. Si lo hacen, finalmente podrán derrotar a Israel por su mero peso y gratificar su orgullo, pero seguirán tan miserables como antes, pues los misiles y los aviones de reacción no pueden por sí solos curar las profundas enfermedades que aquejan a la región.

Cabe esperar que los métodos de la paz atraigan a las naciones árabes, pues su territorio y sus oportunidades son suficientemente vastos para permitirles enormes avances, si las energías gastadas en el mal humor se vuelcan, en cambio, en una modernización de la tecnología, una restauración del suelo y una renovación de la estructura económica, social y políticas de esas grandes y venerables tierras.

Cronología

NOTA: Las fechas anteriores al 1000 a. C. son aproximadas.

a. C.

B5000

Comienzos de la agricultura al nordeste del río Tigris.

5000

La agricultura se extiende a lo largo del curso superior del Tigris y el Éufrates.

4500

Comienzo del sistema de canales a lo largo del curso bajo del Éufrates.

4000

Los sumerios entran en la Baja Mesopotamia.

3100

Los sumerios inventan la escritura.

3000

Los acadios entran en Mesopotamia. Comienza a utilizarse el bronce.

2800

El gran Diluvio.

2700

Gilgamesh de Uruk.

2550

Eannatum de Lagash erige la «Estela de los Buitres».

2415

Urukagina de Lagash intenta efectuar reformas y fracasa.

2400

Lugalzagesi de Umma unifica Sumeria

2370

Sargón de Agadé derrota a Lugalzagesi y funda el Imperio Acadio.

2290

Naram Sin. Apogeo del Imperio Acadio.

2215

Los guti se apoderan de Agadé y destruyen el Imperio Acadio.

2150

Gudea de Lagash.

2100

Ur-Nammu de Ur. Se elabora el más antiguo código conocido.

2000

Elam conquista Ur y pone fin al período de la dominación sumeria. Los amorreos se filtran en Mesopotamia y toman Babilonia. Los nómadas de las estepas domestican el caballo.

1950

Abraham abandona Ur.

1900

Se extinguen la lengua y el sentimiento nacional sumerios.

1850

Los amorreos toman Asur.

1814

Shamshi-Adad I, monarca de Asiria, se convierte en el primer conquistador de este pueblo.

1800

Empieza a usarse el caballo y el carro. Las tribus hurritas comienzan sus correrías por las civilizaciones del Oriente Próximo.

1792

Hammurabi de Babilonia.

1750

Muerte de Hammurabi después de llevar a su apogeo el Imperio Amorreo e iniciar la grandeza de Babilonia.

1700

Se crea el Imperio Hitita en el este del Asia Menor. Los casitas invaden Mesopotamia.

1595

Los casitas se apoderan de Babilonia.

1500

Los fenicios inventan el alfabeto. Tribus indoeuropeas (los medos) se asientan en las montañas del norte y el este de Mesopotamia. Otras tribus (los arios) invaden la India. Fundación del Reino de Mitanni, que domina Asiria.

1479

Tutmosis III de Egipto derrota a los cananeos en Megiddo. Luego derrota a Mitanni y a los hititas.

1375

Los hititas fundan el «Nuevo Reino».

1365

Ashur-uballit obtiene la independencia asiria de Mitanni.

1300

Asiria absorbe Mitanni. Se descubre la fusión del hierro en las estribaciones montañosas del Cáucaso.

1275

Salmanasar I crea el Primer Imperio Asirio.

1245

Tukulti-Ninurta I (Nemrod). El Primer Imperio Asirio llega a su apogeo.

1200

Invasiones de los Pueblos del Mar. El Imperio Hitita es destruido y el Primer Imperio Asirio queda muy debilitado.

1174

Los elamitas toman Babilonia y se llevan el Código de Hammurabi.

1124

Nabucodonosor I de Babilonia.

1115

Teglatfalasar I de Asiria. Período del resurgimiento asirio.

1100

Los arameos se infiltran en la Media Luna Fértil.

1050

Asiria decae nuevamente bajo la presión de los arameos.

1013

David de Judá funda el Imperio Israelita en la mitad Occidental de la Media Luna Fértil.

1000

Los principados hurritas situados al norte de Asiria se unen para formar el Reino de Urartu.

973

Salomón de Israel.

950

Los caldeos se infiltran en Mesopotamia.

933

Muerte de Salomón. El Imperio Israelita se derrumba.

900

Los medos crían grandes caballos capaces de transportar guerreros armados.

889

Tukulti-Ninurta II de Asiria. El ejército asirio comienza a usar el hierro y máquinas de asedio. Segundo Imperio Asirio.

883

Asurnasirpal II de Asiria sube al trono, establece la capital en Calach y libra crueles guerras. Apogeo del Segundo Imperio Asirio.

859

Salmanasar III de Asiria.

854

Israel y Siria se unen para derrotar a Asiria en Karkar.

810

Sammu-rammat de Asiria (Semíramis). Asiria declina nuevamente.

750

Urartu llega a su apogeo con Argistis I. Los escitas invaden las regiones del norte del mar Negro y comienzan a rechazar a los cimerios al Cáucaso.

745

Teglatfalasar III de Asiria crea el Tercer Imperio Asirio.

729

Teglatfalasar III impone su dominación directa sobre Babilonia.

727

Salmanasar V de Asiria.

722

Sargón II de Asiria toma Samaria y destruye el Reino de Israel.

705

Senaquerib sube al trono de Asiria y establece la capital en Nínive.

701

Senaquerib asedia Jerusalén pero no logra tomarla.

689

Senaquerib saquea Babilonia.

681

Asarhaddón de Asiria.

673

Invasión de Egipto por Asarhaddón.

671

Asarhaddón saquea Menfis, en el Egipto Inferior.

669

Asarhaddón restaura Babilonia. Sube al trono Asurbanipal.

661

Asurbanipal saquea Tebas, en el Alto Egipto. Apogeo del Tercer Imperio Asirio.

652

Asurbanipal obtiene una victoria definitiva sobre los cimerios. Se crea el Reino Lidio en el Asia Menor occidental.

648

Asurbanipal derrota a su hermano Shamash-shumukin (Sardanápalo) en Babilonia.

639

Asurbanipal toma y destruye Susa. La historia de Elam llega a su fin.

625

Muerte de Asurbanipal. Nabopolasar domina Babilonia. Ciaxares reina en una Media unificada.

612

Nabopolasar toma y destruye Nínive. Crea el Imperio Caldeo.

608

Nekao II de Egipto derrota y mata a Josías de Judá.

605

Nabucodonosor II, rey de Caldea, derrota a Nekao y al último ejército asirio. Asiria y Urartu desaparecen de la historia.

587

Nabucodonosor II toma y destruye Jerusalén, y lleva a los judíos al exilio babilónico.

585

Nabucodonosor II pone sitio a Tiro. El Imperio Caldeo llega a su cúspide.

575

Zaratustra crea la religión zoroastriana en Media.

572

Nabucodonosor II se ve obligado a levantar el sitio de Tiro.

592

Muerte de Nabucodonosor II.

559

Ciro II proclama la independencia del principado persa de Anshan con respecto a Media.

550

Ciro II toma Ecbatana capital de Media. El Imperio Medo llega a su fin y es reemplazado por el Imperio Persa.

547

Ciro II derrota a Lidia. Fin del Reino Lidio.

539

Ciro II toma Babilonia. Fin del Imperio Caldeo.

538

Ciro II permite a los judíos volver a Jerusalén.

530

Cambises de Persia sube al trono.

525

Cambises toma Egipto.

522

Darío I sube al trono de Persia.

519

Darío I sofoca una revuelta en Babilonia.

516

Reconstrucción del Templo de Jerusalén.

499

Darío I aplasta la revuelta de las ciudades griegas de Asia Menor. Apogeo del Imperio Persa.

490

Los atenienses derrotan a los persas en Maratón.

486

Jerjes I sube al trono de Persia.

484

Jerjes I saquea Babilonia. Comienza la decadencia final de la ciudad.

480

Los griegos derrotan a los persas en Salamina.

465

Sube al trono Artajerjes I de Persia.

424

Sube al trono Darío II de Persia.

401

Artajerjes II derrota en Cunaxa a su hermano menor, Ciro.

400

«Los Diez Mil», conducidos por Jenofonte, se retiran de Cunaxa y llegan sanos y salvos a su patria.

358

Sube al trono persa Artajerjes III.

338

Filipo II de Macedonia une Grecia y planea la invasión de Persia.

336

Filipo II es asesinado. Le sucede en el trono macedónico Alejandro III (Magno). Darío III es rey de Persia.

334

Alejandro Magno invade el Imperio Persa y derrota a los persas en el Gránico.

333

Alejandro derrota a los persas en Isos.

331

Alejandro derrota a los persas en Gaugamela.

330

Darío III es asesinado por sus propios súbditos. Fin del Imperio Persa.

323

Alejandro Magno muere en Babilonia.

312

Seleuco I, general de Alejandro, toma Babilonia y funda el Imperio Seléucida. Construye una nueva capital en Seleucia, y Babilonia decae rápidamente hasta convertirse sólo en una aldea.

250

Bactria, bajo Diodoto I, y Partia, bajo Arsaces I, proclaman su independencia del Imperio Seléucida.

246

Tolomeo III de Egipto ocupa Mesopotamia por poco tiempo.

217

Antíoco III, del Imperio Seléucida, restaura temporalmente el dominio sobre Partia y Bactria. Apogeo del Imperio Seléucida.

190

Antíoco III es derrotado por los romanos.

175

Antíoco IV sube al trono del Imperio Seléucida.

171

Mitrídates I de Partia se independiza definitivamente y crea el Imperio Parto.

168

Los judíos se rebelan contra Antíoco IV conducidos por los macabeos.

150

Mitrídates I arranca Media al Imperio Seléucida.

147

Mitrídates se apodera de Mesopotamia. El Imperio Seléucida queda limitado a Siria.

139

Los partos tienden una emboscada al ejército seléucida y toman prisionero a su rey, Demetrio II.

138

Muerte de Mitrídates I.

129

Los partos establecen su capital en Ctesifonte. Seleucia mantiene su grandeza y prosperidad como ciudad griega.

127

Antíoco VII, monarca del Imperio Seléucida, muere en una batalla contra los partos.

95

Los partos colocan a Tigranes como rey de Armenia.

70

Tigranes se convierte en el monarca más poderoso del Asia Occidental. Apogeo de Armenia.

66

El general romano Pompeyo toma prisionero a Tigranes.

64

Pompeyo anexiona Siria y Judea a Roma. Fin del Imperio Seléucida.

57

Orodes I es rey de Partia.

53

El ejército romano conducido por Craso es derrotado por los partos en Garras.

40

Los partos se apoderan por poco tiempo de Siria y Judea e invaden el Asia Menor. El Imperio Parto llega a su apogeo.

38

El general romano Ventidio derrota a los partos. Las provincias orientales vuelven al poder de Roma.

20

Augusto, el primer emperador romano, firma una paz de compromiso con Fraates IV de Partia.

d. C.

51

Vologeso I sube al trono parto.

63

Vologeso I llega a un acuerdo de paz con el general romano Corbulo. Armenia queda como Estado tapón entre ambas potencias.

115

El emperador romano Trajano conquista Mesopotamia. Apogeo del Imperio Romano.

117

El emperador romano Adriano cede Mesopotamia a Partia.

165

El general romano Avidio Casio toma y destruye Seleucia.

198

El emperador romano Septimio Severo toma Ctesifonte y pasa por una Babilonia totalmente desierta.

200

Se funda el reino árabe de Hira.

228

Ardashir toma Ctesifonte y funda una nueva dinastía (los sasánidas). Fin del Imperio Parto, que es reemplazado por el Imperio Persa Sasánida.

240

Sube al trono sasánida Sapor I. El maniqueísmo comienza a difundirse.

260

El emperador romano Valeriano es tomado prisionero por los sasánidas en Edesa.

274

Prisión y muerte de Manes, fundador del maniqueísmo.

293

Narsés sube al trono del Imperio Sasánida.

297

El emperador romano Galerio derrota a Narsés.

301

Ocupa el trono sasánida Ormuzd II. Fracasa como reformador.

309

Sapor II es rey del Imperio Sasánida desde su nacimiento.

337

Sapor II inicia una larga guerra contra Roma.

361

El emperador romano Juliano invade Mesopotamia y pone sitio a Ctesifonte.

363

Juliano muere en Mesopotamia.

399

Yazdgard I sube al trono sasánida. Al principio simpatiza con el cristianismo.

420

Varahran V (Bahram Gor) sube al trono sasánida.

429

El Imperio Sasánida obtiene el dominio de Armenia oriental (Persarmenia).

439

Yazdgard II sube al trono sasánida. Persecución de los cristianos.

457

Firuz, rey sasánida.

484

Firuz es derrotado y muerto por nómadas eftalitas en una de sus correrías. Anarquía en el Imperio Sasánida.

501

Kavad es rey sasánida. Se restablece el orden. El cristianismo del Imperio es casi en su totalidad nestoriano. El zoroastrismo combate la herejía mazdakita.

531

Sube al trono sasánida Cosroes I. Los filósofos paganos atenienses huyen a su corte.

549

Los filósofos paganos atenienses retornan a Grecia.

589

Cosroes II ocupa el trono sasánida.

603

Cosroes II destruye el reino árabe de Hira.

615

Cosroes II toma Jerusalén.

617

Cosroes II pone sitio a Constantinopla. Apogeo del poder sasánida.

622

El emperador romano Heraclio contraataca.

627

Heraclio derrota a Cosroes II cerca de las ruinas de Nínive.

628

Muerte de Cosroes II.

632

Yazdgard III sube al trono sasánida. Mahoma une a las tribus de Arabia y muere.

637

Los árabes derrotan a los sasánidas en Qadisiya, arrancan las provincias de Asia al Imperio Romano y reducen su territorio a lo que recibe el nombre de Imperio Bizantino.

642

Los árabes derrotan a los sasánidas en Nehavend.

651

Muerte de Yazdgard III. Fin del Imperio Sasánida.

661

Asesinato de Alí. Creación del Califato omeya. Comienzos de la secta musulmana chiita.

680

Los omeyas derrotan a los chiitas en Kerbela. Apogeo del Califato omeya.

717

Fracasa el asedio árabe de Constantinopla.

750

La dinastía omeya es derrocada. Se crea en su lugar el Califato abasí. Fundación del ismailismo.

726

Los abasíes establecen la capital en Bagdad. Comienza la decadencia final de Ctesifonte.

786

Harún al-Rashid es califa abasí.

813

Al-Mamún asciende al Califato abasí, que inicia su apogeo.

833

Al-Mutasim es elegido califa abasí. Emplea turcos como guardia de corps.

861

Al-Mutasim es asesinado. El Califato declina rápidamente.

900

Apogeo de la ciencia Árabe y persa. Al-Battani es el más grande astrónomo de la época, y al-Razi el más grande médico.

1000

Los turcos gobiernan Persia desde Gazni. Firdusi escribe el poema épico nacional persa.

1037

Los turcos selyúcidas, bajo Tugril Bey, se apoderan de Persia.

1055

Tugril Bey conquista Mesopotamia.

1063

Alp Arslán es sultán de los selyúcidas.

1071

Alp Arslán derrota al emperador bizantino Romano Diógenes en Mantzikert, y se apodera de la mayor parte de Asia Menor.

1073

Malik Sha es sultán selyúcida. Omar Khayyam escribe sus poemas y reforma el calendario.

1076

Malik Sha toma Jerusalén. Apogeo de los selyúcidas.

1090

Los europeos occidentales dan comienzo a la Primera Cruzada contra los musulmanes.

1096

Los cruzados toman Jerusalén.

1187

Saladino de Egipto y Siria recupera Jerusalén.

1227

Muerte de Gengis Kan después de conquistar la mitad septentrional de China y la mitad oriental de Persia.

1255

El general mongol Hulagu invade Mesopotamia y destruye la fortaleza de los Asesinos.

1258

Hulagu saquea Bagdad y destruye el sistema de canales de Mesopotamia.

1259

Kublai proclamado kan mongol. Apogeo del Imperio Mongol.

1260

Los mongoles son derrotados por los mamelucos de Egipto. Los ilkanes mongoles obtienen el poder en Persia.

1290

Otmán se convierte en líder de una tribu de turcos llamados otomanos en su honor, y comienza a expandirse por Asia Menor.

1291

Los últimos cruzados son expulsados de Asia.

1295

Gazán es elegido ilkán y se convierte al islamismo. Apogeo de los ilkanes.

1324

Orján I sube al trono otomano.

1345

Los turcos otomanos atraviesan el Helesponto para asentarse firmemente en Europa por vez primera.

1389

Bayaceto I es sultán otomano.

1391

Los turcos otomanos llegan a las afueras de Constantinopla.

1395

El conquistador mongol Tamerlán derrota a los ilkanes y pone fin a su dinastía.

1401

Tamerlán toma y saquea Bagdad.

1402

Tamerlán derrota a los turcos otomanos en Ankara y toma prisionero a Bayaceto I.

1404

Muerte de Tamerlán.

1451

Mohamed II es elegido sultán otomano.

1453

Los turcos otomanos toman Constantinopla. Fin del Imperio Bizantino.

1501

Ismaíl I se apodera de Tabriz y funda la dinastía safawí que gobernó sobre Persia.

1510

El explorador Albuquerque desembarca en la isla Ormuz.

1514

Los turcos otomanos derrotan a los persas en Chaldirán y se apoderan de Mesopotamia. Apogeo del Imperio Turco Otomano.

1524

Tahmasp I es elegido sha de Persia.

1561

Anthony Jenkinson, comerciante inglés, llega a Persia.

1587

Abbas I, sha de Persia.

1603

Abbas I recupera Mesopotamia de los turcos y establece su capital en Isfahán. Apogeo de la dinastía safawí.

1629

Muerte de Abbas I.

1638

El gobernante otomano Murad IV se apodera nuevamente de Mesopotamia.

1722

Invasores afganos toman y saquean Isfahán.

1736

Abbas III, el último sha safawí, es depuesto. Nadir Sha gobierna Persia.

1739

Nadir Sha invade la India y saquea Delhi.

1747

Nadir Sha es asesinado.

1750

Teherán se convierte en la capital de Persia.

1844

Se funda el behaísmo.

1892

Una compañía alemana obtiene el permiso para construir un ferrocarril que atraviese Mesopotamia.

1907

Gran Bretaña y Rusia se dividen Persia en esferas de influencia.

1915

Gran Bretaña invade Mesopotamia en el curso de la Primera Guerra Mundial.

1917

Los británicos toman Bagdad.

1918

Los británicos dominan Mesopotamia (Irak) mediante un Mandato de la Sociedad de Naciones.

1921

Sube al trono Faysal I de Irak.

1925

Reza Kan se apodera del trono de Persia.

1932

Irak adquiere la independencia nominal. Se incorpora a la Sociedad de Naciones.

1935

«Irán», nombre oficial de Persia.

1941

Los británicos envían una fuerza expedicionaria a Irak en el curso de la Segunda Guerra Mundial y ocupan Bagdad. Británicos y rusos ocupan Irán y obligan a abdicar a Reza Kan.

1948

Israel se convierte en Estado independiente.

1956

Israel derrota a Egipto en la Península del Sinaí.

1958

Revolución en Irak. El rey Faysal II muere y se establece la República bajo la dirección de Kassem.

1963

Kassem es asesinado.

1967

Israel derrota a los países árabes en la Guerra de los Seis Días.



ISAAC ASIMOV. (2 de enero de 1920 - 6 de abril de 1992). Fue un escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando él tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.

El libro que aquí nos ocupa pertenece a los de divulgación histórica, serie de obras que ha sido común e informalmente llamada *Historia Universal Asimov* y está compuesta por un total de catorce volúmenes, con mapas y cronología incluidas en cada uno de ellos, comprendiendo las más importantes civilizaciones y periodos históricos. *El cercano Oriente* es el primero de los volúmenes de dicha serie.

Notas

^[1] Después de 1800, la llamada «Revolución Industrial» comenzó a difundirse por el mundo e hizo posible que la humanidad se multiplicase a un ritmo que no habría podido alcanzarse con la agricultura preindustrial solamente, pero ésta es otra historia, ajena a la finalidad de este libro. <<

^[2] Todas las pronunciaciones dadas en este libro son las de los modernos hispanohablantes; por ende, no son necesariamente las usadas por los griegos o cualquier otro pueblo de la Antigüedad. <<

^[3] La creencia de que los dioses vivían en el cielo puede haber provenido del hecho de que los primeros agricultores dependían de la lluvia más que de las inundaciones del río. <<

^[4] Véase mi libro *Los egipcios*. <<

^[5] Los israelitas, que pronto entrarían en escena, eran una excepción entre los pueblos de la época al negarse a crear tal panteón. Al menos, los que afirmaban enérgicamente la existencia de un solo Dios finalmente predominaron. <<

^[6] Los reyes antiguos a menudo legaban descripciones oficiales de sus campañas, descripciones increíblemente tediosas y probablemente no muy veraces. Sin embargo, tales crónicas, por tediosas y poco fiables que sean, tienen una gran importancia para la cronología, esto es, para determinar los años en que se produjeron los sucesos, aunque no sirvan para otra cosa. <<

^[7] Ésa fue la famosa batalla de Maratón. Detalles sobre ella y otros aspectos de la historia griega podrán encontrarse en mi libro *Los griegos*. <<

^[8] Sobre la historia de la expansión romana, véase mi libro, *La República Romana*. <<

^[9] Detalles sobre su carrera y las de sus sucesores se hallan en mi libro *El Imperio Romano*. <<

^[10] Es habitual indicar las fechas con referencia al nacimiento de Jesús. Las fechas anteriores a él son «a. C.» (antes de Cristo), las posteriores, «d. C.»(después de Cristo). En este libro, no usaré «d. C.». Toda fecha indicada sin estas iniciales es después de Cristo. <<

^[11] Este nombre es más conocido en su forma árabe: Bahram. <<

^[12] La palabra castellana «ajedrez» proviene de una voz árabe, *as-shafrany*, y ésta de otra sánscrita, *chaturanga*. (N. del T.) <<